EL PORTADOR DE LA NOCHE

Una novela de los Ultramarines de Graham McNeill



Uriel Ventris, recién ascendido a capitán de los Ultramarines, recibe la orden de intervenir en la investigación efectuada en el planeta Pavonis, un mundo imperial azotado por disturbios internos y por piratas eldars renegados. Sin embargo, nada es lo que parece, y hay planes que ocultan otros planes. Uriel y sus aliados se verán obligados a comenzar una mortífera carrera contrarreloj para destruir a su siniestro y escurridizo enemigo… o deberán destruir por completo el planeta por el bien de la humanidad.



Graham McNeill

El Portador de la Noche

Warhammer 40000. Ultramarines 1

ePub r1.0

epublector 31.07.13


WARHAMMER
40,000


ULTRAMARINES

Título original: *Nightbringer*
Graham McNeill, 2002
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2004
Diseño de portada: Clint Langley / Valerio Viano

Editor digital: epublector
ePub base r1.0





PRÓLOGO

Hace sesenta millones de años…

La estrella se estaba destruyendo. Se trataba de una estrella enana de aproximadamente un millón y medio de kilómetros de diámetro que llevaba ardiendo desde hacía más de seis mil millones de años. Si no hubiera sido por la inmensa nave en forma de luna creciente que orbitaba alrededor del cuarto planeta de aquel sistema, y que absorbía su enorme energía, probablemente habría seguido ardiendo quizás otros seis mil millones de años más.

La estrella generaba energía a un ritmo colosal al transformar hidrógeno en helio mediante unas reacciones nucleares de fusión en lo más profundo de su interior antes de enviar esa energía al espacio. Aquellas reacciones nucleares provocaban unos intensos campos electromagnéticos en el núcleo de la estrella que salían a la superficie como oleadas de ondas magnéticas en erupción.

Un puñado de aquellos campos surgían en forma de bucle toroidal de flujo magnético de unos 200.000 kilómetros de diámetro que producía una mancha solar oscura y creciente en el interior de la fotosfera de la estrella.

Aquella región de flujo magnético activo se expandió con rapidez y explotó de repente por encima de la superficie de la estrella en una llamarada gigantesca que acabó convirtiéndose en una brillante lanza de luz giratoria en la corona de la misma. Aquellas poderosas oleadas de ondas de energía electromagnética y los chorros de plasma formaron un nimbo ondulante de luz que subió en espiral en un zigzag hacia la pirámide cubierta de runas que se alzaba en el centro de la inmensa nave espacial. Los símbolos arcanos y extraños grabados en los costados de la nave comenzaron a relucir con la energía recibida y el propio casco comenzó a palpitar como si la misma nave estuviese hinchándose con un poder apenas contenido.

Cada rayo resplandeciente de luz que saltaba de la estrella a la nave transmitiéndole su energía acortaba la vida del astro en cien mil años, pero a los tripulantes de la nave les tenía sin cuidado que su desaparición provocara la extinción de todo ser vivo en aquel sistema planetario. Las galaxias vivían y morían a las órdenes de su amo, reinos estelares

completos habían sido destruidos para satisfacer sus placeres, y razas enteras habían sido creadas para que les sirvieran como juguetes. ¿Qué les importaba el destino de un sistema estelar insignificante a seres de un poder tan tremendo?

La nave, como una asquerosa sanguijuela mecanizada, continuó absorbiendo la energía vital de la estrella mientras seguía en órbita alrededor del planeta. Todo el despliegue de pirámides de menor tamaño y obeliscos situados en la base de la nave ondularon como si se encontrasen envueltos en una vaharada de calor, parpadeando dentro y fuera del campo de percepción al mismo tiempo que la inmensa astronave se estremecía con las colosales energías que estaba arrebatándole a la estrella.

De repente, el serpenteante rayo de luz líquida se fue desvaneciendo hasta desaparecer de la vista: de momento, la nave plateada se había saciado. Comenzó a girar de forma lenta y pesada y descendió poco a poco por la atmósfera del planeta. Unas llamaradas brillantes empezaron a surgir de los extremos de las alas en forma de luna creciente mientras se dirigía hacia un gigantesco desierto de color óxido situado en el hemisferio norte. La superficie del planeta pasó a toda velocidad bajo la nave: montañas escarpadas, placas tectónicas que se rozaban y volcanes que arrojaban al aire inmensas nubes de ceniza. El aparato comenzó a disminuir su velocidad a medida que se acercaba a su destino, una concavidad en la arena polvorienta con una pequeña zona de negrura absoluta en su centro.

La velocidad de la nave continuó disminuyendo a la vez que la silueta se convertía poco a poco en una pirámide vítrea y negra con la punta cubierta de oro. Sus relucientes paredes de obsidiana, ahumadas y reflectantes, eran inmunes a los aullantes vientos que azotaban al planeta y dejaban su superficie desnuda. Unas pequeñas criaturas escurridizas que relucían bajo el sol abrasador recorrían su superficie con un andar mecánico y repiqueteante. Unas runas idénticas a las que mostraban los costados de la nave espacial zumbaron en el momento en que se activaban unos poderosos receptores.

La nave maniobró con suavidad hasta colocarse sobre la pirámide al mismo tiempo que la punta de oro comenzaba a abrirse como los pétalos de

una flor. El zumbido se intensificó hasta convertirse en un aullido penetrante cuando las pirámides de menor tamaño y los obeliscos situados en la parte inferior de la nave restallaron chispeando y una columna serpenteante de pura energía electromagnética descendió directamente hacia las hambrientas fauces de la pirámide negra.

Una luz blanca e incandescente surgió de la pirámide, incinerando de forma instantánea a las criaturas mecánicas que correteaban por su superficie. El desierto en que se encontraba centelleó con reflejos dorados. Unos haces de energía que salieron irradiando en zigzag de la base de la pirámide vitrificaron la arena a su alrededor formando unos complejos diseños geométricos. La enorme astronave mantuvo la posición hasta que transfirió la última gota de energía robada que transportaba. En cuanto la punta dorada de la pirámide se cerró de nuevo sobre sí misma, la nave espacial comenzó el largo viaje de regreso a la órbita del planeta para repetir el proceso. Tenía la intención de continuar extrayendo energía de la estrella hasta que no quedara de ella más que una inmensa bola de gases inertes cada vez más fría.

La nave se colocó de nuevo en posición delante de la estrella. El arcano aparato montado en su casco se puso en marcha otra vez.

Una zona del espacio situada detrás de la nave se retorció sobre sí misma, saliéndose de la realidad y abriendo por la mitad el frágil velo del espacio-tiempo para dar paso a una gigantesca flota de otras extrañas astronaves que surgieron en masa del torbellino así creado.

Ninguna de las naves recién llegadas se parecían entre sí. Cada una de ellas poseía su propia geometría y forma, pero todas tenían el mismo propósito letal. Como si estuvieran dirigidas por una única voluntad, la heterogénea flota se abalanzó a gran velocidad contra la astronave en forma de luna creciente y comenzó a dispararle con armas de todo tipo. Una serie de explosiones relucientes aparecieron a lo largo del imponente casco de la nave y unos tremendos rayos de energía se abatieron contra su pirámide superior. Todo el artefacto estelar se estremeció como una bestia herida.

Pero la astronave podía responder al ataque.

Unos arcos de luz de color cobalto surgieron de sus baterías y destrozaron por completo a una docena de sus enemigos. Rayos invisibles de un poder inmenso dispersaron a otro grupo de naves por todo el espacio después de reducirlas a los átomos de su composición más básica. Pero ninguna cantidad de bajas podía disuadir a aquella flota, y no importaba cuántas fuesen destruidas: parecía que continuamente surgieran más para ocupar sus puestos. La tripulación sin rostro de la astronave pareció darse cuenta de que, a menos que huyeran, estaban condenados a la destrucción. La nave comenzó a girar lentamente sobre su propio eje al mismo tiempo que un poderoso resplandor eléctrico surgió de sus motores inerciales.

Una multitud de armas alienígenas machacaron la parte superior lisa de la astronave abriendo unos tremendos agujeros y arrancando grandes trozos metálicos del casco. Los mecanismos de reparación automática intentaron contener los daños, pero, al igual que la propia nave, estaban librando una batalla perdida de antemano. Los restos de la astronave salieron lanzados al espacio cuando sus motores se encendieron con un resplandor deslumbrante. Al poco tiempo aminoró su velocidad, y la imagen de la enorme astronave se extendió como si fuera algo elástico: el pozo de gravedad de la estrella cercana empezó a tomarse cumplida venganza de la nave vampiro justo cuando intentaba escapar.

La astronave en forma de luna creciente pareció contraerse hasta convertirse en un punto de brillo insoportable con un chirrido que resonó por todo el espacio disforme. Sus atacantes fueron absorbidos hacia aquel pozo gimiente, y los enemigos fueron lanzados al olvido, quizá para no regresar jamás.

La estrella continuó ardiendo y, mucho más abajo, el brillo que emanaba de la punta dorada de la pirámide negra fue apagándose hasta convertirse en una pátina oscura parecida al bronce deslustrado.

Poco tiempo después, incluso aquello quedó oculto bajo la arena.



UNO

El cuadragésimo primer milenio…

Los dieciocho jinetes atravesaron el lecho del arroyo de agua congelada. Sus caballos escogieron con sumo cuidado el camino por entre las piedras cubiertas de hielo y el suelo rocoso y resbaladizo. A pesar de las precauciones que estaban tomando y de la manada de casi cien groxes de piel escamosa que hacían avanzar por la nieve, Gedrik sabía que iban bien de tiempo.

Se giró sobre su silla de montar para echar un vistazo a su alrededor y asegurarse de que la manada seguía unida.

Gedrik era alto y delgado. Iba bien envuelto en una capa vieja pero cuidada, y vestía unos pantalones de montar de cuero forrados por dentro y acolchados en la parte interna de los muslos, además de unas gruesas botas con reborde de piel. Llevaba la cabeza protegida con un gorro de cuero endurecido y también forrado de piel, y la cara tapada con una gran bufanda de algodón para protegerse de los tremendos vientos de las montañas.

La banda a cuadros verdes tan común en Caernus IV, el planeta natal de Gedrik, iba cruzada de un modo suelto sobre su pecho, y sus bordes deshilachados estaban atados justo por encima del pomo de la empuñadura de hilo de hierro trenzado de la espada que llevaba al cinto. También llevaba, oculta en la caña de su bota izquierda, una daga de hoja estrecha. Había fabricado ambas armas con sus propias manos a partir del Metal hacía ya seis años, y seguían tan afiladas y libres de óxido como el día que las había forjado. El predicador le había enseñado a utilizar la espada, y fueron lecciones bien aprendidas: nadie de la región de los Cuatro Valles podía luchar tan bien como Gedrik.

Para completar su arsenal, cruzaba uno de sus anchos hombros un rifle de cerrojo. Gedrik sabía que casi habían llegado a sus hogares y deseaba sentir un fuego cálido y el abrazo todavía más cálido de su esposa, Maeren.

Aquella última semana en las montañas, mientras reunían todo el ganado, había sido dura, como si el viento y la nieve se hubieran conjurado para escarnecer a los patéticos humanos que se atrevían a afrontar sus iras en los picos rocosos.

Sin embargo, pronto estaría en su hogar. Gedrik casi podía saborear el delicioso filete que Maeren le cocinaría en cuanto él y Gohbar hubieran comenzado a sacrificar a la manada.

Se giró de nuevo al oír una exclamación ahogada a su espalda. Sonrió cuando su primo Faergus pasó cabalgando a su lado, aunque Gedrik sabía que utilizar el verbo «cabalgar» en su caso era emplear un término exagerado para describir la escasa habilidad de Faergus sobre una silla de montar.

Al primo de Gedrik se le podía considerar más un oso que un hombre. Tenía una espalda y unos hombros inmensos, además de un cuello grueso y prácticamente inexistente. Su rostro estaba ajado y marcado por cicatrices, además de adornado por una nariz rota en incontables peleas y una espesa barba negra.

Los pies le colgaban casi hasta rozar la nieve: Gedrik comprendía muy bien el deseo de tirarlo al suelo que sentía su montura. Hizo caso omiso a la sensación de incomodidad que desprendía su primo y se limitó a disfrutar de la belleza majestuosa de los Montes Gelroch mientras seguían camino de regreso a casa.

El sol ya había pasado por su cénit una hora antes cuando el asentamiento cubierto de nieve de la Explanada de Morten apareció por fin a la vista. Los edificios de la comunidad, enclavados en el meandro de un río y en el centro de un amplio valle, parecían acurrucarse los unos contra los otros como si buscaran darse calor mutuamente. Gedrik pudo distinguir a los habitantes deambular por la plaza que se abría delante del pequeño templo de piedra dedicado al Emperador, emplazado en la ladera de la Colina del Metal. Seguramente el predicador Mallein debía de haber acabado uno de sus sermones, y Gedrik sonrió al pensar en su hijo, Rouari, que le hablaría de ángeles alados y de los hechos heroicos llevados a cabo por el Emperador mientras almorzaban. Mallein era capaz de contar relatos maravillosos, ¡de eso no tenía ninguna duda!

Una leve columna de humo surgía de la fragua, y Gedrik pudo ver al otro lado del poblado a Gohbar el carnicero abrir el corral de barras de hierro situado en la ribera del río preparándose para recibir a los groxes.

Gedrik espoleó a su montura para que avanzara más deprisa, urgido por los pensamientos sobre su familia y la comida casera recién hecha. Sólo los groxes parecían resistirse a acelerar el paso, pero unos cuantos insultos y algunos golpes de la aguijada eléctrica de Faergus resolvieron aquello en pocos instantes.

Gedrik paseó la mirada por el valle y, de repente, distinguió un leve atisbo de movimiento al otro lado del mismo. Entrecerró los ojos y se colocó la mano a modo de visera para protegerse la vista del sol de invierno, un poco bajo ya en el horizonte. Hubiera jurado que algo se había movido detrás de un espeso bosquecillo de árboles de hoja perenne situado en la cresta de la ladera opuesta. Se descolgó el rifle del hombro de un modo automático y tiró del cerrojo, preparando una bala.

—¿Algún problema? —preguntó Faergus al percatarse de lo que estaba haciendo Gedrik.

—No estoy seguro. Creo que he visto algo —le contestó Gedrik al mismo tiempo que le señalaba la oscura línea de árboles.

Faergus también entrecerró los ojos y observó con atención el otro lado del valle a la vez que sacaba su arma, una escopeta de gruesos cañones, de su funda en la espalda.

—No veo… —empezó a decir Faergus justo antes de verse interrumpido por la repentina aparición de una docena de vehículos de morro alargado que surgieron de entre los árboles. Los aparatos, erizados de cuchillas de aspecto afilado y de púas recurvadas, bajaron por la ladera de la colina hacia el asentamiento, con sus cubiertas levantadas, repletos de guerreros. Los proyectiles negros salían disparados de las armas montadas en la parte delantera de los vehículos gravitatorios y explotaban con una violencia tremenda entre los edificios de la Explanada de Morten.

—¡Por la sangre del Emperador! —gritó Gedrik, y espoleó con fuerza a su montura, olvidándose por completo de la manada al mismo tiempo que obligaba a su caballo a lanzarse a la carrera. Supo, sin mirar atrás, que el resto de sus hombres galopaban a su espalda. Le llegaron los ecos de los gritos y de los disparos allá abajo, y un miedo atroz se apoderó de su

corazón al pensar en la presencia de aquellos terribles alienígenas en su hogar.

Sin prestar atención al tremendo peligro que corría al lanzarse de ese modo al galope, Gedrik forzó a su caballo casi a volar por encima del terreno pedregoso. A pesar de la tremenda carrera del animal, se dio cuenta de que los vehículos alienígenas comenzaban a desplegarse, con un grupo dirigiéndose a cada flanco para rodear al asentamiento humano mientras el que quedaba se dirigía hacia el centro de los edificios. Gedrik vio a su gente correr hacia sus hogares o hacia el refugio que ofrecía el templo justo al mismo tiempo que los primeros aerodeslizadores entraban disparando en el pueblo, reduciendo edificio tras edificio a escombros.

Cuando ya estaba más cerca, con el caballo galopando a toda velocidad por las afueras del pueblo, Gedrik distinguió a una mujer que llevaba a un niño en brazos, ¿Maeren y Rouari?, entrar a la carrera en el templo justo cuando el predicador Mallein era abatido por una lluvia de letales proyectiles de los rifles alienígenas. Los aullantes guerreros, protegidos por armaduras ceñidas de color rojo y negro, bajaron de un salto de sus vehículos y atravesaron a la carrera las calles del poblado, disparando sus armas de cañón largo desde la cadera.

Gedrik gritó de horror al ver cómo los habitantes eran abatidos uno tras otro, incluidas las mujeres y sus niños que corrían hacia la iglesia. Sus cuerpos se sacudieron espasmódicamente al recibir las múltiples ráfagas. Nuevas columnas de humo negro se alzaron hacia el cielo cuando más edificios fueron pasto de las llamas. Los gritos de los moribundos atravesaron a Gedrik como un cuchillo. Los disparos de algunas armas de fuego de pequeño calibre surgieron de unas pocas ventanas, abatiendo a unos cuantos de los atacantes alienígenas. Supo que los invasores no tomarían la Explanada de Morten sin tener que combatir.

Su tremenda galopada le había llevado casi hasta el río, lo bastante cerca como para ver con claridad al viejo Gohbar cargar gritando contra un grupo de guerreros alienígenas enarbolando una alabarda por encima de la cabeza. Los alienígenas se dieron la vuelta y mataron entre risas al

carnicero con una andanada de sus letales rifles antes de desaparecer entre el humo del agonizante pueblo.

Gedrik obligó a su caballo a galopar a mayor velocidad mientras atravesaba el puente del río, situado al lado del molino generador que él había ayudado a construir con sus propias manos, y luego pasó cerca de Gohbar, que agonizaba entre convulsiones. La cara del pobre hombre estaba enrojecida y distendida, con la lengua asomando entre sus labios como una grotesca serpiente negra hinchada. Todo el pueblo estaba envuelto en llamas, y el calor y el humo eran insoportables.

Gedrik llegó por fin a la plaza del pueblo y detuvo su caballo de forma abrupta. Dos de los vehículos atacantes se mantenían inmóviles en el aire delante del templo, y los guerreros alienígenas sacaban a rastras a los habitantes entre gritos de desesperación. Sus rostros mostraban una crueldad y una palidez casi exquisitas, humanoides, pero, a pesar de ello, completamente alienígenas. Gedrik se alzó sobre los estribos y apuntó con el rifle hacia una de las figuras cubiertas de armadura roja y negra, colocando su yelmo anguloso en mitad del punto de mira.

Apretó el gatillo y lanzó al guerrero por los aires al mismo tiempo que surgía un chorro de sangre de su cuello. Los otros se dispersaron, y Gedrik lanzó un grito a la vez que clavaba las espuelas en los costados del caballo. Su montura saltó hacia adelante y se lanzó de nuevo al galope. Gedrik disparó otras dos veces, abatiendo a dos alienígenas más antes de que el rifle se le encasquillara.

Los alienígenas se giraron y le apuntaron con sus armas, pero el Emperador estaba a su lado y su silbante munición pasó muy lejos de su objetivo. Un instante más tarde, se les echó encima y blandió su rifle como una maza en un arco brutal que aplastó el cráneo de uno de sus enemigos en pequeños fragmentos. Soltó el rifle y desenfundó su espada. Distinguió un destello rojizo justo antes de que un rayo de luz negra despanzurrase a su caballo bajo sus mismas piernas.

Gedrik tensó las piernas sobre los estribos y desmontó de un salto de su montura moribunda, aterrizando de forma ágil delante de un grupo de

guerreros alienígenas. Lanzó un mandoble con su espada reluciente de hoja ancha.

El primero de ellos cayó con los intestinos enredándosele en las rodillas. El segundo murió con la hoja de Gedrik clavada profundamente en su pecho. Su armadura alienígena no ofrecía ninguna clase de protección frente al filo sobrenatural de la espada de Gedrik, que las atravesaba con facilidad. El tercero de ellos le atacó con la humeante bayoneta que llevaba montada al extremo del rifle y Gedrik tuvo que esquivarla saltando hacia atrás, perdiendo la espada. El alienígena avanzó con lentitud, sin mostrar emoción alguna en su yelmo de superficie lisa y pulida.

Gedrik lanzó un gruñido y se abalanzó contra su enemigo. Se tiró al suelo y rodó por debajo de su arma, sacando el puñal que llevaba metido en la caña de la bota. Le atravesó la pantorrilla con él y el alienígena soltó un grito horrible. Gedrik sacó el cuchillo y atravesó con él repetidas veces el pecho del alienígena.

Vio que Faergus le había seguido, convirtiendo a dos guerreros enemigos en un montón de heridas sangrantes con sendos disparos de su escopeta. Su primo hizo girar el caballo mientras Gedrik recuperaba su espada y empezaba a gritarle órdenes.

—¡Mete a todos los que puedas en el templo! ¡Intentaremos contenerlos desde allí!

Faergus asintió, pero antes de que pudiera moverse, una reluciente y cegadora descarga de fuego de color violeta surgió de uno de los vehículos alienígenas y lo rodeó por completo. Su primo gritó mientras aquella horrible energía quemaba la carne de su cuerpo en pocos instantes. Su chamuscado esqueleto cayó poco a poco de su caballo, que relinchaba aterrorizado, y Gedrik sintió que el estómago se le encogía ante la terrible muerte que había sufrido su primo. El caballo también se desplomó: Gedrik pudo distinguir el agujero ensangrentado que el proyectil alienígena había abierto en el costado de la bestia allí donde había impactado.

Subió los peldaños del edificio del templo en unos pocos saltos y empezó a golpear la puerta con un puño sin dejar de gritar el nombre de Maeren. Las astillas comenzaron a saltar de la puerta cuando más guerreros

alienígenas llegaron a la plaza central del pueblo y comenzaron a disparar contra él. Saltó para alejarse de la escaleras y rodó de nuevo hasta ponerse en pie. Vio a los habitantes supervivientes ser empujados por delante de los alienígenas camino de la muerte.

Observando todo aquello había, en la cubierta del vehículo principal, una figura delgada y de cabello blanco protegida con una armadura verde.

La figura dio un mandoble en el aire con gesto impaciente y Gedrik gritó cuando a su gente la mataron en el mismo sitio donde estaban. Deseó clavar su daga en el pecho del jefe de los alienígenas, pero sabía que estaría muerto antes de que lograra acercarse.

Retrocedió, sabiendo también que la gente del interior del templo no podía arriesgarse a abrir la puerta en un momento como aquel, y echó a correr por el costado del edificio, con la esperanza de que no hubieran cerrado la puerta de la sacristía.

Gedrik oyó el tono autoritario e inconfundible de alguien que impartía órdenes y el zumbido de un arma poderosa. Rezó para que alguien hubiera logrado enviar un mensaje de aviso a las comunidades cercanas.

Vio la puerta de la sacristía justo delante, y se le escapó un grito de alivio al ver que tan sólo estaba entrecerrada. Patinó antes de lograr detenerse del todo y agarrar el picaporte de hierro.

El templo explotó antes de que pudiera tirar del picaporte y abrir la puerta. Una enorme columna de humo en forma de hongo subió al cielo y unas rugientes llamas anaranjadas le hicieron saltar por los aires. Un dolor como nunca jamás antes había sentido lo invadió por completo cuando la onda expansiva lo lanzó contra la ladera de la colina que estaba detrás del edificio. Se deslizó hacia abajo como una criatura sin huesos, estremecido hasta esos mismos huesos destrozados por el impacto. Le ardía la piel, y varias zonas del interior de su cuerpo quedaron expuestas al aire por la acción corrosiva de aquellas llamas antinaturales.

Sintió la nieve fría sobre la piel, pero ningún dolor.

Sabía que aquello era mala señal. El dolor significaba vida.

Giró los ojos hacia los restos humeantes del templo, con las columnas de madera alzadas hacia el cielo como costillas ennegrecidas. No pudo

distinguir ningún cuerpo, pero sabía que nadie podía haber sobrevivido a una explosión como aquélla y se sintió invadido por el dolor.

Maeren, Rouari, Faergus, Mallein, Gohbar… todos habían perecido. Todos estaban muertos. Incluso él lo estaría en poco tiempo.

La respiración comenzó a salirle en estertores por la garganta justo cuando oyó el zumbido de los vehículos alienígenas que se aproximaban. Intentó incorporarse un poco, pero ninguno de sus miembros le respondió. Distinguió débilmente las voces cantarinas de los alienígenas, elegantes pero amenazadoras, e intentó gritarles un insulto desafiante, pero las voces pasaron de largo y subieron por la ladera de la Colina del Metal. Vio cómo el guerrero de armadura verde señalaba hacia la ladera y les indicaba a sus guerreros que se desplegaran. Se dio cuenta de que las voces hablaban con un tono nervioso y excitado, pero no pudo entender lo que decían. ¿Ese era el motivo por el que todo el pueblo había sido asesinado?

¿Por el Metal?

Oyó el silbido de unas cuantas llamaradas y la ladera se iluminó mientras la nieve se derretía y se evaporaba. Los alienígenas continuaron lanzando llamaradas con sus armas por toda la ladera y sólo se detuvieron cuando una figura encapuchada, ataviada con una túnica roja brillante bajó del vehículo alienígena más cercano y alzó la mano. La figura avanzó para examinar lo que había quedado al descubierto bajo la nieve derretida, y Gedrik oyó cómo los alienígenas dejaban escapar un leve grito de asombro en cuanto el vapor se disipó por fin.

Centelleantes como el mercurio, los estratos habían quedado al descubierto reluciendo bajo la luz del sol, con toda la ladera resplandeciendo con un brillo metálico. Bajo la nieve, toda una parte de la ladera estaba formada por una superficie de metal plateado y pulido. Se retorcía y se curvaba como si fuera líquido en los puntos donde se había fundido por el efecto de los lanzallamas, ondulándose como si estuviera vivo. Comenzó a tomar forma de nuevo con lentitud, fluyendo en unas corrientes llenas de remolinos para acabar convirtiéndose en una superficie completamente lisa y de aspecto vitreo que recordaba a un espejo gigantesco. Gedrik advirtió cómo la figura encapuchada se ponía de rodillas

ante la ladera metálica y comenzaba a cantar, completamente extasiada por lo que veía, con unas palabras que sonaban artificiales y ásperas.

Pasaron unos momentos antes de que Gedrik se diera cuenta de que las palabras que pronunciaba la figura le resultaban familiares. No las entendía realmente, pero reconoció el canturreo por las veces que había estado trabajando en la forja con Faergus.

Era un canto en alabanza al Omnissiah. El Dios Máquina.

La figura envuelta en la túnica se puso en pie para situarse cara a cara con el jefe alienígena y se quitó la capucha. Gedrik vio que la mayor parte de los rasgos de su cara habían sido reemplazados por implantes cibernéticos. Una unidad de voz con reborde de bronce le había sido implantada en el centro de la garganta, por debajo de sus labios cosidos, y lanzaba un continuo chorro de siseos y sonidos de estática. Unos alambres de cobre salían en zigzag por debajo de su túnica y entraban en las cuencas vacías de sus ojos, y llevaba cosidas unas rejillas circulares de metal rodeadas de arrugas sobre el sitio donde habrían estado las orejas de una persona normal. El tono de la piel era pálido y gris, pero a pesar de todos los aspectos deformantes de la horrible cirugía que había sufrido aquel ser, Gedrik se dio cuenta de que era evidentemente humano, y el horror de semejante traición le hizo desear gritar de rabia.

Una fría agonía comenzó a extenderse por todo su cuerpo e intentó chillar, pero la inconsciencia se apoderó de él y se llevó el dolor.



DOS

El capitán Uriel Ventris de los Ultramarines, podía sentir que el aire estaba helado mientras subía los mil escalones que llevaban a las cámaras privadas del señor del Capítulo. Llevaba su casco en el hueco del codo y su paso era firme: los servomúsculos de su armadura de energía hacían tarea fácil la subida, a pesar de la leve cojera que padecía por la herida sufrida en Tracia hacía ya casi seis meses. Los escalones continuaron subiendo en espiral por la ladera del valle de Laponis, donde se asentaba la estructura más magnífica de todo Macragge: la Fortaleza de Hera, bastión de los Ultramarines.

Construida a partir de grandes losas de mármol extraídas de las propias laderas del valle, la enorme masa de la estructura era una obra maestra llena de columnatas, con sus superficies blancas y prístinas. Las gráciles balconadas, las cúpulas geodésicas y las pasarelas de cristal apoyadas sobre contrafuertes de acero plateado, daban al mismo tiempo la impresión de gran fuerza y ligereza, de una liviandad aérea.

La fortaleza monasterio de los Ultramarines era una maravilla de la ingeniería diseñada por el primarca del Capítulo, Roboute Guilliman, y construida durante la época de la Gran Cruzada del Emperador, diez mil años antes. Desde entonces, los guerreros del Capítulo de los Ultramarines de los Marines Espaciales habían vivido allí.

La fortaleza se encontraba situada entre los picos más altos del valle de Laponis, rodeada por pinos de montaña y justo al lado de las grandes cataratas de Hera. El agua procedente de los glaciares caía por las cataratas hasta las rocas situadas varios cientos de metros por debajo de ellas, y unos arco iris centelleantes se extendían como puentes de color de un lado a otro del estrecho valle. Uriel se detuvo un instante y se quedó contemplando las cataratas, recordando la primera vez que las había visto y la sensación de humildad asombrada que tuvo. Una leve sonrisa asomó a sus labios al darse cuenta de que todavía sentía lo mismo.

Colocó una mano en el pomo de la espada, sintiendo la carga de responsabilidad que representaba. Mientras palpaba la elaborada decoración que recorría las soberbias tallas de la funda, su mente regresó a la matanza ocurrida en el mundo rebelde de Tracia, donde el comandante de su

compañía, y su amigo, el capitán Idaeus, le había entregado la magnífica arma antes de marchar hacia la muerte.

El destacamento de Idaeus, que había recibido la orden de destruir un puente para impedir que los soldados traidores de Tracia atacaran por el flanco al ejército imperial, se había visto atrapado en un combate desesperado contra un enorme contingente enemigo que intentaba conquistar ese mismo puente. Los treinta Ultramarines habían contenido durante un día y una noche a casi mil soldados, hasta que entraron en liza los guerreros heréticos de los Señores de la Noche.

Uriel sintió un estremecimiento cuando se acordó de la imagen de sus camaradas crucificados sobre los transportes de los Señores de la Noche, y supo que llevaría en su memoria hasta la muerte sus rostros azotados por el dolor. Los marines traidores habían estado a punto de hacerse con la posición de los Ultramarines, pero gracias a una maniobra desesperada de Idaeus, la que le había costado la vida, el puente había resultado destruido y el ataque había fracasado.

El sentimiento de profundo dolor por la muerte de Idaeus se apoderó de nuevo de Uriel, pero lo reprimió con rapidez y continuó su ascensión por la escalera. No estaría bien hacer esperar a su jefe y señor.

Siguió subiendo por los peldaños. Tenían la parte central desgastada por el paso de incontables pisadas y se preguntó por un momento cuántos habrían subido por allí antes que él. Por fin llegó a la amplia explanada de la cima, y se dio la vuelta para contemplar la ruta por la que había llegado hasta allí.

Las montañas de picos cubiertos de nieve se extendían hasta donde podía alcanzar la vista en todas direcciones, excepto en una de ellas. Hacia el oeste, la línea del horizonte resplandecía con un profundo color azul brillante, donde la vista potenciada mediante ingeniería genética de Uriel pudo distinguir la rocosa línea costera y el mar, allá a lo lejos. Las estructuras techadas con cúpulas de mármol de la fortaleza descendían ante él. Cada uno de los niveles ya era una ciudadela por derecho propio.

Se dio de nuevo media vuelta y se dirigió hacia la vasta estructura que se alzaba ante él. Pasó bajo el pórtico de numerosas columnas que conducía

a las cámaras del señor del Capítulo de los Ultramarines, Marneus Calgar. Unas puertas de bronce reluciente se abrieron cuando se acercó a la entrada y aparecieron dos enormes guerreros de la primera compañía, equipados con las sagradas armaduras de exterminador y con unas largas alabardas acabadas en una hoja larga y ancha. Empuñaban las armas en posición de combate.

Incluso el corpachón con armadura de Uriel quedó empequeñecido por la masa física de los exterminadores. Saludó de forma respetuosa a aquellos veteranos inclinando brevemente la cabeza y entró en el vestíbulo de ambiente fresco. Un sirviente del señor del Capítulo, vestido con una sencilla túnica de color azul, apareció a su lado y se encargó de su casco, indicándole con un gesto silencioso el patio central de la estructura. Uriel le dio las gracias y descendió por la escalera que llevaba al patio, en un nivel más bajo, observando todo a su alrededor sin perder detalle. Los lienzos con los honores de batalla bordados con hilo de oro colgaban de los balcones del patio por encima de los claustros envueltos en sombras, y varias estatuas de héroes Ultramarines de tiempos pasados rodeaban una fuente colocada en el centro del patio de suelo de mármol. Vio al anciano Galatan, un antiguo portador del estandarte de Macragge, y también al capitán Invictus, el héroe de la primera compañía que había muerto combatiendo contra el Gran Devorador.

La fuente estaba tallada con la forma de un poderoso guerrero a lomos de un enorme caballo, con su lanza alzada hacia el cielo. Konor, el primer rey guerrero de Macragge. Su rostro estaba magníficamente esculpido y mostraba a las claras la tremenda determinación del individuo en hacer lo mejor para su pueblo. Llegó otro sirviente con una bandeja en la que llevaba una jarra de porcelana y dos copas de plata. Lo depositó todo sobre el banco de piedra que rodeaba a la fuente y se retiró en silencio. Uriel agarró de nuevo con nerviosismo el pomo de su espada, deseando ser merecedor de la historia de aquella arma.

—Konor era un gigante entre los hombres de su época —dijo una voz cargada con siglos de autoridad y poder—. Pacificó todo el continente antes de cumplir los veintiún años y puso en marcha una serie de acontecimientos

que permitieron al Sagrado Guilliman convertirse en el hombre que necesitaba ser.

Uriel se dio la vuelta para ponerse cara a cara con el señor de Macragge, Marneus Calgar.

—Lo recuerdo muy bien de mi aprendizaje en el campamento Agiselus, mi señor —le contestó Uriel al mismo tiempo que se inclinaba.

—Una institución excelente. El mismo Guilliman se entrenó allí.

Uriel sonrió ante la modestia de Calgar: sabía a ciencia cierta que el señor del Capítulo también se había entrenado allí.

El comandante de los Ultramarines era un individuo enorme, incluso para lo que era habitual entre los marines espaciales. El lustre de su armadura parecía contener a duras penas su imparable energía y dinamismo. El águila imperial de bronce de dos cabezas que llevaba engastada en el hombro derecho de su armadura relucía como si fuera de oro bruñido. Unos aros negros colgaban del lóbulo de su oreja derecha y su ojo izquierdo había sido reemplazado por un implante biónico liso parecido a una gema. Unos delgados hilos corrían desde el mecanismo hasta la parte posterior del cráneo. El venerable rostro de Calgar parecía tallado en madera de roble, pero no había perdido nada de su astucia o de su perspicacia. Aunque tenía más de cuatrocientos años, su fuerza y su vitalidad eran la envidia de muchos guerreros que tenían la mitad de su edad.

—Bienvenido, hermano —lo saludó Calgar al mismo tiempo que le colocaba las dos manos sobre las guardas de las hombreras de su armadura —. Me alegro de verte, Uriel. Te admiro y me siento orgulloso de ti. Las victorias en Tracia fueron honorables.

Uriel hizo una reverencia para aceptar los cumplidos y Calgar lo invitó a sentarse. El señor de los Ultramarines se inclinó sobre el banco de piedra y llenó las dos copas de plata con el vino de la jarra de porcelana. Le ofreció una a Uriel, y éste se fijó en que la copa parecía absurdamente diminuta en el enorme guantelete de Calgar.

—Gracias —dijo Uriel antes de probar el vino fresco y quedarse en silencio.

Su semblante aquilino era serio y anguloso, con unos ojos del color de las nubes de tormenta. Llevaba el cabello oscuro muy corto, casi dejando al descubierto su cráneo moreno, y lucía dos tachones de oro sobre la ceja del ojo izquierdo. Uriel era un guerrero nato, nacido y criado en el mundo cavernoso y subterráneo de Calth. Gracias a sus valerosas hazañas se había labrado una tremenda reputación entre los Ultramarines como un combatiente de gran fuerza y pasión, y su devoción al Capítulo era ejemplar.

—Idaeus era un gran guerrero y un excelente amigo —comentó Calgar adivinando los pensamientos de Uriel.

—Realmente lo era —respondió Uriel a la vez que colocaba la mano sobre la decorada vaina de la espada—. Me entregó esta arma antes de partir para destruir el puente de Tracia. Dijo que me serviría a mí mejor que a él, pero todavía no sé si puedo honrarla tal como se lo merece o si puedo reemplazarlo como capitán de la cuarta compañía.

—Él no hubiera querido que tan sólo lo reemplazaras, Uriel. Él hubiera querido que te comportaras como tú mismo, que mandaras a la cuarta compañía como si fuera tuya.

Calgar dejó a un lado su copa.

—Conocía bien a Idaeus, capitán Ventris —empezó a decir, mencionando el nuevo rango de Uriel—, y sabía muy bien que tenía métodos… poco ortodoxos. Era un hombre de grandes dotes y gran corazón. Serviste con él a lo largo de muchos años, y sabes tan bien como yo que Idaeus no le hubiera entregado la espada que él mismo forjó a un hombre inapropiado para ello.

Calgar fijó la mirada en la piedra y siguió hablando.

—Debes saber, hijo de Guilliman, que el padre de nuestro Capítulo siempre nos observa y protege. Conoce tu alma, tu fortaleza, y sí, incluso tu miedo. Comparto el dolor que sientes por la pérdida del hermano capitán Idaeus, pero deshonrar su nombre con tu pena es algo equivocado. Dio su vida para que sus hermanos de batalla pudieran vivir y los enemigos del Emperador fueran derrotados. Un guerrero no puede pedir mejor muerte que esa. El capitán Idaeus era tu oficial superior y tú debías obedecer al pie

de la letra las órdenes que te impartió. La cadena de mando no debe romperse, o no seríamos nada. La disciplina y el orden lo son todo en el campo de batalla, y el ejército que viva y luche según ese credo, siempre triunfará. Recuerda eso.

—Lo haré —afirmó Uriel.

—¿Has entendido todo lo que he dicho?

—Lo he hecho.

—Entonces, ya no volveremos a hablar de Idaeus hoy, y en vez de eso hablaremos de las batallas que se avecinan, ya que necesito a la cuarta compañía.

Uriel dejó a un lado su copa y sintió una oleada de impaciencia recorrer su cuerpo ante la expectativa de tener una nueva oportunidad de servir otra vez al Emperador.

—Estamos preparados para combatir, lord Calgar —dijo Uriel con orgullo.

Calgar sonrió: había esperado aquella respuesta con toda certeza.

—Sé que lo estáis, Uriel. Existe un mundo que dista algunas semanas de Ultramar y que requiere la fuerza de nuestra presencia. Se llama Pavonis y sufre los ataques de unos piratas: los malditos eldars.

La expresión del rostro de Uriel se endureció con un gesto de desprecio al oír mencionar a los eldars, unos alienígenas decadentes que se negaban a reconocer el derecho divino de la humanidad a gobernar la galaxia. Uriel se había enfrentado con anterioridad a los eldars, pero sabía muy poco de sus blasfemas costumbres alienígenas. Los sermones de adoctrinamiento de los capellanes le habían enseñado que eran arrogantes más allá de lo que podían expresar las palabras y que no se podía confiar en ellos, lo que ya era más que suficiente para Uriel.

—Los perseguiremos y los aniquilaremos como la escoria alienígena y traicionera que son, mi señor.

Calgar sirvió más vino y alzó su copa.

—Brindo por las batallas y las victorias que están por llegar, Uriel, pero existe otra razón por la que debes viajar a Pavonis.

—¿Yes?

—El Administratum está muy disgustado con la gobernadora planetaria de Pavonis. Quieren hablar con ella sobre su fracaso a la hora de entregar los diezmos correspondientes a un mundo imperial como el suyo. Debes transportar a un adepto del Administratum a Pavonis y asegurarte de que transmite a salvo ese disgusto. Capitán, te confiero la responsabilidad personal de su seguridad.

Uriel asintió, aunque no estaba seguro del motivo por el que aquel chupatintas en concreto mereciera semejante protección, pero dejó a un lado aquel pensamiento por ser irrelevante. Que lord Calgar le hubiera encomendado la seguridad de aquel individuo era para Uriel razón suficiente para que no le ocurriera nada malo.

—El gran almirante Tiberius ya tiene al Vae Victus preparado para partir, y el adepto llegará mañana por la mañana con información más detallada. Espero que tú y tus hombres estaréis preparados antes del próximo anochecer.

—Así será, lord Calgar —le aseguró Uriel, sintiéndose realmente honrado por la confianza que había demostrado tener en él el señor de los Ultramarines. Sabía que moriría antes de permitir que aquella confianza fuera traicionada.

—Entonces, ve, capitán Ventris —le ordenó Calgar poniéndose en pie y saludando a Uriel—. Presenta tus respetos en la capilla del primarca y después prepara a tus hombres.

Calgar le ofreció la mano y Uriel se puso en pie. Los dos guerreros sellaron su juramento de lealtad y valor mutuo al estilo de los guerreros: agarrándose por las muñecas el uno al otro.

Uriel hizo una profunda reverencia ante Calgar y salió con jiaso decidido del patio. Calgar se quedó mirando cómo su capitán más reciente pasaba entre las grandes puertas de bronce y salía al sol de la tarde. Deseó haber podido contarle más. Tomó su copa y vació el contenido de un solo trago.

Su agudo sentido del oído detectó un roce de tela a su espalda, y supo sin darse la vuelta quién estaba detrás de él, oculto entre las sombras del claustro.

—Ese hombre tiene una gran responsabilidad ahora, lord Calgar. Hay mucho en juego en este asunto. ¿Cumplirá su propósito? —preguntó el recién llegado.

—Sí —le respondió Marneus Calgar en voz baja—. Creo que lo hará.

Uriel recorrió el largo pasillo procesional dorado entre las apretujadas filas de peregrinos vestidos con túnicas sin hacer caso de las miradas de asombro que provocaba su presencia. Uriel, cuya cabeza y hombros sobresalían por encima de aquellos que habían ido a contemplar uno de los lugares más sagrados de todo el Imperio, sintió que los latidos de sus corazones se aceleraban a medida que se acercaba al centro del Templo de la Corrección.

Al igual que gran parte de la Fortaleza de Hera, se decía que el templo había sido diseñado por Roboute Guilliman, y sus proporciones desafiaban la mente con la escala de su construcción y la grandeza de su decoración. Un resplandor multicolor se desparramaba procedente de una arcada que se abría ante él: la luz del sol del atardecer, ya bajo en el horizonte, atravesaba las vidrieras coloreadas de la cúpula en una lluvia de rayos dorados, azules, rubíes y esmeraldas. La multitud de peregrinos se apartó a su paso. Su condición como uno de los elegidos del Emperador le otorgaba preferencia sobre sus deseos de ver en persona al bendito Guilliman.

Como siempre, se quedó sin respiración durante un instante cuando quedó en presencia de la impresionante figura del primarca. Bajó los ojos sintiéndose indigno de permitir que su mirada se mantuviese durante demasiado tiempo posada sobre el padre fundador del Capítulo.

La enorme forma cubierta de armadura de Roboute Guilliman, primarca de los Ultramarines, estaba sentada en un gigantesco trono de mármol, y allí había permanecido enterrado durante los últimos diez mil años, en su luminoso sepulcro del campo de estasis. A los pies del primarca se encontraban sus armas y su escudo y, a su espalda, el primer estandarte de Macragge. Se decía que había sido tejido con los cabellos de un millar de mártires, y que el propio Emperador lo había tocado con la mano. Uriel sintió crecer un tremendo orgullo en su pecho por el hecho de que por sus

venas corriera la sangre de uno de los héroes y guerreros más poderosos de la época de la Gran Cruzada. Se dejó caer sobre una rodilla, abrumado por el honor que su propia existencia le otorgaba.

Incluso en la muerte, las facciones del primarca indicaban un gran valor y una gran fortaleza, y si no hubiera sido por la herida reluciente que tenía en el cuello, Uriel habría jurado que el gigantesco guerrero podría ponerse en pie y salir del templo por sí solo. Sintió una rabia fría y acerada cuando sus ojos se detuvieron en la herida escarlata. Unas gotas de sangre, como pequeños rubíes centelleantes, se habían quedado inmóviles bajo el cuello del primarca, a mitad de su recorrido, por el efecto de inmovilización del tiempo dentro del campo de estasis. La vida de Guilliman había sido segada antes de tiempo por la hoja envenenada del primarca traidor de los Hijos del Emperador, Fulgrim. Su tarea había quedado inacabada, su legado incumplido, y ésa era una de las mayores tragedias de la muerte de Guilliman.

Uriel sabía que había algunos que creían que las heridas del primarca se estaban curando lentamente y proclamaban que llegaría un día en el que se alzaría de su trono. Cómo algo tan imposible podía ocurrir en el interior de un campo de estasis sellado era un asunto que los profetas ponían en manos de la voluntad infalible del Emperador.

Podía sentir la presencia de las masas de peregrinos silenciosos a su espalda. Se percató del respeto reverencial que le tenían, y no se sintió merecedor de tanta devoción. Sabía que aquella forma de pensar lo diferenciaba de la mayoría del resto de sus hermanos, pero Idaeus le había enseñado lo valioso que era mirar más allá de los límites de los pensamientos convencionales.

Las masas ordinarias y sin rostro de la humanidad eran los verdaderos héroes de la galaxia. Los hombres y las mujeres del Imperio que se alzaban, desnudos y vulnerables, ante los horrores del universo infinito y se negaban a rendirse a su inmensa vastedad incomprensible. Su misión en la vida era protegerlos para que pudieran continuar en su propósito de cumplir el destino manifiesto de la humanidad: gobernar la galaxia en nombre del Emperador.

Uriel apoyó la otra rodilla y comenzó a rezar con un susurro.

—Perdóname, mi señor, pero acudo a tu presencia para que me bendigas. Dirijo a mis hombres al combate y te pido que me concedas el valor y la sabiduría para llevarlos a través del ardor de la lucha con honor.

Uriel cerró los ojos y permitió que lo que le rodeaba le infundiera serenidad y fortaleza. Respiró profundamente y percibió con intensidad el olor de los desgastados honores de batalla que colgaban en la circunferencia interior de la inmensa cúpula.

Una oleada de sensaciones lo invadió cuando la neuroglotis situada en la parte posterior de su boca analizó los componentes químicos del aire, cargado con el aroma de mundos alienígenas y de cruzadas libradas en épocas pasadas. Los recuerdos se superpusieron unos a otros, pero uno destacó sobre los demás, algo que había ocurrido un siglo antes. Acababa de cumplir catorce años, poco después de que lo hubieran llevado al Templo de Hera.

Uriel corría ladera arriba. La respiración le quemaba los pulmones mientras atravesaba con sus largas zancadas los bosques de hoja perenne de las montañas. Su estado físico era mucho mejor que el de la mayoría de sus compañeros, reclutas escogidos por los Ultramarines, y ya sólo Learchus estaba por delante de él. Trabajar en las granjas de las cavernas de Calth y entrenarse en el campamento Agiselus habían mantenido su cuerpo delgado y musculoso, y sabía que disponía de la energía y de la resistencia necesarias para alcanzar a Learchus antes que lograra llegar a la cima.

Sólo Cleander lo seguía de cerca, pero Uriel no podía mirar atrás para ver a qué distancia se encontraba el amigo de Learchus. Uriel estaba acortando la distancia que lo separaba de Learchus y no le quedaban más que unas pocas zancadas para alcanzarlo. Sonrió cuando se aproximó al joven, más alto y fuerte, con toda su energía concentrada en sobrepasar al líder de la carrera. Oyó los pasos de Cleander muy cerca, pero Uriel estaba demasiado centrado en alcanzar a Learchus.

Su rival lanzó una breve mirada por encima del hombro y Uriel sintió un estallido de alegría al distinguir con claridad la preocupación en sus rasgos cansados. Pudo ver que Learchus sabía que iba a ser derrotado, por lo que se esforzó todavía más, con los brazos subiendo y bajando como pistones a medida que llegaba a su altura.

Uriel se desvió a la derecha para sobrepasar a Learchus, sobreponiéndose al dolor ardiente que sentía en los muslos cuando aceleró la marcha. Learchus miró de reojo cuando captó la presencia de Uriel y le propinó un codazo.

Un chorro de sangre saltó de la nariz de Uriel y los ojos se le llenaron de lágrimas. Un estallido de luz dolorosa lo cegó, y trastabilló a la vez que se llevaba las manos a la cara. Sintió que unas manos lo agarraban de los hombros por detrás, y gritó cuando Cleander lo sacó de un tirón del sendero. Cayó con fuerza al suelo y golpeó la tierra dura con la nariz ya rota. Oyó unas risotadas y se sintió invadido por una tremenda rabia ciega.

Uriel trató de ponerse en pie, tambaleándose mientras se limpiaba la sangre de la nariz y de la cara, pero se mareó y cayó de nuevo. Pudo distinguir a través del velo de dolor cómo lo sobrepasaban otros reclutas persiguiendo a sus atacantes hacia la cima de la montaña.

Una mano lo agarró por el brazo desnudo y lo ayudó a ponerse en pie. Uriel parpadeó para despejar de lágrimas de dolor los ojos y vio a su camarada de escuadra, Pasanius. Se agarró a los hombros de su amigo mientras se recuperaba.

—Déjame adivinar —dijo Pasanius entre jadeos—. ¿Learchus?

Uriel sólo pudo asentir. Levantó la vista recorriendo la ladera y vio a Learchus muy lejos, casi en la cima de la montaña.

—¿Puedes correr?

—Sí, puedo correr —respondió con un gruñido Uriel—. ¡Hasta la misma cima para aplastarle los morros a ese cabrón tramposo!

Apartó la mano de Pasanius del brazo con una sacudida y se lanzó a la carrera de nuevo. Cada una de las zancadas que daba con los pies desnudos le provocaba un pinchazo de dolor en el rostro. La sangre le salía sin parar de la nariz, pero él agradeció el sabor metálico y punzante en su boca a la

vez que su rabia seguía aumentando. Superó a algunos corredores, pero apenas se dio cuenta de ello: tenía la mente llena de un tremendó deseo de venganza.

Uriel llegó a la cima de la montaña y se acercó algo tambaleante a la columna de piedras que se encontraba en el centro de la rocosa altiplanicie. Tocó el apilamiento de peñascos y se giró hacia donde estaban sentados Learchus y Cleander. Unas montañas abruptas y elevadas de color negro se alzaban hasta donde la vista podía alcanzar, pero Uriel no prestó ninguna atención al magnífico paisaje mientras se dirigía hacia Learchus, que estaba repantigado contra una roca observando cómo se acercaba con una mirada vigilante. Cleander se puso en pie para interponerse entre los dos, y Uriel vio cómo una expresión de enfado asomaba al rostro de Learchus. Cleander era más joven que Uriel, pero le sacaba una cabeza y media de altura, y unos poderosos músculos subían y bajaban su pecho sudoroso.

Uriel se detuvo y se encaró con Cleander, sosteniéndole la mirada. Después, de repente, le golpeó en el plexo solar con la base de la palma de la mano.

Cleander se inclinó y Uriel le propinó otro par de puñetazos en la cara y en el cuello, para rematarlo con un tremendo derechazo. Su musculoso oponente cayó al suelo y Uriel pasó por encima de su gemebundo cuerpo para seguir acercándose a Learchus. El joven se puso en pie y retrocedió un poco al mismo tiempo que colocaba los puños por delante de él, adoptando la típica postura de un boxeador.

—Hiciste trampa —le dijo Uriel con tono acusador, levantando también los puños.

Learchus se encogió de hombros.

—Gané la carrera —comentó.

—¿Y crees que eso es todo lo que importa? ¿Ganar?

—Por supuesto —le respondió Learchus con tono burlón—. Eres un idiota si crees otra cosa.

Los dos contendientes dieron vueltas uno frente al otro, lanzando fintas con los puños, mientras los últimos reclutas llegaban a la cima de la montaña.

—¿No aprendiste nada en Agiselus, Learchus? Una victoria no cuenta en absoluto si no mantienes tu honor.

—¡No te atrevas a darme lecciones, granjero! —le replicó Learchus—. Ni siquiera deberías estar aquí. Al menos, yo me gané mi puesto y mi derecho a venir a este lugar. No me lo regalaron por méritos de mis antepasados.

—Learchus, yo también me gané limpiamente mi derecho a estar aquí —le contestó Uriel con tono amenazador—. Lucían no tuvo nada que ver con el hecho de que me eligieran.

—¡Y una mierda! Sé la verdad sobre todo este asunto —respondió Learchus con un siseo al mismo tiempo que se abalanzaba contra él y le lanzaba un tremendo puñetazo a la sien. Uriel siguió la trayectoria del ataque y se agachó para luego agarrar a su oponente de la muñeca con ambas manos. Se giró, desequilibrando a Learchus e inmediatamente después se dejó caer sobre una rodilla para lanzarlo por encima de su hombro.

Learchus gritó mientras volaba por el aire y soltó un fuerte bufido cuando aterrizó de golpe contra el suelo y se le escapó el aire de los pulmones por el fuerte impacto. Uriel tiró del brazo, lo retorció y sintió cómo se rompía la muñeca, oyó por encima del aullido de dolor de Learchus cómo los extremos partidos de los huesos rozaban entre sí.

Uriel lo soltó y regresó al montículo de piedras. Se dejó caer de espaldas contra él, y el dolor y el agotamiento lo atacaron con fuerzas renovadas.

Un grupo de chicos se acercaron a ayudar a los reclutas heridos, y a Uriel le invadió de repente una gran sensación de vergüenza. Learchus le caía bien a todo el mundo y no iba a ganar nada por haberlo derrotado.

Sin embargo, no podía deshacer lo que ya había hecho y debía hacer frente a sus consecuencias. Alguien lo tapó con su sombra: vio que su amigo Pasanius se había colocado a su lado con una mirada de reprobación en su rostro. Su amigo se sentó junto a él.

—No deberías haber hecho eso, Uriel.

—Lo sé. Ojalá pudiera dar marcha atrás al tiempo, lo digo de verdad.

—Learchus te va a odiar más por esto.

—¿Crees que debería pedirle disculpas?

—Sí, pero no ahora mismo. Lo has avergonzado en público y se negaría a aceptar cualquier clase de disculpa. Habla con él cuando regreséis a la fortaleza y los apotecarios le hayan inmovilizado y curado la muñeca.

—Haré lo que me dices, amigo mío. Fue una estupidez… Me dejé cegar por la rabia y la ira.

—Al menos, te das cuenta de que fue una estupidez. Parece ser que, después de todo, en Agiselus lograron meterte algo en esa gruesa cabezota de granjero —le dijo Pasanius con una sonrisa.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió Uriel—, o también tendré que tirarte al suelo a ti.

—Podrías intentarlo, granjerito, pero haría falta algo más de lo que tú tienes para tumbarme de verdad.

Uriel se echó a reír, sabiendo de sobras que Pasanius estaba en lo cierto. Aunque tan sólo acababa de cumplir su decimoquinto verano, Pasanius ya era más alto que la mayoría de los hombres adultos. Sus músculos sobresalían como cables de acero bajo su piel bronceada, y ninguno de los demás reclutas había logrado derrotarlo en un enfrentamiento físico.

—Vamos —le dijo Pasanius poniéndose en pie—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Ya sabes que Clausel cierra las puertas al caer el sol y, por lo que a mí respecta, no me atrae nada pasar otra noche en las montañas.

Uriel asintió y también se puso en pie, gruñendo cuando sus músculos protestaron la repentina actividad. Se dio cuenta de que se había olvidado de estirarlos después de la carrera, y se maldijo a sí mismo una vez más por haberse comportado como un idiota.

Los reclutas iniciaron el camino de regreso y echaron una mano por turnos cuando Learchus, que estaba pálido, comenzó a tambalearse mientras corría por el sufrimiento y el dolor que le provocaba el hueso fracturado. La muñeca del muchacho se había hinchado hasta tener el doble del tamaño normal, y la piel había adquirido un tono púrpura enfermizo. Casi se desmayó en varias ocasiones durante el descenso de la montaña. Uriel se

ofreció a ayudarlo una vez, pero los ceños y las caras de pocos amigos de sus compañeros le hicieron desistir de intentarlo de nuevo.

Cuando llegaron a la Fortaleza de Hera, Learchus les dijo a los apotecarios que se había roto la muñeca en una caída. Uriel sintió a lo largo de los días siguientes cómo se abría un abismo entre él y sus demás compañeros. Sin embargo, darse cuenta de la existencia de aquella separación fue suficiente para prevenir e impedir que aumentara, y tan sólo Pasanius siguió siendo un buen amigo en los años que siguieron.

En el Templo de la Corrección, Uriel abrió los ojos, echó a un lado los últimos vestigios de aquel recuerdo y se puso en pie. Apenas pensaba en aquellos días cuando sólo era un cadete, y se quedó sorprendido por haberlo hecho aquel preciso día. Quizás era un presagio, un mensaje del propio primarca bendito. Alzó los ojos y miró el rostro de Roboute Guilliman en busca de una señal de lo que podía significar, pero el primarca muerto permaneció inmóvil en su trono.

Uriel sintió sobre los hombros el peso de la responsabilidad de encontrarse al mando, y cruzó la cámara en dirección a una placa con rebordes de bronce que se encontraba en la pared curvada del sanctum interior del templo. La circunferencia interior del templo estaba cubierta por enormes láminas de mármol negro pulido con vetas de color jade. En cada una de las láminas estaban grabados con letras de oro los nombres de todos y cada uno de los Ultramarines que habían caído en combate a lo largo de los diez mil años de la existencia del Capítulo. Miles y miles de nombres rodeaban al primarca, y Uriel se preguntó cuántos más se grabarían sobre las paredes antes de que él regresara de nuevo a aquel lugar sagrado. ¿Sería el suyo uno de esos nombres?

Sus ojos recorrieron la placa de mármol que tenía delante, dedicada a los cien guerreros de la primera compañía que habían luchado contra el horror alienígena de los tiránidos bajo las fortalezas defensivas situadas en la zona norte de Macragge, unos doscientos cincuenta años antes.

Uriel posó la vista finalmente en un solo nombre, grabado justo debajo de la dedicatoria al heroico capitán Invictus de la primera compañía.

SARGENTO VETERANO LUCÍAN VENTRIS.

El dedo de Uriel resiguió los trazos del nombre de su antepasado, sintiéndose orgulloso de llevar su apellido. Su parentesco casual con uno de los héroes del Capítulo le había proporcionado el derecho a Uriel de ser entrenado en una institución tan prestigiosa como el campamento Agiselus, pero habían sido su propia habilidad y determinación para no fallar las que le habían hecho ganarse el derecho a ser seleccionado por los Ultramarines.

Uriel hizo una reverencia, presentando sus respetos a su antepasado, y después saludó antes de darse media vuelta en redondo y salir del templo.

Tenía que preparar a su compañía para marchar a la guerra.



TRES

El clamor de cientos de voces gritando al mismo tiempo era ensordecedor. El juez Virgil Ortega, de los Adeptus Arbites de Pavonis, aplastó su escudo contra la cara de otro individuo aullante vestido con un grueso mono de trabajo y blandió su porra de energía con una fuerza brutal. Los cuerpos le empujaron por doquier mientras él golpeaba a izquierda y derecha. Unas cuantas manos intentaron agarrarlo cuando él y su escuadra intentaron hacer retroceder a la ingente multitud. Otro hombre que aullaba algo lo aferró de su uniforme negro: Ortega bajó con fuerza la porra de energía y le partió los huesos. Él aire se llenó de gritos de dolor y de furia, pero él tenía una única prioridad: impedir que los alborotadores pusiesen sus manos encima de la gobernadora Shonai. Vio que uno de los suyos ya había caído.

La agente Sharben estaba a su lado. La vio esquivar el torpe ataque con una pesada herramienta por parte de uno de los obreros de la manifestación y responderle con un tremendo golpe en la barriga. Ortega quedó impresionado, incluso en mitad del caos de aquella algarada de protesta. Para ser una novata, se estaba comportando como si fuera una veterana con diez años de experiencia. A su alrededor, el resto de los agentes de armaduras negras obligaron a golpes a los manifestantes a alejarse del estrado de la gobernadora.

Aquella parte de la plaza se convirtió en un campo de batalla cuando los furiosos trabajadores de Puerta Brandon arremetieron contra ellos. Contra todo consejo y sensatez, la gobernadora Mykola Shonai y los miembros más importantes de las corporaciones habían decidido mantener una conversación con un grupo de dirigentes del Colectivo de Trabajadores en público para tranquilizarlos y asegurarles que el llamado «impuesto de diezmo» no era más que una simple medida temporal.

Había sido inevitable que la reunión provocase tensiones y se llegara a los insultos. La situación empeoró y empezaron a volar botellas y piedras. Sus hombres ya habían sufrido y parado la mayor parte de aquella lluvia de objetos con sus escudos cuando, de repente, sonó un disparo, y uno de los miembros de su escuadra cayó al suelo con un tiro en la pierna.

Después, todo pareció suceder a la vez. Sonaron nuevos disparos y Ortega vio a uno de los miembros del grupo de las corporaciones

desplomarse con la parte posterior del cráneo destrozada. Había caído hacia adelante, arrastrando con él a la gobernadora. Ortega no sabía si ella había sido alcanzada ni de dónde procedían los disparos, y no disponía del tiempo necesario para averiguarlo. Lo único que le importaba era que algún cabrón entre aquella multitud acababa de subir las apuestas con su arma de fuego. Bueno, si aquella gente quería jugar así, Virgil Ortega estaba encantado de participar.

La guardia personal de la gobernadora estaba alejándose del epicentro de los disturbios, llevando a Shonai y a los demás miembros de las corporaciones a una distancia segura de toda aquella violencia, pero Ortega se dio cuenta de que estaban haciéndolo en la dirección equivocada. Estaban retrocediendo hacia las puertas del palacio imperial, pero los malditos imbéciles no se habían percatado de que había más alborotadores en esa parte y les impedirían el paso. Unos cuantos grupos participantes en la manifestación se habían colocado a los lados rodeando el estrado. Los Adeptus Arbites estaban logrando contener a la masa de gente, y los cañones de agua de los vehículos de control de multitudes estaban ayudando a ello, pero la línea de agentes estaba empezando a ceder, y tan sólo era cuestión de tiempo antes de que la presión del gentío fuese demasiado grande. La guardia de la gobernadora estaba alejándose de la protección de los Adeptus Arbites y, por lo que Ortega podía ver, él y sus agentes era lo único que podía sacar con vida a la gobernadora de aquel tumulto.

—¡Sharben! —gritó—. Llévate a un agente y consigue un vehículo de control de multitudes. Recoge a la gobernadora y métela en el palacio. ¡Date prisa!

Sharben se limitó a asentir, con el rostro completamente tapado por el visor de cristal teñido de su casco, y se dirigió hacia donde se encontraban los vehículos llevándose consigo a uno de los agentes de su escuadra. Los restantes agentes de la línea de Ortega retrocedieron rápidamente, pero el gentío no se sintió muy dispuesto a volver a acercarse a ellos por temor a sus porras de energía.

La situación era bastante mala, pero Ortega había logrado manejar disturbios mucho peores y se dio cuenta de que la violencia no se había extendido demasiado. Los que estaban en el centro de la multitud no habían tenido a nadie contra quien desahogar su ira y se dedicaban simplemente a empujar hacia adelante. Si Sharben lograba sacar a la gobernadora de allí con la suficiente rapidez, la situación podría resolverse.

Ortega miró a lo largo de la línea en busca del sargento Collix y le indicó por gestos que se acercara.

—Collix, quiero que mantengas esta línea. Sharben y yo vamos a intentar sacar a la gobernadora de aquí.

—¡Sí, señor! —gritó Collix antes de regresar a su puesto.

Ortega se dio la vuelta y se separó de la línea colgándose la porra de energía del cinturón. No las tenía todas consigo respecto a Collix, pero era el agente de mayor rango de la línea. Ortega bajó el micrófono de su comunicador y contactó con el canal de seguridad de la gobernadora.

—El juez Ortega para el destacamento de seguridad Primus. Permanezcan donde están. Se dirigen hacia un lugar más conflictivo. Estaremos a su lado en un momento. Repito, permanezcan donde están.

Ortega guardó de nuevo el micrófono en el casco sin esperar respuesta o confirmación y se dirigió hacia el lugar donde estaba la gobernadora.

Oyó a Collix gritar varias órdenes a su espalda, pero no captó lo que decía. Se detuvo en seco cuando distinguió el sonido inconfundible de las escopetas al ser cargadas. Se dio la vuelta. Un miedo frío se apoderó de él. Toda la línea de agentes tenía sus armas apuntadas hacia la multitud. ¡Por el trono del Emperador! ¡Iban a disparar contra los ciudadanos!

Ortega lanzó un grito.

—¡Enfundad esas malditas armas!

Ya era demasiado tarde: los agentes dispararon a quemarropa contra el gentío. La línea de manifestantes se estremeció y decenas de personas se desplomaron. El humo de los disparos ocultó el número exacto de personas alcanzadas, pero Ortega lanzó una maldición cuando oyó el grito instintivo y primario de rabia proferido por los que habían sobrevivido a los disparos. La multitud se abalanzó hacia adelante y las escopetas dispararon de nuevo.

Cayó más gente, pero detrás había miles de personas más empujando. Hombres y mujeres fueron aplastados contra el suelo por los que les seguían cuando cayeron al tropezar con los cuerpos de los muertos y heridos. Los aullidos de rabia del gentío pasaron a convertirse en gritos de pánico.

Los agentes dieron un paso al frente al unísono con las escopetas apoyadas en las caderas. Dispararon otras dos andanadas contra la multitud antes de que Ortega llegara hasta ellos y se pusiera a gritar.

—¡Alto el fuego! ¡Enfunden las armas! ¡Es una maldita orden! ¡Ahora mismo!

Los agentes se colocaron las escopetas de nuevo en las fundas del hombro mientras la humareda provocada por los disparos se despejaba ante ellos. El suelo estaba cubierto por cientos de personas con los cuerpos destrozados por los disparos de escopeta a corta distancia. La sangre formaba arroyuelos por el suelo de adoquines de la plaza y los gemidos de los heridos apenas se podían oír por encima de los gritos de la multitud aterrorizada. Los manifestantes se habían retirado de momento, pero Ortega se dio cuenta de que volverían para vengarse en cualquier instante.

—¡Retirada! —gritó Ortega—. Todo el mundo en los Rhinos. ¡Nos vamos… ya!

Ortega empezó a separar a sus hombres de la línea, y sólo en ese momento se dieron cuenta algunos de ellos de la matanza que habían causado. El hedor a cordita, a sangre y a sudor inundaba el aire, y Ortega sabía que sólo disponían de unos pocos segundos antes de que todo estallara de nuevo. Los agentes retrocedieron con rapidez hacia las formas rectangulares negras de los Rhinos, vehículos blindados de transporte de personal, cuyos poderosos motores ronroneaban al ralentí. Algunos de ellos habían sido modificados para llevar montado un cañón de agua de gran potencia en la cúpula del techo, y Ortega les ordenó que comenzaran a disparar cuando un rugido ensordecedor de rabia surgió de las gargantas de la multitud.

El gentío se lanzó a por los agentes, deseoso de venganza. Los cañones de agua dirigieron sus chorros contra la multitud y derribaron a las personas

de las primeras filas.

Sin embargo, había demasiados manifestantes para un número insuficiente de cañones. La muchedumbre enfurecida se abalanzó sobre los agentes y comenzó a golpearles con puños y botas de punta de hierro. El severo entrenamiento con los escudos y los impactos precisos con las porras de energía proporcionaron a los Arbites el espacio suficiente para replegarse, y Ortega abrió la compuerta lateral del transporte Rhino más cercano y empezó a hacer entrar a sus hombres en el interior. Él se subió de un salto a una de las rampas laterales y metió la cabeza.

—¡Ya estamos! ¡Sácanos de aquí de una puñetera vez! —le gritó al conductor—. Localiza a Sharben y ponme en contacto con ella. Debe de tener a la gobernadora.

Los Rhinos comenzaron a dar marcha atrás alejándose de la violenta turba y los hábiles conductores giraron hacia el edificio de los Arbites. Ortega buscó con la vista a Sharben y lanzó un improperio cuando vio que el techo del vehículo de control de multitudes en que ella había montado estaba envuelto en llamas, no muy lejos de la puerta blindada del edificio en cuestión. El agente encargado de manejar el cañón de agua estaba tirado sobre su arma, con el cuerpo ardiendo. Ortega vio que la oruga izquierda colgaba inutilizada de la rueda tensora posterior y que los alborotadores estaban dispuestos a apoderarse de su preciada carga. Lo estaban balanceando de un lado a otro en un intento por volcarlo.

Ortega golpeó el costado del Rhino y señaló el vehículo inmovilizado de Sharben.

—¡Llévanos hasta allí y detente a su lado! ¡Prepárate para ponerte en marcha en cuanto te lo diga!

El conductor asintió para mostrar que le había entendido y dirigió el Rhino hacia el vehículo averiado. Ortega se agarró para mantenerse a bordo cuando su transporte se bamboleó de un lado a otro en su veloz avance.

—Sharben, adelante —dijo Ortega mientras se acercaban al vehículo en llamas.

—Señor, aquí Sharben —contestó ella por el comunicador—. Si están cerca, nos encantaría que alguien nos sacase de aquí.

—Sharben, ya casi hemos llegado. Aguanta. ¿Tienes a la gobernadora?

—Afirmativo.

—Bien hecho. Prepárate para cuando lleguemos.

La agente Jenna Sharben sintió cómo le corría el sudor por el interior de su armadura de cuero negro. El calor en el interior del Rhino estaba empezando a ser insoportable, y tan sólo era cuestión de tiempo que acabaran asados y muertos. El vehículo se estaba estremeciendo con fuerza de un lado a otro y sus pasajeros civiles estaban al borde de la histeria. Murmuró una breve oración de gracias al Emperador porque Virgil Ortega ya estuviera de camino. Era un cabrón estricto y sin sentido del humor, pero jamás abandonaba a un agente.

—¡Agente! —le gritó un individuo de traje negro cuyo nombre desconocía—. ¿Qué planes tiene? Debemos ponernos a salvo. Le exijo que nos facilite un modo de escapar de esta situación intolerable.

Se fijó en la insignia de la corporación Vergen que llevaba prendida de la solapa del traje y se tragó la respuesta impertinente que estaba a punto de soltarle. En vez de eso, respiró profundamente y le contestó de forma educada.

—Mi oficial superior ya se encuentra en camino con otro vehículo y dentro de poco estaremos en marcha de nuevo.

—Estoy segura de que nos encontramos a salvo, Leotas… —empezó a decir la gobernadora Mykola Shonai justo cuando el vehículo se inclinó peligrosamente hacia un lado. Jenna se dio cuenta de que el Rhino iba a volcar.

—¡Agárrense! —gritó, a la vez que se agarraba a un montante y entrecruzaba las piernas por detrás del banco de pasajeros—. ¡Vamos a volcar!

El Rhino cayó sobre uno de sus costados con un impacto estremecedor y un crujido tremendo. Jenna agarró a la gobernadora Shonai por la túnica justo cuando ésta caía agitando los brazos hacia ese costado del vehículo y la mantuvo en posición vertical. Oyó un rugido de entusiasmo ahogado procedente del exterior y unos golpes repetidos contra el casco. Era muy improbable que ninguno de ellos lograra atravesar el blindaje, pero el ruido

era ensordecedor. El individuo al que la gobernadora había llamado Leotas estaba tirado en el suelo sin moverse, con un leve reguero de sangre que le salía de un profundo corte en la cabeza. Los otros ocupantes del Rhino parecían estar casi igual de maltrechos.

Se soltó del montante al que estaba agarrada y sacó un botiquín de uno de los armarios. Se agachó al lado del inmóvil Leotas, pero se dio cuenta inmediatamente de que estaba perdiendo el tiempo: el hombre tenía el cuello roto y el cráneo fracturado. Se podía ver relucir el hueso blanquecino a través del cabello empapado de sangre.

—¿Se… se pondrá bien? —le preguntó la gobernadora Shonai con voz temblorosa.

—No —le contestó Jenna con franqueza y algo de brusquedad—. Está muerto.

Los ojos de Shonai se abrieron de par en par y se tapó la boca a causa de la impresión que sufrió.

Jenna dejó caer el botiquín cuando oyó el rugido sordo de un motor poderoso y el estampido de varios disparos en el exterior. Un tremendo impacto sacudió al Rhino inmovilizado y la gente se apoyó en un costado del vehículo mientras unas pesadas botas hacían resonar el lateral que hacía de techo por encima de su cabeza en ese momento.

El transmisor situado en su oído soltó un chasquido y oyó la voz seca y cortante de Virgil Ortega.

—¡Sharben! Abre la compuerta de la tripulación, estamos justo a tu lado.

Jenna se subió al banco de pasajeros y giró la manivela de apertura, abriendo los cierres de la puerta. Alguien la abrió de un tirón y unos débiles rayos de luz solar entraron en el humeante compartimiento de pasajeros.

Ortega se colgó la porra del cinturón.

—¡Dame a la gobernadora! —le gritó.

Jenna agarró a la gobernadora por la túnica y la puso en pie. Shonai dejó escapar un grito por la rudeza de Sharben, pero no se resistió a que la empujaran hacia la salida. Ortega tomó los brazos extendidos de la gobernadora y tiró de ella hasta sacarla. Se la pasó a otro agente que estaba

esperando al lado de la compuerta abierta de su propio Rhino y volvió a agacharse hacia el interior del vehículo de Sharben. Las ráfagas de bólter del Rhino habían hecho alejarse a la multitud del vehículo averiado, pero tan sólo era un respiro temporal.

—¡Vamos! —gritó de nuevo—. Dame al resto. ¡Date prisa, maldita sea!

Jenna levantó uno por uno a los demás pasajeros y los empujó hacia la seguridad del exterior donde Ortega los trasladó a su propio vehículo. Unas cuantas ráfagas más de bólter disparadas por encima de la cabeza del gentío lo mantuvo a raya mientras continuaba el rescate. Cuando todo el mundo estuvo fuera, Jenna Sharben salió justo a tiempo para ver al Rhino que llevaba a la gobernadora atravesar a toda velocidad las puertas del palacio imperial.

—Va siendo hora de que nos marchemos, Sharben —le dijo Ortega mientras la multitud comenzaba a acercarse de nuevo a la vez que aullaba al darse cuenta de que les habían arrebatado a su presa.

—Sí, señor —le contestó Sharben mostrándose de acuerdo, y saltaron juntos del vehículo para luego salir corriendo hacia la seguridad que ofrecía el cercano edificio de los Arbites. Una serie de casamatas blindadas protegían el emplazamiento de unos cañones de agua más poderosos que dispararon contra sus perseguidores, rompiéndoles los miembros con su tremenda fuerza. Sonaron más gritos a espaldas de los dos miembros del Adeptus Arbites, pero ambos estaban ya fuera de peligro y entraron sin resuello en el recinto defensivo de su edificio.

Los restantes Rhinos de Ortega se encontraban en el centro del patio, rodeados de agentes agotados.

Jenna Sharben se quitó el casco abollado y se pasó una mano enguantada por su corto cabello negro y por la cara cubierta de sudor mientras Ortega se encaminaba hacia los agentes de aspecto sombrío. Siguió a Ortega mientras éste se quitaba el casco y se dirigía hacia Collix.

Virgil Ortega era un individuo bastante achaparrado, bajito y musculoso, pero que irradiaba una sensación de poder y autoridad. El sudor relucía sobre su cráneo calvo y le caía por la barba recortada.

—¡Sargento! ¿Qué coño ha pasado ahí fuera? ¿Di orden de disparar?

—No, señor —respondió Collix con voz suave—. Pero dadas las circunstancias, pensé que habría dado semejante orden si hubiera estado en la línea de combate.

—Pues me parece que demuestra conocer muy poco a su oficial superior, sargento.

—Quizás —admitió Collix.

—Nada de quizá, Collix. Nuestro objetivo es hacer respetar las leyes del Emperador, no efectuar una matanza entre sus subditos. ¿Queda claro?

—La multitud estaba infringiendo esas leyes, señor.

—No te hagas el inocente conmigo, Collix. No voy a perderte de vista, y pienso mantenerte vigilado.

Ortega se lo quedó mirando durante unos largos momentos antes de dirigirse al interior del edificio.

—Buen trabajo, agente Sharben —gritó por encima del hombro pero sin volverse del todo.

Jenna sonrió ante aquel elogio poco habitual mientras Ortega desaparecía en el interior.

Se sentó en la rampa lateral de uno de los Rhinos y echó la cabeza atrás, dejando salir la tensión de todo lo ocurrido a lo largo de la mañana. Se sentía satisfecha de su conducta. Sabía que había combatido y se había comportado como un miembro veterano de los Adeptus Arbites en vez de como una agente recién salida de la instrucción, como era en realidad. Revisó metódicamente toda su actuación y no pudo encontrar ningún error en sus actos.

Sí, lo había hecho bien.

—Debería dejar que el cirujano del palacio le echara un vistazo a ese corte, señora —le comentó Almerz Chanda mientras se apretaba un chichón que tenía en su cráneo tonsurado. A él también lo habían sacado del Rhino de los Arbites, pero tan sólo había sufrido un golpe en la cabeza. El corte en la cabeza de la gobernadora no era profundo y ya estaba tapado por una tira de piel sintética que le había colocado un enfermero del Adeptus Arbites, pero

había visto en el mismo día a su sobrino recibir un balazo en la cabeza y a uno de sus mejores amigos morir en el caos provocado por los tumultos.

—¿Gobernadora? —dijo él, pero ella no contestó.

—Estoy bien —replicó tras un momento con mayor brusquedad de la que pretendía. Se giró dando la espalda al cristal blindado de la ventana y sonrió débilmente a su consejero principal—. Almerz, lo siento. Es que sólo…

—No hace falta que se disculpe, señora. Ha sido un día terrible y muy triste para usted.

—Sí —contestó ella mostrándose de acuerdo—. El pobre Lumak y el pobre Leotas, muertos antes de que les llegara su hora.

Chanda asintió.

—Todos sentimos enormemente su pérdida, señora.

—Esa bala debería haberme dado a mí —comentó Shonai—. Dumak tan sólo tenía veinte años. Planeaba nombrarle mi sucesor cuando ya fuera mayor de edad, el año que viene.

—Dio su vida por salvar la vuestra —recalcó Chanda—. Cumplió con su deber como miembro leal de la corporación Shonai. Será recordado como un héroe.

—¿Y a Leotas? ¿Cómo se le recordará?

—Como un amigo querido que fue arrancado de nuestro lado por el Emperador para cumplir su voluntad divina.

La gobernadora Shonai sonrió para mostrar su agradecimiento.

—Eres un buen amigo, Almerz, pero desearía estar a solas durante un rato.

—Como deseéis, señora —asintió Chanda antes de cerrar la puerta a su espalda y dejar a la gobernadora de Pavonis a solas con sus pensamientos.

Mykola Shonai se giró de nuevo hacia la ventana mientras sentía que su compostura de hierro se desmoronaba por momentos. Su amigo y aliado, Leotas Vergen, había fallecido.

Estaba muerto. Así de fácil. Aquella misma mañana le había estado hablando animadamente de la cercana boda de su hija con el hijo de Taloun, y de cómo aquello sería el amanecer de una nueva era de cooperación y entendimiento entre las corporaciones; pero él estaba muerto y la corporación Vergen no tenía jefe. Por mucho que odiara tener que admitirlo, se dio cuenta de que el sueño de cooperación entre corporaciones de su amigo había desaparecido junto a él.

Sin duda, los Taloun estarían encantados con aquella muerte, y ya estarían planeando adelantar la boda para establecer a su primogénito como cabeza de facto de la corporación Vergen. Por supuesto, los Vergen harían todo lo posible por impedir aquella boda, pero la hija de Leotas era conocida por su testarudez, y sólo el Emperador sabía las posibles consecuencias de la muerte de su amigo. Shonai se sintió apenada de que la relación entre ambos jóvenes se hubiera convertido en un arma política; pero de eso trataba la política en Pavonis, reflexionó con amargura.

Dejó a un lado la relación condenada de ambos herederos y miró abajo, a la plaza de la Liberación.

Aquello era un desastre. Había empezado a llover, y el agua que caía estaba comenzando a limpiar los restos de sangre y suciedad causados por los combates arrastrándolos hasta las alcantarillas, pero Shonai sabía que sus problemas no iban a arreglarse con la misma facilidad. Los cuerpos seguían tirados sobre los adoquines, y varios grupos de personas llorosas se habían reunido alrededor de los cadáveres de los familiares y los amigos. ¿Cómo podía ser que un día que había comenzado con tan buenas intenciones hubiera acabado tan terriblemente mal?

Pavonis había sido un planeta pacífico hasta hacía pocos años, apenas afectado por las luchas que involucraban al resto de la galaxia. Los diezmos se habían pagado a tiempo y los jóvenes de Pavonis se habían reunido para alistarse en los ejércitos imperiales. Pavonis había sido en todos los aspectos un mundo imperial ejemplar y modélico. La gente trabajaba con denuedo y se veían honrados por sus esfuerzos. Los desórdenes callejeros eran cosas que pasaban en otros planetas.

Pero los tiempos habían cambiado, y mucho.

Unas hojas de pergamino arrugado cubrían su mesa, y cada una contaba escenas similares a las que habían ocurrido allí, pero por todo el planeta. Los trabajadores de Altemaxa habían asaltado la oficina de Planes Imperiales y le habían prendido fuego al edificio. Los alborotadores callejeros habían impedido a la tripulación de un carguero espacial que despegara y habían saqueado su cargamento. En la mesa tenía la petición en la que el comerciante solicitaba una compensación por las pérdidas.

Los miembros de la Iglesia de las Costumbres Antiguas habían llevado a cabo otro atentado con bomba incendiaria que había causado treinta muertos y dañado de forma irreparable las instalaciones productoras de dos de los manufactorum de Vergen. Un miembro de la corporación Abrogas había sido apuñalado en uno de los guetos de Jotusburgo y tenía suerte de haber sobrevivido, aunque tampoco había quedado muy claro lo que el individuo en cuestión estaba haciendo en un lugar como aquel. Y otra nave de suministros había sido atacada, esta vez cerca de Caernus IV, por los piratas eldars que habían sido el azote de Pavonis a lo largo de los seis años anteriores. Llevaba materiales y mercancías que debían reducir en parte la enorme deuda que Pavonis tenía con el Imperio en concepto de diezmos y tributos.

Sintió que el peso de cada fracaso la aplastaba con su enorme carga, y se preguntó si podría haberlo hecho mejor. Había procurado esforzarse para reunir los tributos exigidos por el Administratum, pero no podía estrujar más a Pavonis.

Las instalaciones de producción estaban funcionando a su límite, al máximo, pero pocos de aquellos productos habían logrado llegar a su destino. Su «impuesto de diezmo» había sido un intento para compensar el déficit hasta que todo se arreglase, pero había provocado que casi todo el mundo se rebelara en las grandes ciudades. Había intentado explicarle la situación a su gente, mostrarles que los apuros y privaciones que estaban pasando eran por el bien de Pavonis, pero no importaba adónde mirase: parecía no existir escapatoria a la inevitable escalada catastrófica de los hechos.

Y allí, en su propia capital, le habían disparado. Todavía no podía creérselo. Cuando el estampido del primer disparo resonó por toda la plaza, Dumak se apresuró a colocarse a su lado y a intentar sacarla de allí. Cerró los ojos en un intento por olvidar la imagen que tenía grabada en la mente del rostro del muchacho estallando delante de ella. Su sobrino se había desplomado arrastrándola al suelo del estrado, con su sangre y su cerebro salpicándola en sus últimos espasmos de muerte.

Mykola Shonai se había lavado el pelo y enviado la ropa para que lavaran la muerte que la manchaba. Se puso un vestido limpio de color azul liso, pero sintió que todavía podía notar la pegajosidad de la sangre de su sobrino en la piel. Se le partió el corazón al pensar en su hermana pequeña, al recordar lo orgullosa que se había sentido cuando Mykola le contó en secreto que algún día Dumak se haría cargo de la corporación Shonai.

Vio a los sacerdotes y a los apotecarios locales deambular entre la multitud atendiendo a los heridos o administrando la absolución del Emperador a los muertos. Musitó una breve plegaria por las almas de los muertos e inspiró profundamente. Era una gobernadora planetaria del Imperio y tenía que mantener el control, pero resultaba tan difícil cuando todo parecía escapársele de las manos por mucho que intentara manejar la situación.

Se dejó caer en la silla de cuero verde detrás de su mesa de escritorio y repasó con la mirada las decenas de informes sobre actos de violencia y vandalismo. Los reunió y los colocó formando una pila a un lado de la mesa. Ya se ocuparía de ellos más adelante. Tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse: su supervivencia política.

Se alisó con la mano el húmedo cabello gris y enjugó las lágrimas que se le habían escapado de los ojos de color verde claro. Su rostro mostraba el agobio que sentía por todas aquellas preocupaciones y las arrugas propias de su edad: Mykola Shonai notó todos y cada uno de los sesenta y dos años que llevaba a cuestas. No importaba que hubiera perdido a alguien de su familia ese mismo día. Era la gobernadora de un planeta imperial y su deber no quedaba interrumpido por el dolor y el pesar.

Tiró de una larga cuerda de terciopelo que colgaba al lado de su mesa y se quedó mirando el busto esculpido de su tatarabuelo, Forlanus Shonai, colocado al lado de la chimenea. Forlanus había fundado la corporación Shonai trescientos años antes, transformándola de un simple manufactorum en una de las corporaciones industriales más poderosas de todo Pavonis. Se preguntó cómo se hubiera enfrentado el viejo Forlanus a toda aquella situación.

No tuvo que pensar una respuesta para aquella pregunta ya que alguien llamó a la puerta con unos golpes educados y entraron cuatro individuos vestidos con trajes negros, todos ellos con una insignia de la corporación Shonai en la solapa. Almerz Chanda iba a la cabeza del pequeño grupo y le hizo una reverencia a la gobernadora mientras los demás acababan de entrar. Las expresiones de sus rostros eran sombrías y lúgubres, y Shonai podía comprender su descontento.

—Bueno, caballeros —empezó a decir antes de que ninguno de ellos pudiera ofrecerle las habituales condolencias por la muerte de su sobrino—. ¿Cómo está de mal la situación?

Los hombres parecieron mostrarse incómodos con aquella pregunta, y ninguno de ellos estaba dispuesto a contestarla.

La gobernadora soltó un exabrupto antes de hablar.

—Cuando hago una pregunta, espero que se me conteste —exclamó con un tono de voz cortante.

—Lo cierto es que este tumulto todavía no ha sido lo peor, señora —respondió el miembro más reciente de su personal de consejo.

Se llamaba Morten Bauer y su delgado rostro mostraba toda la sinceridad y la exuberancia de la juventud. Shonai sintió una punzada de sentimiento maternal de protección hacia el joven y se preguntó si él se daba cuenta de que se había integrado en una administración al borde del colapso.

—Dame números, Morten. ¿Cuántos muertos? —le preguntó Shonai.

Bauer consultó las notas de su placa de datos.

—Todavía es demasiado pronto para dar cifras con total seguridad, pero las primeras estimaciones calculan más de trescientos muertos y quizás el

doble de heridos. Acabo de recibir algunos datos de los Arbites y al parecer también han muerto dos agentes.

—No es tan malo como lo que ha pasado en Altemaxa —comentó un individuo mayor cuyo cuerpo evidentemente había visto mejores épocas en su vida—. Los Arbites han perdido toda una escuadra al intentar contener a los manifestantes.

Quien había hablado era Miklas Iacovone, y era el encargado de las relaciones públicas de la gobernadora. La idea de hablar con el Colectivo de Trabajadores había sido suya, y estaba intentando de un modo desesperado encontrar un lado favorable en todo lo que había ocurrido aquel día. Apenas aquellas palabras salieron de su boca, se dio cuenta de que había cometido un error.

—Miklas, eres un idiota si crees que podemos salimos de rositas de esta situación criticando a los agentes de las fuerzas de seguridad de otra ciudad —le replicó Almerz Chanda con brusquedad—. No hacemos política negativa.

—Tan sólo intentaba enfatizar el lado bueno de la situación —protestó Iacovone.

—No existe un «lado bueno» en todo esto, Miklas. Ve acostumbrándote a ello —le contestó Chanda.

La gobernadora Shonai entrecruzó los dedos y se recostó en su silla. Creía que la idea de Iacovone tenía cierto mérito, pero no podía contradecir en público a su consejero principal. Se dirigió al cuarto individuo del grupo, Leland Corteo.

—Leland, ¿de que modo nos afectará negativamente esta situación en el senado? Sé sincero.

El analista político de la gobernadora dejó escapar un suspiro y se acarició la larga barba gris. Sacó una pipa de su chaleco bordado y alzó sus pobladas cejas. Shonai asintió y Corteo encendió la pipa con un mechero de peltre antes de contestar.

—Bueno, gobernadora, tal como yo lo veo —empezó a decir antes de darle una larga chupada a la pipa—, si la situación sigue desarrollándose de

este modo, tan sólo es cuestión de tiempo que las otras corporaciones propongan una moción de censura.

—No se atreverán —dijo Morten Bauer—. ¿Quién propondría una moción semejante?

—No seas bobo, muchacho. Escoge tú mismo: Taloun, De Valtos, Honan. Cualquiera de ellos dispone de una base de apoyo lo bastante amplia como para sobrevivir a las consecuencias si la moción no llegase a prosperar.

—Apenas nos mantenemos —confirmó Miklas Iacovone mostrándose de acuerdo—. Nuestra mayoría se basa en las promesas de cooperación y los acuerdos comerciales que hemos realizado con las corporaciones menores, pero tenemos que suponer que nuestros mayores rivales los estarán intentando forzar para que renuncien a esos acuerdos.

—¡Cobardes miserables! —soltó Bauer.

—No, más bien oportunistas —le respondió Corteo—. Después de todo, ¿quién puede culparles por ello? Nosotros hicimos lo mismo hace diez años cuando nos aliamos con los Vergen para echar a los Taloun.

—Eso fue algo completamente diferente —contestó Bauer a la defensiva.

—Oh, vamos, jovencito, fue exactamente lo mismo. Es la política. Puede que los nombres cambien, pero el juego sigue siendo el mismo.

—¿Juego? —barboteó Bauer.

—Caballeros —les interrumpió Chanda antes de que el sonriente Corteo pudiera replicar—, estas discusiones sin sentido no nos llevan a ningún lado. Lo que necesita la gobernadora son soluciones.

Así reconvenidos, los consejeros se quedaron en silencio y algo avergonzados.

La gobernadora Shonai se inclinó hacia ellos, puso los codos sobre la mesa y extendió los dedos ante ella.

—Entonces, ¿qué hacemos? No podemos conseguir más apoyos de entre las corporaciones menores. La mayoría de ellos ya están en el bolsillo de los De Vahos o de los Taloun, y los Honan seguirán cualquier indicación

que les hagan. Nuestras arcas están casi vacías a causa de nuestros intentos de mantenerlos a raya.

Corteo lanzó una bocanada de humo azul.

—Entonces, me temo que tendremos que admitir que nuestro período a cargo del gobierno habrá llegado a un fin prematuro dentro de poco.

—No estoy dispuesta a aceptar eso, Leland —le indicó Shonai.

—Con todo el debido respeto, señora, vuestra aceptación o no de los hechos es irrelevante —le indicó Corteo—. Me paga por decirle la verdad. Hice lo mismo con su padre, y si lo que quiere es que le embellezca la situación como hace el amigo Miklas, lo haré, pero no creo que sea por eso por lo que me ha mantenido a su lado todo este tiempo.

Shonai sonrió, a la par que silenciaba con un gesto al airado Iacovone.

—Estás en lo cierto, Leland, pero sigo sin aceptar que no haya nada que podamos hacer al respecto.

Echó la silla para atrás y se puso en pie. Pensó en todas las posibles soluciones mientras caminaba arriba y abajo y daba vueltas lentamente por la estancia. Se detuvo al lado del busto del viejo Forlanus y palmeó la cabeza de mármol con cariño antes de encararse hacia sus consejeros.

—Muy bien, Leland. Si aceptamos que una moción de censura ya es inevitable, ¿de cuánto tiempo disponemos realmente antes de que la propongan? ¿Existe algún modo de retrasarla?

Corteo se dedicó a darle vueltas a la pregunta antes de contestar.

—No es cuestión de si podemos o no retrasar la moción —dijo por fin —. No podemos hacer nada para impedir que la presenten, así que debemos estar preparados para enfrentarnos a ella en nuestras condiciones.

—Sí, pero ¿cuánto tiempo tenemos antes de eso? —insistió Shonai.

—Un mes como mucho, aunque probablemente será menos —calculó Corteo—. Pero de lo que deberíamos estar hablando es de qué podemos hacer para asegurarnos la supervivencia cuando eso ocurra.

—¿Alguna sugerencia, caballeros? —les preguntó Almerz Chanda.

—Tienen que vernos restaurando el orden —indicó Morten Bauer.

—Sí —afirmó Iacovone, mostrándose de acuerdo de un modo entusiasta y aliviado de tener la oportunidad de tratar un tema al menos—. Tenemos

que demostrarles que estamos haciendo todo lo posible para atrapar a esos malditos terroristas, esa Iglesia de las Costumbres Antiguas. He oído que han puesto otra bomba en un hangar de forja en Práxedes y han matado a una docena de trabajadores. Un asunto terrible.

—También podemos prometer que acabaremos con las incursiones piratas de esa escoria alienígena —añadió Bauer.

Leland Corteo asintió pensativo.

—Sí, sí. Bien pensado, querido muchacho. Eso nos permitiría disponer de la posibilidad de dividir a nuestra oposición. Podríamos buscar el apoyo de los de De Valtos en este tema. Él tiene más motivos que nadie para odiar a esa escoria eldar.

Shonai siguió caminando por la estancia con el cerebro repleto de las posibilidades que ofrecían aquellas ideas. Kasimir de Valtos apoyaría probablemente cualquier iniciativa que le permitiera vengarse de los alienígenas que lo habían capturado y torturado hacía tantos años, pero ¿podía confiar en él? Su organización era un rival serio para el puesto de la corporación Primus, y Shonai sabía que De Vahos había estado utilizando el prestigio de sus heridas de guerra para lograr popularidad y apoyos entre los trabajadores.

Comprendía la lógica de la propuesta de Bauer. Sin duda, Taloun verían cualquier ofrecimiento hecho a De Valtos como un intento de dividir a los oponentes políticos de Shonai. Intentaría atraerse todavía más a De Vahos con una oferta similar, incluso ofreciendo sus propias naves para perseguir a los eldars.

Si las naves de Taloun lograban eliminar a los piratas eldars, también sería bueno para ella. Su desaparición permitiría que los transportes que llevaban los impuestos y los tributos pudiesen llegar al Administratum, por lo que ella podría disminuir la presión sobre su propia gente y de ese modo capear la situación los siguientes meses.

Shonai regresó a la mesa, se sentó de nuevo y se encaró hacia Chanda.

—Quizá sería oportuno concertar una reunión con De Valtos. Estoy segura de que estará encantado de enterarse de nuestra determinación sobre la exterminación de los malditos piratas eldars.

Almerz Chanda hizo una reverencia.

—Enviaré a un emisario ahora mismo.

Chanda se retiró de la estancia mientras la gobernadora se dirigía a sus otros consejeros.

—Tenemos que mantener la iniciativa, amigos míos. Los desgraciados incidentes de hoy nos han demostrado que debemos tener más cuidado en el modo en que la gente nos percibe —dijo Mykola Shonai mirando de forma intencionada a Miklas Iacovone—. Hemos perdido prestigio, pero no tanto como para que no podamos recuperarlo. Siempre podemos echarle la culpa a un entusiasmo excesivo en el método de control de multitudes, si hace falta.

—Me pondré a ello de forma inmediata, señora —le prometió Iacovone deseoso de ganarse de nuevo su favor.

—Muy bien, Miklas. Aprendamos algo de lo que ha ocurrido hoy.

Leland Corteo hizo un breve carraspeo mientras meneaba la cabeza y sacaba tabaco fresco de una bolsita que llevaba en la cintura.

—¿No estás de acuerdo, Leland? —le preguntó Shonai.

—Sinceramente, sí, señora. Por mucho que me disguste estar de acuerdo con un burócrata, me temo que debo coincidir con la opinión del señor Chanda sobre la cuestión de criticar a nuestros agentes de la ley —expresó Leland Corteo a la vez que llenaba la cazoleta de la pipa con más tabaco—. Creo que echarle la culpa a los Adeptus Arbites sería un error. No se toman a la ligera ese tipo de acusaciones.

Cualquier posible discusión sobre aquella cuestión quedó interrumpida por el regreso de Almerz Chanda, que se dirigió inmediatamente a la mesa de la gobernadora con una placa de datos en la mano. Se la entregó a Mykola Shonai con gesto preocupado y el rostro demudado.

—Esto acaba de llegar de la Cámara de las Voces —susurró Chanda.

—¿Qué es? —le preguntó Shonai al darse cuenta de la preocupación en el tono de voz de Chanda.

La Cámara de las Voces era el nombre con el que se denominaba a la cámara ajustada psíquicamente desde donde los astrotelépatas del palacio enviaban y recibían mensajes entre planetas. En un imperio a escala

galáctica, la telepatía era el único modo factible de comunicación y, normalmente, aquellos mensajes eran relativamente rutinarios.

El comportamiento de Chanda le indicó a Shonai que aquel mensaje era cualquier cosa menos algo rutinario.

—No lo sé, está encriptado por los servidores escribientes y hace falta vuestra clave genética personal para abrirlo. Tiene un sello de nivel omicrón del Administratum.

Shonai tomó la placa en sus manos y colocó con recelo el pulgar sobre el hueco identificador. Fuese lo que fuese lo que contenía aquella placa, no podía ser bueno. Tenía el suficiente sentido común para saber que si el Administratum se interesaba en un mundo con tantos conflictos como el suyo, eso significaba alguna clase de problema para la persona gobernante. Y en Pavonis, esa persona era ella.

Introdujo el pulgar en el hueco e hizo un gesto de dolor cuando la aguja tomadora de muestras la pinchó y le sacó una gota de sangre. Una serie de luces parpadearon en un lado de la placa mientras un mecanismo interior comprobaba el código genético comparándolo con el que tenía almacenado en el cogitador.

La placa emitió una serie de chasquidos y zumbidos seguidos de un ruido repiqueteante mientras imprimía una fina hoja de pergamino del scriptum de su base. Shonai arrancó el mensaje y dejó la placa en la mesa.

Se colocó unas gafas elegantes y delicadas y leyó el mensaje. A medida que sus ojos iban bajando por las líneas, Shonai sintió que se le enrojecía la cara y que algo le oprimía el pecho sin apenas dejarla respirar. Llegó al final del mensaje sintiendo un enorme nudo en el estómago.

Le entregó el pergamino a Chanda quién lo leyó con rapidez antes de dejarlo con cuidado en la mesa, delante de la gobernadora.

—Quizá no sea tan malo como se teme, señora —le dijo Chanda con un tono de voz esperanzador.

—Sabes bien que lo es, Almerz.

Corteo se inclinó hacia adelante con la boquilla de la pipa apretada firmemente entre los dientes.

—¿Podría preguntar cuál es el contenido de ese mensaje? —inquirió.

Mykola Shonai asintió y le respondió.

—Por supuesto, Leland. Al parecer, estamos a punto de recibir un emisario: un adepto del Administratum que revisará nuestro fracaso a la hora de enviar los tributos imperiales y de mantener la paz del Emperador. Puede que no necesitemos intentar evitar que las corporaciones nos echen de nuestro cargo antes de tiempo. El Administratum lo hará por ellos.

Percibió por las caras de preocupación que la rodeaban que todos se daban cuenta del significado de la llegada inminente del adepto.

—Ese asqueroso de Ballion debe haber avisado el Imperio —siseó Iacovone.

—Sin duda a instancias de los Taloun —maldijo a su vez Leland Corteo.

La gobernadora Shonai dejó escapar un suspiro. Le había pedido más tiempo al representante del Administratum en Pavonis, pero lo cierto es que no podía culpar al individuo, ni siquiera en el caso de que los Taloun lo hubieran presionado para ello.

—¿Puede este adepto apartaros de vuestro cargo sin ninguna otra clase de procedimiento formal? —preguntó Morten Bauer.

—Viene con la máxima autoridad —respondió Chanda con voz solemne.

La gobernadora Shonai tomó de nuevo el pergamino y releyó las últimas líneas.

—Pero lo que es más importante, Almerz, es que viene con los Ángeles de la Muerte. Viene con los marines espaciales.



CUATRO

El crucero de ataque de los Ultramarines Vae Victus atravesaba con rapidez la oscuridad del espacio, y la débil luz de las estrellas se reflejaba en su casco lleno de cicatrices de combates. Era un leviatán alargado de tipo gótico con unas turbinas de disformidad protuberantes. La antena que sobresalía por encima de la torre catedralicia llena de arcadas del puente de mando se alzaba justo desde su centro y se alargaba hacia los poderosos impulsores de plasma de la popa.

A cada costado de la proa angulosa y de los cañones de bombardeo se encontraban las entradas almenadas de sus tubos de lanzamiento, de donde salían las cañoneras Thunderhawk y los torpedos de abordaje. Los costados de la nave estaban cubiertos en toda su longitud de baterías de armas con los cañones decorados con gárgolas y los tubos de lanzamiento de los torpedos normales.

El Vae Victus era muy antiguo. Había sido construido en los astilleros de Calth hacía ya tres mil años, y mostraba las florituras de diseño propias de los navieros de Calth, con las arcadas góticas típicas que rodeaban los tubos de lanzamiento y los arbotantes y contrafuertes de las carcasas protectoras de los motores.

A lo largo de su dilatada carrera, el crucero de ataque había cruzado la galaxia de un lado a otro varias veces, y había librado innumerables combates contra enemigos, tanto humanos como alienígenas. Se había enfrentado a los tiránidos en la batalla de Macragge, destruido la nave capitana del renegado Ghenas Malkorgh, infligido el golpe de gracia al viejo cascarón orko Kaptor de Vicios y además, hacía poco, había arrasado las defensas orbitales de Tracia en la Cruzada Appolyon.

Su casco mostraba orgulloso las cicatrices ganadas en cada enfrentamiento. Los artificieros de los Ultramarines habían reparado con veneración cada avería y agujero, entregando de ese modo el honor de sus victorias al vasto espíritu que habitaba en el interior del palpitante corazón mecánico de la nave estelar.

El puente de mando del Vae Victus era una cámara amplia y luminosa, con un techo abovedado de unos quince metros de alto. Los claustros que se abrían a ambos lados de la plataforma de mando estaban repletos de bancos

de imágenes holográficas resplandecientes y de antiguas pantallas llenas de símbolos rúnicos y que emitían un zumbido continuado. Un servidor cibernético medio humano de cráneo afeitado estaba conectado por cables rígidos a cada uno de los sistemas de regulación y control de la nave. Una amplia ventana de observación dominaba la parte frontal de la estancia, en la que no se veía nada más en aquellos momentos que la negrura del espacio vacío que había ante la nave. Unas pantallas más pequeñas situadas en las esquinas del ventanal mostraban la velocidad y el rumbo de la astronave, además de los objetos de la zona localizados por los detectores.

La amplia estancia estaba dividida en su parte posterior por un crucero con arcos donde se encontraban, a ambos lados, los puestos de detección y de disparo. Los oficiales de puente de los marines espaciales, con unas simples túnicas de arpillera sobre sus armaduras, también vigilaban cada uno de los puestos.

El aire reciclado estaba impregnado con el aroma de incienso ardiendo en los braseros que unos sacerdotes encapuchados balanceaban arriba y abajo, y un canto apenas audible flotaba por la cámara, procedente de la sacristía elevada y la cúpula del navegante, situadas detrás del púlpito del capitán.

El comandante del Vae Victus se encontraba de pie en su púlpito y tenía sus ancianos ojos fijos en el atril que se alzaba a su lado. Los trazados tácticos correspondientes al Vae Victus y a Pavonis aparecían al lado del visualizador-cronómetro mostrando el rumbo y el tiempo estimado de llegada.

El gran almirante Lazlo Tiberius levantó la mirada y recorrió con sus ojos de pesados párpados el puente de mando buscando algo incorrecto, pero quedó satisfecho al comprobar que todo estaba funcionando como debía.

Tiberius era un marine espacial gigantesco, de piel oscura y de casi cuatrocientos años de edad, que había combatido en el espacio casi toda su vida. Su temible rostro desfigurado era el resultado de un enfrentamiento contra una bionave tiránida que finalmente se había estrellado contra el puente de mando del Vae Victus durante la primera parte de la batalla de

Circe. Llevaba el cráneo completamente pelado y su piel tenía la textura del cuero curtido. La placa pectoral de su armadura estaba adornada con varios racimos de condecoraciones rodeando el sol dorado de Héroe de Macragge.

El gran almirante Tiberius mantuvo las manos cruzadas a la espalda mientras estudiaba con ojo crítico el mapa táctico, calculando cuánto tiempo más tardaría el Vae Victus en llegar a la órbita de Pavonis. Miró a la esquina de la pantalla y quedó satisfecho al comprobar que su estimación coincidía prácticamente con la predicción de la máquina lógica.

Sin embargo, estaba seguro de que su cálculo era el más realista de los dos.

Los tripulantes envueltos en túnicas que se encontraban ante él estudiaban detenidamente sus sensores rúnicos, explorando el espacio que se abría ante ellos con toda clase de detectores y de aparatos de augurios. Tiberius sabía que el capitán de una nave estelar era sólo tan bueno como buena era la tripulación de la que estaba al mando. Todos los conocimientos tácticos de la galaxia no servirían de nada si le proporcionaban información inexacta o sus órdenes no eran obedecidas con prontitud y sin duda alguna por los miembros de la tripulación.

Y Tiberius sabía que contaba con una de las mejores tripulaciones de la flota de Ultramar. Puestos a prueba una y otra vez en el fragor del combate, sus miembros siempre habían cumplido hasta el más mínimo detalle todas sus órdenes. El Vae Victus había librado algunas batallas desesperadas, pero su tripulación siempre se había comportado con honor. Aquello se debía en parte a que Tiberius exigía que todos y cada uno de los tripulantes mantuvieran la máxima capacidad de rendimiento en todo instante, desde el operario de cualquier nivel inferior hasta los oficiales de cubierta y él mismo, pero también era un reflejo de la dedicación y de la lealtad existente entre los servidores de los Ultramarines, que constituían la mayor parte de la tripulación de la nave.

Estaban una vez más en la brecha, y Tiberius tenía de nuevo la sensación exultante de que llevarían y harían sentir la espada justiciera del Emperador a sus enemigos. Hacía ya mucho tiempo que el Vae Victus no había entrado en combate contra los eldars, y aunque odiaba su forma de

vida alienígena con la pasión de un puritano, se había visto obligado a admitir a regañadientes que sentía un respeto por su maestría en las tácticas de ataque por sorpresa y huida.

Tiberius sabía que los arteros eldars rara vez se batían en un enfrentamiento directo de nave contra nave salvo en los términos más favorables, ya que sus aparatos eran frágiles hasta lo absurdo y no disponían de la divina protección de las pantallas de vacío. Confiaban en el sigilo y en la astucia para acercarse a su objetivo, en sus blasfemos trucos tecnológicos alienígenas para confundir a los cogitadores de localización de objetivo de las armas de sus enemigos. Tiberius sabía que, a menudo, la primera señal de aviso de un ataque de aquella clase era el impacto de las lanzas de energía de proa de la nave eldar, que destrozaban los motores de maniobra de la nave atacada. Después de aquello, la situación era de libro: los eldars se dedicaban a dar vueltas alrededor de su oponente, incapaz de maniobrar, y lo destruían poco a poco.

Tiberius se juró que algo así no le pasaría a su nave.

En la oscuridad del espacio, a seis horas por delante en el mismo rumbo del Vae Victus, una astronave de diseño elegante y mortífero partió sigilosamente de su base en un asteroide. Su proa segmentada se estrechaba hasta acabar en una punta casi de aguja, y sus velas solares de borde irregular y con forma parecida a una cimitarra se abrían de un modo grácil. Los motores posteriores, con una trabajada superficie casi artística, rugieron al ponerse en marcha. Una sección de mando en forma de cúpula unía la proa y los motores, y desde allí, el capitán de aquel ingenio letal dirigía la nave.

El comandante de la grácil astronave, llamada Jinete de la Tormenta, miraba con satisfacción evidente la señal que aparecía en la pantalla que tenía delante. Por fin había llegado un oponente merecedor de su talento. ¡Una nave de los Adeptus Astartes! El arconte Kesharq, de la cábala de la Espada Hendedora, había acabado cansándose de emboscar y atacar pesados cargueros incapaces de defenderse, de destruir naves de defensa planetaria y arrasar asentamientos primitivos de los mon-keigh. A Kesharq no le interesaban los botines obtenidos en aquellos ataques, y hasta el placer

de la tortura infligida a las almas aullantes que iban a bordo de las naves capturadas más allá de los límites conocidos del dolor, había terminado por aburrirle.

Aquel desafío tan sencillo ni siquiera había comenzado a llegar al límite de sus habilidades y de su capacidad.

Unos pequeños hilillos de sangre comenzaron a salirle por las comisuras de los labios, y Kesharq echó la cabeza atrás para tirar de la piel sin vida de su cara hasta tensarla sobre su cráneo y enganchar sus bordes irregulares sobre las suturas de la parte posterior del cuello. Tenía sueños mucho mayores que aquel, y había empezado a temer que su pacto con el kyerzak había sido un error.

Pero acababa de llegar carne realmente en buenas condiciones.

El aire en la capilla de la cuarta compañía, tres niveles por debajo del puente de mando del Vae Victus, resonaba suavemente con el sonido de las plegarias de los marines espaciales. La estancia era amplia y de techo alto, capaz de admitir con facilidad a todos los hermanos de batalla de la compañía. Una nave de suelo de piedra pulida conducía hasta un altar negro y vitreo y al atril de madera del otro extremo de la capilla.

Las ventanas de vidrios de colores de tonalidades maravillosas y de enorme majestuosidad dominaban la parte superior de la capilla. Cada ventana estaba en el interior de una pequeña arcada con forma de hoja, y las antorchas eléctricas colocadas detrás de ellas iluminaban de un modo fantasmal a los guerreros allí reunidos. Cada una de las ventanas mostraba un período de la larga historia del Imperio: la Era de los Conflictos, la Era de la Apostasía, el Emperador Deificado y el Emperador Victorioso. Las condecoraciones otorgadas a la compañía tras ganarlas en una docena de cruzadas colgaban bajo los ventanales, cada una de ellas un testamento a la tradición de valor y coraje que se extendía a lo largo de diez mil años.

Los guerreros de la compañía permanecían de pie, en posición de descanso, bajo la parpadeante luz de las antorchas eléctricas, con los ojos posados en el pulido suelo de la capilla. Cantaban una letanía de

agradecimiento al Emperador en la Tierra mientras meditaban sobre su sagrado deber hacia el Dios-Emperador.

Se produjo un silencio inmediato en la capilla en cuanto las puertas con refuerzos de hierro situadas al otro extremo de la nave central se abrieron y dos figuras entraron en la capilla. Los marines espaciales se pusieron en posición de firmes al unísono.

El capitán de la cuarta compañía, Uriel Ventris, cruzó la amplia nave con la capa ceremonial ondeando a su espalda. Un guerrero pálido y de rostro ceñudo le precedía, vistiendo también una capa, ésta de color blanco lechoso, que flotaba levemente mientras avanzaba.

El capellán de la cuarta compañía, Judd Clausel, iba equipado con una armadura de combate de color negro mate adornada con cráneos de largos colmillos. Los rebordes de oro y bronce de su placa pectoral y de sus grebas relucían de vez en cuando bajo la escasa luz. Su casco, con el frontal en forma de calavera, colgaba de su cinturón junto a un libro voluminoso encuadernado con desgastada piel verde de orko.

Iba balanceando, con su brazo izquierdo en alto, un incensario humeante, repleto de hierbas aromáticas y ungüentos sagrados que llenaban la capilla con el aroma salvaje de las tierras altas de Macragge. En su mano derecha empuñaba el crozius arcanum, su arma y símbolo de su rango y cargo como capellán. Era un objeto parecido a un bastón de mando, de adamantio tallado, rematado con una reluciente águila de oro con los bordes de sus alas extendidas afilados como cuchillas. Otra calavera, con unas brillantes gemas rojas engastadas en las cuencas de los ojos, coronaba la punta del crozius.

El individuo emanaba un poder palpable. Clausel no sólo merecía respeto, lo exigía. Su complexión física era tremenda, mayor incluso que la de Uriel, y a su mirada decidida e inquebrantable no se le escapaba el menor detalle. Un ojo que mostraba una expresión dura como el pedernal buscaba el menor signo de debilidad en los rostros de los presentes, mientras que su otro órgano de visión observaba lo que le rodeaba a través de los mecanismos sin vida de un orbe rojo cubierto por un párpado metálico.

Su cráneo era una cúpula afeitada a excepción de una cortina de cabello gris que le bajaba desde la coronilla hasta los hombros. Un rostro duro, lleno de cicatrices y deformado en una grotesca parodia de sonrisa, observó detenidamente a los marines espaciales que se encontraban ante él.

—¡De rodillas! —ordenó.

La orden fue obedecida de forma inmediata. El sonido de las rodilleras de las armaduras resonó por toda la estancia cuando golpearon con fuerza y al unísono el suelo. Uriel se adelantó para recibir el incensario y el crozius arcanum. Después se situó detrás del capellán, con la cabeza inclinada.

—¡Hoy es un día para alegrarse! —vociferó Clausel—. Porque hoy nos han ofrecido la oportunidad de llevar la luz del Emperador a la oscuridad y de destruir a aquellos que se interponen en el camino de sus súbditos. Todavía no somos una compañía al completo, hermanos míos. Muchos de nuestros camaradas encontraron la muerte en Tracia, pero sabemos que no murieron en vano. Se sentarán al lado del Emperador y contarán los relatos de sus actos heroicos y llenos de honor hasta el final de los días.

Clausel cerró la mano cubierta por el guantelete y se golpeó con el puño la placa pectoral dos veces en rápida sucesión.

—¡De mortuis nil nisi bonum! —recitó el capellán, y le pidió su incensario a Uriel.

El capellán Clausel se alejó del altar en dirección a los marines arrodillados y metió dos dedos de una mano en las cenizas humeantes. A medida que pasaba al lado de cada guerrero, le dibujaba símbolos protectores y runas simbólicas de combate en su armadura, e iba cantando la Letanía de la Pureza mientras caminaba. Cuando ungió al último de los hombres, regresó al altar y se giró hacia Uriel.

—Los Ritos de la Batalla han sido completados, mi capitán.

—Nos sentimos honrados por vuestras palabras, capellán Clausel. ¿Os importaría dirigir la oración?

—Eso haré, capitán —le contestó Clausel.

Se adelantó, subió los escalones, se arrodilló y besó la superficie de basalto del altar mientras recitaba el Catecismo de la Afirmación.

Se puso en pie y comenzó a cantar al mismo tiempo que los Ultramarines inclinaban la cabeza.

—Divino Señor de la Humanidad. Nosotros, tus humildes siervos, te damos las gracias por este nuevo día. Al dirigir nuestras fuerzas a un combate honorable, nos regocijamos de la oportunidad que nos ofreces de utilizar nuestras habilidades y nuestra fuerza en tu nombre. El mundo de Pavonis sufre la plaga de unos alienígenas degenerados y se ve azotado por luchas internas. Con vuestra bendición y protección, la sabiduría del Imperio se impondrá de nuevo en vuestro nombre. Por ello, te damos las gracias y no te pedimos nada a cambio, salvo la oportunidad de servirte. Lo rezamos en tu nombre, Guilliman. ¡Alabado sea Guilliman!

—¡Alabado sea Guilliman! —gritaron como un eco los marines espaciales.

Clausel bajó los brazos y los cruzó sobre el pecho antes de echarse a un lado, mientras que el capitán Uriel se adelantaba para dirigirse a sus hombres. Estaba nervioso porque era la primera vez que arengaba a su compañía, y se fustigó mentalmente por aquella falta de concentración. Llevaba enfrentándose a los enemigos de la humanidad desde hacía ya más de cien años, ¿y se inquietaba ante la simple tarea de hablarle a una compañía de marines espaciales?

Uriel paseó la mirada por los hermanos de batalla de su compañía reunidos allí, los mejores hombres, e hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo hacia el gigantesco sargento Pasanius. Su amigo de la juventud había continuado creciendo durante su entrenamiento y era con mucho el marine espacial más fuerte de todo el Capítulo. Su enorme silueta empequeñecía a la mayoría de sus hermanos de batalla y, ya al principio de su entrenamiento, los tecnomarines se habían visto obligados a crear una armadura especial para su mole mediante piezas obtenidas de una armadura de exterminador que había quedado dañada de forma irreparable.

Pasanius le respondió con otro breve gesto de asentimiento y Uriel sintió que su autoconfianza crecía enormemente. El veterano sargento había sido una roca en la que Uriel se había podido anclar en su progresivo ascenso en el escalafón, y se sentía realmente orgulloso de considerarlo un

auténtico amigo. A la espalda de Pasanius pudo ver el rostro anguloso y regio del sargento Learchus y de su compatriota Cleander.

Ya habían dejado muy atrás aquella rivalidad infantil y se habían salvado las vidas los unos a los otros en más de una ocasión, pero jamás se habían convertido en amigos ni habían formado el lazo de hermandad que impregnaba al resto del Capítulo.

A Uriel le incomodaba tener aquella dificultad en establecer una conexión con sus hombres del modo en que los oficiales realmente grandes lo hacían. Idaeus había sido un líder natural que en numerosas ocasiones había confiado en su propio instinto y en sus propias soluciones para librar los combates en vez de seguir las instrucciones del sagrado Codex Astartes, el libro sobre la guerra escrito por el mismísimo Roboute Guilliman en persona. Había dirigido a sus hombres con una facilidad instintiva que a Uriel le costaba igualar. Se irguió por completo al mismo tiempo que decidía que seguiría el consejo de Idaeus y se comportaría como él pensaba que debía. La cuarta compañía estaba a su cargo y se aseguraría de que así lo comprendiesen.

—¡Descanso! —ordenó, y los guerreros se relajaron mínimamente—. Todos me conocéis. He luchado a vuestro lado desde hace más de un siglo. Y es con la sabiduría que ello me proporciona con lo que os digo: agradeced esta oportunidad de demostrar nuestra devoción a nuestro primarca y al Emperador.

Uriel colocó de forma evidente y deliberada la mano sobre el pomo de la espada de Idaeus, reforzando así el hecho de que el anterior capitán de la compañía se la hubiese entregado a él.

—Sé que no hace mucho que soy vuestro superior, y también sé que algunos de vosotros preferiríais que no fuese vuestro capitán —continuó diciendo Uriel.

Se detuvo un momento sopesando muy bien sus siguientes palabras.

—El capitán Idaeus era un hombre excelente, y lo más difícil que he hecho en esta vida es ver cómo moría. A nadie le apena más su muerte que a mí, pero está muerto y yo lo sustituyo. He llevado la luz del Emperador a todas partes en esta galaxia. He luchado contra los tiránidos y he hecho

arder sus naves enjambre, he matado a los temibles guerreros del Caos en mundos de horrores inenarrables y he derrotado a los orkos en yermos desiertos de hielo. He combatido al lado de algunos de los mejores guerreros del Imperio, y quiero que sepáis esto:

»Soy el capitán de esta compañía. Soy Uriel Ventris, de los Ultramarines, y moriría antes que deshonrar a nuestro Capítulo. Me siento honrado de formar parte de esta hermandad, y si tuviera la oportunidad de escoger a los guerreros con los que preferiría combatir, no podría elegir a mejores hombres que a los de la cuarta compañía. Todos los guerreros aquí presentes y todos nuestros honrosos muertos se han comportado siempre de un modo que enorgullece a todos los de nuestra clase. ¡Yo os saludo!

Al decir aquello, Uriel desenfundó la espada de Idaeus con un gesto elegante y la sostuvo en alto por encima de su cabeza.

Unas breves descargas de energía de color zafiro recorrieron la hoja fabricada artesanalmente, que reflejó la luz de las antorchas eléctricas.

Los marines se pusieron en pie y comenzaron a golpearse las placas pectorales con un puño, produciendo un estruendo que resonó por toda la capilla.

—Somos Ultramarines —exclamó Uriel—. Ningún enemigo puede enfrentarse a nosotros mientras mantengamos la fe en el Emperador.

Uriel cruzó el estrado para situarse detrás del atril de madera y consultó la placa de datos instalada con habilidad en el hueco. En realidad, no necesitaba leer la placa, pues había memorizado todos los detalles de la operación a lo largo de la semana que habían pasado viajando a través del espacio de la disformidad, pero tener los datos a mano era tranquilizador.

—Viajamos hacia un mundo llamado Pavonis, y se nos ha confiado la tarea de llevarlo de vuelta al seno del Imperio. Pavonis no ha cumplido su deber para con el Emperador. No le entrega lo que debe. Para rectificar esa situación, se nos ha encargado la misión de proteger a un adepto del Administratum que instruirá a los gobernantes de Pavonis sobre el cumplimiento adecuado de su deber. Al parecer, los gobernantes de Pavonis se consideran exentos de cumplir las leyes del Emperador. Juntos les demostraremos que no lo están. Bendito sea el primarca.

—Bendito sea el primarca —repitieron por toda respuesta los marines espaciales.

Uriel se quedó callado un momento antes de continuar. Le hubiera gustado saber algo más sobre el hombre al que se suponía debía proteger por orden expresa de Marneus Calgar. Hasta aquel momento, el adepto había pasado todo el viaje metido en su camarote, atendido tan sólo por su corte de escribas, clérigos y servidores.

Bueno, pronto tendría que salir: el Vae Victus estaba a un solo día de viaje de su destino.

Uriel bajó la voz cuando pasó al siguiente punto de sus instrucciones.

—Quizá como resultado del fracaso de los dirigentes de Pavonis a la hora de imponer las leyes del Emperador, un grupo que se hace llamar la Iglesia de las Costumbres Antiguas ha logrado obtener cierto poder y fama. Esos herejes han comenzado una campaña de colocación de bombas terroristas en un intento por regresar a la época anterior a la llegada del glorioso Imperio.

Un murmullo de incredulidad recorrió las filas de guerreros.

—Hasta la fecha, han matado a trescientos cincuenta servidores del Emperador y han causado incontables daños. Atentan contra los manufactorums del Emperador. Matan a sus sacerdotes y hacen arder sus templos. Juntos los detendremos. Bendito sea el primarca.

—Bendito sea el primarca —repitieron otra vez los guerreros.

—Pero hermanos, el planeta Pavonis no sólo sufre la maldad de los herejes que habitan en él. No, el azote herético de los alienígenas también afecta a Pavonis. Desde hace años ya, los eldars, una raza tan arrogante que creen que pueden saquear nuestro espacio y robarnos con impunidad los bienes que pertenecen por derecho al Emperador, han asolado como una plaga esa región del espacio. Juntos les demostraremos que no pueden hacerlo. Bendito sea el primarca.

—Bendito sea el primarca.

Uriel se alejó del atril.

—Regresad a vuestras celdas, hermanos. Cuidad vuestro equipo de combate para que os proteja en los días de lucha que se avecinan. Que el

Emperador esté con todos vosotros.

—Y con usted, capitán —dijo Pasanius saliéndose de las filas y haciendo una reverencia ante Uriel.

La compañía, dubitativamente al principio, pero decidida después de ver la aceptación de Uriel por parte de Pasanius, dio un paso adelante e hizo una reverencia antes de salir en fila de la capilla.

Pasanius fue el último en salir y se dio la vuelta para ponerse cara a cara con él.

Uriel hizo un gesto de asentimiento para darle las gracias a su amigo más antiguo.

El arconte Kesharq asintió en dirección a su segundo al mando.

—Aumenta la potencia principal poco a poco y prepárate para activar los motores miméticos a mi señal —le ordenó con voz húmeda, rasposa y desagradable.

—Sí, temido arconte.

Kesharq se pasó con suavidad un pañuelo aromatizado por el cuello supurante y después lanzó un escupitajo sanguinolento en una copa colocada a su lado. Incluso el simple hecho de hablar estaba comenzando a serle difícil. Tragó saliva con esfuerzo y maldijo de nuevo el nombre de Asdrúbal Vect.

Las heridas supurantes de su cuello jamás se cerrarían. Los hemónculos de Vect se habían encargado de ello en las salas de tortura situadas bajo el palacio de su cábala. El intento de Kesharq para hacerse con el poder en la cábala había sido planeado hasta su detalle más minucioso, pero Vect se enteró de su traición y el golpe fracasó antes de haber comenzado.

A aquello le habían seguido meses de tortura. Había suplicado que acabaran con él, pero los hemónculos siempre habían logrado llevarlo al borde de la muerte antes de traerlo de vuelta a su infierno particular de dolor infinito.

Había esperado morir por fin en algún momento, pero Vect había ordenado que lo dejaran libre y que le cosieran de nuevo toda la piel a los

restos destrozados de su musculatura. Recordó el bello y cruel rostro de Vect sonriéndole desde arriba mientras permanecía tumbado en uno de sus raros momentos de tranquilidad y cordura. Intentó cerrar los ojos, no ver la sonrisa autocomplaciente de Vect, pero le habían cortado los párpados la semana anterior.

—¿Crees que vas a morir aquí? —le preguntó el señor supremo de la cábala del Corazón Negro. Sin esperar respuesta, el señor eldar oscuro meneó con lentitud la cabeza y siguió hablando.

—No morirás. No te permitiré disfrutar de ese lujo —le prometió Vect mientras pasaba las uñas perfectamente recortadas y cuidadas de sus dedos por los huesos al descubierto de las costillas de Kesharq—. Te comportaste como un idiota vanidoso al vanagloriarte de los planes que tenías para mi muerte cuando deberías haber sabido que mis espías me contarían todo lo que decías antes de que acabaras de cerrar los labios.

Vect lanzó un suspiro en ese momento, aunque parecía más de fastidio y disgusto que de rabia.

—Puedo entender y aceptar la traición y el engaño, incluso puedo llegar a perdonarlos. Pero lo que realmente me irrita son la estupidez y la incompetencia. Tu colosal vanidad y tu ego desproporcionado fueron el motivo de tu fracaso y creo que es apropiado que sean tus compañeros constantes en este fracaso. Te expulsaré de Commorragh, nuestra siniestra ciudad, y te enviaré al exilio, junto a las especies que son nuestras presas habituales.

Kesharq no había creído a Vect en un principio. Creyó que se trataba de una treta muy elaborada para darle esperanzas de que sobreviviría para luego arrebatárselas de golpe.

Sin embargo, Vect no había mentido. Menos de una semana más tarde, él y los miembros supervivientes de su cábala destrozada habían salido cabizbajos de Commorragh, completamente humillados y caídos en desgracia. Kesharq había jurado vengarse de la casa de Asdrúbal Vect, pero su antiguo señor simplemente se había echado a reír, y el sonido de sus carcajadas todavía le restallaba como látigos de fuego en el alma.

Kesharq se dijo que Vect no reiría tanto cuando lo viera la próxima vez, mientras pensaba en el botín que le esperaba en cuanto hubiera acabado de engañar a aquel kyerzak idiota. Pero antes de eso debía ocuparse de aquella nueva amenaza para su plan meticulosamente trazado.

La presa estaba tan cerca que Kesharq casi podía sentir la sangre de los marines espaciales en sus labios sin fuerza. Se levantó de su silla de mando y se acercó a la pantalla principal. Sus movimientos eran tan ágiles como los de un bailarín, a pesar de la flaccidez de su pellejo suelto y del hacha de hoja ancha que llevaba colgada a la espalda. Su armadura segmentada de color verde relucía como jade pulido, realzando la pálida máscara de piel de su rostro. Su cabello blanco sin vida, con mechones teñidos de color violeta, caía hasta más abajo de sus hombros y se mantenía en su sitio gracias a una diadema escarlata apoyada en su frente. Se humedeció los ojos sin párpados con una leve vaharada de un pequeño atomizador y observó con detenimiento la escena que tenía ante él.

Unas grotescas criaturas aparecieron a su lado deslizándose sobre sus garras. Cada una de ellas había sido creada con trozos de carne cosidos unos a otros hasta formar una enorme masa de garras afiladas y colmillos. Eran los excrentes, las mascotas de Kesharq, a los que había dado existencia un capricho de su hemónculo jefe. Caminaban alrededor de las piernas de su amo, dejando escapar siseos de pura maldad a través de sus enormes colmillos amarillentos que dirigían a cualquiera que se atreviese a acercarse.

La carne casi había llegado a la zona de tiro, y Kesharq comenzó a sentir cómo su excitación aumentaba. La sangre palpitó con fuerza en sus venas ante la perspectiva de las dolorosas torturas que podría infligir a los guerreros del dios cadáver. Las comisuras de su boca comenzaron a temblar por la expectativa y comenzó a sentir un cosquilleo en los dedos. Kesharq decidió que mantendría a uno con vida como mascota y que le oiría gemir en constante agonía mientras veía a sus camaradas ser desmembrados poco a poco para proporcionar nueva carne a los excrentes.

—Temido arconte, la nave presa ha entrado en el radio de alcance de nuestras armas —le susurró el segundo al mando.

—Excelente —dijo Kesharq con una sonrisa bajo la piel—. Carga las armas de energía y alinea los motores miméticos.

La nave enemiga todavía estaba demasiado lejos para que se pudiera distinguir a simple vista por la ventana de observación, pero Kesharq se imaginó que podía sentir su presencia cercana. Regresó a su puesto de mando y sacó su hacha de la funda. Le gustaba acariciar la hoja de ónice cada vez que destruía una nave, y mantenía su alma deseosa de más sangre.

—Sitúanos en el costado de estribor de su proa con el sol a nuestra espalda —ordenó Kesharq.

Acarició el reborde fractal de su hacha.

—Pido permiso para entrar en el puente de mando, gran almirante.

Tiberius se dio la vuelta desde su puesto frente al atril esforzándose por ocultar su enfado y vio a dos hombres vestidos con túnicas que se encontraban en la misma entrada del puente de mando. Procuraba evitar la presencia de civiles en el puente de mando, pero aquel adepto que iba en su nave llevaba el sello de mayor autorización del Administratum, y no sería muy correcto negarse a su petición.

Tiberius asintió para mostrar que daba su permiso y descendió del púlpito mientras los dos individuos subían por los peldaños del claustro para llegar a la cámara de mando. Uno de ellos era un anciano venerable con una túnica de paño grueso que caminaba apoyándose en un bastón de marfil, mientras que el otro individuo era un hombre de quizás unos cuarenta años con un rostro vulgar, desprovisto de cualquier rasgo característico. Tiberius pensó que tenía el mismo aspecto corriente de todos los adeptos del Administratum que había conocido.

El anciano no parecía estar impresionado en absoluto por todo lo que le rodeaba, pero el individuo de aspecto vulgar estaba evidentemente entusiasmado.

—Muchas gracias, gran almirante. Ha sido usted muy amable al permitirnos entrar en el puente de mando, su santuario. Muy amable.

—¿Puedo hacer algo por usted, adepto Barzano? —le preguntó Tiberius, cansado ya de la palabrería incesante del adepto.

—Oh, gran almirante, por favor, llámeme Ario —le respondió Barzano con un tono alegre de voz—. Mi escriba personal Lortuen Perjed y yo tan sólo deseábamos ver el puente de mando de una nave estelar tan poderosa antes de llegar a Pavonis. Hemos estado tan ocupados con ciertos asuntos que no hemos dispuesto de tiempo ni oportunidad de admirar nuestros alrededores.

Barzano recorrió la nave central del puente de mando hacia la zona de observación, donde se podía ver el diminuto disco de Pavonis y la reluciente bola de su sol.

Barzano examinó a su paso bastantes de los puestos de control atendidos por servidores. Se giró un momento y les hizo señas a Lortuen Perjed y a Tiberius para que le siguieran.

El escriba se encogió de hombros y comenzó a acercarse a su superior, quien en ese momento estaba inclinado sobre un puesto de control, pasando la mano por delante del rostro sin expresión de uno de los servidores. El ser lobotomizado no hizo caso alguno al adepto: su cerebro alterado cibernéticamente era incapaz de notar siquiera su presencia.

—Fascinante, absolutamente fascinante —comentó, justo cuando Tiberius se reunía con ellos—. ¿De qué se encarga este?

Tiberius controló su impaciencia y le contestó.

—Este puesto controla la variación de temperatura en el núcleo del motor de plasma.

—¿Y ese otro?

—Regula las unidades de reciclado de oxígeno en los puentes de las armas.

Pero Barzano ya se había alejado hacia los puestos de vigilancia que había al otro lado del crucero de la nave, donde los oficiales de los marines espaciales estaban de servicio al lado de los servidores inmovilizados.

Unas cuantas caras se giraron hacia él cuando entró, pero Barzano meneó la cabeza y alzó las manos.

—No me presten atención. Hagan como si no estuviera aquí.

Se quedó de pie al lado de una mesa de trazado de rumbo con reborde de piedra situada en el centro de aquella estancia. Luego apoyó los codos sobre ella y se puso a estudiar la enorme cantidad de datos tácticos que mostraba la placa allí montada.

—Esto es absolutamente fascinante, gran almirante, absolutamente fascinante —repitió Barzano.

—Le agradezco su interés, adepto Barzano, pero…

—Ario, por favor.

—Adepto Barzano —siguió diciendo Tiberius—. Esta es una nave de guerra, no un…

—Gran almirante —le interrumpió Philotas, el oficial de cubierta de Tiberius.

Tiberius se aproximó rápidamente al extraño complejo de placas donde operaba el oficial de cubierta y en las que aparecían runas de posición.

—¿Qué ocurre?

—Un nuevo contacto, gran almirante. A sesenta mil kilómetros y justo delante de nosotros —le dijo Philotas, ajustando las runas que veía y entrecerrando los ojos al leer el resultado—. He detectado un pico de energía plásmica en los augurios de medio alcance.

—¿Qué es? —le preguntó Tiberius inmediatamente—. ¿Una nave?

—Creo que sí, gran almirante. Demora cero tres nueve.

—Identifícalo. Clase y tipo. ¡Y descubre cómo es posible que se nos haya acercado tanto sin que lo hayamos detectado hasta ahora mismo!

Philotas asintió y se inclinó para observar los instrumentos una vez más. Ario Barzano estudió con atención el despliegue táctico que aparecía en la mesa central y apuntó a la señal parpadeante que representaba el contacto desconocido. Una serie de números aparecieron en una placa de datos a su lado, un despliegue exhaustivo de información relativa a la nave desconocida.

—¿Este es el contacto? —preguntó en voz alta.

—Sí, adepto Barzano, sí que lo es —le contestó Tiberius con un tono de voz cortante—. Lo siento, pero ahora mismo no dispongo de tiempo para explicarle los detalles de los procedimientos en una nave estelar.

—¿Gran almirante? —le llamó de nuevo Philotas.

—¿Sí?

—Ya he identificado la señal del motor del contacto desconocido, gran almirante —confirmó el oficial de cubierta—. Es el Aguerrido, una nave de defensa planetaria de Pavonis.

—El objetivo se aproxima al alcance de las lanzas de energía, temido arconte.

Kesharq se pasó la lengua por los dientes y saboreó la sangre coagulada que se había pegado allí, estremeciéndose con una excitación apenas contenida. Sí, los idiotas estaban mordiendo el anzuelo y creían que el Jinete de la Tormenta era uno de los suyos.

—Desvía la energía principal a las baterías de lanzas y mantenla allí en reserva. Quiero infligir un golpe letal con una sola descarga.

—Sí, temido arconte.

Tiberius regresó al púlpito del capitán.

—Comunicaciones, póngase en contacto con el Aguerrido y transmítale mi saludo.

—Sí, gran almirante.

El capitán del Vae Victus se quedó mirando a través de la ventana de observación con la esperanza de distinguir la silueta de la nave de defensa planetaria, pero el resplandor de la estrella del centro del sistema planetario le impedía ver prácticamente nada. Se volvió hacia el puesto de control de exploración y reconocimiento y sintió que se le agotaba la paciencia al ver al adepto Barzano inclinado sobre uno de los teclados de introducción de datos de uno de los bancos lógicos de aquella parte del puente de mando.

—¿Adepto Barzano? —le llamó Tiberius.

El adepto movió una mano con un gesto para que le dejara tranquilo, demasiado concentrado en la placa que tenía delante de él, y Tiberius decidió que ya estaba harto del adepto Barzano. Tuviera o no la máxima

autoridad concedida por el Administratum, nadie le mostraba al comandante de una nave estelar aquella clase de falta de respeto. Tiberius se bajó del púlpito… y Barzano de repente se alejó del puesto de control de exploración y reconocimiento para acercarse a él.

—¡Gran almirante, encienda los escudos y prepare las armas! —le ordenó Barzano con la voz llena de una autoridad repentina.

Tiberius cruzó los brazos sobre su enorme pecho y se quedó mirando el rostro tenso del adepto.

—¿Y por qué debería hacer eso, adepto Barzano?

—Porque —le contestó Barzano con un siseo lleno de urgencia— según los informes de la flota del Segmentum Ultima, el gobernador comunicó que el Aguerrido fue destruido por completo junto a toda su tripulación hace cinco años, gran almirante.

Tiberius sintió que la sangre se le retiraba del rostro cuando se percató de las implicaciones que tenía aquello y del peligro que corrían su nave y su tripulación.

—¡Todo a estribor! —gritó con vehemencia—. ¡Activen los escudos de vacío e incrementen la energía en los aceleradores frontales!

—¡Fuego! —gritó el arconte Kesharq en cuanto vio que la enorme proa de la nave de los marines espaciales comenzaba a enfilarse hacia ellos. La astronave eldar se estremeció cuando las baterías de las lanzas de energía de proa descargaron una tremenda andanada de energía oscura contra su presa. Los disparos cruzaron el espacio que las separaba en un latido de corazón. La pantalla de observación resplandeció cuando la inmensa cantidad de energía alcanzó el crucero de ataque y explotó con una fuerza increíble.

Un brillante halo estalló alrededor del Vae Victus cuando los primeros impactos sobrecargaron los escudos de vacío de la nave. Los siguientes disparos hicieron blanco en la proa blindada, lanzando al espacio columnas de fuego y oxígeno procedentes del casco perforado.

Un poder destructivo tan enorme descargado a una distancia tan corta fue algo realmente impresionante, y Kesharq lanzó un rugido de triunfo.

Pudo ver, incluso a aquella distancia, que los daños causados por las lanzas de energía habían sido terribles. Varios trozos de adamantio de varios metros de grosor habían sido arrancados de la estructura de la nave como si fueran papel de aluminio, y unos tendones irregulares de acero quedaron al descubierto en las zonas de la sección de proa donde habían impactado los disparos.

Unos chorros de oxígeno congelado cristalizaban a medida que salían del casco perforado mientras las compuertas estancas se esforzaban por contener las pérdidas en las brechas. Kesharq sabía que habrían muerto centenares de humanos, casi con toda seguridad, por la descarga inicial, y que muchos más les seguirían al infierno aullando cuando sus compartimientos quedaran expuestos al espacio.

Kesharq lanzó una carcajada.

—Vira y colócanos en su popa. Destruye sus motores.

El puente de mando del Vae Victus se inclinó hacia un lado arrojando al suelo a toda la dotación allí situada cuando las enormes explosiones hicieron sentir su fuerza a lo largo del casco de la nave.

Los timbres de alarma comenzaron a sonar y el puente de mando quedó bañado por las luces rojas cuando el crucero de asalto entró en zafarrancho de combate. Los equipos de emergencia se dedicaron a extinguir los incendios y a atender a los heridos mientras que chorros de vapor, de humo y de llamas surgían de los conductos y de los puestos de control destrozados. Varias docenas de servidores colgaban sin vida de sus sillas.

Tiberius se levantó del suelo con un profundo corte en una de sus mejillas. La sangre ya se le había coagulado.

—¡Informe de daños! —gritó—. ¡Ahora mismo!

Corrió hacia el puesto de control de disparo y apartó al servidor encargado de la puntería de encima del panel de instrumentos. Estaba muerto, con la piel pálida ennegrecida por el fuego y sus mecanismos destrozados. Las máquinas lógicas se esforzaban por determinar la

extensión de los daños, pero Tiberius ya sabía que estaban gravemente dañados. Todavía no era una herida fatal, pero desde luego sí grave.

—Los escudos de vacío están sobrecargados y tenemos brechas en el casco desde el nivel siete hasta el nueve —le gritó el oficial de cubierta—. Los cañones de bombardeo de proa están fuera de servicio momentáneamente y el hangar de lanzamiento principal ha recibido un impacto directo. Hemos tenido suerte. Los últimos disparos sólo nos rozaron, gran almirante. Vuestro viraje antes de la andanada nos ha salvado.

Tiberius gruñó, ya que no se sentía merecedor de aquel cumplido, y regresó al púlpito de mando. El aviso de Barzano había llegado justo a tiempo y aquello fue lo que había salvado a la nave. Los escudos se alzaron apenas un momento antes de que el Vae Victus se estremeciera bajo los disparos enemigos.

El almirante miró por la gran ventana de observación, furioso consigo mismo por haberse visto sorprendido, y vio una silueta negra de contornos fluidos, con unas velas que se hinchaban aprovechando las corrientes de los vientos solares, salir del brillo de la estrella que la ocultaba y desaparecer de nuevo por su costado de estribor.

—¡Eldars! —exclamó Tiberius con disgusto. ¿De dónde demonios había salido aquella nave? ¿Cómo, en el nombre de Guilliman, habían logrado evitar ser descubiertos por sus augurios y sus detectores?

»¡Control de detección! Quiero un barrido amplificado de toda la zona. ¡Que alguien me diga, en el sagrado nombre de Terra, qué es lo que hay ahí fuera! ¡Baterías de costado de estribor, fuego a discreción!

Philotas asintió y se apresuró a transmitir las órdenes del gran almirante.

—¡Y que alguien apague esas malditas alarmas!

El puente de mando quedó de repente en silencio cuando las campanas de la sacristía se apagaron. Lo único que se oía era el siseo de los artefactos averiados, el chasquido de las chispas que saltaban y los gemidos incoherentes de los servidores heridos. Sintió una leve vibración en el suelo cuando las baterías de estribor abrieron fuego, pero, sin el control de disparo adecuado, dudaba mucho que fueran capaces de acertarle a nada.

Tiberius se limpió la sangre de la mejilla mientras Ario Barzano avanzaba trastabillando hacia el púlpito del capitán llevando a cuestas la figura desmayada de su escriba. Perjed estaba sangrando por un corte que tenía en la cabeza, pero no parecía profundo, y en cuanto Barzano dejó al venerable escriba en los peldaños de la escalera del claustro, regresó corriendo al puesto de control de detección. Tiberius le gritó al adepto.

—Gracias, adepto Barzano, por esa advertencia tan oportuna.

Luego encendió el despliegue táctico en su atril, pero la pantalla estaba repleta de lecturas anómalas y los detectores de corto alcance recogían docenas de objetivos. «¡Malditos trucos alienígenas! —pensó—. Cualquiera de ellos podía ser el atacante eldar».

Tenía que poner a salvo su nave, pero ¿podría hacerlo con una información tan confusa? Sin embargo, una decisión equivocada era mejor que la falta de decisión.

—¡Timón, viraje cerrado a estribor y fuego con todas las baterías! ¡Aléjanos de este cabrón! Necesitamos espacio para maniobrar.

—¡No, gran almirante! —le gritó Barzano desde la mesa de despliegue táctico—. Ceo que nos enfrentamos a una nave de los eldars oscuros. He leído algo acerca de esas naves y no debemos separarnos de ella.

Tiberius se quedó dudando por un momento: no estaba nada acostumbrado a que alguien le llevara la contraria en su propio puente de mando, pero el adepto había demostrado estar en lo cierto hasta aquel momento y parecía saber más que él sobre las capacidades de combate de la nave enemiga.

—Muy bien, adepto Barzano. No tenemos mucho tiempo, ¿qué quiere que haga?

—Debemos acercarnos a nuestro enemigo, disparar con todo lo que tengamos en su dirección y tener la esperanza de acertarle a pesar de sus pantallas holográficas.

—¡Hacedlo! —le gritó Tiberius a su oficial de cubierta—. ¡Activad los cohetes de maniobra de babor y poned nuevo rumbo demora cero nueve cero!

Kesharq observó a través de la ventana de observación cómo la nave dañada giraba sobre su eje. La proa desgarrada estaba dando la vuelta con rapidez, y se dio cuenta de repente de que cada vez parecía más cercana. Lanzó una maldición al percatarse de que alguien que iba a bordo de aquella nave conocía las capacidades de la astronave eldar.

Señaló a la ventana de observación y gritó:

—¡Mantenednos en su popa, malditas sean vuestras almas!

El puente se estremeció cuando las explosiones de los grandes cañones empezaron a estallar cerca de ellos. Los artilleros enemigos no podían precisar su localización exacta, pero ante aquella potencia de fuego, tan sólo era cuestión de tiempo que algún proyectil les impactara, y el Jinete de la Tormenta no estaba preparado para resistir un castigo semejante.

El Vae Victus se estaba esforzando por igualar su maniobra de giro, pero en aquella clase de competición sólo podía haber un ganador.

—¡Los tubos lanzatorpedos de proa están preparados, temido arconte!

—¡Disparo en abanico! —gritó Kesharq—. ¡Fuego!

—¡Torpedos, gran almirante! —advirtió Philotas a gritos.

—¡Que el Emperador los mande al infierno! ¡A babor! ¡Que las torreras defensivas abran fuego!

—¡Que las baterías de costado apunten hacia el lugar de donde proceden los torpedos y que abran fuego! —gritó Barzano.

—¡Control de armas, hagan lo que dice! —confirmó Tiberius.

El puente de mando se estremeció con fuerza y Tiberius tuvo que agarrarse al borde del púlpito cuando el Vae Victus invirtió su maniobra de giro.

Seis torpedos se dirigían a toda velocidad hacia el Vae Victus. Los sistemas de engaño de localizadores de los artefactos alienígenas creaban un campo de distorsión tras otro que dificultaban enormemente a su presa interceptarlos. A una distancia tan corta, y atravesando una cortina de fuego tan densa, era inevitable que algunos de los torpedos no lograran llegar a su objetivo, y dos de los artilleros de las baterías de costado consiguieron

acertar. Otro torpedo quedó confundido por la radiación emanada por la proa dañada y estalló debajo del Vae Victus sin causar daño alguno. Los otros tres se abalanzaron sobre el crucero de asalto sin desviarse de su rumbo hasta ponerse a tiro de sus baterías de defensa cercana.

—¡Tres torpedos destruidos! —gritó Philotas con voz ronca.

—Eso deja todavía otros tres —contestó Tiberius—. ¡Eliminadlos!

—¡Las torretas de defensa cercana ya están apuntando contra ellos!

La gigantesca ventana de observación mostraba la oscuridad del espacio pintada con los brillantes puntos de las explosiones y los rastros helados de la combustión de los motores de los torpedos que se acercaban. Toda la tripulación del puente de mando podía ver las armas que se abalanzaban contra ellos, y todos y cada uno de los hombres sintieron que las cabezas explosivas de los torpedos les estaban apuntando justo entre los ojos.

La tripulación contuvo la respiración o murmuró rezando al Emperador mientras la última línea de defensa del Vae Victus abría fuego.

Cada torreta de defensa cercana era manejada por un servidor equipado con sus propios augurios, lo que le permitía apuntar a los torpedos que se acercaban de modo individual e independiente. Los torpedos estaban programados para efectuar maniobras evasivas, pero en el último tramo de su trayectoria eran más vulnerables. Cuando comenzaban a frenar para el alcance final de objetivos, su velocidad disminuía hasta un punto en que no podían esquivar de un modo efectivo los disparos de su blanco, y uno de los torpedos se desintegró bajo una lluvia de proyectiles de cañón de alta velocidad.

Un solitario proyectil de una de las torretas defensivas perforó otro de los torpedos. El impacto fue demasiado superficial y leve para destruir el torpedo, pero confundió al giróscopo interno. Su sistema de guía creyó que el Vae Victus se encontraba justo encima de él y cambió su rumbo para dirigirse rugiendo hacia arriba durante trescientos kilómetros antes de estallar.

El último torpedo completó su maniobra y se acercó para empotrarse contra su objetivo.

Todas las armas comenzaron a disparar contra el proyectil, y finalmente, a menos de doscientos metros, lograron abatirlo.

Cientos de proyectiles se estrellaron contra el torpedo, que estalló en una enorme bola de fuego y de metralla. Sin embargo, sus restos continuaron moviéndose a una velocidad increíble y algunos fragmentos ardientes se estrellaron contra el casco, destruyendo una torreta de defensa cercana, arrancando una antena de detección y partiendo unas cuantas estatuas.

El ataque con torpedos se había acabado.

Tiberius se recostó contra el púlpito cuando vio estallar el último torpedo y supo que jamás había visto algo más agradable. Un grito desigual de alivio surgió de las gargantas de la tripulación del puente de mando junto a varias plegarias de agradecimiento al Emperador.

—Bien hecho, gran almirante. Lo logramos —dijo Barzano con un suspiro. Tenía el cuerpo flojo por el alivio y estaba empapado en sudor.

—Por esta vez, Ario —le advirtió Tiberius—. Hemos tenido suerte, pero no lancemos las campanas al vuelo para celebrar la victoria todavía.

Se dirigió al oficial de cubierta.

—¿Qué pasa con nuestros disparos de respuesta?

—A punto de abrir fuego —le contestó Philotas.

—Bien —dijo Tiberius con una sonrisa feroz—. Ya va siendo hora de mostrarles que todavía nos quedan dientes para morder.

Kesharq no podía creer lo que veía con sus propios ojos. ¡Habían logrado destruir toda la salva de torpedos! Las probabilidades de que algo así ocurriera eran tan ínfimas que era impensable. Mientras pensaba en lo injusto que era todo aquello, el puente de mando de su nave se estremeció con fuerza, arrojándolo al suelo. Las tremendas ondas expansivas de las explosiones cercanas hicieron que la astronave se bambolease arriba y abajo. Las luces empezaron a parpadear y comenzó a salir humo de los aparatos destrozados.

—¡Temido arconte, nos han dado! —le gritó su segundo al mando.

—Sí, gracias por tu capacidad de percepción —le dijo con tono burlón Kesharq—. Si me matan, ten la amabilidad de venir a decírmelo. ¿Cuál es la gravedad de los daños?

El señor eldar oscuro se puso en pie. Un trozo de piel le colgaba del cuello y había dejado al aire la superficie húmeda y brillante del interior. Se echó atrás con un gesto impaciente el jirón de piel mientras sus subordinados se apresuraban a obedecer sus órdenes.

La información comenzó a llegarle con cuentagotas, y cada nuevo dato era más preocupante que el anterior.

—Hemos perdido energía en las pantallas holográficas.

—La vela principal está dañada y algunos de los cables de amarre han quedado cortados.

—Hemos perdido íntegramente el casco en la zona de tortura. Todos los prisioneros que iban a ser torturados han muerto.

Kesharq sabía que aquella batalla se había acabado. Sin disponer de la protección de sus pantallas holográficas, el Jinete de la Tormenta estaba demasiado expuesto y sería un objetivo fácil para los artilleros enemigos. La presa había demostrado ser merecedora de sus atenciones y no cometería de nuevo el error de subestimar a su oponente.

—¡Retirémonos! —ordenó—. Regresaremos a nuestra base y efectuaremos las reparaciones necesarias en la nave. Esta comida tendrá que esperar a otro día.

—¡La nave eldar se está retirando! —gritó Philotas, y Tiberius dejó escapar un suspiro de alivio que había estado conteniendo.

—Muy bien —dijo Tiberius—. Rumbo a Pavonis, y cuando nos pongamos a alcance de efectuar comunicaciones seguras, informe al control de la flota de la capacidad de los eldars para hacerse pasar por naves imperiales.

—Sí, gran almirante.

Tiberius se pasó una mano encallecida por el cráneo. Los eldars los habían pillado con la guardia bajada y les habían enseñado una dolorosa lección sobre la humildad. Dio unos cuantos golpecitos sobre el atril y se castigó con treinta días de penitencia y de estudios tácticos por su fallo a la

hora de prever el ataque antes de bajar al piso del puente de mando baqueteado.

Ario Barzano estaba en cuclillas en la base del púlpito limpiándole la sangre de la frente a Perjed y sonrió a Tiberius cuando éste se arrodilló a su lado.

—Bien hecho, gran almirante. Su rápida maniobra nos ha salvado a todos.

—No nos andemos con rodeos, adepto Barzano…

—Ario.

—Muy bien… Ario. Si no hubiese sido por su aviso, ahora estaríamos todos muertos.

—Es posible —admitió Barzano—. Pero estoy seguro de que habría adivinado lo que estaban tramando en muy poco tiempo.

Tiberius alzó una ceja con gesto escéptico.

—¿Cómo es posible que un individuo del Administratum sepa tanto de naves alienígenas?

Barzano sonrió con picardía.

—He estado en muchos lugares, Lazlo, he conocido a mucha gente interesante y soy un buen oyente. Aprendo cosas de todo lo que veo y de toda la gente que conozco. —Se encogió de hombros antes de seguir hablando—. En mi cargo, me he metido en bastantes situaciones de tipo esotérico y me aseguro de comprenderlas todas. Pero, gran almirante, la pregunta más importante no es cómo es posible que yo sepa todo eso, sino: ¿cómo sabían nuestros enemigos dónde íbamos a estar? Supongo que nos ha traído aquí viajando fuera de las líneas de navegación habituales.

—Por supuesto.

Barzano alzó las cejas.

—Entonces, ¿cómo sabían que estaríamos aquí? Mi mensaje sólo iba dirigido a la gobernadora de Pavonis.

—¿Sospecha que está en contacto con los eldars?

—Mi estimado gran almirante, soy un burócrata. Sospecho de todo el mundo —dijo con una breve risa Barzano antes de ponerse serio de nuevo

—. Pero está en lo cierto: los contactos y la lealtad de la gobernadora son dos de las muchas preocupaciones que tengo.

Antes de que Tiberius le pudiera hacer ninguna otra pregunta, Lortuen Perjed dejó escapar un gemido y alzó una mano llena de manchas hepáticas hasta su frente. Barzano lo ayudó a ponerse en pie y luego hizo una pequeña reverencia.

—Gran almirante, si me disculpa, debo llevar a Lortuen a mi médico particular. De todos modos, ha sido muy instructivo visitar su puente de mando. Me gustaría repetirlo en alguna otra ocasión.

Tiberius asintió, sin saber qué pensar de aquel adepto con tanta labia. Y cuanto más pensó en ello, más se convenció de que Barzano había estado esperando aquel ataque contra el Vae Victus. ¿Por qué otro motivo iba a subir al puente de mando en aquel momento? ¿Para hacer una visita? Y cuando todo se había puesto en marcha al estallar el combate, Barzano había demostrado que sabía cómo funcionaba el puente de mando de una nave estelar.

Se preguntó con acritud qué nuevas sorpresas le esperaban en aquella misión.



CINCO

Hacía frío en la cámara quirúrgica octogonal. El aliento de los ocupantes se condensaba en el aire. Las dos figuras a cargo de todo el proceso se movían con una elegancia natural y desenvuelta por la estancia en penumbra. La luz no era demasiado fuerte, ya que los ojos del Cirujano no estaban acostumbrados a la luz brillante y, además, todo el mundo estaba de acuerdo en que realizaba sus mejores trabajos en una penumbra cercana a la oscuridad.

Había una mesa formada por una placa de metal ondulado con las patas atornilladas al suelo en el centro de la estancia, rodeada por artefactos arcanos compuestos por hojas afiladas, largas agujas y sierras para cortar huesos. El tercer ocupante de la cámara, un humano macho desnudo, se encontraba tumbado e inmóvil sobre su superficie. No había ninguna cincha ni correa que lo sujetara. El Cirujano necesitaba una total libertad de movimientos sobre el cuerpo para trabajar, y las drogas impedirían que el sujeto pudiera moverse.

El Cirujano le había administrado la cantidad exacta para lograr ese efecto, aunque no la suficiente para impedir que sintiera parte del proceso al que iba a ser sometido.

¿Dónde se encontraba el arte si el individuo así honrado no podía sentir nada de aquello?

Él Cirujano llevaba puesta una bata roja sin ninguna señal o marca, y se puso unos guantes de goma gruesa que llegaban hasta el codo. Los dedos de los guantes acababan en unos delicados escalpelos y en diversos instrumentos quirúrgicos chasqueantes. Su ayudante observaba todos los tediosos preparativos desde las sombras sintiendo una mezcla de aburrimiento lánguido y admiración.

Ya había visto la habilidad del Cirujano con los instrumentos muchas veces, y aunque las cosas que podía llegar a hacer eran maravillosas, ella estaba más interesada en sus propios placeres. El Cirujano le hizo un gesto con la cabeza y ella se dirigió hacia la mesa, desnuda y de puntillas, con una sonrisa maliciosa en sus rojos y voluptuosos labios.

Se agarró a los bordes de la mesa y se alzó sobre ella levantando lentamente las piernas hasta que quedó allí, boca abajo y completamente en

vertical. Avanzó por encima del humano andando sobre las manos y luego dio un salto en el aire girando sobre sí misma al descender para colocarse con las piernas abiertas sobre él.

Pudo ver el miedo al proceso en sus ojos y sonrió para sí misma. Siempre era el miedo lo que la excitaba. La excitaba y la repelía. Que aquel mono humano pensara que ella, que había aprendido los mil y nueve Placeres de la Oscuridad, pudiera realmente disfrutar de aquello. Una parte de ella se asqueó de sí misma cuando se dio cuenta de nuevo de que así era en realidad, y le costó todo un esfuerzo de voluntad no atravesarle los ojos suplicantes con sus garras envenenadas y clavárselas en su cerebro enfermo. Se estremeció, y el hombre confundió aquel gesto pensando que era de placer. Se agachó hacia él y le pasó la lengua por el pecho desnudo, sintiendo cómo se le erizaba la piel con el roce. Fue subiendo hasta su cuello y le mordió con suavidad la piel. Sus dientes afilados la atravesaron y ella paladeó el sabor amargo de su sangre contaminada.

El humano gimió mientras los dientes le rozaban la cara dejando besos cortantes a lo largo de la mandíbula. Sus largas uñas de color rojo sangre le acariciaron las costillas, dejando a su paso rastros humeantes y venenosos. Sus muslos se apretaron contra la cadera del humano y supo que él ya estaba preparado. La sangre estaba cantando en sus venas podridas.

Miró por encima de su hombro y le hizo un gesto de asentimiento al Cirujano. Aunque el humano no se podía mover, podía sentir cómo el terror iba aumentando poco a poco. La mujer dio un ágil salto por encima de su cabeza y aterrizó con la suavidad de un gimnasta detrás de la mesa. Escupió al suelo la sangre que se le había quedado en los labios y en los dientes. El Cirujano colocó el primero de sus dedos con escalpelo en el estómago del individuo. Lo abrió con mano experta, separando la piel y los músculos como si no fueran más que capas de una cebolla.

El Cirujano continuó trabajando durante otras tres horas, deshaciendo con destreza cada centímetro del hombre hasta llegar al hueso, dejando al descubierto sus músculos y sus órganos y convertirlos en tiras sangrientas de carne goteante. Qué fácil le resultaría continuar abriendo y llegar hasta el cráneo, dejándolo convertido en un esqueleto aullante y sin carne. La

tentación era grande, pero se resistió: sabía que el arconte Kesharq le haría pasar una agonía mil veces peor en su propio cuerpo si dejaba que el kyerzak muriera demasiado pronto.

Una maquinaria alienígena que dejaba escapar un leve zumbido, compuesta por tubos de goma, fuelles siseantes y recipientes llenos de sangre gorgoteante rodeaban el procedimiento suministrándole con suavidad fluidos preservadores de la vida al sujeto todavía palpitante. Un artefacto de aspecto repulsivo parecido a una horca aserrada, ascendió y se quedó colgado justo encima de la mesa sujetando a un organismo reluciente parecido a un escarabajo que palpitaba con una respiración áspera. Unas agujas delgadas, negras y quitinosas surgieron de su tripa hinchada y se pusieron a trabajar en cada uno de los trozos de carne. Moviéndose a una velocidad superior a la que podía captarse a simple vista, arrancaron restos de materia fibrosa de aspecto enfermo de cada uno de los órganos y pedazos de músculo y colocaron nuevas tiras de materia orgánica translúcida en su lugar.

En cuanto el ser palpitante y sin ojos acababa su tarea con cada segmento de carne, el Cirujano lo tomaba con delicadeza, lo situaba de nuevo en el cuerpo y lo unía de nuevo de forma meticulosa con la estructura corporal hasta que estuvo completo otra vez.

Tan sólo la cabeza permaneció sin abrir. La boca se movía emitiendo unos gritos silenciosos de dolor y asco. El artefacto bajó a la criatura reluciente hasta colocarla sobre la cara del individuo, y su parte inferior carnosa se rozó suavemente contra su piel. Las agujas negras surgieron de nuevo de su cuerpo, extendiéndose por encima de las mejillas para luego entrar por la nariz, los oídos, la boca y los ojos hasta el interior de su cráneo. Unos agudos pinchazos de dolor sacudieron su cerebro cuando cada nervio, cada arteria, cada vena y cada capilar era retirado y sustituido.

Por fin, todo acabó. Apartaron el organismo hinchado y asqueroso del rostro del sujeto y lo depositaron en una amplia bandeja de metal situada en un extremo de la mesa. El Cirujano tomó una estrecha sierra para cortar huesos cuando la criatura comenzó a tener convulsiones y su color pasó de ser un negro lustroso a un marrón necrótico. Antes de que se pudriera y

desapareciera, el Cirujano le abrió el tórax por la mitad con la sierra y retiró un saco goteante de color amarillo parecido a un huevo. Sería necesario para criar otro organismo para el siguiente proceso.

El Cirujano le hizo un gesto de asentimiento a la mujer desnuda que caminó pavoneándose hasta la mesa y ayudó al hombre a colocarse sentado. Los movimientos del individuo eran lentos e inconexos, pero ella sabía que se le pasaría pronto. El humano recogió sus ropas y se puso con gesto de hosquedad una pelliza corta de terciopelo azul con bordados de plata en los hombros. Empuñó un bastón de ébano con puño de bronce y caminó arrastrando los pies de un modo doloroso hasta la puerta de la cámara.

—¿Y bien? ¿No vienes? —dijo de repente sin volverse y con tono malhumorado.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y sus rasgos, bellos y venenosos, compusieron un gesto de desdén. Él se giró hacia ella, como si hubiera sentido físicamente su desprecio.

La mirada del hombre se entrecruzó con la de la mujer con una mezcla de asco y de excitación, y ella se percató, por sus ojos implorantes, de que había sufrido mucho. Eso la alegró, y supuso que aquella vez serían necesarios al menos seis de los mil y nueve Placeres de la Oscuridad para aplacarlo.

Era tan penoso que la comprensión humana de semejantes asuntos fuese tan limitada.



SEIS

Uriel apoyó la cabeza en la pared interna palpitante de la cañonera, con las manos unidas para rezar mientras recorrían el último tramo de su aproximación a Puerta Brandon, la capital de Pavonis.

Todos los hombres bajo el mando de Uriel se encontraban sentados y en actitud reverente, con sus pensamientos centrados en la gloria del Emperador. Al otro extremo del compartimiento de pasajeros se encontraba sentado el adepto Barzano con casi un pequeño ejército de ayudantes. Uriel meneó lentamente la cabeza. ¿Cuántos sirvientes necesitaba un solo hombre?

Todos sus años de entrenamiento en el campamento Agiselus le habían imbuido una tremenda autodisciplina y confianza en sí mismo, y le resultaba extraño ver a un hombre con alguien siempre cerca de él para que realizase hasta las tareas más ínfimas. Los niños de Ultramar eran educados desde su más tierna infancia para que llevaran una vida de disciplina, sencillez y sacrificio.

Barzano estaba escuchando con atención al individuo que les había presentado como Lortuen Perjed, y asentía con firmeza a lo que fuese que le estaba diciendo el anciano. El adepto Perjed estaba meneando un dedo con fuerza justo debajo de la nariz de Barzano, como si le estuviese dando una lección severa, y Uriel se preguntó por un momento quién estaba realmente al mando de todo aquello.

Dejó a un lado las ideas sobre el adepto y se quedó mirando a través del grueso cristal de la portilla de observación del costado de la cañonera justo cuando las últimas nubes vaporosas se desvanecían a su alrededor y la principal masa continental de Pavonis quedaba a la vista como si fuera un mapa desplegado ante él.

La primera impresión que tuvo Uriel de Pavonis fue de contrastes.

En mitad del paisaje verde y agreste se podían ver docenas de manufactorums que se extendían cubriendo docenas de kilómetros cuadrados en todas las direcciones, junto a los almacenes, a depósitos de material y a nódulos de transporte que los mantenían comunicados. Unas enormes grúas y la maquinaria de almacenamiento de color amarillo recorrían aquella zona industrial pasando al lado de gigantescos

contenedores llenos de combustible y de suministros para las forjas siempre en funcionamiento. Las torres de refrigeración, que vomitaban humo de forma continua, inundaban el aire con nubes de vapor, y una capa de contaminación de color amarillo se mantenía cerca del suelo, tiñendo todos los edificios con un residuo ocre de aspecto asqueroso.

Sin embargo, algo más adelante, más allá de los manufactorums, en mitad de un enorme bosque y a los pies de unos altos picos montañosos, Uriel pudo distinguir un conjunto señorial de edificios de color blanco, y supuso que debían de pertenecer a una de las corporaciones gobernantes que se encargaban de supervisar la producción de Pavonis. La Thunderhawk pasó por encima de aquel lugar lo suficientemente cerca como para espantar a una manada de ágiles bestias cornudas y distinguir con claridad la entrada con pórtico de mármol del edificio de mayor tamaño.

Dejaron atrás aquella propiedad con rapidez y la cañonera siguió el curso de un río de aguas veloces. Cuando la nave traspuso una formación rocosa, Uriel pudo ver por fin, en el horizonte, la ciudad marmórea de Puerta Brandon. La cañonera se elevó y dio una lenta vuelta alrededor de ella, lo que permitió a Uriel estudiar con atención la ciudad con figura de estrella que se extendía a sus pies. Los asentamientos de manufactorums negros y humeantes se apiñaban alrededor de los bastiones defensivos, con sus habitantes afanados en trabajar bajo el asfixiante calor del día mientras el interior de la ciudad principal parecía relajado, incluso indolente, con el mármol blanco pulido de sus edificios radiante bajo la luz del sol.

La arquitectura de la ciudad estaba compuesta por una mezcla de lo antiguo y de lo nuevo: estructuras que evidentemente tenían años de existencia pegadas a torres de cristal y a cúpulas de acero y vidrio. Las calles estaban adoquinadas, con estatuas y árboles altos alineados a sus lados.

En el centro de la aglomeración de mármol y cristal se encontraba el palacio imperial de la gobernadora de Pavonis. Una amplia plaza adoquinada se abría delante de las puertas del palacio, con su circunferencia delimitada por más estatuas. El palacio en sí se alzaba muy por encima de

las calles, con sus torres blancas y sus muros almenados diseñados siguiendo el estilo alto gótico tan popular varios miles de años atrás. Unos grandes contrafuertes de bronce apoyaban un enorme campanario alargado, embellecido con un tejado cónico de oro batido y con gemas engastadas.

Uriel vio que la campana estaba repicando, pero no pudo oír su sonido por encima del rugir de los motores de la cañonera Thunderhawk.

Los numerosos edificios que componían el conjunto del palacio se extendían a lo largo de una zona muy amplia que incluía un parque lleno de árboles, un complejo deportivo y un pequeño lago. Era evidente que a los gobernadores de Pavonis les gustaba vivir bien. Uriel se preguntó cuánto estarían dispuestos a sacrificar para mantener ese estilo de vida. ¿Cuánto habrían sacrificado ya?

Además de los detalles estéticos del palacio, Uriel paseó sus experimentados ojos por los numerosos emplazamientos de armas situados con astucia a lo largo de las estructuras de los edificios y por las entradas a las rampas de lanzamiento subterráneas. El palacio, y de hecho, toda la ciudad central, se podría convertir en un bastión formidable en caso de que estallase una insurrección o una guerra.

La cañonera comenzó a disminuir su velocidad y a descender hacia las luces parpadeantes de la plataforma de aterrizaje situada en el centro de una circunferencia de altos árboles justo a las afueras de los muros del palacio. Un pequeño edificio de observación y un depósito de combustible, protegidos por paneles de los chorros de los motores, se alzaban en el borde exterior.

Uriel abrió con un leve golpe de su puño el mecanismo de desenganchado de sus arneses de seguridad cuando se encontraban a diez metros del suelo. El resto de los marines espaciales lo imitaron y sacaron los bólters de sus fundas.

Pasanius y Learchus recorrieron todo el compartimiento de pasajeros mientras las luces verdes de desembarco parpadeaban.

—¡Todo el mundo en pie! Preparados para desembarcar y asegurar el perímetro.

Mientras los sargentos preparaban a los hombres para el aterrizaje, Uriel se arrodilló ante el pequeño altar situado en un hueco al lado del asiento del capitán, inclinó la cabeza y musitó la Plegaria del Combate y el Catecismo del Guerrero. Agarró la empuñadura de la espada de energía que le había entregado Idaeus y se puso en pie para colocarse justo delante de la rampa de desembarco de la tripulación situada en la parte frontal de la nave.

La rampa bajó rápidamente con un siseo de descompresión y un leve chirrido hidráulico y se estampó contra el suelo de la plataforma de aterrizaje. Las dos escuadras de Ultramarines ya habían terminado de salir antes de que acabara de bajar del todo y se colocaron en sus posiciones de perímetro de defensa. Tenían los bólters empuñados en posición de disparo mientras miraban a izquierda y derecha con las cabezas cubiertas por los cascos en busca de cualquier posible amenaza.

—Vaya, sí que son eficaces —comentó con tono alegre el adepto Barzano por encima del aullido de los motores de la Thunderhawk que se iban apagando.

Pasanius hizo un gesto con su pesado lanzallamas mientras Uriel alzaba los ojos al cielo y siguieron a Barzano por la rampa.

Cuando los paneles de protección del borde de la plataforma bajaron, un hombrecillo regordete y de rostro enrojecido, vestido con una túnica negra sencilla y lisa propia de un adepto, y con una placa de datos codificada genéticamente, salió del edificio de observación.

Toda una escuadra de bólters apuntó al individuo, que lanzó un chillido y levantó las manos por delante de él.

—¡No! ¡No me disparen! —suplicó—. ¡He venido a recibir al adepto Barzano!

Barzano, Lortuen y Uriel acabaron de bajar a la plataforma al mismo tiempo que dos de los marines avanzaban para flanquear al individuo y acompañarlo hacia su capitán. El hombre estaba sudando a chorros, empequeñecido por los gigantes armados que estaban a cada lado de él.

Barzano se adelantó para recibir al individuo de mejillas regordetas y sonrosadas. Extendió una mano y le puso la otra sobre el hombro a su colega adepto.

—Usted debe de ser el adepto Ballion Varíe. Buenos días, señor. Ya me conoce: soy Ario Barzano, no tenemos que andar con presentaciones, pero estas excelentes personas son Ultramarines.

Barzano acompañó a Varíe hasta Uriel y señaló al capitán con un gesto de camaradería.

—Este es el capitán Uriel Ventris y está al mando de ellos. Han venido para asegurarse de que todo marche sobre ruedas, y esperamos que le dé el carpetazo definitivo a algunos de los problemas que tienen por aquí. ¿Lo ha entendido?

El adepto Ballion Varíe asintió sin dejar de mirar con cara de asombro a los rostros inexpresivos de los marines espaciales, pero Uriel dudaba mucho que hubiera entendido más de una palabra de cada tres de todo lo que le había dicho Barzano.

Barzano le pasó un brazo por encima de los hombros a Ballion y metió el pulgar en el hueco comprobador de identidades de la placa de datos que el tembloroso adepto llevaba en la mano. El aparato lanzó una serie de chasquidos y chirridos y finalmente emitió un suave tono musical. Varíe logró apartar los ojos de los gigantescos guerreros y miró la placa de datos.

—Bueno, al menos ya sabe que no soy un impostor —le dijo Barzano con una sonrisa—. ¿Recibió mi mensaje?

—Ah, sí, adepto, pero lo cierto es que su contenido era bastante confuso.

—No hay que preocuparse. Lo solucionaremos todo, no hace falta ponerse nervioso.

—Sí, pero si la gobernadora descubre que yo sabía que llegaría antes de lo previsto, y que no se lo he dicho… ella… —dijo Varíe con voz cada vez más apagada.

—¿Ella…? —repitió Barzano para que acabara la frase.

—Bueno, ella estaría muy disgustada.

—Excelente, entonces es un buen comienzo.

—Disculpe, pero no le entiendo, adepto Barzano —exclamó Varíe en tono de protesta.

—No hace falta que se disculpe, y tampoco hay razón alguna para que lo entienda. Son juegos dentro de juegos, querido colega.

Lortuen Perjed tosió de un modo deliberado, dio unos cuantos golpecitos con su bastón sobre la rampa metálica de desembarco y se quedó mirando a Barzano, quien hizo un gesto despreocupado.

—No me haga caso, querido compañero. Divago. Lo hago mucho cuando conozco a alguien nuevo. Bueno, vamos a los asuntos serios. Creo que lo primero que deberíamos visitar es el palacio imperial. ¿Qué le parece?

—Creo que la gobernadora no espera que aparezca por allí tan pronto.

—Bien, puede que sí… —murmuró Barzano señalando un hueco entre los árboles donde una calle adoquinada llevaba hasta los muros de la ciudad. Uriel vio un carruaje descubierto tirado por cuatro caballos al trote que se dirigía por aquella carretera hacia el borde de la plataforma de aterrizaje.

El carruaje levitaba en el aire gracias a una tecnología antigravitatoria similar a la utilizada por los aerodeslizadores del Capítulo, y sus costados laqueados mostraban el escudo heráldico: un obús de artillería rodeado de guirnaldas.

Uriel sabía que el uso de esa tecnología no era barato, y que aquel vehículo debía de haber costado una pequeña fortuna.

Los caballos, sin duda una afectación imitadora de la tradición, se detuvieron envueltos en una nube de polvo, y un hombre de estatura elevada y de atractivo desenfado, vestido con un traje negro, una pelliza de terciopelo azul y un bicornio recargado con un reborde de plumas, bajó del carruaje y se apresuró a acercarse a la Thunderhawk. Su rostro mostraba una sonrisa de oreja a oreja.

Lortuen Perjed avanzó para colocarse al lado de Barzano y Uriel. Su figura delgada parecía esquelética comparada con la enorme silueta del capitán de los marines espaciales.

—Vendare Taloun —susurró Perjed—. La corporación de su familia fabrica proyectiles de artillería para la Guardia Imperial. La gobernadora Shonai logró arrebatarle el cargo hace diez años y ahora dirige la oposición

en el senado de Pavonis. Se rumorea que organizó la muerte de su hermano después de que les quitaran el poder para así convertirse en el patriarca de la familia.

—¿Existen pruebas de ello? —susurró Barzano antes de que Taloun llegara hasta ellos.

—No, todavía no.

Barzano le hizo un gesto de agradecimiento a Perjed sin volver la cabeza y avanzó para saludar al recién llegado. Uriel vio una mirada asustada aparecer en el rostro de Ballion Varle, y se colocó al lado de Barzano con la mano en la empuñadura de la espada.

Vendare Taloun se inclinó con una reverencia exagerada ante Barzano y Uriel a la par que se quitaba el sombrero con un floreo y se lo colocaba a la espalda. En cuanto se alzó de nuevo, Barzano tomó su mano y se la estrechó con fuerza arriba y abajo varias veces.

—Es un placer, lord Taloun, un gran placer. Me llamo Ario Barzano, aunque usted por supuesto ya lo sabe. Vamos, subamos a su magnífico carruaje para regresar a la ciudad. ¿Qué le parece?

Taloun se quedó sorprendido por el comportamiento de Barzano, pero se recuperó con rapidez.

—Por supuesto, adepto —le contestó con una sonrisa mientras señalaba el carruaje con el sombrero—. ¿Alguno de sus acompañantes querría acompañarnos? Creo que podemos acomodar a uno o dos más.

—Uriel y Lortuen vendrán con nosotros. Adepto Ballion, sea buena persona y haga que le traigan comida y bebida a esta amable gente. ¿Lo hará? ¡Bien!

Mientras Barzano y Vendare Taloun caminaban hacia el carruaje, Lortuen Perjed le habló en susurros a Uriel.

—Bueno, al menos ahora sabemos que no debemos fiarnos de Ballion.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Uriel mientras miraba cómo el regordete adepto se encaminaba con aire abatido hacia el edificio de observación para luego salir con una capa larga y una cara más larga todavía.

—¿Cómo cree que Taloun sabía que debía venir a recibirnos, y en qué momento?

Uriel se quedó pensando unos instantes en aquello.

—¿Sospechaban que no podían confiar en él y, aun así, le comunicaron la hora de nuestra llegada?

—El adepto Barzano pensó que era bastante probable que el adepto local estuviera a sueldo de alguno de los magnates locales. Al menos, de este modo, sabemos para quién trabaja.

Al ver la expresión de sorpresa en el rostro de Uriel por su sinceridad, Perjed le sonrió con indulgencia.

—Es algo bastante común en mundos como éste que se encuentran en las fronteras orientales, donde pasan décadas sin que los planetas tengan ninguna clase de contacto oficial con el Administratum.

—Eso no ocurre en Ultramar —exclamó Uriel de un modo apasionado.

—Quizá no —aceptó Perjed—. Pero ya no estamos en Ultramar.

Jenna Sharben aplastó su escudo contra el rostro manchado de amarillo de un individuo y lo empujó de vuelta a la multitud. Las celdas de detención de la parte trasera de los Rhinos ya estaban llenas. Unos cuantos más procedentes del cuartel ya estaban en camino, pero lo único que podían hacer las dos líneas de agentes en aquellos momentos era entrelazar sus escudos y mantener al gentío fuera de la carretera que conducía a las puertas del palacio.

Casi quinientas personas se habían congregado allí desde que la campana del palacio había comenzado a tocar, pero, sin duda, aquellos grandes repiques plañideros iban a atraer a muchas más. Maldijo al imbécil al que se le había ocurrido hacer sonar la maldita campana. Había sido utilizada en los primeros tiempos de la historia de Pavonis para convocar a los miembros del senado, pero ya sólo se utilizaba por tradición.

«Una tradición bastante estúpida», pensó Jenna mientras empujaba a la multitud con el escudo. Sabía muy bien que a los senadores se les llamaba de uno en uno cuando era necesaria una reunión. Lo único que estaban

convocando los repiques de las campanas era un gentío de trabajadores en paro que estaban furiosos precisamente con las personas que, dentro de un momento, comenzarían a pasar por allí en dirección al palacio.

—¡Haced que esa gente retroceda! —gritó el sargento Collix desde detrás de la línea de agentes.

«¿Y qué demonios te crees que estamos haciendo? —se preguntó Jenna—. ¿Manteniendo una tranquila charla con decenas de trabajadores furiosos?». Había oído hablar en el cuartel de la matanza que había provocado en la plaza de la Liberación y de cómo los disparos se habían detenido sólo cuando Virgil Ortega había ordenado a los agentes el alto el fuego y que retrocediesen. ¿Qué otros errores podía llegar a cometer y cuánta gente pagaría por ellos?

Se dio cuenta de que aquella forma de pensar era peligrosa e intentó dejar de hacerlo justo cuando otro individuo intentó agarrar el borde de su escudo. Le golpeó con ese mismo borde en la nariz y el hombre cayó aullando al suelo.

El tono del griterío de la multitud cambió y se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro. Vio un carruaje gravitatorio tirado por caballos que se acercaba a las puertas. La multitud se echó hacia adelante y ella dejó escapar un gruñido cuando su empuje comenzó a hacer ceder la línea de agentes.

Clavó los talones y empujó a su vez.

Solana Vergen se reclinó sobre el asiento de cuero almohadillado de su carruaje gravitatorio, examinó sus ojos húmedos de lágrimas no vertidas en un pequeño espejo y comprobó si tenía un aspecto apropiadamente apenado. Satisfecha tras comprobar que mostraba la imagen perfecta de una hija desconsolada, bella, pero también irresistiblemente vulnerable, se pasó un cepillo de marfil y plata por su largo cabello de color miel mientras echaba un vistazo a la plaza de la Liberación a través de la ventana con cortinillas de terciopelo.

Lanzó un bostezo al ver a unos cuantos más de los cansinos trabajadores alineados a lo largo del camino y gritándole al carruaje mientras se dirigía a las puertas del palacio. ¿Qué esperaban conseguir? Un momento después se

dio cuenta de que muchos de ellos llevaban puestos los monos de trabajo de color verde y amarillo de la corporación Vergen. ¿Por qué no estaban trabajando en los manufactorums? ¿Acaso no sabían que estaban trabajando para ella?

Que su padre hubiera sido lo bastante tonto como para dejarse matar no significaba que la gente se pudiera marchar del trabajo cuando quisiera. Tomó nota mentalmente para ponerse en contacto con el capataz local para que apuntara los nombres de los trabajadores que habían faltado a su puesto. Para enseñarles una buena lección, los despediría, y también al capataz por permitir una falta de disciplina semejante entre los operarios.

Pronto descubrirían que ella no tenía puntos débiles como su padre.

Al recordar a su padre, hizo un mohín al pensar en las lágrimas de cocodrilo que Taloun había vertido junto a ella después de los disturbios en los que había muerto su padre. ¿Realmente pensaba que el hecho de casarse con el idiota de su hijo era algo más que un matrimonio de conveniencia? Sin duda, pensaba instalar a su hijo como jefe títere de la corporación Vergen, pero no había contado con Solana Vergen.

Ya había mantenido contactos con otras corporaciones que estarían más que encantadas de oírle contar algunas de las cosas que su prometido le había dicho mientras yacían en la oscuridad después de satisfacer sus necesidades más primarias.

Los consejeros de su padre se habían quedado horrorizados ante la idea de que ella se hiciera cargo de las riendas del control de la producción, pero Solana no podía imaginar en absoluto el porqué. ¡Por lo más sagrado, la jefatura de la corporación Shonai estaba en manos de una mujer, lo mismo que el gobierno del planeta entero! Se arrebujó en la pelliza y posó una mano enguantada de seda sobre el reborde del carruaje mientras pensaba en el futuro.

Sí, estaba claro que la corporación Vergen iba a sufrir algunos cambios.

Taryn Honan tamborileó nervioso con sus dedos regordetes y llenos de anillos sobre el cristal de su carruaje mientras sentía en su amplio trasero la

incómoda vibración del carruaje por el choque de las ruedas contra los adoquines.

Lanzó otro improperio. Odiaba que no le hubieran permitido gastarse el dinero de su propia corporación en la compra de un carruaje gravitatorio. Y eso que no era más que una inversión. ¿Es que el comité no se daba cuenta de ello? Era tan humillante llegar al palacio montado en un carro traqueteante en vez de en un vehículo prestigioso y cómodo como los que utilizaban los Taloun y los De Vahos.

Esperaba tener un día tanto éxito como ellos y poder disfrutar del respeto y la admiración de las corporaciones menores. Decidió observarlos atentamente en la reunión del senado. Se inclinasen hacia donde se inclinasen los De Vahos y los Taloun, hacía allí iría él. Seguro que lo reconocerían como uno de los suyos si continuaba apoyando su política. ¿No sería así? ¿O pensarían que era un débil sin carácter que seguía sus directrices simplemente para obtener sus favores? Taryn Honan se mordisqueó el labio inferior y se preguntó qué es lo que haría el comité en su caso.

Pero su humor cambió, y se enfurruñó al recordarles detrás de la larga mesa de roble meneando sus cabezas aburridas mientras rechazaban otro negocio interesante que les había planteado.

Era tan injusto que sólo él, de todos los jefes de corporación, tuviera que responder ante un comité. Sabía que todos los demás se reían de él por eso, incluso las corporaciones con un solo manufactorum que apenas podían permitirse un asiento en el senado.

¿Y qué, si había cometido unos cuantos errores? ¿Quién en el mundo de los negocios no lo había hecho?

Sí, bueno, unos cuantos tratos comerciales no habían salido exactamente como él esperaba, y sí, se había producido aquel desagradable incidente con el joven cortesano que había logrado acceder a su placa de crédito y le había dejado una deuda inmensa antes de marcharse de Pavonis en uno de los muchos transportes que salían del planeta. Pero ¿era esa razón para que los miembros del comité lo despojaran del poder ejecutivo y se instalaran ellos mismos como amos omnipotentes de sus finanzas?

Honan deseó fervientemente que el chico hubiera estado a bordo de una de las naves atacadas por los eldars y lo hubieran torturado de todas las horribles maneras posibles. Aquella idea hizo que apareciera una sonrisa en su rostro carnoso y se pasó la lengua por los labios pintados de carmín mientras se imaginaba al chico destrozado y humillado a manos de los esclavistas eldars.

Empuñó con más fuerza su bastón de ébano.

Kasimir de Vahos bostezó, lo que le provocó un gesto de dolor cuando sintió cómo le ardían los pulmones por la contaminación mientras su carruaje gravitatorio lo llevaba cómodamente al palacio. Se preguntó por un momento qué querría aquella zorra de Shonai, pero dejó a un lado aquel pensamiento por irrelevante. ¿A quién le importaba ya lo que ella quería? Sonrió al pensar que quizá se tratara de su absurda propuesta para perseguir a los piratas eldars. ¿Realmente creía que su corporación podía ser comprada con tanta facilidad, o que los Taloun no verían las verdaderas intenciones de su propuesta en un instante?

Si ella pensaba que iba a poder jugar con ellos de ese modo tan simple, entonces era más estúpida de lo que De Vahos había pensado.

Mykola Shonai quizá fuera una digna adversaria política antaño, pero en aquellos momentos no era más que una anciana cansada. Apenas lograba aferrarse al poder con la punta de los dedos, y no se daba cuenta de que había una fila de gente esperando para pisotearle las manos.

Y Kasimir de Valtos era el primero de esa fila.

Sacó una pequeña tabaquera de plata de debajo de su pelliza, extrajo un puro y lo encendió. Sabía que eran malos para sus pulmones, y se rio con amargura por la ironía de la situación.

Después de que los eldars acabaran con él a bordo de aquella nave infernal años atrás, a veces un simple jirón de niebla podía provocar que sus pulmones se agarrotaran, pero no estaba dispuesto ni mucho menos a permitir que eso le impidiera hacer exactamente lo que le diera la gana.

Siempre lo había hecho y siempre lo haría, y pobre de aquel que intentara impedírselo.

Vendare Taloun sonrió dejando al descubierto una hilera de dientes perfectos. A Uriel le recordó las fauces de los hormagantes que había matado en Ichar IV. Sólo había conocido al hombre diez minutos antes, pero ya no le gustaba.

—Adepto Barzano, Ballion Varíe me ha contado que su nave fue atacada durante el viaje. Un asunto desagradable, sin duda. La gobernadora debería esforzarse más por impedir atrocidades semejantes.

Uriel se dio cuenta de que Taloun no estaba intentando ocultar, lo que era inteligente, el hecho de que Varíe le hubiera comunicado su llegada anticipada. El jefe de corporación supondría que Barzano ya debía de haberlo adivinado. Se preguntó si Taloun pensaba que Barzano podría ser comprado con tanta facilidad.

—Sí, mi querido Taloun, un asunto desagradable —le contestó Barzano mostrándose de acuerdo—. Lo cierto es que nos atacaron, sin embargo rechazamos a los asaltantes con rapidez.

—Es bueno saberlo —asintió Taloun—. Hemos oído contar cosas tan terribles de esos despreciables alienígenas.

Taloun sonrió a Uriel y le dio un par de palmadas en la rodillera de la armadura.

—Sin embargo, ahora que los valientes guerreros de los Ultramarines han llegado, no tenemos nada que temer, ¿no es cierto?

Uriel inclinó la cabeza sin sentirse impresionado por la familiaridad que se había tomado aquel individuo.

—Gracias por su voto de confianza, gremial Taloun —le contestó Uriel utilizando el término local para referirse a un jefe de corporación—. Con la ayuda del Emperador les libraremos de esos alienígenas blasfemos y traeremos la paz a Pavonis.

—Ay, ojalá fuera tan simple, mi querido capitán Ventris —exclamó Taloun con un suspiro—. Sin embargo, me temo que la gobernadora nos ha

llevado por un camino demasiado ruinoso como para que la eliminación de unos incómodos piratas salve la economía de nuestro amado planeta. Sus últimos impuestos nos asfixian, y a nadie más que a mí. Vaya, hace dos días tan sólo me he visto obligado a despedir a mil operarios de mi nómina para disminuir los costes de producción y mejorar los márgenes de beneficios. Pero ¿piensa la gobernadora en la gente como yo? Por supuesto que no.

Uriel disimuló el desprecio que sentía por el egoísmo de aquel individuo y dejó que sus palabras le resbalaran por encima.

—¿Y qué decir del personal de refuerzo que nos prometió para proteger los manufactorums de los ataques de esa Iglesia de las Costumbres Antiguas? ¡He perdido más de siete mil horas de producción debido a sus bombas!

Uriel se preguntó cuántos hombres habían muerto en aquellos ataques y si ello le importaba lo más mínimo.

—Quizá, gremial Taloun —le sugirió Uriel con un tono acerado de voz —, deberíamos dejar toda esta charla sobre política para la cámara del senado y simplemente disfrutar del viaje. ¿No le parece?

Taloun asintió para mostrar que estaba de acuerdo, pero Uriel pudo ver aparecer una mirada de enfado por un momento en sus ojos. Era evidente que Taloun era una persona que no estaba acostumbrada a ser desairada por los que él consideraba sus inferiores políticos.

Uriel no le prestó más atención y se dedicó a observar el entorno mientras lo atravesaban. Las murallas de la ciudad eran bastante elevadas y se inclinaban hacia dentro hasta acabar en unos parapetos sobresalientes. Divisó los agujeros para dejar caer las granadas entre los resguardos de los muros y los generadores de campos de energía que se encontraban a lo largo de ellos. Uriel sabía por lo que había leído sobre Pavonis que prácticamente todo habría sido fabricado en el propio planeta por una de las corporaciones familiares. Las ciudades de Ultramar no necesitaban artefactos tecnológicos similares para defenderse. Tenían defensas más poderosas: valor, honor y una gente que ejemplificaba las mejores cualidades de la nobleza humana.

Entrenados desde su nacimiento y educados en los principios del Bendito Primarca, jamás se desmoralizarían, jamás se rendirían y jamás se

entregarían a lujos innecesarios.

Uriel despertó sobresaltado de su ensoñación orgullosa por un carraspeo claramente intencionado de Perjed justo cuando pasaron por las puertas de bronce de la ciudad.

Vistos desde el suelo, los edificios de la parte interna de los muros eran mucho menos impresionantes, con un diseño funcional y poca o ninguna ornamentación. Los edificios de Macragge, aunque eran sencillos, estaban construidos de un modo inteligente para proporcionar una estructura fiable y sólida al tiempo que mostraban algo de valor estético. Se percató de que las construcciones cuadradas de Pavonis habían sido diseñadas para tener el mínimo coste posible, y Uriel lamentó que los que tenían la bolsa del dinero ahorraran tan a menudo en la capacidad artística del arquitecto. Vio aquí y allí hombres y mujeres que se dedicaban a limpiar las paredes de un residuo pegajoso de color ocre. Era la secuela inevitable de vivir tan cerca de unos centros industriales. Se dio cuenta de que todos los limpiadores iban vestidos con monos blancos de trabajo para que se les viera lo menos posible.

El carruaje avanzó sin apenas esfuerzo por las calles adoquinadas, flotando al lado de ciudadanos vestidos elegantemente de negro que se quitaban sus sombreros emplumados para saludar el paso del vehículo. El repique de la campana de palacio resonaba por las prósperas calles.

—Parece que le conocen bastante por aquí —comentó Barzano.

—Sí, por supuesto. Tengo muchos amigos en el interior de la ciudad.

—Supongo que la mayoría de esos amigos son miembros de corporaciones.

—Evidentemente. La gente común no suele venir por el interior de las murallas de la ciudad. Es por el peaje, ¿sabe? La mayoría de ellos no se pueden permitir el lujo de entrar. Sobre todo ahora, con ese «impuesto de diezmo» de la gobernadora que les saca hasta la última moneda.

—¿La gente tiene que pagar para entrar en esta parte de la ciudad?

—Hombre, claro —contestó Taloun como si la idea de cualquier otra posibilidad fuera ridicula.

—¿Y a cuánto asciende ese peaje?

Taloun se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Los miembros de las corporaciones están exentos del pago, por supuesto, pero yo contribuyo con una pequeña cantidad anual procedente de mis beneficios para compensar mis idas y venidas.

Barzano se inclinó hacia adelante y señaló con un gesto de su mano por encima del borde del carruaje todo lo que les rodeaba.

—¿Cómo se paga el mantenimiento de los parques de la ciudad? ¿Y la limpieza de los edificios? ¿Quién lo paga? ¿El Imperio?

—No, no, no —se apresuró a explicar Taloun—. Creo que se dedica una parte de los impuestos generales para ese mantenimiento.

—Así que, en otras palabras —reflexionó Barzano en voz alta—, la población del planeta contribuye al mantenimiento de este lugar tan encantador, pero no pueden disfrutar de él a menos que paguen otra vez.

—Supongo que es un modo de verlo —contestó con altanería Taloun—, pero nadie se queja.

—Bueno, no sé qué decirle —comentó Uriel mientras señalaba con un gesto de la barbilla a la multitud enfurecida que se apiñaba delante de las puertas negras del palacio—. Ellos no parecen muy contentos con todo este asunto.

Jenna vio cómo se acercaba el último carruaje y puso los ojos en blanco al darse cuenta de que era un vehículo abierto. ¿Es que esos imbéciles no se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo en las calles de la ciudad? Los carruajes que ya habían pasado fueron acribillados con botellas y adoquines arrancados de la plaza, y sólo la gracia del Emperador había impedido que nadie resultara herido.

—¿Cómo podéis estar haciendo esto? —le preguntó a Jenna en plena cara un individuo manchado de hollín—. ¿No sabéis que estáis ayudando a mantener un régimen corrupto de ladrones y mentirosos?

El sargento Collix apareció de repente a su lado y golpeó al individuo en todo el rostro con la porra de energía. El hombre se desplomó con la sangre saliendo a borbotones por su mandíbula rota y Collix lo arrastró

hasta pasarlo a través de la línea de agentes, se echó al hombro el cuerpo sangrante e inconsciente del trabajador y lo llevó hacia los Rhinos.

Cierto era que las palabras del hombre habían sido subversivas e ilegales, pero ella se dio cuenta de que era perfectamente posible que tuviera razón.

Después de pasar apenas cinco años en la Schola Progenium y con su entrenamiento en los Adeptus Arbites completado apenas hacía seis meses, ese tipo de preocupaciones estaban más allá de la capacidad de Jenna. Sus superiores decidirían si los gobernantes de Pavonis estaban actuando de un modo incompetente y criminal, y los retirarían de sus cargos si se demostraba que era cierto.

Tensó los músculos de las piernas, preparada para empujar a la multitud de nuevo, pero de repente se dio cuenta de que no era necesario, ya que el gentío que estaba frente a ella dio un paso atrás de modo colectivo, mirando con asombro hacia algo que estaba a espaldas de ella. Se aseguró de que no hubiera nadie cerca de ella en actitud amenazante y echó un rápido vistazo por encima del hombro.

Un espléndido carruaje gravitatorio pasó a su lado, pero fue el gigante de armadura azul sentado junto al gremial Taloun y los dos hombres a los que no reconoció los que llamaron realmente la atención de Jenna Sharben.

Jamás antes había visto a un marine espacial en carne y hueso, aunque sí había visto los carteles y las proclamas devocionales en su planeta natal de Verdan III. Nunca imaginó que las proporciones exageradas que les atribuían a los marines espaciales pudieran ser verdad. Reconoció el símbolo de alabastro de la hombrera: eran los Ultramarines. Sintió un leve ramalazo de temor irracional cuando el gigante miró en su dirección.

El carruaje atravesó las puertas de palacio y el guerrero de los Ultramarines desapareció de la vista. Se sacudió el asombro que le había causado el tamaño del marine espacial y se giró de nuevo hacia la multitud, preparada para enfrentarse a más problemas.

Sin embargo, aquel recordatorio tan físico del poder del Imperio le había quitado a la multitud cualquier deseo de seguir causando problemas y el gentío se fue dispersando lentamente. Primero solos o por parejas, y

luego en grupos más grandes cuando se extendió la noticia de la llegada del paladín del Emperador hasta aquellos situados en la parte posterior de la manifestación y que no habían llegado a verlo. Unos cuantos demagogos testarudos intentaron mantener unida a la multitud con discursos repletos de retórica encendida, pero los Adeptus Arbites los derribaron casi enseguida y se los llevaron hasta los Rhinos.

—¿Viste lo enorme que era? —le preguntó el agente que estaba a su lado—. ¡Los marines espaciales han llegado!

Sí, pensó Jenna Sharben, habían llegado los marines espaciales.

¿Pero eso significaba que la situación iba a mejor, o a peor?

La cúpula de las Cámaras del Senado del Justo Comercio de Pavonis estaba construida con bronce sólido y su cara interna estaba cubierta de una pátina causada por el paso del tiempo y el humo. Bajo esa cúpula, la cámara circular estaba dividida en bancos de asientos escalonados que se encontraban repletos de miembros de las corporaciones de Pavonis que no dejaban de gritar. El banco más cercano al suelo de baldosas rojas y doradas estaba reservado a los dirigentes de las veinticuatro corporaciones, aunque los asientos de cuero color borgoña rara vez estaban ocupados por completo a excepción del comienzo del año financiero.

Dieciséis de las filas de asientos ya estaban ocupadas. Los jefes de las seis corporaciones más prósperas: Shonai, Vergen, De Vahos, Taloun, Honan y Abrogas; estaban presentes, realizando ostentosas demostraciones de amistad.

Detrás de ellos estaban sentados los miembros de sus familias o aquellos que tenían alguna clase de relación familiar por matrimonio o adopción.

Por último, en los bancos más alejados del suelo, en la parte trasera de la cámara, se encontraban los vocales de cada corporación que no tenían ninguna relación familiar pero que de todas maneras habían firmado alguna clase de contrato de lealtad exclusiva con esa corporación. Era el banco de mayor tamaño de toda la cámara y sus ocupantes se estaban gritando con

rabia unos a otros a pesar de las repetidas llamadas al orden del moderador de transacciones, que llevaba puesta una gran peluca blanca. Eran los oportunistas y los parásitos que deseaban ascender en la escala social mediante su asociación con la corporación que habían escogido. Uriel se fijó en que el adepto Ballion Varíe se había sentado a hurtadillas en la sección reservada para los partidarios de los Taloun.

A los invitados y a aquellos que no disponían de una invitación escrita formal para ser parte de las actividades de la cámara les permitían sentarse en los asientos de madera de ese banco, y desde allí, Ario Barzano, Lortuen Perjed y Uriel Ventris observaban todo lo que estaba ocurriendo abajo.

Uriel pudo sentir las miradas de muchos de los ocupantes de los asientos superiores fijas en él, y se obligó a sí mismo a hacer caso omiso de aquella atención mientras prestaba atención a lo que ocurría en la cámara.

—No puedo ver ni oír nada de nada desde este sitio —murmuró Barzano con disgusto inclinándose por encima de la barandilla de bronce de aquel banco.

—Creo que ésa es precisamente su intención —le comentó mordazmente Perjed—. Muchos mundos de la zona oriental de la galaxia son famosos por su renuencia a permitir que los observadores participen en su gobierno, incluso observadores tan… ejem, influyentes como usted.

—¿De veras? —le contestó Barzano bruscamente—. Bueno, ya veremos.

Uriel comprendía la frustración de Barzano por haber sido colocado allí, aunque él, gracias a sus sentidos modificados genéticamente, podía ver y oír a la perfección desde donde se encontraba.

—¿Quién es ese grandullón vestido de negro? —preguntó Barzano señalando a un hombre corpulento situado en el centro de la cámara que estaba dando golpes en el suelo con una larga vara rematada en una esfera de bronce.

—Es el moderador de transacciones —le contestó Lortuen Perjed—. Actúa como presidente de las reuniones del senado, aprueba el orden del día y decreta quién puede hablar y quién no.

—No me parece que lo esté haciendo muy bien ahora mismo. ¿Qué demonios está diciendo?

—Está rogando silencio —respondió Uriel.

Barzano y Perjed se lo quedaron mirando un momento antes de recordar que disponía de sentidos mejorados.

—De todas maneras, no me sirve, Uriel —dijo de nuevo con brusquedad Barzano—. No me sirve en absoluto. Puede que tú seas capaz de oír todo lo que dicen, pero no quiero enterarme de todo lo que está pasando de segunda mano. Por supuesto, no pretendo ofenderte, amigo mío.

—No hay ofensa —le tranquilizó Uriel—. La información de primera mano en un combate siempre es más fiable.

—Exacto. Venga, vamos, salgamos de esta posición privilegiada y acerquémonos un poco más a la acción.

Barzano comenzó a bajar por los escalones de piedra hacia los bancos inferiores. Unos cuantos alguaciles musculosos, con túnicas de rebordes de piel y collares dorados con las insignias de su cargo, se dispusieron a cortarles el paso con unos largos bastones negros rematados con unas puntas de bronce. Uriel se fijó en que llevaban aquellos grandes garrotes como si supieran utilizarlos, y supuso que algunas reuniones del senado había que disolverlas de ese modo cuando el debate se «calentaba» demasiado. Sin embargo, un solo vistazo al enorme capitán de los Ultramarines los convenció de que la prudencia era la mejor parte del valor y, pocos minutos después, Barzano, Perjed y Uriel se encontraban cómodamente instalados en los asientos situados detrás de los jefes de las corporaciones.

El moderador de transacciones dio varios golpes en el suelo de baldosas y se quedó mirando intencionadamente a los tres intrusos de la cámara del senado. Los alguaciles situados a sus espaldas se encogieron de hombros. La gente comenzaba a girar las cabezas hacia ellos y un silencio cargado fue apoderándose de la estancia abarrotada cuando todo el mundo se quedó esperando a ver qué hacía el moderador de transacciones.

Uriel cruzó sus enormes brazos sobre el pecho y se quedó a su vez mirando fijamente al sudoroso individuo. La tensión se rompió cuando

Vendare Taloun se puso en pie y movió su bastón en dirección al moderador.

—Moderador, ¿podría dirigirme a nuestros invitados?

El hombre frunció el ceño pero asintió.

—La sala reconoce al honorable Vendare Taloun.

—Gracias. ¡Amigos, colegas de las distintas corporaciones y comerciantes! Con gran placer doy la bienvenida como invitados a los adeptos Barzano y Perjed y al capitán Uriel Ventris de los Ultramarines. Estos honorables visitantes enviados por el Emperador han venido a nuestro atribulado planeta para determinar qué puede hacerse para remediar la terrible situación que nos hemos visto obligados a soportar a lo largo de estos últimos, largos y dolorosos años. Creo que es una cortesía obligada darles la bienvenida a esta, nuestra humilde asamblea, y mostrarles toda la amabilidad posible durante su estancia en Pavonis.

Fuertes aplausos y grandes abucheos fueron la respuesta por igual a las palabras de Taloun. Perjed se inclinó para susurrarles algo al oído a Barzano y a Uriel.

—Muy listo. Deja entender que ha sido su influencia la que nos ha traído aquí y de esa manera logra dar una imagen de estadista con una mayor perspectiva que la gobernadora al mismo tiempo que evita criticarla de un modo directo.

—Sí —contestó Barzano mostrándose de acuerdo y entrecerrando los ojos—. Es muy listo.

Mientras continuaban los aplausos, los abucheos y los gritos para que hablaran otros posibles portavoces, Uriel se dedicó a estudiar detenidamente a los demás miembros de las corporaciones sentados en el primer banco. Los asientos más cercanos al moderador de transacciones estaban ocupados por la gobernadora de Pavonis y sus consejeros. Un individuo delgado, de aspecto mordaz, se encontraba de pie detrás de la gobernadora, y a su lado estaba sentado un hombre de mayor edad con una enorme barba gris y una pipa encendida. Ambos estaban susurrándole algo con insistencia.

A Uriel le gustó el aspecto de Mykola Shonai. A pesar del caos que reinaba en la cámara del senado, se comportaba con dignidad, y Uriel pudo sentir que tenía una gran fuerza interior.

Cuando Taloun se sentó, Uriel se fijó en un individuo de cabello blanco que ocupaba un asiento cerca del suyo cuyo rostro quemado y lleno de cicatrices mostraba la palidez insana de la piel sintética. El hombre no parecía interesado en absoluto en nada de lo que se decía y miraba con un odio evidente y manifiesto a la gobernadora Shonai.

—Ese es Kasimir de Vahos —le susurró Perjed dándose cuenta de hacia dónde miraba Uriel—. La nave del pobre hombre fue atacada por los piratas eldars. Al parecer, lo torturaron de mil maneras horribles antes de que pudiera escapar.

—¿Qué clase de torturas?

—No lo sé. «Horrible» es lo único que pone en mi informe.

—¿Qué es lo que fabrica su corporación?

—Sobre todo motores y cascos para los tanques de batalla Leman Russ y piezas de artillería pesada, aunque creo que de la supervisión de todo eso se encargan principalmente sus subordinados.

—¿Por qué dices eso, Lortuen? —le preguntó Barzano.

—Los informes del Administratum de este mundo indican que De Vahos ha pedido nada menos que siete permisos imperiales para efectuar expediciones arqueológicas a lo largo y ancho de este sistema. Muchas de las mejores piezas de la Galería del Pagador de Pavonis proceden de su propia colección privada. Es todo un mecenas de las artes y un apasionado de las antigüedades.

—¿De veras? Entonces me parece que compartimos un interés común —dijo con una breve risa Barzano.

Uriel se preguntó qué habría querido decir exactamente con aquello a la vez que Perjed le lanzaba una mirada cargada de intención a su jefe, y también reflexionó sobre el motivo por el que Barzano no conocía aquellos datos. Señaló con un gesto de la barbilla a un individuo con barba y coleta que estaba prácticamente tirado sobre un asiento cercano a De Valtos y a Taloun. Se percató de que la mirada del hombre era vidriosa, y pudo

distinguir incluso por encima de los olores corporales de los cientos de personas de la sala el leve aroma de un narcótico que emanaba del hombre, y que posiblemente era obscura.

—¿Y qué pasa con él, quién es?

Perjed bizqueó por encima de su nariz y dejó escapar un suspiro de desagrado.

—Ese, capitán Ventris, es Beauchamp Abrogas, y le será difícil encontrar un espécimen humano más patético a este lado del Camino del Peregrino Ofeliano. Es un vago que apenas podría escribir su propio nombre aunque le pusieras la pluma en la mano y escribieras la mitad de las letras por él.

El desprecio evidente en la voz de Lortuen Perjed dejó sorprendido a Uriel, y el anciano pareció darse cuenta de ello. Sonrió levemente y se explicó.

—Le pido disculpas, pero creo que el desaprovechamiento de los talentos otorgados por el Emperador, como es este caso, es un desperdicio. Y si hay algo que el Administratum odia es el desperdicio de material, mi querido capitán.

Uriel volvió a centrar su atención en lo que ocurría en la parte baja de la cámara, donde se había restablecido mínimamente el orden. El moderador de transacciones estaba señalando con su vara rematada en una esfera a un individuo gordo que llevaba puesta una peluca blanca que le caía por encima de los hombros, mientras una mujer de voz aguda le gritaba algo al propio moderador.

Uriel alzó una ceja interrogativa en dirección a Perjed, quien se encogió de hombros.

—Se sienta en los lugares normalmente reservados para los Vergen, así que debo suponer que es su hija. No sé nada de ella —admitió el adepto.

La muchacha podría haber llegado a ser atractiva, pensó Uriel, si no hubiera sido por el aire despectivo de su rostro y el gesto permanente de indignación. Se agarraba con las dos manos a la barandilla que tenía delante y gritaba para intentar hacerse oír por encima de los gritos de los demás.

—¡Exijo que la cámara del senado reconozca mi derecho y autoridad para hablar en nombre de la corporación Vergen! —chilló—. ¡Como hija de Leotas Vergen, exijo mi derecho a ser oída!

El moderador de transacciones no prestó atención a la mujer de un modo descarado a la vez que dos de los alguaciles se colocaban delante de ella. El moderador se dio la vuelta.

—La sala reconoce al… honorable Taryn Honan.

Unas cuantas risotadas, seguidas por unas cuantas bolas de papel procedentes de los bancos superiores, acogieron aquel último comentario. El individuo en cuestión pareció ponerse nervioso por aquella reacción e hinchó el pecho antes de aclararse la garganta ruidosamente y comenzar a hablar con una voz nasal y aguda.

—Creo que hablo en nombre de todos cuando me uno a la propuesta del gremial Taloun al dar la bienvenida a nuestros honorables invitados a Pavonis. Yo, por mi parte, extiendo esa hospitalidad ofrecida a cualquiera de mis residencias campestres.

—Honan, ¿eso lo ha aprobado el comité? —gritó una voz al otro lado de la sala. Brotaron algunos aplausos y carcajadas ante el comentario burlón, y Uriel se dio cuenta de que Taloun se estaba frotando el puente de la nariz con gesto exasperado, como si se sintiera avergonzado por el apoyo que le había prestado Honan.

El gremial Honan se sentó de nuevo y colocó las manos sobre su gran barriga, asombrado y abochornado por las risas que había provocado. La mujer de voz aguda volvió a gritarle al moderador, pero éste se limitó a golpear el suelo varias veces con su gran vara y gritar a su vez.

—Si han acabado, caballeros, el primer asunto del día de hoy es una moción extraordinaria propuesta por el honorable gremial Taloun.

La gobernadora de Pavonis, al otro lado de la sala, se puso en pie de un salto.

—¡Moderador, esto es intolerable! ¿Va a permitir que el gremial Taloun se apropie de este modo de la sesión? Yo convoqué esta reunión del senado y tengo el derecho de hablar en primer lugar.

—Una moción extraordinaria tiene precedencia sobre el derecho de hablar en primer lugar —le explicó Taloun con un tono de voz paciente.

—¡Conozco el reglamento de las reuniones! —le respondió Shonai con brusquedad.

—Entonces supongo que me permitirá continuar, gobernadora.

—Sé lo que te propones, Vendare. Acaba de una vez, maldito seas.

—Como deseéis, gobernadora Shonai —le contestó Taloun con cortesía.

Vendare Taloun se puso en pie y extendió las manos por delante de él mientras caminaba hacia el centro de la sala. Tomó en sus manos la vara que le ofrecía el moderador de transacciones.

Una vez entregada la vara, el moderador de transacciones consultó una placa de datos y se dirigió al ponente.

—Gremial Taloun, acabo de darme cuenta de que la moción que va a presentar no tiene título. Según el artículo seis del reglamento de las reuniones, debe cumplimentar el formulario tres dos cuatro barra nueve, por triplicado. ¿He de suponer que lo hará ahora?

—Pido humildemente disculpas por la ausencia de un título, pero creí que anunciar el tema de mi moción habría provocado una falta de imparcialidad si el asunto hubiese sido del común conocimiento antes de haberlo propuesto aquí. Quede tranquilo: cumplimentaré el susodicho formulario en cuanto acabe esta reunión del senado.

El moderador asintió para mostrar su aceptación de la explicación y cedió su lugar a Vendare Taloun.

Golpeó con fuerza el suelo con la vara.

—Amigos, vivimos en una época conflictiva —comenzó a decir antes de ser interrumpido por una andanada de aplausos aduladores.

Taloun se detuvo y sonrió, aceptando con elegancia los aplausos para luego alzar los brazos para reclamar silencio antes de continuar.

—Pocas veces a lo largo de nuestra orgullosa historia comercial nos hemos enfrentado a semejantes amenazas como las de hoy en día. Unos viles piratas alienígenas atacan nuestras líneas comerciales, la Iglesia de las Costumbres Antiguas ataca con atentados nuestros manufactorums y mata a nuestros trabajadores. El negocio del comercio se ha convertido en el

negocio de la supervivencia a medida que los costes se incrementan, suben los impuestos y los márgenes de beneficio descienden.

Se vieron unos cuantos gestos de asentimiento serviles y algunos gritos resonaron mientras Taloun comenzaba a caminar arriba y abajo dando golpes con la vara para acentuar sus palabras. Uriel tuvo que reconocer que Vendare Taloun era un orador con una capacidad natural para convencer.

—¿Y qué es lo que hace nuestra fabulosa gobernadora al respecto? —exigió saber Taloun.

Se oyeron gritos airados de «¡Nada!» y otros comentarios menos educados, casi parecidos a rugidos, por toda la asamblea mientras Taloun seguía hablando.

—No existe ninguno entre los aquí presentes que no sufra por este régimen financieramente opresivo. Mi propia corporación se encuentra aplastada bajo el peso del impuesto de diezmo de la gobernadora Shonai, y sé que lo mismo les pasa a muchos otros. Hermano De Vahos, usted mismo fue atacado por esos despreciables piratas alienígenas que asaltan nuestras naves y fue torturado de un modo horrible. ¡Y aun así, la gobernadora no hace nada!

»Hermana Vergen, vuestro propio y querido padre fue asesinado a un tiro de piedra de donde estamos sentados ahora mismo. ¡Y aun así, la gobernadora no hace nada! Hermano Abrogas, vuestro pariente estuvo a punto de ser asesinado en las calles de su ciudad natal. ¡Y aun así, la gobernadora no hace nada!

Solana Vergen se había quedado demasiado sorprendida por el reconocimiento de Taloun de su terrible pérdida como para responder de un modo adecuadamente lastimero, mientras que Beauchamp Abrogas ni siquiera se enteró de que se habían dirigido a él.

—Nuestro planeta está sufriendo un asedio, queridos amigos. Los buitres se reúnen para dejar completamente limpio nuestro cadáver. ¡Y aun así, la gobernadora no hace nada!

Una estruendosa salva de aplausos fue la respuesta a las palabras de Taloun, y Uriel pudo ver que los dos consejeros de la gobernadora prácticamente habían tenido que sujetarla para que no se pusiera en pie.

Taloun se dio la vuelta para dirigirse directamente al moderador de transacciones. La sala se sumió de repente en un silencio de muerte mientras todos los reunidos allí esperaban las siguientes palabras de Taloun.

—Moderador —anunció con un tono de voz formal—, ¡propongo que el senado vote una moción de censura contra la gobernadora Shonai y la retire del cargo!



SIETE

El magos Dal Kolurst, tecnosacerdote de la mina de las montañas Tembra, comprobó por tercera vez el mapa que aparecía en su placa de datos para asegurarse de que se encontraba en el lugar correcto. El brillo de la pantalla iluminó su gesto de alivio y creó un halo parpadeante de color verde en la oscuridad que le rodeaba. Levantó la mirada por encima de la placa y comprobó también que la línea de globos de brillo y de cable eléctrico estaba intacta y conectada al transformador. Se inclinó sobre el aparato y oyó el zumbido tranquilizador que le indicó que estaba en funcionamiento.

Sí, todo parecía en orden. Se habían efectuado los ritos de reverencia debidos al Omnissiah y había revisado que todos los cables correctos estuviesen conectados.

De modo que, ¿a qué se debía que estuviese a oscuras en mitad de la mina con tan sólo el brillo de la pantalla de la placa de datos y la lámpara que llevaba al hombro para iluminar sus alrededores?

Comprobó el mapa de nuevo, sólo para asegurarse de que estaba en el lugar correcto. Galería secundus, túnel veintisiete, cruce treinta y seis. Kolurst sabía que estaba en el lugar correcto, pero no podía entender por qué no había luz allí cuando todo le indicaba que esa parte de la mina debería estar tan iluminada como el propio día.

Suspiró al darse cuenta de que tendría que pedir otro generador. Sabía que al capataz Lasko no iba a gustarle nada de nada, con todo aquello de que eran tiempos duros y de que las corporaciones estaban intentando reducir costes. Era el tercer generador que pedían en otras tantas semanas, y Kolurst no lograba entender qué era lo que les pasaba. Él y sus colegas tecnosacerdotes lo habían conectado todo de forma correcta, bendiciéndolos con la Plegaria al Omnissiah y pulsando la runa de activación de su superficie. Los generadores funcionaban bien durante unos pocos días, quizás incluso durante una semana, hasta que ocurría lo mismo de nuevo.

Uno por uno, los transformadores dejaban de enviar energía a los globos de brillo, y desde las profundidades hacia arriba, toda la mina volvía lentamente a quedar envuelta en la oscuridad. Kolurst había revisado cada uno de los transformadores una vez tras otra y siempre se había encontrado

con lo mismo: los aparatos suministraban energía, pero ni una gota de esa energía acababa donde debía. Esa energía estaba ahí, pero ¿adonde iba?

Kolurst dio un respingo al oír un leve sonido susurrante a su espalda.

Se giró en redondo y apuntó con su lámpara hacia la zona donde se había oído el sonido.

Allí no había nada, tan sólo el leve siseo de la arena que salía de una grieta en la pared. Kolurst dejó escapar la respiración que había estado conteniendo y se secó el sudor de la frente. Se volvió de nuevo hacia el transformador y meneó la cabeza. Estaba empezando a…

Lo oyó de nuevo. Kolurst apuntó con su lámpara hacia la oscuridad. Paseó el rayo de luz de un lado a otro, y casi dio un salto cuando divisó un atisbo de movimiento justo en el límite de la luz.

Algo reluciente salió arrastrándose de su campo de visión, al otro lado de una curva del túnel.

—¿Hola? —exclamó en alto esforzándose para que su voz no temblase—. ¿Hay alguien ahí?

No se produjo respuesta alguna, pero lo cierto es que él no esperaba que nadie le contestase.

Se dirigió lentamente hacia la curva llevando por delante su lámpara, adentrándose más y más en la oscuridad. Discernió un leve repiqueteo, como el de unas pequeñas varillas metálicas que entrechocaran entre sí.

Dio otro salto cuando la pantalla de su placa de datos dejó escapar un chasquido. Cerró los ojos tratando de tranquilizarse. Estaba dejando que los estúpidos cuentos de los mineros le afectaran. Sus necias supersticiones le habían atemorizado, e intentó no pensar en ellas y considerarlas como unas ideas delirantes causadas por sus imaginaciones hiperactivas.

Todo eso estaba muy bien en la superficie, pero allí, a diez mil metros bajo tierra, era un asunto muy, muy diferente. El sudor le corrió por la frente y le cayó goteando por la nariz. No era nada, tan sólo…

¿Tan sólo qué?

Echó un vistazo a la placa y le dio un golpecito, algo preocupado, cuando la imagen comenzó a desaparecer. Poco tiempo después, la pantalla estaba completamente apagada. Lanzó una maldición por la mala suerte que

había tenido cuando lo habían asignado a aquel condenado lugar en vez de a uno de los manufactorums de las corporaciones.

Oyó el sonido de nuevo y se estremeció, a pesar del calor seco de la profunda mina. Retrocedió lentamente hacia donde se encontraba el hueco del ascensor mientras el sonido repiqueteante iba aumentando de volumen poco a poco.

Tragó saliva con dificultad. Su corazón estaba marcando un ritmo desesperado contra sus costillas.

La lámpara de su hombro parpadeó y su débil brillo empezó a disminuir.

De repente, Kolurst pudo distinguir algo que se movía un poco más allá del rayo de luz de su lámpara: decenas de diminutos reflejos relucientes que cubrían el suelo de la mina. Dio otro paso atrás.

Y el movimiento le siguió.

Súbitamente, la luz de la lámpara se apagó por completo y lo dejó en la más completa oscuridad.

El magos Dal Kolurst lanzó un gemido de terror y se dio la vuelta para echar a correr.

Lo atraparon antes de que lograra dar más de dos pasos.



OCHO

La cámara del senado estalló en gritos. Muchos ya esperaban las palabras de Taloun, pero no oír decirlas con tanto atrevimiento. Cien voces aullaron a la vez y Uriel se fijó en que la gobernadora permanecía sentada y tranquila, como si por fin le hubiera ocurrido algo que temía desde hacía tiempo.

Taloun se quedó callado y de pie en mitad de la sala, sosteniendo la vara del orador por delante de él como si se tratase de un arma. El moderador gritó a su vez pidiendo silencio mientras los alguaciles se movían entre los asistentes acallando a los miembros más ruidosos de los bancos superiores con fuertes golpes de sus garrotes.

Vendare Taloun alzó ambas manos en una petición silenciosa para que todo el mundo se callara, y poco a poco los gritos de apoyo y de rechazo fueron reemplazados por un fuerte murmullo lleno de nerviosismo. Dio un par de golpes en el suelo con la vara antes de seguir hablando.

—¿Quién de entre los jefes de las familias apoya mi moción?

Kasimir de Valtos se puso en pie con una expresión de venganza feroz en su rostro y posó las manos en la barandilla. Uriel se dio cuenta de que también estaban cubiertas con la misma piel artificial de tono blanquecino de la cara, y reconoció en silencio el valor de aquel hombre al haber logrado escapar de sus torturadores alienígenas.

—Yo, Kasimir de Valtos, apoyo la moción del honorable Taloun.

Taloun se inclinó profundamente.

—Os lo agradezco, gremial De Valtos.

De los bancos situados a la espalda de la gobernadora surgió una andanada de abucheos y silbidos.

El moderador recuperó su vara y la blandió por encima de la cabeza mientras Taloun regresaba a su asiento. Después, dio varios golpes fuertes en el suelo.

—Se ha propuesto una moción de censura apoyada por dos miembros. Para decidir si se debe efectuar esa votación, le pido a los jefes de las corporaciones que indiquen su apoyo o no a esta moción.

El moderador se acercó a su sillón y tiró de una larga cuerda de terciopelo, lo que hizo moverse una amplia cortina en la pared trasera de la

sala que dejó al descubierto la pantalla de una gran de placa de datos.

—Esto va a ser interesante —susurró Barzano—. Ahora sabremos quién se acuesta con quién.

Los iconos de las corporaciones familiares fueron apareciendo en la placa, lentamente al principio.

Barzano le dio un leve codazo a Perjed, que comenzó a copiar los votos en su propia placa. Los iconos de Taloun y de De Vahos fueron, como era previsible, los primeros en aparecer a favor de la moción, seguidos casi inmediatamente por el voto en contra de Shonai. El icono de la familia Honan apareció al lado del de Taloun, lo que provocó un estallido de carcajadas burlonas en los bancos superiores.

Se oyó una exclamación de sorpresa en la sala cuando el icono de los Vergen apareció parpadeando a favor de la moción. Cuando vieron el icono, los hombres que estaban a la espalda de Solana Vergen comenzaron a gesticular en dirección a la descendiente directa de Leotas Vergen y a gritarle para que entrara en razón.

—Vaya, vaya —murmuró Perjed—. Eso sí que es todo un disgusto.

—¿En qué sentido? —le preguntó Barzano.

—Bueno, los Vergen han sido los aliados de los Shonai desde hace casi diez años, cuando se aliaron para ganar las elecciones frente a los Taloun. Se rumoreaba que Leotas Vergen y la gobernadora Shonai eran muy, muy amigos, ya me entiende. Al parecer, la hija de Leotas no está dispuesta a que esa amistad continúe.

La gobernadora Shonai estaba mirando fijamente a la sonriente y petulante Solana Vergen con una expresión de ira. La rabia que sentía era más que evidente para todo el mundo.

Una agenda cerrada golpeó la cabeza de Beauchamp Abrogas, quien se irguió de repente para apretar un botón al azar en su panel de votación. El icono de los Abrogas apareció al lado del de la gobernadora, y los miembros que estaban sentados detrás del votante lanzaron un bufido exasperado ante la estupidez de su jefe.

Con todos los votos de los jugadores principales ya expuestos, los jefes de las corporaciones menores empezaron a emitir sus votos en cuanto

vieron hacia dónde soplaba el viento político. Por fin, aparecieron todos los votos y el resultado fue claro. La corporación Shonai había perdido.

Lortuen Perjed asintió a la vez que introducía el voto de la última corporación en su placa.

—La gobernadora ha perdido esta votación y el asunto será llevado a una nueva votación por parte de todo el senado, aunque eso no es más que una formalidad, ya que dudo mucho que ninguno de los miembros de las corporaciones vote contra sus jefes comerciales.

—De modo que la gobernadora planetaria ha sido depuesta. ¿Así de fácil? —le preguntó Uriel.

—No exactamente —le contestó Barzano con una sonrisa al tiempo que se levantaba de su asiento.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó Lortuen Perjed.

—Voy a desperezar mis músculos legalistas. Uriel, venga conmigo.

Perjed agarró a Barzano por el borde de la túnica.

—Esto no es en absoluto el comportamiento apropiado de un adepto del Administratum —le siseó.

—Exacto —le contestó Barzano con otra sonrisa y un brillo travieso en los ojos.

Uriel siguió al adepto Barzano bajando los pocos peldaños que quedaban hasta llegar al suelo embaldosado de la cámara. Levantó a uno de los sorprendidos alguaciles que le bloqueaba el paso y lo dejó a un lado con facilidad. Barzano abrió la portezuela de madera y se dirigió al centro de la sala.

Un silencio de asombro se apoderó de la cámara ante su audacia y la tremenda presencia física del marine espacial. El moderador de transacciones permaneció por un momento inmóvil e incrédulo bajo la placa donde había quedado reflejada la votación, con el rostro enrojecido por la rabia.

La furia que sentía por ver interrumpido el proceso habitual de la reunión fue superior a su sentido común y se dirigió a Barzano farfullando con indignación.

—¡Esto es algo completamente incorrecto, señor! ¡No puede desacatar de este modo tan flagrante el reglamento que gobierna esta reunión legal!

—Oh, yo creo que sí puedo —le respondió Barzano sin dejar de sonreír a la vez que sacaba el sello rojo del Administratum de su túnica y lo sostenía bien en alto para que todos los presentes en la cámara pudieran verlo. Uriel vigiló atentamente a los alguaciles del senado por si alguno de ellos intentaba salir en defensa del reglamento, pero ninguno parecía dispuesto a hacerlo.

Barzano guardó el sello de nuevo en su túnica y se dirigió a la asamblea del senado de Pavonis.

—Buenos días a todos. Me llamo Ario Barzano y he venido en nombre del Divino Emperador de la Humanidad. Mi tarea es llevar este mundo de regreso al camino de la rectitud, eliminar por completo la corrupción y los problemas que asolan a vuestro planeta. Vengo investido de la máxima autoridad y fuerza para hacer cumplir la voluntad del Administratum.

Uriel no pudo evitar fijarse en las miradas de preocupación que intercambiaron numerosos jefes de corporación cuando oyeron mencionar la palabra «corrupción». Barzano abrió los brazos de par en par en un gesto que incluyó a toda la cámara del senado.

—Consideren que la votación definitiva está aplazada, caballeros… y damas —añadió Barzano con un gesto hacia Solana Vergen, quien pestañeó de un modo coqueto en atención al adepto. Se oyeron algunas voces airadas, pero se callaron de inmediato cuando Barzano se colocó al lado de la inmensa figura con armadura de Uriel.

—Y ahora, si me disculpan, mis sabios amigos, la gobernadora de Pavonis y yo tenemos muchos asuntos de los que discutir. Buenos días a todos.

Barzano se inclinó profundamente y le indicó a Lortuen Perjed que se reuniera con él. El anciano hizo lo que le pedían de mala gana. Cuando llegó hasta ellos, agarró del brazo a Barzano con la cara enrojecida.

—Eso ha sido completamente inapropiado —le susurró.

—Lo sé —le contestó Barzano librándose de un tirón de Perjed y dirigiéndose hacia los asientos de la gobernadora.

Mykola Shonai estaba sentada y atónita ante aquel suceso inesperado, pero se puso en pie algo confusa cuando Barzano se acercó a ella.

—Le estoy muy agradecida, adepto Barzano. No le esperaba hasta última hora de la tarde.

Barzano le guiñó un ojo y se inclinó sobre ella.

—Me gusta hacer entradas llamativas, gobernadora Shonai, pero no me dé las gracias todavía, esto no es un indulto, tan sólo un aplazamiento de lo que todavía puede ser algo inevitable.

La gobernadora Shonai asintió, mostrando que comprendía la diferencia, pero agradecida de todas maneras por la ayuda que le había dado.

—Se lo agradezco de todos modos.

—Bueno, y ahora, sugiero que nos retiremos a un sitio menos público antes de que le dé un ataque de apoplejía al moderador de transacciones.

—De acuerdo.

Ario Barzano y Lortuen Perjed estaban sentados en la cámara privada de la gobernadora, con Uriel de pie a sus espaldas. La gobernadora Shonai estaba sentada detrás de su mesa de escritorio, con Almerz Chanda y Leland Corteo situados cada uno a un lado. El humo de la pipa de Corteo se acumulaba debajo del techo, disolviéndose en el aire gracias a un ventilador allí situado.

—Adepto —le dijo Mykola Shonai—, he de reconocer que no esperaba que me permitiera seguir en mi cargo.

—Todavía puede que no lo haga, gobernadora Shonai. Esa decisión todavía debe tomarse de un modo definitivo.

—Entonces, ¿por qué no ha permitido que la moción de Taloun triunfe?

Almerz Chanda se inclinó hacia adelante.

—Gobernadora, sin duda es más que suficiente que el adepto haya decidido no hacerlo.

—No, Almerz, no lo es. ¿Y bien, adepto? ¿Por qué?

—Me gustó su aspecto, y sabía que a Uriel también le gustaba —le explicó Barzano.

Uriel no creía que hubiese sido tan obvio a la hora de mostrar su aprecio por la gobernadora, de modo que su respeto por la capacidad de observación del adepto Barzano subió bastante.

—Además, mi querida señora, por lo que he visto de los otros posibles candidatos, usted parece ser la menos… ¿Cómo lo diría?

—¿La menos falsa, engañosa y embustera? —le sugirió ella.

Barzano se rio.

—Sí, algo así. Pero ya un poco más en serio, no nos gusta alterar demasiado la estabilidad de un planeta si podemos evitarlo. Reemplazarla en este momento hubiera servido de bien poco.

—Así que, en otras palabras, esto no es más que una disposición transitoria.

—Exacto. Le seré completamente sincero, gobernadora. Ha fracasado en el cumplimiento de sus funciones como dirigente imperial. No se han entregado los tributos justos y adecuados al Emperador, y su incapacidad para mantener la paz en este mundo ha dado como resultado que me enviaran para corregir la situación.

—Desde luego, es verdad que hemos tenido ciertos problemas, pero las circunstancias…

—Las circunstancias no me interesan, gobernadora Shonai —la cortó en seco Barzano, y Uriel se quedó sorprendido por el tono agresivo de las palabras. Perjed también parecía preocupado, y se inclinó hacia adelante mientras Barzano seguía hablando.

—Sin embargo, lo que sí me interesa es su falta de progreso a la hora de eliminar la Iglesia de las Costumbres Antiguas, una organización que suena peligrosamente a culto sectario, a mi modo de ver. Lo que también me interesa es la incapacidad de sus naves de defensa del sistema para acabar con los piratas eldars que atacaron nuestra nave y que provocaron la muerte de tantos servidores del Emperador. Pero lo que más me preocupa es el hecho de que usted no considerara necesario informar de nada de esto al

Imperio. Una explicación de todas esas circunstancias sí que sería algo edificante.

—¿Qué era lo que quería que le contara, adepto? Los Adeptus Arbites y nuestras propias fuerzas de seguridad locales han intentado acabar con esa Iglesia de las Costumbres Antiguas, pero sus miembros son como sombras, y no hemos podido encontrar ni una sola pista que nos lleve hasta quien les suministra las armas —respondió Shonai malhumorada—. En cuanto a los piratas eldars, nuestras naves están para el desguace: ni una sola de ellas tiene menos de dos mil años. ¿Cómo quiere que luchemos contra ellos?

Barzano sonrió cuando la gobernadora acabó su diatriba y se reclinó en su sillón, aparentemente satisfecho con la respuesta.

Mykola Shonai puso las manos sobre la mesa con las palmas hacia abajo.

—Admito que fue… poco inteligente no haber comunicado antes todo lo relativo a nuestros problemas, pero creí que podríamos resolverlos por nuestra cuenta. Si soy culpable de algo es de haber confiado demasiado en mis capacidades para resolver esta crisis.

—Sí —respondió Barzano mostrándose de acuerdo—. Pero no creo que su administración no sea merecedora de una redención. Propongo que dejemos a un lado los errores pasados y que trabajemos para solucionar la situación actual lo antes posible. ¿Está de acuerdo?

—Por supuesto —contestó la gobernadora con rapidez—. ¿Qué puedo hacer para ayudarle?

—La primera parte de cualquier operación es reunir la información pertinente y facilitar mis pesquisas. Necesitaré un acceso completo a los archivos de datos que tiene en las máquinas lógicas y en los cogitadores del palacio. Por supuesto, eso incluye sus propios archivos personales.

—¡Es indignante! —exclamó Almerz Chanda—. ¡Se pasa de la raya, señor!

—¿De veras? ¿Tiene algo en los archivos que preferiría que yo no viera, señor Chanda? ¿Anotaciones sobre los sobornos recibidos, tratos ilegales con alienígenas y asuntos similares? —inquirió Barzano en tono jocoso,

aunque Uriel se preguntó cuánta parte de la frase estaba en realidad dicha en broma.

—Por supuesto que no —barboteó Chanda—. Pero representa una enorme falta de protocolo que se registren los archivos personales de la gobernadora como si no fuera más que una criminal común.

Mykola Shonai levantó la mano y la puso en el brazo de Chanda para tranquilizarlo.

—No pasa nada, Almerz. No tengo nada que ocultar. Adepto, tendrá todo lo que pide. ¿Qué más necesita?

—Ya que no me apetece nada que me vean escogiendo bando entre las diferentes corporaciones aceptando alguna de las invitaciones para alojarme que comenzarán a llegar enseguida, necesitaré unas cuantas habitaciones del palacio para mí y para mi séquito. Ahora mismo están esperando en una plataforma de aterrizaje en las afueras de la ciudad. Apreciaría mucho que los avisara para que vinieran y enviara un vehículo para traer mis efectos personales a palacio.

—Se hará ahora mismo —le aseguró la gobernadora haciéndole un gesto a Chanda. Este se mostró molesto por tener que encargarse de una tarea de tan poca importancia, pero hizo una reverencia y salió de la estancia—. ¿Qué más?

—Sí. Puesto que sin duda tendré que tratar con las fuerzas de seguridad locales en el transcurso de la investigación, también necesitaré un enlace con los Adeptus Arbites. Contacte con ellos para que me asignen un agente.

—Eso no les gustará mucho —le advirtió Leland Corteo.

—No me importa demasiado que les guste o no. Usted sólo asegúrese de que eso ocurre.

Leland Corteo se estremeció por el tono de voz de Barzano, pero lo anotó en su agenda.

—Bien, eso será suficiente en el frente doméstico. Vamos a concentrarnos en el asunto de los piratas eldars. Propongo que el Vae Victus comience a realizar patrullas por el área local en cuanto sea posible. ¿Uriel? Creo que será mejor que le pida a la gobernadora cualquier clase de ayuda que pueda necesitar.

Uriel se puso firmes y avanzó un paso.

—Para ser totalmente efectivos necesitaremos los informes completos y las notas relativas a todos los ataques a los asentamientos y a las naves que se han producido, junto con los manifiestos de la tripulación y de la carga que transportaban. Además, también nos hará falta un mapa del sistema donde aparezcan el lugar y el momento exacto de cada ataque. Con ello podremos determinar una geometría de los ataques y así planear un sistema efectivo de patrullas.

—Me encargaré de ello personalmente.

Uriel asintió y dio un paso atrás.

—¿Cuándo podrán comenzar las operaciones de patrulla, Uriel?

—Los tecnomarines están reparando la nave en este preciso momento, y en cuanto la información que precisamos sea transmitida al Vae Victus, podremos partir.

Barzano se rascó la barbilla con gesto pensativo.

—Excelente. Quiero que regrese a la nave y acabe con esos alienígenas. No puedo resaltar lo suficiente la importancia de esta tarea, capitán.

—¿Regresar a la nave? Adepto, me encargaron que me ocupase de su seguridad, y le di mi palabra de honor a lord Calgar de que no sufriría ningún daño.

—Y no lo sufriré, ya que me dejará la escuadra del sargento Learchus como mi guardia de escolta personal. A menos que tenga alguna duda sobre su capacidad para protegerme en caso de necesidad.

—Por supuesto que no la tengo. Learchus es un veterano experimentado en numerosas campañas. Confío en él por completo.

—Entonces yo también confío en él.

Uriel se dio cuenta de repente de lo astuto que había demostrado ser Barzano para dejarle sin argumentos. Learchus era un guerrero excelente que moriría antes de permitir que el adepto sufriera daño alguno. Relevarlo de su deber sería un insulto a su honor. Uriel le había jurado a Marneus Calgar que protegería a Barzano, pero quedarse al lado del adepto significaba que sus hombres marcharían al combate sin su capitán. Uriel se

percató a regañadientes de que como capitán de la cuarta compañía tendría que ser capaz de confiar en los oficiales que tenía bajo su mando.

Se inclinó ante Barzano.

—Dispone de una excelente escolta con el sargento Learchus y sus guerreros. Procede de una familia honorable y no le fallará.

—Y tampoco lo hará usted, Uriel. De eso estoy seguro.

—No, mientras me quede aliento —le aseguró el marine espacial al adepto.

Ario Barzano se frotó los ojos y se reclinó sobre la silla sintiendo el comienzo de un dolor de cabeza. Sus investigaciones habían sido fructíferas, pero ya estaba cansado del catálogo de traiciones, engaños y asuntos desagradables que había descubierto a lo largo de los dos días anteriores. Se apartó de la mesa y se sirvió una buena copa de uskavar, la bebida local preferida de Pavonis.

Las estancias que la gobernadora había proporcionado a su séquito estaban en penumbra. Las velas casi habían desaparecido para convertirse en charcos de cera. Encendió unas cuantas más y bebió un sorbo del fuerte licor. Se preguntó cómo iba a combatir exactamente contra la Iglesia de las Costumbres Antiguas. Mykola Shonai no había mentido cuando dijo que sus miembros eran como sombras. De hecho, atrapar una sombra hubiera sido más fácil que enterarse del paradero de aquel grupo.

La secta había aparecido por primera vez siete años antes cuando una gigantesca explosión destrozó uno de los manufactorums de la casa Honan. El fuego causado alcanzó unos depósitos de suministros cercanos y causó daños incalculables. Se achacó a un control de la seguridad defectuoso hasta que un comunicado cifrado llegó a la oficina de la gobernadora denunciando la avaricia financiera de los dirigentes de Pavonis y asegurando que los atentados seguirían.

Poco después, todas las corporaciones habían sufrido daños a manos de los terroristas, y las fuerzas de seguridad se habían visto impotentes para impedir que aquellas atrocidades continuasen. Casi cuatrocientas personas

habían muerto hasta aquel momento y, aunque a escala galáctica aquella cifra no tenía importancia alguna, Barzano sabía que cada vida era el eslabón de una cadena que algún día llegaría a desplegarse si él y los suyos no podían detener por completo aquellos atentados.

Las fuerzas de seguridad de Pavonis habían tenido muy poco éxito en la misión de capturar a los terroristas, y Barzano no se sintió sorprendido por ello. Se dio cuenta rápidamente de que aquella organización era una farsa. Financiada por las corporaciones, no eran más que grupos de seguridad privada que protegían los intereses de sus pagadores y mantenían una política de brutal represión sobre los trabajadores, pero poco más. Las pocas guarniciones de Adeptus Arbites dispersas por todo el planeta poco más podían hacer aparte de vigilar por el cumplimiento de la ley del Emperador en los grandes centros urbanos. En los distritos trabajadores y en los suburbios que rodeaban a los manufactorums, la única ley era la decretada por las corporaciones.

Y ellos eran poco más que unos criminales, por lo que Barzano había podido indagar. Pocas veces había encontrado un nido de víboras más insidiosas y arteras… aparte de su propia organización, sonrió de un modo irónico y reflexivo. Cada una de las corporaciones se había aliado, en un momento u otro, con las demás corporaciones a cambio de beneficios y objetivos a corto plazo antes de renegar de sus acuerdos y apoyar a otras corporaciones. Al parecer, aquél era el estado habitual de la situación planetaria, y a Barzano le deprimió profundamente pensar que, cuando ya quedaba poco para que se acabara el cuadragésimo primer milenio, la humanidad no podía dejar a un lado sus diferencias cuando prácticamente todas las razas alienígenas de la galaxia estaban intentando destruirla.

En casi todos los sistemas planetarios de la galaxia, los orkos efectuaban incursiones y matanzas por doquier, y se esforzó por reprimir los recuerdos del devastado planeta Armageddon. Y allí, tan cerca del borde oriental de la galaxia, sabía que era cuestión de poco tiempo que las fronteras en expansión del imperio Tau llegasen hasta Pavonis.

Sí, la galaxia era un lugar hostil, y sólo mediante la estabilidad que la unidad proporcionaba podría el Imperio de la Humanidad tener alguna

oportunidad de sobrevivir. Cualquier otro comportamiento era una locura de la peor clase, y él había hecho un juramento: se aseguraría de que la estabilidad se mantendría. ¿Qué era lo que habían hecho los gobernantes de Pavonis para preservar la santidad de los dominios del Emperador?

Regresó a su sillón y activó la pantalla de su terminal. En la esquina de la pantalla apreció una señal parpadeante que indicaba que había recibido otro mensaje, pero hizo caso omiso de ello: sabía que sería otra invitación a disfrutar de la hospitalidad de otra de las corporaciones. Le habían llegado invitaciones a cenar, a cazar, a beber y a participar en otras actividades y pasatiempos menos interesantes procedentes de todas las casas comerciales. Las había rechazado todas de un modo educado.

Repasó toda la información que había recabado a lo largo de los dos días anteriores.

En las corporaciones menores no había encontrado nada aparte de las habituales alianzas, contraalianzas y rupturas de pactos. Sin embargo, los jefes de las corporaciones mayores eran unos individuos mucho más interesantes.

Beauchamp Abrogas pasaba la mayor parte de su tiempo destruyendo su sistema nervioso central con drogas ilegales y despilfarrando la fortuna de su familia.

Taryn Honan era un idiota obeso que gastaba enormes cantidades de dinero en chicos cortesanos y que lo habría pasado mal si hubiese tenido que ocuparse de dirigir una sala llena de servidores lobotomizados.

No sabía mucho sobre Solana Vergen, pero había notado la falsedad de su pena respecto a la muerte de su padre. Y cambiar el voto de su corporación de un modo tan espectacular en el senado no decía nada bueno de la estabilidad emocional de su personalidad.

De Vahos pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en sus distintas casas o dedicado a buscar afanosamente antigüedades por todo el sistema planetario. Incluso un ciego podría ver el odio y el resentimiento que albergaba contra la gobernadora, aunque Barzano no había podido encontrar ningún motivo directo para ese rencor. Aquello implicaba una investigación más profunda. También existía una relación tangible entre De Vahos y los

eldars oscuros, aunque a Barzano no le parecía que fuese de la clase que iniciaba una cooperación. Había sido torturado casi hasta la muerte a bordo de la nave alienígena, y a pesar de todas las probabilidades en contra de que ocurriera, había logrado sobrevivir.

Barzano había descartado casi desde el principio de las investigaciones a Mykola Shonai. No percibió ningún engaño en ella cuando la conoció y, de todas maneras, su segundo período como gobernadora planetaria con un mandato de seis años estaba a punto de finalizar y la constitución prohibía que fuera elegida para un tercer período. No tenía nada que ganar y sí todo que perder prolongando aquel tipo de situación. Ario Barzano sabía que aquel simple hecho no era suficiente para no investigarla. Había desenmascarado a traidores con muchos menos motivos para cometer sus fechorías. Sin embargo, asuntos como aquél habían sido una tarea casi diaria para él desde hacía ya muchos años, y creía poseer un cierto talento para descubrir a los mentirosos. Mykola Shonai no le parecía uno de ellos.

Para ser sinceros, admiraba a aquella mujer. Había intentado hacerlo lo mejor posible para su mundo, pero él sabía que intentar hacerlo lo mejor posible no era suficiente por sí solo. El esfuerzo tenía que venir acompañado de resultados, y los resultados en Pavonis hablaban por sí mismos.

Pero Taloun…

Aquello era muy diferente. Había sido derrotado dos veces en las elecciones por el poder combinado de los Shonai y de los Vergen, por lo que Vendare Taloun no tenía nada que perder en aquella situación. Siempre que se enfrentaba a problemas como aquél se hacía la misma pregunta: ¿quién sale ganando? En todo aquel caos de actividades terroristas, piratas alienígenas y disturbios políticos, la corporación de Taloun destacaba por encima de todas las demás.

Había sufrido menos que las otras corporaciones por los atentados, a excepción quizá de la corporación Shonai, y Barzano había aceptado mucho tiempo atrás una gran verdad: no existía la coincidencia en la vida. La sincronía entre la llegada de los piratas eldars y la aparición de la Iglesia de las Costumbres Antiguas indicaba que alguien lo había organizado así.

Taloun ya le había demostrado su gran astucia, y Barzano sabía que los tortuosos senderos de su mente eran capaces de diseñar un plan semejante.

Se alejó de la terminal y acabó su copa. Tenía que empezar a trabajar de nuevo a primera hora de la mañana siguiente y se preguntó qué más llegaría a descubrir. Le había dicho a su agente de enlace con los Adeptus Arbites que llevara puestas ropas de civil, y de repente se preguntó si ella tendría algo así. Parecía el tipo de persona que vivía exclusivamente para su vocación. Sonrió al darse cuenta de que en ese caso se parecían bastante.

Barzano distinguió las voces de los guardaespaldas Ultramarines desplegados fuera de su cámara, y pensó por un momento en Uriel Ventris. Era una desgracia que no pudiera contarle la verdad a Uriel, pero Barzano sabía que si lo hacía, probablemente tendría problemas con el capitán de los marines espaciales.

Miró hacia la caja de seguridad que había en la pared, oculta detrás del retrato de un hombre llamado Forlanus Shonai, donde había metido su pequeño cofre.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarse y echarle un vistazo al objeto que contenía.

Rezó, por el bien de Pavonis, que no tuviera necesidad de utilizarlo.

Uriel se dio perfecta cuenta de que al gran almirante Tiberius le molestaba tener a un piloto del sistema a bordo, pero sabía que el almirante era lo bastante inteligente para aceptar que era necesario. El itinerario más rápido que Uriel y Tiberius habían trazado para llegar hasta Caernus IV, lugar donde se había producido la última incursión de los piratas eldars, los llevaba directamente a través de un cinturón de asteroides, y sin el conocimiento de las rutas seguras para atravesarlo hubieran acabado mal, sin duda, y en muy poco tiempo.

Ya habían pasado seis tensas horas, y el piloto los había guiado con mano experta por el laberinto de enormes asteroides. Uriel le rogó al Emperador, a Guilliman y a todos los santos que no faltara mucho para llegar al otro extremo.

El mapa del sistema planetario que les había proporcionado la gobernadora Shonai demostró ser extremadamente útil: tenía marcados y localizados absolutamente todos los ataques de los eldars. Uriel no había apreciado la escala de las acciones de los piratas hasta que vio el mapa: más de cien ataques en poco menos de seis años. Casi todos los ataques habían dejado un asentamiento completamente arrasado o una nave destrozada y su tripulación asesinada. La admiración que Uriel sentía por Kasimir de Vahos aumentó al pensar en el valor y la determinación que debía poseer para planear y llevar a cabo su huida de aquellos despreciables alienígenas.

—Timón, vire a estribor rumbo cero dos cinco, ángulo de bajada treinta grados —dijo el piloto—. Vamos, bonito. Sé que podemos hacerte pasar por ahí.

Uriel levantó la mirada de la mesa de despliegue táctico en el puesto de exploración y se quedó blanco por un momento cuando vio el hueco entre los asteroides en movimiento hacia donde se quería dirigir el piloto. Contuvo la respiración mientras observaba dos rocas gigantescas, cada una con un peso superior en varios millones de toneladas al Vae Victus, pasar a poca distancia de la nave. Uriel se dio cuenta de que Tiberius se agarraba con fuerza al borde del púlpito. Los nudillos se le pusieron blancos y frunció el gesto de la cara por la tremenda preocupación. Había permitido a regañadientes que un piloto del sistema local dirigiera su nave, pero a lo que no había estado dispuesto era a que lo hiciera desde el púlpito del capitán.

—¿Tiene que navegar tan cerca de esas puñeteras rocas? —le preguntó por fin Tiberius con voz exasperada cuando la paciencia con el piloto se le agotó—. Sólo con que rocemos con una de ellas acabaremos respirando el vacío.

El piloto, un nativo de las forjas de Altemaxa que respondía al nombre de Krivorn, sonrió, dejando al descubierto unos dientes desiguales, amarillentos y con algunos huecos entre ellos.

—¿Esto? —exclamó con tono burlón—. ¡Ja! Me estoy portando bien. Les llevo por la parte fácil. Podía haberles llevado por el Callejón de los Destrozos. Ahí sí que hace falta saber pilotar.

—¿El Callejón de los Destrozos? —le preguntó sorprendido Uriel—. Eso no aparece marcado en los mapas.

—Qué va —dijo Krivorn—. Sólo es un nombre que me inventé después de que casi perdí una nave allí.

—¿Casi perdió una nave? —exclamó enfurecido Tiberius.

—Sí, pero no fue culpa mía —respondió Krivorn en tono de protesta—. Estábamos navegando, tan felices como un orko en mitad de los hongos, ¡cuando de repente apareció de la nada ese puto pecio espacial! Lo juro, un momento antes no estaba allí, y al siguiente tuvimos que reducir potencia y virar todo a estribor dando marcha atrás.

—Supongo que cometió un error de navegación, piloto.

—¿Yo? No, milord. Ya le digo que comprobé los aparatos de exploración momentos antes y no estaba allí. Timón, nuevo rumbo tres dos cuatro, ángulo de subida diez grados.

—¿Qué es lo que era? —le preguntó Uriel, un tanto nervioso por el modo displicente e indolente de Krivorn de dar las órdenes de cambio de rumbo.

—Nunca lo descubrimos, pero estoy seguro de que se trataba de uno de esos pecios espaciales de los que siempre se habla —le contestó Krivorn—. Y yo no fui el único ni el primero en verlo. Muchos navegantes espaciales lo han avistado por todo el sistema Pavonis. Lo llaman la nave de la luna creciente por la forma que tiene. Timón, nuevo rumbo cero cero cero, todo recto.

Uriel conocía la existencia de astronaves destruidas, restos de naufragios que se perdían en la disformidad y se convertían en naves fantasmas que recorrían para siempre las profundidades heladas del espacio.

Nadie podía predecir sus movimientos, y sus apariciones eran completamente al azar, cuando el caprichoso destino los expulsaba del immaterium. La idea de que una nave semejante se encontrase en las proximidades llenó de preocupación a Uriel.

—Mire, ya está bien de tantas tonterías —exclamó Tiberius—. ¿Cuánto falta para que salgamos de este cinturón de asteroides y lleguemos a Caernus IV?

Krivorn mostró su sonrisa llena de dientes y de huecos y se inclinó ante Tiberius.

—Acabamos de salir del cinturón, milord. Con la velocidad y rumbo actuales, entraremos en la órbita del planeta en aproximadamente una hora. Y, de nada.

Kasimir de Vahos sintió que las tripas se le encogían y vomitó una bocanada de sustancia viscosa y manchada de sangre en el cuenco que tenía sobre la cómoda. El sudor le cubrió la frente y su estómago se vio sacudido por nuevas convulsiones. La vista se le desenfocó cuando otra bocanada de vómito negro le recorrió, ardiente, la garganta, para acabar en el cuenco.

Aquellos malditos alienígenas. Su cuerpo se rebelaba todos los días contra las insidiosas toxinas con las que lo habían envenenado. Sólo las dosis diarias de fuertes purgantes anulaban de forma momentánea sus efectos más debilitadores, y aun así, tan sólo le dolía un poco menos.

Se levantó del suelo del cubículo de abluciones y se ciñó el albornoz alrededor de su delgado cuerpo. Se echó agua en la cara mientras los últimos espasmos iban desapareciendo. De Vahos hizo circular un poco de agua helada por la boca en un intento fútil de eliminar el regusto ácido de los vómitos. Luego se secó con una toalla de seda y se pasó un cepillo por los cabellos albinos.

Se quedó mirando su reflejo en el espejo y se preguntó cómo había cambiado tanto su vida. La respuesta le llegó con facilidad. Todo comenzó el día que su expedición descubrió las cavernas que se encontraban bajo la ciudad en ruinas de Cthelmax y las inscripciones que allí había dejado el abad Corteswain. Si no hubiese traducido allí mismo las inscripciones… Si no hubiese hecho caso de aquellas palabras malditas y proféticas…

Si no se hubiese topado con los eldars…

Pero había hecho caso de las palabras, y aquello era a lo que le habían llevado. Alzó una mano pálida y llena de manchas hasta su cara y hundió los dedos en la piel sintética sin sensibilidad que le cubría el cráneo. Sabía que se estaba tocando la cara sólo porque lo veía en el espejo. Antaño se le

había considerado un hombre atractivo, y había cortejado a las mayores bellezas de Pavonis, pero eso ya era historia. La cuchilla al rojo blanco de uno de sus torturadores se había encargado de acabar con aquello.

Había pensado muchas veces en suicidarse después de su encuentro con los eldars, pero le había faltado incluso el valor para ello. La atracción de las palabras de Corteswain era demasiado fuerte y le tenía atrapada el alma, y De Vahos se percató de que la esperanza era sin duda la peor maldición que sufría la humanidad.

¿Por qué continuar el camino que había emprendido si no era por esa esperanza?

De Vahos tiró a un lado la toalla y pasó a su dormitorio privado. La estancia no tenía ni un solo espejo, con una decoración espartana carente de todos los detalles lujosos que muchos asociarían con el jefe de una corporación tan acaudalada. Se quitó el albornoz y entró desnudo en su vestidor. Escogió su traje azul marino preferido, el que tenía un cuello alto y unos picos estrechos. Se puso el traje y sintió cómo el tejido cicatricial que le había causado el torturador eldar se tensaba dolorosamente en la zona del pecho y de los brazos. Su invitado llegaría en poco tiempo y no quería llegar tarde a recibirle.

No importaba que le despreciara, a él y a todas las tonterías en las que creía.

No importaba que él mismo hubiera creído en todas ellas pocos años antes.

Los tiempos habían cambiado desde entonces, y sus responsabilidades habían aumentado hasta ir más allá de ocuparse de pérdidas y beneficios, de producción y trabajadores. Escogió unos zapatos negros de piel de carnodonte para ponerse con el traje y se sentó en el borde de su cama llena de manchas de sangre para ponérselos.

Oyó la campanilla del vestíbulo y supo que su invitado había llegado. Puntual, como solía serlo. Ya vestido, De Vahos se acercó a la cabecera de la cama y recogió todos los cuchillos ensangrentados que estaban desperdigados por encima del cadáver mutilado que había sobre la colcha,

poniendo mucho cuidado en no mancharse con los charcos de sangre que se habían formado.

Colocó los instrumentos de tortura en un pequeño estuche negro y lo metió debajo de la cama, notando la habitual sensación de disgusto cuando se quedó mirando al cadáver. Aquella ni siquiera había estado cerca de satisfacer sus necesidades, y sabía que pronto le haría falta otro envoltorio de carne sobre el que exorcizar sus demonios.

Se imaginó a Solana Vergen en la cama y su corazón comenzó a palpitar con fuerza por el deseo.

De Vahos dio media vuelta y salió de sus estancias privadas. Descendió por la escalera de mármol que llevaba al vestíbulo y a su invitado.

Lo vio abajo, nervioso y pasando el peso del cuerpo de un pie a otro.

Almerz Chanda levantó la mirada al oír los pasos del dueño de la casa.

Kasimir de Vahos sonrió.

Jenna Sharben se sentía muy incómoda sin su uniforme de agente, y deseó por centésima vez que Virgil Ortega no la hubiera asignado para hacer de niñera de aquel puñetero adepto. Llevaba puesta una túnica azul de estilo funcional, ceñida al cuerpo pero con mangas anchas y sueltas, y con una funda interior bajo la axila izquierda, donde llevaba guardada una pistola automática. Se quedó firme en posición de descanso en la habitación del adepto y examinó sus alrededores.

Se enorgullecía de ser capaz de decir mucho de una persona por el modo en que vivía: sus gustos, lo que apreciaba y lo que no, si era un fanático del orden o si prefería vivir en un constante desorden vital.

Frunció el ceño por las diferentes señales que vio en la estancia del adepto. Había una docena de libros colocados por orden alfabético en la mesa de escritorio que era evidente que había traído él y, sin embargo, también vio un puñado de ropa tirada encima de la cama. Había un pequeño baúl metálico a los pies de la cama, con una cerradura que sólo podía abrirse mediante el código genético del propietario, mientras que sobre la mesa se veía un diario abierto con todas las notas manuscritas del adepto.

Una botella medio vacía de uskavar descansaba al lado del diario, junto a un vaso de cristal que contenía los restos de la noche anterior.

¿Qué clase de hombre era aquel adepto?

—¿Ya has visto suficiente? —le preguntó una voz desde el otro extremo de la estancia.

Ella dio un respingo y alargó la mano involuntariamente hacia su pistola. Vio a un hombre apoyado de modo indolente contra la pared. Llevaba puesto un mono de trabajo manchado de pintura, la insignia de la corporación Taloun, y estaba mascando tabaco. No se había afeitado, y su rostro redondo mostraba la barba de unos tres días. Tenía un aspecto vulgar.

Jenna abrió la boca para preguntarle qué demonios hacía allí cuando, de repente, se dio cuenta de que era el adepto que le habían presentado la noche anterior. El cambio era bastante impresionante.

—Ahora sí —le contestó ella mientras el adepto se le acercaba caminando de un modo bamboleante.

Barzano sonrió.

—Hoy voy a ser Gulyan Korda, técnico secundus, fundición tres seis dos de la corporación Taloun. ¿Qué te parece?

Jenna se había quedado sin habla. De no haber sabido que no era así, habría jurado que el adepto era nativo de Pavonis. Tenía el acento, las ropas y la misma indolencia apática de los trabajadores de los manufactorums. Se había echado los cabellos hacia atrás y tenía las mejillas más redondeadas.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Barzano se sacó de la boca dos bolas de relleno y le guiñó un ojo antes de colocárselas de nuevo.

—¿Te parece que podría pasar por un trabajador local?

—Sin duda alguna —le aseguró Jenna—. Aunque, ¿por qué quiere hacerlo?

—Bueno, dudo mucho que con el ambiente de disturbios y la impopularidad de la administración actual nadie vaya a ser amable y sincero con alguien de fuera del planeta, y mucho menos con alguien del Administratum. ¿Tú que crees?

Jenna se dio cuenta de que tenía razón, y entendió de repente la insistencia del adepto en que llevara puestas ropas civiles. Quería salir fuera

y mezclarse con los trabajadores. Y ella iba a ser su… qué, ¿su guardaespaldas, su guía? ¿Las dos cosas?

—¿Qué es lo que está planeando, adepto Barzano?

—Oh, nada más que un pequeño paseo por las zonas de los trabajadores fuera de los muros de la ciudad. Nada demasiado agotador, lo prometo.

Barzano le señaló con un gesto los libros y las terminales de datos antes de seguir hablando.

—Está muy bien todo eso de conseguir información de ahí, pero siempre he creído que los mejores datos en bruto se recogen al nivel del terreno. Sí, hoy voy a ser Gulyan Korda, despedido recientemente del servicio a los Taloun, y que se va a relacionar con descontentos en su misma situación para discutir la terrible situación a la que nos ha llevado la gobernadora.

—¿Y para qué voy a ir yo?

—Tú, querida amiga, vas a ser mi guardaespaldas —le susurró Barzano, disfrutando enormemente y de forma evidente de su caracterización—. Verás, cuando Gulyan fue despedido, se llevó algunos documentos bastante comprometedores.

—¿Lo hizo?

—Creo que sí. De hecho, estoy prácticamente seguro de que lo hizo.

—¿Y a qué hace referencia esa información tan comprometedora?

—No tengo ni idea —soltó Barzano con una risa—. Pero seguro que es algo de mucha enjundia. De eso estoy seguro.

—¿Y qué pasa con los marines espaciales que están ahí fuera? No va a lograr pasar desapercibido con dos gigantes con armadura siguiéndole a todas partes.

—Oh, ya lo sé, pero ellos no vienen con nosotros.

—¿Y cómo vamos a salir del palacio sin que ellos nos acompañen?

—Muy fácil: no me verán —le prometió Barzano—. Te verán a ti y a un tipo de aspecto poco recomendable vestido con un mono de trabajo y creerán que el vago del adepto sigue aquí dentro. Créeme, es más fácil de lo que piensas.

Jenna Sharben meneó la cabeza.

—De verdad, no creo que sea buena idea —le dijo.



NUEVE

Uriel se quedó mirando el cuerpo humano destrozado tumbado sobre un camastro que tenía ante sus ojos. Se preguntó cómo era posible, en nombre de todo lo sagrado, que aquel hombre siguiera con vida. Había llamado al apotecario de la compañía en el mismo instante en que había visto aquella pobre alma atormentada para que atendiera al joven. El médico del asentamiento había hecho todo lo que había podido, pero sus conocimientos no eran suficientes para las horribles heridas que sufría aquel cuerpo.

El apotecario Selenus levantó con suavidad la pierna del individuo y desenrolló las vendas empapadas de sangre y pus para aplicarle unos ungüentos calmantes en los trozos de carne quemada que todavía quedaban en el destrozado cuerpo. El apotecario trabajó bajo la luz de una docena de velas y el hedor asqueroso de la carne quemada, que inundaba toda la estancia con una fuerza penetrante.

Caernus IV era el lugar donde tuvo lugar el último ataque de los piratas eldars, y la información que les había proporcionado la gobernadora indicaba que al menos un testigo se había salvado de aquella carnicería.

Al ver al hombre, quien según el magistrado principal del pueblo se llamaba Gedrik, Uriel sintió pena por él, pena de que hubiera sobrevivido.

Habían ido a aquel planeta a recabar información de un testigo con vida, y Uriel tenía la extraña sensación de que era de una importancia vital hablar con Gedrik.

El sargento Pasanius se acercó a Uriel para susurrarle al oído.

—¿Crees que vivirá mucho más? —le preguntó.

Uriel negó con la cabeza.

—Selenus dice que no, pero este individuo es un luchador. En realidad, ya debería estar muerto. Algo le ha mantenido con vida.

—¿Algo como qué?

—No lo sé, Pasanius, pero el magistrado me ha dicho que no ha permitido que el médico del pueblo le conceda la Paz del Emperador. No ha parado de decir que está esperando a los ángeles. Que tiene un regalo para ellos.

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo Pasanius con un bufido—. El dolor debe de haberle producido alucinaciones.

—No —susurró Uriel—. Creo que nos estaba esperando.

—¿A nosotros? ¿Cómo podía saber que íbamos a venir?

Uriel se encogió de hombros.

—Se dice que aquellos que han sentido el toque de la muerte pero continúan con vida, a veces tienen visiones y poderes maravillosos concedidos por el Emperador. Su supervivencia es un milagro, y quizás eso sea motivo suficiente para creerle.

Pasanius no parecía convencido.

—Siempre he dicho que esos años que pasaste viviendo bajo tierra en Calth no te hicieron ningún bien, capitán. ¿De verdad piensas que el hecho de que este pobre tipo no haya muerto significa que el Emperador le ha concedido parte de su gracia divina?

—Quizá, no lo sé. Cuentan que la bendita santa Capilene vivió durante tres días después de que la bala que la mató finalmente entrara en su corazón, que el Emperador no la dejó morir hasta que condujo a las tropas a la victoria contra la escoria del Caos que ocupaba el mundo capilla que ahora lleva su nombre. Amigo mío, no puedo ofrecerte una explicación razonable, pero mi intuición me dice que algo lo ha mantenido con vida por alguna razón. No puedo explicarlo, es sólo una corazonada que tengo.

—Empiezas a sonar como Idaeus —gruñó Pasanius—. Siempre supe, en cuanto tenía una de sus «corazonadas», que eso significaba que nos iba a meter de cabeza en un follón de narices.

El apotecario Selenus se separó del camastro y se inclinó ante Uriel.

—Hermano capitán, no se puede hacer nada más por él. Le he aplicado ungüentos que impedirán que los vapores malignos infecten sus heridas y las he vendado lo mejor que he podido, pero es un esfuerzo inútil. Morirá dentro de poco. Nada puede impedirlo.

—Has hecho todo lo que has podido, hermano —dijo Uriel. Cuando Selenus pasó al lado de su capitán, Uriel le puso una mano en la hombrera al apotecario—. Selenus, recuerda que ayudar a aquellos que lo necesitan jamás es un esfuerzo inútil. Reúnete con los hombres. Debo hablar con este joven. Creo que nos ha estado esperando y que tiene un mensaje para mí.

Selenus asintió.

—Como deseéis, hermano capitán.

El apotecario se agachó para pasar por debajo del dintel de la puerta y salió de la apestosa habitación. Uriel y Pasanius se acercaron al camastro y se arrodillaron al lado de la cabeza de Gedrik.

Uriel se quitó el casco y lo dejó en el suelo de losas de piedra. Se pasó una mano por la cabeza y se acercó a Gedrik procurando no inhalar el apestoso olor a carne humana quemada.

Los ojos del joven parpadearon cuando sintió la cercanía de Uriel y su pecho se hinchó para aspirar una gran bocanada de aire.

La cabeza de Gedrik se giró hacia Uriel. Sus labios hinchados y agrietados dejaron escapar un fluido claro cuando empezó a hablar.

—Sabía que vendríais —siseó con palabras apenas audibles.

—Sí, hemos venido. Soy Uriel Ventris de los Ultramarines.

Gedrik asintió, y la sonrisa de sus labios provocó un nuevo derrame de fluidos.

—Sí. Te vi cuando miré en la noche que está por llegar.

—¿Me viste? —preguntó Uriel mirando con gesto de extrañeza a Pasanius.

El pragmático sargento se limitó a encogerse de hombros. Su incredulidad al respecto era evidente.

—Sí… A ti y a la Muerte de los Mundos. Luz y Oscuridad, dos avatares del mismo ángel.

Uriel se esforzó por encontrar un sentido a las palabras del hombre. ¿La Muerte de los Mundos? ¿Luz y Oscuridad?

¿Estaría Pasanius en lo cierto? ¿Se habría vuelto loco el joven por todo lo que había visto y por el dolor que había sufrido?

—¿Sabes por qué os atacaron? —le preguntó Uriel—. ¿Puedes decirme algo sobre quienes os hicieron esto?

—Vinieron a por el metal… El hombre máquina arrancó su corazón y el metal se está muriendo.

Uriel estaba sorprendido y confuso. Caernus IV era un mundo agrícola. Según los informes del segmentum, no existían depósitos de metal

merecedores de explotación en aquel planeta. Desde luego, ninguno por el que mereciera matar a toda una comunidad por ello.

—No lo entiendo, Gedrik. ¿Qué hombre máquina? ¿Un ciborg? ¿Un servidor? ¿Qué metal?

—El metal que fluye. Se está muriendo. Mi espada… La forjé yo mismo. Se muere.

Pasanius tomó una funda de cuero que estaba al lado de la cama y agarró la empuñadura rodeada de hilo metálico. Desenvainó una espada oxidada de la funda y la acercó a la luz de las velas.

Uriel y Pasanius intercambiaron una mirada de asombro después de observar atentamente la hoja de la espada. Su filo desprendía un leve brillo azulado que iluminaba el interior de la estancia. Sólo esa parte de la espada mantenía un tono plateado metálico. El centro de la hoja mostraba una franja palpitante de color marrón leproso que palpitaba con una asquerosa vida necrótica. Unas ramificaciones de negrura parecidas a gusanos infestaban el metal translúcido y Uriel vio cómo se extendían por toda el arma. Pasó una mano enguantada por la parte lisa de la hoja y unas cuantas escamas de metal muerto cayeron al suelo.

—Gedrik, ¿qué le está pasando a la espada?

—Se muere. El pelo blanco y el hombre máquina vinieron y mataron a la Colina de Metal, y ahora todo se muere. Mataron a Maeren y a Rouari —dijo Gedrik con un gemido—. No sé por qué… Lo hubiéramos compartido.

—¿El pelo blanco? ¿Vino con el hombre máquina?

—Sí. El hombre máquina, el sacerdote de las máquinas.

Uriel y Pasanius llegaron a la misma conclusión a la vez. Un sacerdote de las máquinas sólo podía significar una cosa, pero que un adepto del Dios Máquina, un tecnosacerdote del Adeptus Mechanicus trabajase para los alienígenas era una idea absurda y ridicula.

—No puede referirse a… —empezó a decir Pasanius.

—No, seguro que no —le cortó Uriel mostrándose de acuerdo—. Gedrik, creo que te has confundido.

—¡No! —exclamó con un fuerte siseo y negando débilmente con la cabeza sobre la almohada manchada—. El ángel al que sirves me ordenó

que te dijera estas palabras: «La Muerte de los Mundos y el *Portador de la Noche* esperan nacer en esta galaxia. Uno de ellos se alzará, o ninguno, la elección está en tus manos».

—¿Qué significa eso? ¿Ese… ángel te dijo lo que significaba eso? Por favor, Gedrik.

El joven dejó escapar un suspiro y la respiración le salió por la garganta como algo muerto. La cabeza reposó de nuevo sobre la almohada, sus músculos ya fláccidos. Susurró de nuevo.

—Por favor, traedme a un sacerdote. Quiero confesarme…

Uriel asintió.

—Sargento Pasanius. Traiga al capellán Clausel. Un servidor del Emperador espera que le atienda.

El sargento se puso en pie, hizo una reverencia, y salió de la estancia que olía a muerte. Uriel se quedó al lado del moribundo. La mente le daba vueltas y se sentía aturdido por la posibilidad de que un sacerdote del Dios Máquina colaborara con los eldars. ¿Quién podría haberse imaginado algo así? ¿Y aquello de la Muerte de los Mundos y el *Portador de la Noche*? ¿Qué podía significar?

Uriel oyó las fuertes pisadas del capellán Clausel y se dio la vuelta para encararse con el sacerdote guerrero lleno de cicatrices.

—Ha servido fielmente al Emperador, hermano capellán. Escúchale en confesión y, si lo desea, adminístrale el Finis Rerum. Te esperaré fuera.

—Así se hará, mi capitán.

Uriel se quedó mirando la máscara de vendas que era lo único que quedaba del rostro del joven y se puso en posición de firmes golpeando con el puño su placa pectoral.

—Gedrik de la Explanada de Morten, saludo tu valor. Que el Emperador sea contigo.

Uriel dio media vuelta, se agachó para pasar bajo el dintel y salió del edificio.

Pasanius y treinta guerreros de los Ultramarines le esperaban en el centro del poblado. Uriel vio a las afueras del mismo la forma rectangular

de su cañonera Thunderhawk. Unos grupos de aldeanos atemorizados los miraban desde el otro borde del asentamiento.

Pasanius había recogido su lanzallamas y se lo había colgado a la espalda. Se acercó a Uriel.

—Estamos preparados para marcharnos, capitán. Sólo tienes que dar la orden.

—Muy bien, sargento.

—¿Puedo preguntarte algo, capitán?

—Por supuesto, Pasanius.

—¿Le has creído? Me refiero a lo del ángel.

Uriel no le contestó inmediatamente. Se quedó mirando las montañas que rodeaban el poblado y se alzaban hasta las nubes. Los logros de los humanos resultaban insignificantes ante su majestuosidad. Se decía que la vida de una persona no era más que una chispa en la oscuridad, que para cuando uno se daba cuenta de su existencia, ya había desaparecido, reemplazado por chispas más brillantes y numerosas.

Uriel no podía aceptar aquella idea. Existían hombres y mujeres que se mantenían firmes y desafiantes frente a la inconcebible vastedad del universo. Que al final muriesen no tenía importancia. Que se mantuviesen firmes era todo lo que importaba.

—¿Que si le creí? —repitió Uriel como un eco—. Sí, le creí. No sé por qué, pero lo hice.

—¿Otra corazonada? —exclamó Pasanius con un bufido.

—Ajá.

—¿A qué crees que se refería? ¿La Muerte de los Mundos y el *Portador de la Noche*? No me gusta nada cómo suena eso. No puede ser nada bueno si eso es lo que nos espera.

—¿Quién sabe? Quizás el adepto Barzano nos pueda aclarar el tema cuando regresemos a Pavonis.

—Quizá —contestó el sargento con otro bufido.

—¿No te cae bien?

—No es asunto mío criticar a un adepto del Administratum —respondió Pasanius con rigidez—. Sin embargo, he de decir que no es como los demás

chupatintas que he conocido.

La figura de armadura negra del capellán Clausel salió de la pequeña enfermería del pueblo y se acercó al capitán de la cuarta compañía.

—Ya está hecho, mi capitán. Su alma se encuentra con el Emperador.

—Gracias, capellán.

Clausel hizo una reverencia y se marchó para reunirse con el resto de los hombres.

—¿Cuáles son tus órdenes, capitán? —preguntó Pasanius.

Uriel miró de nuevo a la enfermería.

—Recoge al muchacho, sargento. Nos marchamos a la Explanada de Morten para enterrarlo en su hogar con todos los honores.

—Sigo sin poder creerlo, Kasimir. Deberíamos haberla echado a patadas y yo debería estar sentado en palacio —exclamó Vendare Taloun completamente enfurecido—. Todos estos años de negociación con las corporaciones menores desperdiciados. ¡Desperdiciados!

Kasimir de Vahos le entregó una copa de uskavar a su colega jefe de corporación y se sentó enfrente de él en la sala de dibujo de paredes forradas de madera de su residencia campestre en las colinas Owsen. Taloun cogió el vaso sin levantar la vista y siguió mirando al fuego rugiente de la chimenea de mármol.

—Pronto se marchará, Vendare. No puede mantenerse ahí para siempre.

—¡Esa zorra debería irse ahora mismo! —gritó con un rugido Taloun a la vez que lanzaba la copa al fuego, donde estalló en mil pedazos—. Que el Emperador maldiga su alma. Hemos estado tan cerca… ¿Qué es lo que hace falta para librarse de ella? Teníamos a todas las corporaciones pequeñas en el bolsillo, e incluso a pesar de ese bufón de Abrogas disponíamos de una clara mayoría.

—Bueno, si no cae, se la puede empujar —comentó De Vahos.

—¿De qué estás hablando? Hemos logrado ganar la votación contra ella, pero ese maldito Barzano nos ha segado la hierba bajo los pies. Ese… ¡Creí que no era más que un idiota engreído!

—El adepto no es problema ninguno.

—¿De verdad?

—De verdad. Y si resulta que nos crea complicaciones, podemos eliminarlo cuando queramos.

—No seas bobo, Kasimir. No puedes matar a un adepto del Imperio así por las buenas.

—¿Por qué no?

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio —le insistió De Vahos—. Y en cualquier caso, ¿quién le echará de menos? No es más que otro de los millones de escribas chupatintas del Administratum.

—Puede que el capitán de los Ultramarines tenga algo que decir al respecto de su desaparición.

—No te preocupes por él, mi querido Taloun.

—Todavía no las tengo todas conmigo en este asunto, Kasimir.

—¿Es mucho peor que el plan que teníamos para la corporación Shonai? Tus cañones y mis tanques están esperando en las montañas, Vendare.

—Eso es algo completamente diferente, Kasimir. Lo hacemos por el bien de Pavonis.

De Vahos dejó escapar una risotada, un sonido rasposo y carente por completo de humor.

—No te hagas el inocente conmigo, Vendare Taloun. Sé demasiado sobre tus negocios y asuntos. El idiota de tu hijo es un bocazas, y su futura esposa es todavía peor. Alardea de todo lo que sabe en todos los sitios equivocados y con toda la gente equivocada.

Taloun se ruborizó y se levantó para servirse otra copa de uskavar. Las manos le temblaban, y el cristal tintineó cuando echó una buena cantidad del licor de color ambarino en la copa.

—Sea lo que sea lo que crees saber, es mentira —le contestó por fin.

—Te creo, Vendare —le dijo en tono tranquilizador De Valtos, sonriendo a espaldas de Taloun—. Pero hay mucha gente a la que le encantaría ver a la corporación Taloun, y sobre todo a ti, caer en desgracia.

Y ya sabes cómo manchan las acusaciones la reputación de cualquier persona, aunque luego se demuestre que son falsas. Si no, fíjate en lo que ocurrió cuando permitiste que se supiera lo de Honan y sus… relaciones.

—Pero todo eso era cierto.

—Lo admito, pero lo que he dicho no es menos válido por ello. Sería una pena que ciertas acusaciones relacionadas con la muerte de tu hermano se hicieran del dominio público. Sería el fin de nuestros acuerdos, ya que no podría permitirme seguir aliado con un hombre culpable de fratricidio.

—Vale. Demonios, Kasimir, ya has dejado bien claro lo que querías decir. ¿Qué pretendes hacer?

—Fácil —le contestó De Valtos—. Seguiremos con lo planeado.

La lluvia siguió cayendo cada vez con más fuerza cuando la Thunderhawk sobrevoló a poca altura los tejados del destruido pueblo de la Explanada de Morten. El rebufo de los aullantes motores levantó en el aire grandes surtidores de agua fangosa cuando la aeronave se posó en la plaza central del asentamiento. El vapor brotaba siseante de los escapes calientes.

Los patines de aterrizaje apenas habían tocado el suelo cuando los motores disminuyeron de potencia y unas rampas blindadas descendieron por unos raíles perfectamente engrasados. Tres escuadras de Ultramarines desembarcaron con eficiencia y se desplegaron por el poblado. Dos de ellos se dirigieron hacia el perímetro del asentamiento, mientras que la tercera, dirigida por Uriel, avanzó hacia un edificio completamente quemado que mostraba todas las trazas de haber sido un templo.

Uriel apuntó a izquierda y a derecha con su bólter. La lluvia reducía de forma notable la visibilidad, e incluso los sentidos automáticos de la armadura tenían dificultades para penetrar aquella pared grisácea.

No pudo distinguir ninguna señal de vida o de movimiento en el poblado. Su instinto le indicó que por allí no había pasado nada vivo desde hacía muchas semanas.

—Sector primus, despejado —exclamó una voz por el comunicados.

—Sector secundus, despejado.

—Sector tertiarius, despejado.

Uriel bajó su arma y la guardó en la funda que llevaba en la cadera.

—Que todos los sargentos de escuadra vengan a mi posición. Mantengan los perímetros asegurados —ordenó.

Pocos segundos después, los sargentos de Uriel, Venasus, Dardino y Pasanius, éste con el lanzallamas chisporroteando debido a las gotas de lluvia, se presentaron ante él al pie de las escaleras del templo.

—Quiero que registréis este lugar de punta a punta, casa por casa. Considerad toda la zona territorio hostil e informadme en cuanto encontréis algo.

—Capitán, ¿qué es lo que estamos buscando? ¿Víctimas o supervivientes? —le preguntó Venasus.

—Cualquier cosa fuera de lo normal. Puede que exista alguna pista de lo que están haciendo los eldars en este sistema planetario. Si es así, quiero que la encontréis.

Uriel señaló los impactos de los disparos sobre las paredes ennegrecidas del templo que estaba a su espalda.

—Aquí murieron muchos fieles al Emperador y quiero saber el motivo.

Uriel se quitó el casco, echó la cabeza hacia atrás y dejó que la lluvia le corriera por la cara. Escupió una bocanada de agua al suelo. Se echó hacia atrás el corto cabello negro mientras examinaba los restos astillados de las puertas del templo. Pasó una mano por encima de la madera quemada y de los agujeros de las armas de pequeño calibre.

Sacó su cuchillo de combate y metió la punta en uno de los pequeños agujeros, moviéndola arriba y abajo.

Algo cayó del agujero de la madera a la palma de su mano y se lo acercó a los ojos. Tenía la palma de la mano mojada por la lluvia, pero pudo distinguir perfectamente el largo fragmento de cristal de color violeta. Había decenas de ellos incrustados a lo largo de la pared y, por la forma en que estaban agrupados, Uriel estaba seguro de que procedían de una sola ráfaga de la misma arma.

En las reuniones tácticas a las que había asistido sobre los eldars le habían informado de que preferían un tipo de armamento que disparaba

andanadas de discos de metal de filo monomolecular tremendamente afilados. Pero existían otras clases de armas que pertenecían a una subsecta más siniestra que aquellos alienígenas y que disparaban precisamente esa clase de munición.

Algunos textos clasificaban a aquella subsecta como un grupo divergente de la raza eldar, pero para Uriel, todos eran lo mismo: viles alienígenas a los que era necesario eliminar con el fuego purificador de los bólters.

Echó a un lado las puertas y entró en el templo, esforzándose por contener la furia creciente que sentía al ver semejante profanación. El hedor a carne humana achicharrada se mantenía pegado a las maderas quemadas. Uriel se abrió camino hasta la parte frontal de la iglesia, donde una estatua ennegrecida del Divino Señor de la Humanidad se encontraba medio enterrada bajo un púlpito destrozado. Retiró la estatua de allí y, aunque era pesada, la sacó por completo de debajo de los escombros.

A través de la parte posterior abierta del templo vio la ladera embarrada de una colina con unas cuantas lápidas sencillas clavadas a golpes en el suelo. Salió del templo llevando la estatua consigo y se hundió hasta las pantorrillas en el barro.

Uriel se entristeció por la gran cantidad de tumbas. La gente que había encontrado a Gedrik y lo había cuidado debieron cavarlas para los habitantes de la Explanada de Morten.

—Pasanius —dijo Uriel por el canal de comunicación—. Estoy detrás del templo. Tráeme el cadáver del muchacho de la cañonera. Debemos enterrarlo con su gente.

—Recibido —contestó la voz del sargento veterano.

Uriel apoyó la estatua en el suelo y esperó la llegada de Pasanius en silencio bajo la lluvia.

El sargento Pasanius rodeó el templo lentamente llevando en brazos el cuerpo cubierto de vendajes de Gedrik, con la prenda verde típica de Caernus IV alrededor de la cintura y la espada reposando sobre su pecho. Una guardia de honor de los Ultramarines seguía al enorme sargento en su marcha hacia las tumbas.

Uriel hizo un gesto de asentimiento a su amigo y se giró hacia los guerreros que estaban a su espalda.

—Buscad una tumba que lleva el nombre de Maeren. Lo enterraremos con su mujer.

Los Ultramarines se desplegaron bajo la lluvia mirando atentamente cada una de las lápidas de madera. Tras unos cuantos minutos de búsqueda, encontraron las tumbas de la esposa y del hijo de Gedrik. La guardia de honor cavó en el suelo embarrado hasta que el cuerpo del joven quedó descansando en la tierra de su hogar.

Uriel atravesó el terreno lleno de tumbas hacia la parte de la ladera que ya comenzaba a ascender con la intención de colocar la estatua del Emperador en la tierra blanda para que protegiera al rebaño que ya había partido. Levantó la estatua bien alta por encima de su cabeza y la hundió en la tierra, donde se oyó un tañido apagado de piedra contra metal apagado por el barro.

Uriel sacó la estatua, la dejó a un lado, se puso de rodillas y escarbó en la tierra.

A medio metro más o menos de la superficie, el terreno cambiaba del barro húmedo y blando a una lámina de metal cuarteado y oxidado llena de agujeros.

—¡Sargento! —gritó—. Ven aquí y trae a la guardia contigo. Creo que hemos encontrado la Colina del Metal de la que hablaba el joven.

Media hora más tarde, los Ultramarines habían retirado el barro y dejado al descubierto una amplia superficie de la ladera. Uriel se quedó sorprendido por la magnitud de lo que habían encontrado debajo. Era un estrato de metal oxidado que recorría todo el subsuelo de la ladera, y sus profundidades translúcidas también estaban repletas de los mismos tentáculos marrones que infestaban la espada de Gedrik.

—¡Por la sangre de Guilliman! —exclamó Dardino cuando toda aquella parte de la colina quedó al descubierto—. ¿Qué es esto?

—No tengo ni idea —le contestó Uriel—. Pero sea lo que sea, es obvio que los eldars creyeron que merecía la pena morir por ello.

Uriel y Pasanius treparon por la ladera hacia una depresión triangular completamente lisa que se abría en el centro de la zona. El metal crujía bajo las botas de sus armaduras y cada paso iba acompañado de crujidos chirriantes. La corrosión estaba convergiendo hacia aquel punto central, y Uriel supo que en poco tiempo no quedaría nada de nada. Pasanius y él se agacharon al lado de la depresión en la superficie de metal.

El interior de aquel hueco estaba cubierto de enchufes y cables que desaparecían en las profundidades del metal.

El propósito exacto de aquel hueco era un misterio, pero obviamente había contenido algo con una forma aproximadamente cilíndrica que había sido robada. ¿Acaso aquello era el motivo de la muerte del metal? Una escritura antigua rodeaba el hueco, y Uriel repasó el trazo de las palabras alienígenas con un dedo.

—¿Puedes leerlo? —le preguntó Pasanius.

—No, y tampoco querría hacerlo. Estos símbolos son evidentemente de origen alienígena, y es mejor dejar sin descubrir su significado blasfemo, pero debemos anotarlos para que los vean aquellos cuya misión es investigar estos misterios.

Uriel se limpió la armadura de barro y de metal oxidado.

—Toma una muestra de esto y nos la llevaremos al Vae Victus con nosotros. Quizá los tecnomarines sean capaces de identificar esta sustancia y de descifrar la escritura.

Uriel tomó un puñado de barro y de metal en las manos y dejó que se fuera escurriendo lentamente entre los dedos.

—No me gusta nada esto, Pasanius. Cuando un xenos comienza a comportarse de un modo que no es el habitual en él, me preocupo.

—¿A qué te refieres? ¿De un modo que no es el suyo?

—Mira este lugar. Todo el mundo está en su tumba. Son unas doscientas personas, suficientes para poblar un asentamiento de este tamaño. ¿De acuerdo?

—¿De acuerdo?

—Y explorasteis de arriba abajo todos los edificios. ¿Se llevaron algo?

—Es difícil asegurarlo, pero creo que no. Parece que más bien lo arrasaron todo con lanzallamas en vez de saquearlo.

—Eso es exactamente a lo que me refiero. ¿Por qué no hicieron prisioneros y se los llevaron? ¿Has conocido algún caso de piratas eldars que dejaran pasar la oportunidad de llevarse a gente para torturarla o para esclavizarla? No. Esos alienígenas vinieron aquí por un solo motivo: llevarse lo que sea que estuviese incrustado en ese metal.

—¿Y qué crees que era? ¿Un arma de alguna clase? ¿Quizás algo que tiene un significado sagrado para ellos?

—Eso es lo que me preocupa, amigo mío. No lo sé, y ni siquiera puedo hacer una conjetura al respecto. Empiezo a pensar que quizá tengamos que enfrentarnos a algo más que a un simple caso de piratas alienígenas.

Regresaron al pie de la ladera y se dirigieron al centro del pueblo destruido. La lluvia caía ya como una cortina densa. Uriel la recibió con gusto y permitió que su roce frío y continuo lo purificara de la sensación maligna que había tenido durante todo el rato que había estado en la colina.

Tenía ante sí la pieza de un rompecabezas, pero no podía ni imaginarse su significado. Era evidente que los eldars habían tenido una buena razón para arriesgarse a sufrir una represalia imperial al atacar uno de los mundos del Emperador, y sabía que aquellos alienígenas jamás corrían un riesgo semejante sin un motivo importante.

Antes de que pudiera seguir reflexionando sobre ello fue interrumpido por un chasquido de estática del canal de comunicación con el Vae Victus, y Uriel pudo distinguir la voz cargada de ansiedad del gran almirante Tiberius.

—Capitán Ventris, regrese inmediatamente a la nave. Repito, regrese inmediatamente a la nave.

—Gran almirante, ¿qué sucede? ¿Ha ocurrido algo importante?

—Sí, así es. Acabo de recibir una comunicación donde se me informa de que varias naves de defensa planetaria se han topado con otra nave con una señal de motor anómala cerca del octavo planeta hace aproximadamente unas dos horas, y que dispararon contra ella.

—Es obvio que alguien ha hecho caso de nuestro aviso. ¿Han destruido la nave alienígena?

—No. Lo cierto es que no creo que ni siquiera le hayan dado, pero la han hecho huir en nuestra dirección. Capitán, estamos casi justo en su trayectoria de vuelo. La nave alienígena no puede saber que estamos aquí. Podemos prepararles nuestra propia emboscada a esos cabrones.

Uriel sonrió al sentir el ansia del almirante incluso a través de la comunicación cargada de estática del canal entre la nave y la superficie del planeta.

—¿Cuánto tardará en regresar, Uriel?

—Podemos despegar en menos de un minuto, gran almirante. Transmita los datos de los aparatos de exploración al sistema de registro aviónico de la Thunderhawk.

—Dése prisa, Uriel. Se mueven con rapidez y puede que no tengamos otra oportunidad como esta.

—Nos veremos dentro de poco. Ventris, corto y fuera.

Uriel se colocó de nuevo su casco y se encaró hacia sus guerreros.

—El enemigo al que hemos venido a combatir se acerca a nuestra posición. Tenemos la oportunidad de vengar a aquellos que murieron por su ataque traicionero. El honor exige que aceptemos este desafío.

Uriel desenfundó su espada de energía y lanzó un grito.

—¿Estáis preparados para el combate?

Los guerreros de la cuarta compañía rugieron su grito de afirmación como un solo hombre.

Ario Barzano se reclinó sobre su cama y bebió a sorbos su copa de uskavar mientras revisaba un montón de papeles que le había llevado a su habitación el sargento Learchus, que seguía con el ceño fruncido. Barzano había tenido que soportar el enfado del sargento cuando Jenna Sharben y él habían regresado a las estancias de palacio después de su paseo por los distritos de los manufactorums de la ciudad.

La pareja había pasado por unos cuantos tugurios y antros de bebida, pero no se habían enterado de mucho más aparte de los rumores sobre una manifestación masiva que al parecer se estaba planeando. La mayor parte de las conversaciones se habían concentrado en insultar a los gobernantes planetarios y a quejarse de la injusta situación de los trabajadores. Después de tres horas de investigación infructuosa, habían decidido dejarlo y regresar a palacio.

La situación en Pavonis era en bastantes sentidos mucho más seria de lo que él se había imaginado. Allí estaba en marcha algo mucho más complicado que unos simples ataques de piratas y algo de descontento civil.

Dejó a un lado los papeles y bajó las piernas al suelo. Se frotó el puente de la nariz y dejó escapar un profundo suspiro. Se puso en pie y se acercó a la mesa donde había desplegado un mapa del sistema estelar encima de los restos de su cena. Distinguió el persistente siseo chirriante de las plumas y los continuos rezos de los escribas de su equipo. Lortuen Perjed estaba con ellos, dirigiendo sus investigaciones y tamizando sus descubrimientos. Barzano notó cómo se le formaba una leve sonrisa al pensar en el anciano. Había sido un apoyo firme y seguro a lo largo de las semanas anteriores, y Barzano dudaba mucho de que hubiera sido capaz de llegar hasta allí sin su ayuda.

Volvió a concentrar su atención en el mapa y dejó la copa en una de las esquinas recurvadas de la mesa.

Una línea azul mostraba el rumbo del Vae Victus, y Barzano se preguntó si una sola nave sería suficiente. Dejó a un lado rápidamente aquella idea. Si no podían impedir que el Portador de la Oscuridad regresara, ni siquiera toda la flota de combate del Segmentum Ultima supondría diferencia alguna.

La perspectiva le deprimió un tanto y se sirvió otra copa.

—¿No deberías tener cuidado con eso? —le preguntó Lortuen Perjed apareciendo entre las sombras—. Es que es bastante fuerte.

—Lo sé, pero también es bastante bueno —le contestó Barzano mientras llenaba otra copa.

Perjed aceptó la bebida y se sentó en el borde de la cama. Tomó un sorbo y abrió los ojos de par en par.

—Sí que es bastante fuerte —confirmó, y tomó otro sorbo.

Barzano se dejó caer en la silla que estaba delante de la pantalla de la terminal de datos y levantó la copa de la mesa.

—Bueno, ¿y qué es lo que estás haciendo levantado a estas horas, Lortuen?

El viejo adepto se encogió de hombros.

—Tampoco es que haya mucho más por hacer en estos momentos.

—Es cierto —dijo Barzano mostrándose de acuerdo—. No me gusta jugar a una partida de paciencia.

—Solías disfrutar con esa clase de juegos. Esperabas hasta que la presa cometía un error y caía en tus manos.

—¿De veras? No me acuerdo.

—Sí, en los viejos tiempos solías ser un cazador bastante paciente.

—Los viejos tiempos —soltó Barzano con un bufido—. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Bueno, hace tan sólo unas cuantas décadas.

—Han cambiado muchas cosas desde entonces, Lortuen. Apenas soy el hombre que entonces era.

—Vaya, vaya, sí que estás tristón esta noche, Ario. ¿No fue San Josmane quien dijo que cualquier servicio al Emperador debía proporcionar alegría?

—Sí, pero te apuesto lo que quieras a que él no tuvo que hacer lo que nosotros nos hemos visto obligados a hacer.

—No —admitió Perjed—, pero él fue un mártir y logró que lo mataran, que el Emperador acoja su santa alma.

—También es verdad —contestó Barzano con una carcajada—. Sin embargo, ése es un tipo de destino que procuraré evitar, si puedo.

—Eso también va por mí —dijo Perjed mostrándose de acuerdo y alzando su copa.

Barzano se puso dos dedos en la sien y cerró los ojos con fuerza.

Alargó la mano a ciegas hacia la mesa y tomó un pequeño frasco lleno de cápsulas blancas.

—¿Los dolores de cabeza son muy fuertes?

Barzano se limitó a asentir y tragó dos de las cápsulas con un sorbo de uskavar. Meneó la cabeza y sacó la lengua al sentir su sabor tremendamente desagradable.

—Son peores que antes. Lo he sentido desde que aterrizamos, algo más vasto y viejo que el propio tiempo, y que me presiona por toda la cabeza.

—Entonces quizá deberías tener cuidado con el uskavar. No te servirá de mucha ayuda.

—Al contrario, mi viejo y querido amigo, es lo único que me ayuda. Cerrarme a todo en una nube de alcohol es uno de los pocos placeres que me quedan.

—No, el que está hablando no es el Ario Barzano al que llevo sirviendo desde hace treinta años.

—¿Y quién es ese? Porque yo ya no lo sé. ¿El adepto, el pandillero de colmena, el noble cortesano, el comerciante libre? ¿Quién es el Ario Barzano al que has servido durante esos treinta años?

—El servidor del Emperador que nunca jamás ha faltado a su deber. Puede que tú ya no recuerdes quién eres, pero yo sí, y me duele ver lo que te estás haciendo.

Barzano asintió y dejó el vaso en la mesa con un cuidado exagerado.

—Lo siento, amigo mío. Tienes razón, por supuesto. Cuanto antes terminemos aquí, mejor.

—No hace falta que te disculpes, Ario. He servido a muchos señores a lo largo de mi vida, y con casi todos fue más difícil trabajar que contigo. Pero cambiemos de tema. ¿Se han producido contactos con el Vae Victus y con el capitán Ventris?

—No desde que llegaron a Caernus IV.

—¿Esperas que sean capaces de detener a los eldars?

—Creo que si hay alguien que puede, es Uriel. No creo que sea un hombre que abandone con facilidad. ¿Sabes que era un protegido del

capitán Idaeus?

—Sí, recuerdo haberlo leído en el informe sobre Tracia. ¿Por eso le escogiste?

—En parte, pero también porque tiene algo que demostrar y es el tipo de persona que quiero a mi lado cuando todo desemboque en el enfrentamiento final.

—¿Y esperas que parte de la forma poco ortodoxa de pensar de Idaeus se le haya pegado a Uriel?

—¿Que si lo espero? —dijo Barzano riéndose—. Mi querido Lortuen. Cuento con ello.

Uriel observó las señales que mostraban la nave eldar que se acercaba y al Vae Victus en el panel de augurios de la Thunderhawk, así como las leves líneas verdes que conectaban sus vectores de aproximación. Si lo lograban iba a ser por los pelos: la nave alienígena se acercaba a gran velocidad, y ellos todavía tenían que llegar al Vae Victus para repostar. La cuestión era: ¿realmente les daría tiempo?

Señaló con un gesto el panel reluciente y se dirigió al piloto.

—¿Cuánto tardaremos en reunimos con el Victus?

El piloto comprobó el panel de augurios.

—Veintiséis minutos, capitán.

Veintiséis minutos. Había que añadir otros quince para repostar, ocho si lo hacían en caliente, con los motores todavía encendidos en la bodega de lanzamiento. El Codex Astartes prohibía de forma taxativa una práctica tan peligrosa, pero el tiempo era clave en aquella situación y no podía permitirse el lujo de perderlo. También era cierto que el Vae Victus tan sólo disponía de aquella Thunderhawk operativa, y que si estallaba en la bodega de lanzamiento…

—¿Podemos llegar hasta la nave eldar sin repostar?

—No, señor.

Uriel soltó una exclamación furibunda. Era bastante improbable que tuviesen una oportunidad mejor que aquélla para atrapar a los eldars, pero

estaban atados de pies y manos por las necesidades de la logística y de la distancia.

Si los eldars virasen hacia él…

—¡Rápido, ponme en comunicación con el gran almirante!

El copiloto abrió un canal de comunicación con el Vae Victus.

—Almirante, soy el capitán Ventris. No creo que tengamos tiempo de llegar hasta ustedes y repostar antes de que los eldars huyan más allá de nuestro alcance.

—¿De qué está hablando? —rugió la voz del gran almirante Tiberius desde su puente de mando—. Tiene que repostar, no dispondrá del combustible suficiente para llegar hasta los eldars si no lo hace.

—Lo sé, almirante, pero si regresamos al Vae Victus, perderemos la oportunidad de llevar la lucha hasta su propia nave. Puede recogernos cuando acabemos con ellos.

El canal de comunicación dejó escapar una serie de chasquidos por la estática mientras el almirante meditaba la propuesta de Uriel. El tono de voz de Tiberius mostró su cautela cuando por fin respondió.

—No creo que sea buena idea, capitán Ventris. Puede que tenga razón, pero va contra todo lo que establece el Codex Astartes en este tipo de operaciones navales.

—También lo sé, pero es nuestra mejor oportunidad de dañarlos seriamente. Si conseguimos alcanzar el puente de mando, podemos causarles alguna avería grave. Si puede enviarlos hacia nosotros con unas cuantas andanadas podremos maniobrar de un modo más efectivo para encontrar una posición de ruptura más apropiada.

—Muy bien, capitán Ventris, pero anotaré en mi cuaderno de bitácora que desapruebo por completo su flagrante caso omiso a las palabras del Bendito Primarca.

—Es su derecho y privilegio, almirante, pero podemos discutirlo más tarde. El enemigo se acerca.

El arconte Kesharq balanceó levemente su hacha, con la hoja pegajosa y manchada de sangre del oficial de cubierta responsable del mantenimiento de las pantallas holográficas. Apretó los dientes por la emoción. La incursión contra el último asentamiento indicado por el kyerzak había sido ridiculamente fácil. Los estúpidos mon-keigh se habían lanzado a sus pies pidiendo y esperando misericordia, sin darse cuenta de que él no tenía ninguna para darles. Les había arrancado las almas de sus cuerpos aullantes y les había robado lo que se habían llevado del asteroide.

Había sido mala suerte que algunas de las lentas y pesadas naves de los mon-keigh estuviesen tan cerca, pero Kesharq no se había sentido preocupado. No eran rivales para el Jinete de la Tormenta, y había ordenado con arrogancia que trazasen un rumbo justo por en medio de ellas, confiando plenamente en que sus pantallas holográficas confundirían los sistemas de puntería de sus primitivas armas. Y así había sido hasta que los daños sufridos durante su enfrentamiento con la nave de los Astartes habían provocado que las pantallas se apagasen. Sabía que podía quedarse y combatir. El Jinete de la Tormenta podía derrotar con facilidad a aquellas naves, pero en ese momento llevaban consigo la pieza final de la llave y eso merecía mucho más la pena que unos simples momentos de gloria vana. El tripulante responsable del fallo de las pantallas holográficas había sido ejecutado y su sustituto estaba trabajando para repararlas en ese preciso instante.

Al pensar en el premio que ya tenía casi al alcance de la mano, Kesharq se imaginó a Asdrúbal Vect, llorando y suplicando por su vida antes de que lo matase.

Podía sentir la venganza contra Vect en la sangre coagulada que le cubría los dientes, y sabía que era el momento más crítico y peligroso. El kyerzak intentaría robarle su premio, pero su cuerpo seguía con vida tan sólo porque Kesharq permitía que el Cirujano continuase practicando su arte sobre su carne. Kesharq sabía que eso no era una amenaza suficiente como para que no lo intentase. Ya se había enterado de que el

electrosacerdote del kyerzak, que iba a bordo de la nave, estaba intentando destilar un antídoto para la toxina que diariamente atacaba el cuerpo de su señor.

El arconte estaba seguro de que no lo lograría. Antes de caer en desgracia por estar relacionado con él, el Cirujano había sido conocido como uno de los mejores envenenadores de la cábala, y la simple amenaza de sus letales creaciones había sido la maldición de la mesa de cualquier arconte.

Miró por la pantalla de observación, calculando cuánto tardarían en llegar a Pavonis.

No mucho. No mucho más.

—Philotas, ¿la tienes? —susurró el gran almirante Tiberius, como si hablar más alto pudiese alertar de algún modo a la nave alienígena que se encontraba en el centro de la pantalla.

—Sí, gran almirante. Al parecer, la nave alienígena no tiene activados sus escudos de disrupción. Las baterías de los costados están estableciendo una solución de disparo en estos mismos momentos.

—Excelente.

Tiberius tamborileó con los dedos en el panel de madera de su púlpito y se mordisqueó el labio inferior. No le gustaba el modo de hacer la guerra de Uriel. A pesar de que tenía sentido, iba contra todo lo que había aprendido a lo largo de siglos de combate en el espacio. Todo lo que el Bendito Guilliman había dejado establecido en el libro sagrado, el Codex Astartes, indicaba que las naves debían marchar al combate con todos sus complementos de aeronaves propias y que no se podían efectuar acciones de abordaje sin que la nave nodriza hubiese inutilizado las baterías de fuego cercano.

No le gustaba, pero se daba cuenta de que Uriel tenía razón. Regresar al Vae Victus significaría que la mejor oportunidad que tendrían de destruir la nave alienígena se esfumaría. Lanzar un ataque contra el puente de mando de la nave enemiga era el sueño de toda partida de abordaje y, si se tenía éxito, significaba, habitualmente, la captura o la muerte del capitán enemigo.

No le gustaba, pero estaba dispuesto a hacerlo.

—Los comandantes de las baterías de costado informan de que ya tienen las soluciones de tiro. La nave objetivo ha entrado dentro del alcance de las armas.

Era poco probable que al disparar contra una nave desde aquella distancia se lograra infligir algún daño, pero no era ésa la intención. Si esperaban mucho tiempo más, era muy posible que la nave alienígena los detectara y huyera. Lo único que tenía que hacer era asustar al capitán enemigo para que escapara en dirección a la Thunderhawk de Uriel, que se aproximaba con las emisiones de sus motores ocultas por la cercanía de la atmósfera del planeta.

—A mi orden, que las baterías de costado abran fuego. Luego quiero que los motores den la vuelta completa marcha atrás y que se enciendan los motores de maniobra de estribor. Quiero que salga disparado por encima de la región polar y que se ponga en el camino del capitán Ventris.

—Sí, gran almirante.

Uriel miró a través del cristal de la cabina del piloto, pero no pudo ver mucho más aparte de los roces llameantes de la atmósfera del planeta contra el casco de la cañonera. La información que recibían del Vae Victus les proporcionaba la posición de la nave eldar, y si se acercara un poco más, la tendrían a su alcance.

El tecnomarine Harkus entonó el Canto de la Disolución en el tubo umbilical de desembarco de la Thunderhawk y en las cargas de demolición con las que se abrirían paso a través del casco de la nave enemiga. El capellán Clausel dirigió las plegarias de los Ultramarines y bendijo la pistola y la espada de cada uno de los guerreros. Uriel había ordenado que cada uno se armase con una espada sierra: estaba seguro de que el combate iba a ser feroz y cuerpo a cuerpo. Uriel se reunió con sus hombres y desenfundó su espada de energía antes de inclinarse para recibir la bendición del capellán.

—¡Temido arconte! ¡Detecto un aumento de energía a trescientos mil kilómetros justo delante de nosotros!

Kesharq se apresuró a acercarse al tripulante que había hablado y se quedó mirando horrorizado las señales que aparecían en la pantalla.

No había error alguno en la señal de energía que recibían. Una nave enemiga estaba aumentando el nivel de energía de sus armas y se preparaba para disparar.

—¡Todo a babor, pasa a corta distancia del planeta! ¡Hay que perderlos en la atmósfera!

—¡Baterías de costado, abran fuego! —ordenó Tiberius—. ¡Invertir marcha y virar a babor!

La enorme nave se estremeció cuando todas las armas del costado de babor abrieron fuego de forma simultánea y lanzaron una lluvia de proyectiles contra la nave eldar. Tiberius se agarró con fuerza al pasamanos del púlpito cuando la poderosa nave de guerra comenzó a virar para encararse hacia su enemigo y apuntarle con su cañón de bombardeo de proa.

Puede que no lo fueran a hacer con el libro en la mano, pero por el Emperador que lo iban a hacer con los cañones más grandes.

Cada una de las baterías del costado disparó varios proyectiles explosivos del tamaño de un edificio contra su objetivo. Sin embargo, a una distancia tan grande, la mayoría pasaron muy lejos de su blanco y estallaron a cientos de kilómetros del Jinete de la Tormenta. Algunos proyectiles explotaron más cerca, pero no causaron verdaderos daños aparte de acribillar el casco y la vela principal con pequeños fragmentos metálicos.

La nave eldar cambió de rumbo con agilidad. Su proa de aguja viró a babor y se inclinó profundamente hacia la atmósfera del planeta. El crucero de ataque disparó de nuevo, y una enorme explosión tuvo lugar por encima

de la posición de la nave pirata cuando el cañón de bombardeo de la nave de los marines espaciales se unió a las andanadas.

El Jinete de la Tormenta se convirtió en un dardo de obsidiana que atravesó la atmósfera de Caernus IV y se alejó rápidamente de las armas de su enemigo gracias a su tremenda maniobrabilidad y velocidad.

El Vae Victus intentó imitar el giro y seguir al Jinete de la Tormenta, pero no era tan ágil como su presa ni por asomo.

La nave eldar disminuyó su velocidad cuando comenzó a salir de la atmósfera de Caernus IV. En aquel momento, la nave estaba completamente ciega, ya que los sensores estaban realineándose después del llameante paso por la atmósfera superior.

Justo cuando el Jinete de la Tormenta salía de la atmósfera, una mancha azul borrosa apareció a toda velocidad y se colocó detrás de las grandes velas de la grácil nave. Los potentes cañones de la Thunderhawk trazaron varias líneas de agujeros en el casco posterior de la nave, destrozando y arrancando cuchillas alargadas y ganchos afilados.

Antes de que la nave eldar pudiera reaccionar, la cañonera se posó sobre su parte superior curvada. Unas taladradoras de anclaje aparecieron en la panza de la Thunderhawk y penetraron en el casco de hueso espectral uniendo con fuerza la pequeña aeronave a la nave pirata.

El tecnomarine Harkus activó el mecanismo de disparo del tubo umbilical de desembarco y gritó «¡Cuidado, explosión!» cuando hizo estallar las cargas de demolición que llevaba acopladas al extremo. Uriel pudo sentir la tremenda explosión incluso a través de las placas de blindaje del puente de la Thunderhawk. Giró la manilla de apertura y abrió de un tirón la compuerta circular que daba paso al tubo umbilical que les llevaría hasta la brecha en el casco de la nave enemiga.

En aquellos momentos, la velocidad era el factor esencial. Golpear con fuerza y golpear con rapidez.

—¡Ultramarines! ¡Seguidme! —aulló, y se dejó caer en el tubo umbilical.

Uriel aterrizó en una de las cubiertas de la nave alienígena y rodó hacia un lado justo antes de que el siguiente marine espacial cayera sobre el

mismo punto. Se puso en pie de un salto y desenfundó su pistola bólter y su espada en un único y fluido movimiento. Movió la pistola de un lado a otro de la estancia mientras exploraba el espacio que le rodeaba. Era un pequeño almacén de techo bajo y lleno de contenedores redondos.

Pulsó la runa de activación del pomo de su espada y el arma se puso en funcionamiento con un resplandor arcano justo cuando un par de guerreros protegidos por armaduras carmesíes se lanzaron hacia él a través de una puerta de forma oval. Sus armaduras tenían un aspecto pulido y brillante, y estaban adornadas con cuchillas relucientes. Iban armados con unos largos rifles acabados en unas bayonetas de filos aserrados.

—¡Valentía y honor! —gritó Uriel al mismo tiempo que se lanzaba contra los alienígenas.

Impactó con su espada de energía en la base del cuello del primer alienígena y lo partió desde la garganta hasta la entrepierna. El otro alienígena intentó atravesarlo con la bayoneta de su rifle, pero Uriel se metió dentro de su guardia y le clavó un codazo en la visera del casco, destrozando el visor y partiéndole el cuello.

Echó una breve mirada a su espalda y vio a los demás Ultramarines que iban apareciendo por la brecha en el casco. Allí estaba Pasanius, con la bocacha de su lanzallamas rematada por un pequeño fuego azul preparado para convertirse en un chorro capaz de incinerar a los enemigos del Emperador.

Uriel alzó su espada de energía y lanzó un grito.

—¡Al puente de mando!

Atravesó a la carrera el hueco de la puerta y se encontró en un largo y estrecho pasillo de paredes pulidas que se unían en un punto del techo para formar una bóveda.

Un olor extraño y realmente alienígena asaltó su sentido del olfato, pero no pudo identificarlo. Por delante de él se abrían dos pasillos cuyo final desaparecía de su vista.

Uriel escogió el pasillo izquierdo y se lanzó a la carga por allí.

—¡Pasanius, conmigo! ¡Dardino y Venasus por la derecha!

Uriel oyó el sonido de unas pisadas por delante de él y vio a varias docenas de guerreros preparados para cortarle el paso. Estaban armados con los mismos rifles con bayoneta y con unas cuantas armas de mayor tamaño y de aspecto más peligroso.

Pasanius alzó su lanzallamas y lanzó un grito de aviso.

—¡Al suelo!

Uriel se dejó caer y sintió el chorro de aire hipercalentado por el paso del promethium ardiendo a lo largo del pasillo. Los gritos de los alienígenas resonaron contra las paredes de aspecto vitreo cuando las llamas líquidas cocieron sus cuerpos dentro de las armaduras y les arrancaron la carne de los huesos.

Uriel se puso en pie y se lanzó de nuevo a la carga saltando por encima de los cuerpos todavía en llamas. Se plantó en mitad del grupo de eldars. Blandió su espada a izquierda y derecha, matando un alienígena con cada uno de los mandobles. Los Ultramarines soltaron un salvaje grito de batalla y se lanzaron en pos de su capitán dando tajos con sus espadas y matando a más alienígenas. Las hojas de filo de sierra chirriaban y atravesaban las placas flexibles de las armaduras y los miembros de los alienígenas con facilidad.

El capellán Clausel entonó aullante los Cánticos de Fe mientras golpeaba a sus enemigos con su letal crozius arcanum.

Uriel sintió el impacto de uno de los proyectiles enemigos disparados a quemarropa. Hizo caso omiso: su armadura ya se había encargado de absorber el golpe. Otro impacto melló su casco, y lanzó un gruñido de rabia a la vez que descabezaba a su oponente.

El último eldar murió. El pasillo había quedado convertido en un apestoso osario.

Ninguno de los Ultramarines había caído, aunque bastantes de ellos sangraban por pequeñas heridas. Pasanius lanzó unos cuantos chorros más hacia una curva que se abría un poco más adelante en el pasillo, lo que impidió cualquier posible contraataque.

Uriel abrió el canal de comunicaciones con las demás escuadras.

—Dardino, Venasus. Informen de la situación.

Venasus fue el primero en contestar. Su voz sonaba tranquila a pesar de los ruidos del tremendo combate que se estaba desarrollando a su alrededor.

—Hemos encontrado fuerte resistencia, capitán. Al parecer hemos topado con un punto de defensa importante. Dardino está intentando atacar por el flanco a los alienígenas. Calculo que tardaremos unos seis minutos en vencerles.

—¡Que sean cuatro! Cambio y fuera.

Unos cuantos disparos empezaron a acribillar la zona en la que estaban los Ultramarines, rebotaron en las paredes y llenaron el aire con los fragmentos sibilantes. Eran el mismo tipo de fragmentos que Uriel había encontrado en la pared de la iglesia de Caernus IV.

Uriel vio a Pasanius tirado en el suelo con un agujero negro y humeante en la hombrera de la armadura. El capitán oyó la voz del sargento lanzando insultos y maldiciones por el canal de comunicación mientras el tremendo hombretón se arrastraba alejándose de la curva del pasillo sin dejar de mantener empuñado el lanzallamas. Uriel distinguió el sonido de más pisadas de alienígenas que se acercaban para interceptarlos y sacó un par de granadas de fragmentación de su cinturón.

La intensidad del fuego iba aumentando y Uriel supo que tenían que avanzar si no querían que el ataque quedara detenido incluso antes de comenzar verdaderamente.

Se asomó por la esquina y disparó dos veces con su pistola bólter. El fuerte chasquido de la munición bólter resonó tranquilizadoramente comparado con el siseo de las armas alienígenas. Un par de eldars cayeron al suelo con los pechos abiertos por los grandes proyectiles explosivos, y Uriel aprovechó para arrojar las dos granadas por el pasillo. Disparó otras dos veces antes de ponerse de nuevo a cubierto momentos antes de que las granadas estallasen y lanzasen al aire varios cuerpos destrozados.

Uriel se puso en pie de un salto y ayudó a Pasanius a ponerse en pie también.

—¿Estás preparado para esto, viejo amigo?

—Más que nunca, capitán —le aseguró Pasanius levantando el lanzallamas.

Uriel asintió y dobló la esquina del pasillo empuñando la pistola bólter por delante de él.

—¡Por el Emperador!

Los Ultramarines siguieron a Uriel en su carrera hacia una puerta de color carmesí que estaba tallada con intrincados dibujos de espadas y pinchos recurvados. Incluso desde donde se encontraba vio que estaba bien blindada.

Unos pasillos perpendiculares se cruzaban con el que ellos estaban recorriendo, y Uriel pudo distinguir el sonido de los combates que estaban teniendo lugar en otros lugares de la nave. Unas figuras con armaduras rojas aparecieron brevemente a la carrera por los pasillos paralelos, y Uriel gritó para advertir a sus hombres que estuvieran atentos a la retaguardia. Con tantos pasillos entrecruzados, existían bastantes probabilidades de que los atacaran por los flancos y los rodearan.

Se lanzó contra la puerta y la hizo saltar de sus goznes.

Uriel pasó a la carga por el umbral, y los Ultramarines, deseosos de más combates, lo siguieron de cerca. Entraron en una vasta estancia con una cúpula de techo alto, y Uriel sonrió con ferocidad cuando se dio cuenta de que debía tratarse, por fin, del puente de mando. Una pantalla muy adornada dominaba la pared más alejada, con unas puertas semejantes a las de los hangares a cada lado. Había una hilera de mesas de hierro con unas cinchas de sujeción de cuero negro junto a unas estanterías móviles repletas de armas de múltiples filos de aspecto terrible.

En el centro de la estancia, sobre un podio de mando elevado, se encontraba un alienígena delgado y de elevada estatura que llevaba puesta una armadura muy elaborada, parecida a la de sus guerreros, aunque de un color verde jade muy intenso. No llevaba puesto el casco, y su cabello blanco con mechas de color violeta le caía por debajo de los hombros como una cascada de nieve. Su piel era una máscara sin vida, carente de expresión, y de las comisuras de los labios le caía una leve línea de sangre. Estaba armado con una gigantesca hacha de guerra con el filo manchado de rojo.

Docenas de alienígenas llenaban la estancia. Eran guerreros equipados con armaduras de aspecto pesado y empuñaban unas armas largas parecidas a alabardas que parecían palpitar con una energía antinatural.

El lugar apestaba a muerte y a terror. Uriel se preguntó cuántas almas habrían acabado sus existencias en aquel sitio desolado.

No tuvo tiempo de pensar en aquella cuestión, ya que las grandes puertas que había a ambos lados de la pantalla se abrieron de repente. Una horda de guerreros casi desnudos, tanto varones como hembras, montados sobre unos extraños aparatos antigravitatorios y armados con largos cuchillos, surgió de ellos en tropel.

Los disparos de bólter hicieron caer a media docena de ellos, pero los demás llegaron hasta los Ultramarines un instante después, dando tajos y matando con sus armas. Uriel vio morir al hermano Gaius, partido literalmente por la mitad por el ala afilada de uno de los aparatos voladores. Su asesino efectuó un giro mientras el cuerpo de Gaius caía partido en dos pedazos en medio de una lluvia de sangre y órganos internos.

Uriel le metió un proyectil bólter en la cabeza al ululante alienígena y vio con ceñuda satisfacción cómo su cuerpo fláccido se desplomaba. Los aullantes artefactos gravitatorios ascendieron por el aire preparándose para efectuar otra pasada.

Nuevos proyectiles bólters los acribillaron cuando las escuadras de Dardino y de Venasus llegaron al puente de mando. Uriel mató de un único tiro a otro atacante volador mientras Venasus se acercaba para ponerse a su lado. El sargento tenía la armadura cubierta de sangre alienígena.

—Debo pedirle disculpas, capitán. Hemos tardado cinco minutos.

Uriel sonrió con ferocidad bajo su casco.

—Sé que lo hará mejor la próxima vez, sargento.

Un aparato gravitatorio estalló cuando el lanzallamas de Pasanius arrojó un feroz chorro de fuego líquido contra su jinete, y unos cuantos disparos más resonaron por toda la cúpula. El comunicador del casco de Uriel chasqueó cuando el piloto de la Thunderhawk abrió su línea personal.

—Capitán Ventris, tenemos que retirarnos pronto. La nave alienígena está aumentando la velocidad y no podremos mantener enganchado el tubo

umbilical durante mucho tiempo más. Sugiero que comiencen a retroceder antes de que me vea obligado a soltar los mecanismos de anclaje.

Uriel soltó una maldición. No tuvo tiempo de contestar al mensaje del piloto ya que tuvo que enfrentarse a uno de los guerreros voladores vestidos de cuero. Lo hizo caer de su artefacto y le atravesó el cuerpo con la espada a la altura del estómago. Vio al guerrero albino de armadura de jade abrirse paso hacia él y sacó de un tirón su espada del cadáver enemigo.

Una masa informe se movía a los pies de su oponente, pero Uriel no pudo distinguir exactamente lo que era debido a la penumbra. Un trío de guerreros voladores se abalanzaron sobre Uriel. Derribó a dos de ellos con unos cuantos disparos bólter bien colocados y decapitó al tercero. El guerrero de jade abatió a dos de sus hermanos de batalla Ultramarines con una facilidad desdeñosa cuando intentaron cortarle el paso.

Uriel les gritó a los suyos que se quedaran quietos.

—¡Este es mío!

Por los iconos que aparecían en el interior de su casco supo que siete de sus hombres habían muerto. Sus identificadores rúnicos eran de un frío color negro. Estaba jadeando, pero su resistencia y su fuerza no habían disminuido en lo más mínimo.

Se abrió un espacio alrededor de los dos guerreros mientras el combate encarnizado continuaba por todo el puente de mando. Los cuerpos sin forma precisa que se movían a los lados de las piernas del alienígena se hicieron más visibles, y Uriel quedó horrorizado al distinguir con claridad la masa palpitante de criaturas que siseaban y bufaban escupiendo al lado de su amo. Era una aglomeración horrorosa, repulsiva y digna de piedad, un conjunto de carne deformada y palpitante cosida con las formas más variadas, pero todas siseaban con la misma malevolencia enloquecida, dejando al descubierto unos colmillos amarillentos y entrechocando sus garras aserradas.

Uriel apuntó la espada al pecho del jefe alienígena.

—Soy Uriel Ventris de los Ultramarines, y he venido a matarte.

El jefe alienígena inclinó la cabeza hacia un lado antes de hablar. Lo hizo con un tono de voz áspero: no estaba acostumbrado a formar palabras

humanas en su boca.

—No eres más que un mon-keigh, un animal, y echaré tus restos a mis excrentes para que se alimenten.

Uriel colocó de nuevo su espada en posición de guardia cuando la masa de criaturas asquerosas cargó contra él. Sus aullidos eran a la vez terroríficos y patéticos. Le lanzó un tajo a la primera bestia y un chorro de pus apestoso salió a borbotones cuando la hoja atravesó con facilidad su carne. Abatió a otro, pero eran demasiados para lograr matarlos a todos.

Unos colmillos se clavaron en su pantorrilla, y Uriel dejó escapar un gruñido cuando sintió un fuerte dolor provocado por el veneno que había entrado en su corriente sanguínea. Volteó su espada cortando el apéndice con los colmillos que salía de la masa de carne, y quedó cubierto de fluidos internos.

Kesharq avanzó hacia él y blandió su hacha en un tajo demoledor. La ancha hoja golpeó a Uriel en pleno pecho.

Uriel había visto venir el golpe y se había echado hacia atrás robando buena parte de su potencia al golpe. Rodó y lanzó un tajo a lo loco, aunque se vio recompensado por el terrible chillido de otro excrente. Siguió rodando y el hacha de Kesharq se hundió en el suelo del puente de mando.

Se puso en pie de un salto y detuvo otro golpe del hacha con su espada. El impacto hizo estremecer el arma de Uriel, pero éste se dio cuenta de que había muy poca fuerza en el golpe. El alienígena confiaba sobre todo en el peso del hacha para lanzar los golpes. Agarró con la mano el astil de ónice del arma y se abalanzó contra el delgado alienígena.

El guerrero eldar esquivó la carga de hombro de Uriel y se colocó a un lado del marine espacial desde donde le incrustó el arma en el hombro.

La hoja cortó un gran trozo de la armadura de Uriel en un arco ascendente que rebanó el borde de su casco. Uriel trastabilló, levemente aturdido por el impacto, pero alzó su espada justo a tiempo para detener un golpe de revés rapidísimo destinado a cortarle la cabeza.

Otro de los excrentes cerró su mandíbula alrededor de la pierna de Uriel. Dio un pisotón con la bota de la armadura sobre su cabeza y le aplastó el cráneo convirtiéndolo en una pulpa sanguinolenta de huesos y

cerebro. Unas lenguas de fuego pasaron cerca de él. El olor a carne achicharrada llenó el aire cuando Pasanius dirigió su arma a las terroríficas criaturas que prorrumpieron en agudos aullidos. El icono del piloto comenzó a parpadear con rapidez en el visor de su casco.

Kesharq volteó su hacha en una serie de giros y letales vaivenes. La hoja del arma trazó en el aire una trama reluciente y plateada. Avanzó lentamente hacia Uriel con su rostro muerto completamente inmóvil y carente de expresión.

—Me equivoqué al pensar que eras una carne que mereciera la pena —le dijo Kesharq con su voz rasposa—. El kyerzak fue un idiota por temerte.

Uriel realizó una finta con la espada y luego invirtió la dirección del tajo de su arma, pero Kesharq se había anticipado al golpe y lo detuvo con el astil de su arma. Cambió la dirección del impulso de la hoja del hacha y la estrelló contra el costado de Uriel, logrando que penetrara profundamente. Un tremendo dolor se apoderó de su cuerpo y sintió cómo la sangre comenzaba a salir a chorros de su cuerpo.

Una espumilla sangrienta comenzó a formarse en la comisura de los labios de Kesharq. Uriel lanzó un rugido, dejó caer la espada y agarró con fuerza el arma que estaba enterrada en su costado mientras Kesharq intentaba sacarla.

El marine espacial desenfundó la pistola bólter que llevaba en la cadera y apuntó con ella a la cabeza de Kesharq.

El alienígena se movió con velocidad sobrenatural, pero ni siquiera así fue lo bastante rápido para esquivar por completo la bala.

El proyectil entró por la mandíbula de Kesharq arrancando un gran trozo de carne pálida de su cráneo, pero la distancia había sido demasiado corta y la punta explosiva de la bala no tuvo tiempo de armarse, por lo que estalló después de salir por el otro lado de la cabeza del alienígena.

El arconte aulló de dolor y cayó hacia atrás soltando el astil de su arma. Uriel cayó de rodillas mientras Kesharq trastabillaba en dirección a sus guerreros.

Uriel sintió que alguien lo agarraba por las hombreras. Alzó débilmente su pistola, pero la bajó cuando vio que se trataba de Pasanius. El enorme

sargento agarró el arma alienígena hundida en el costado y la sacó de un tirón, provocando una cascada de sangre, antes de poner en pie a su capitán.

—¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo! —le siseó Uriel.

Pasanius asintió y comenzó a dar órdenes a su escuadra. Uriel se agachó para recoger la espada de Idaeus y se reunió con el resto de sus guerreros mientras comenzaban a retirarse hacia la Thunderhawk. Se llevaron con ellos los cuerpos de los caídos.

Uriel sabía que no debían dejar los cadáveres de sus muertos caídos con honra en aquel lugar blasfemo. El apotecario Selenus retiraría las glándulas progenoides que permitirían que su preciosa semilla genética regresara al Capítulo.

De todas maneras, ninguno de los guerreros enemigos parecía dispuesto a seguirlos, y Uriel atisbó por un breve instante al jefe enemigo mirándolo con un odio feroz reflejado de forma evidente en sus ojos.

Los Ultramarines retrocedieron en orden hasta la Thunderhawk, que se separó del casco de la nave alienígena. El piloto hizo virar con habilidad la cañonera sobre el eje del aparato enemigo y puso al máximo los cohetes impulsores hasta que se quedaron sin combustible en los depósitos. La nave eldar se desvaneció con rapidez en la oscura lejanía gracias a unos motores que la alejaron velozmente del combate.

La cañonera flotó a la deriva en el espacio durante una hora antes de que la Vae Victus la recuperara.

Para entonces, Selenus había atendido a los heridos y el capellán Clausel había recitado la Letanía de los Caídos sobre los cuerpos de los muertos.

El Vae Victus detectó el rastro dejado por los motores de la nave eldar. Aunque era veloz, el crucero de ataque de los marines espaciales no podía competir con el ritmo de avance del aparato alienígena. Sin embargo, cuando los servidores cartográficos trazaron su rumbo, todos se dieron cuenta de que no haría falta lanzarse en su persecución.

La nave alienígena se dirigía en línea recta hacia Pavonis.



DIEZ

El artillero Harlen Morgan recorrió con la mano el costado del enorme tanque de sesenta toneladas y sonrió al imaginarse a sí mismo algún día a la cabeza de una columna blindada compuesta por poderosas máquinas de guerra como aquella. El tanque era un Leman Russ modelo Conqueror, aunque admitía a regañadientes que el blindaje y las especificaciones técnicas de aquel modelo, fabricado en el planeta, eran inferiores al modelo original Conqueror producido en el mundo forja de Gryphonne IV.

Su comandante, el mayor Webb, estaba echado sobre la cúpula superior del tanque fumándose un puro apestoso mientras el cargador de las armas, Mappin, estaba preparando una jarra de cafeína para toda la tripulación. El conductor, Park, estaba tumbado y medio escondido por la oruga mientras intentaba arreglar un conducto de combustible que tenía una pérdida.

La luz del sol entraba parcheada a través de la tela de la red de camuflaje que los cubría y, a pesar de la altitud a la que estaban en aquellas montañas, el aire todavía era tibio. Le entregó un paquete de raciones al mayor, que asintió con un gesto de agradecimiento antes de abrir la tapa de hoja metalizada y poner cara de desagrado por el contenido.

Morgan se sentó con las piernas cruzadas y se recostó contra el talud de tierra en el que estaba oculto el tanque. Dejó caer otro par de paquetes de raciones al lado de Mappin y de Park.

—Te has tomado tu tiempo —se quejó Mappin.

—La próxima vez puedes ir tú a por la comida —le replicó ante de ponerse a comer.

La comida consistía en un trozo de pan, algo de queso y un pedazo de producto cárnico de aspecto ambiguo. Morgan lo olisqueó pero siguió sin tener claro qué clase de carne era.

Los otros comenzaron a comer justo antes de que el soldado Park saliera por fin de debajo del tanque y tomara su propio paquete de raciones. Se lo quedó mirando con ojos llenos de sospecha y lo tiró a un lado.

—¡Por todo lo que es sagrado! Me alegraré de ponerme en marcha y conseguir comida de verdad para mi estómago —gruñó Park a la vez que destapaba una petaca algo estropeada que sacó del interior de su mono de trabajo lleno de manchas.

—¿No paras nunca de quejarte? —le preguntó Mappin entre dos bocados de pan con trozos pegajosos de carne marrón.

Park echó un trago de la petaca y se la ofreció a Mappin, quien hizo un gesto negativo con la cabeza pero que cogió la ración desechada por Park.

—No. Y tú, ¿alguna vez dejas de comer, gordo cabrón? —le respondió Park—. Este uskavar es lo único que necesito para mantenerme en pie todo el día.

—Sí, lo sabemos —comentó Morgan entre risas—. Ya te hemos visto conducir.

El soldado Park le contestó con un gesto obsceno hecho con los dos brazos.

—Que te den, tío. De todas maneras, la comida es para las nenas.

Morgan se aisló de las pullas que intercambiaban sus compañeros de tripulación. Ya era un ritual familiar a la hora de las comidas. Concentró su atención en el resto del complejo de fortificaciones ocultas en las colinas Owsen. Desde donde él se encontraba, el camuflaje que escondía a los tanques parecía poco útil y mal colocado, pero supuso que visto desde el aire o desde las llanuras polvorientas debía de ser bastante eficaz. Bueno, nadie los había descubierto hasta aquel momento; eso era un hecho.

El talud donde se encontraba su tanque daba a la residencia campestre de su heroico líder situada más abajo. Se trataba de una serie de edificaciones con fachadas de mármol que representaban una riqueza mayor de la que él era capaz de imaginarse. Unas cuantas manadas de ciervos recorrían con completa libertad el terreno, y parecía haber bastante movimiento aprovechando la cobertura de la oscuridad de la noche. Había tomado prestados los prismáticos de luz infrarroja de Park y observado enormes grupos de soldados dispersarse por todo el terreno.

No le había mencionado nada de aquello al mayor por pura sensatez.

Las tropas equipadas con lanzacohetes de hombro y ametralladoras montadas en bípode estaban situadas en el perímetro oriental del complejo de fortificaciones, preparados para defenderlos de cualquier ataque, aunque el mayor les había asegurado que era bastante improbable que nadie les atacara.

Sin embargo, todos se habían llevado un buen susto cuando la cañonera de color azul había pasado rugiendo a poca altura por encima de ellos la semana anterior. Todo el mundo había echado a correr de un lado para otro como niños aterrorizados, y había sido un toque de atención para que estuvieran atentos y vigilantes en todo momento.

Grupos de soldados vagabundeaban por la meseta bajo las redes de camuflaje: artilleros, cargadores, conductores y mecánicos, todos los hombres necesarios para mantener una fuerza como aquélla preparada para entrar en combate. Morgan no sabía cuándo llegaría ese momento, pero el mayor le había asegurado que sería en poco tiempo.

Lo que Morgan sí sabía era que en la meseta y por las laderas de la montaña había escondidos trescientos veintisiete vehículos blindados. Basilisks, Griffons, Leman Russ, Hellhounds y otros diversos tipos. Los había contado una vez, cuando él y el resto de la tripulación habían efectuado un servicio de patrulla. El número y los tipos de vehículos sonaban impresionantes, pero Morgan había estudiado lo suficiente sobre tanques y demás blindados para saber que eran copias de peor calidad que los fabricados en los mundos forja del Imperio.

Sin embargo, eso no importaba.

Unidos eran más fuertes que el adamantio. La fe en la justicia de su causa sería su mejor blindaje, y la confianza en su destino sería su arma más poderosa.

Morgan sonrió al recordar las palabras del coronel Pontelus de la Fuerza de Defensa de Pavonis (Puerta Brandon) que era lo que les había llevado hasta allí. El coronel había hablado de forma apasionada sobre la traición de la corporación Shonai, de cómo sus miembros se habían aliado con gente de calaña similar de otras corporaciones para arrebatarles hasta la última moneda y el último retazo de dignidad a los trabajadores. Su impuesto de diezmo no era más que un intento de llenarse los bolsillos antes de que la retiraran del cargo.

Morgan no había estado muy seguro de creerse todo aquello al principio, sobre todo porque había visto la insignia de la corporación Taloun en la chaqueta del uniforme de su comandante. Sabía que los Shonai y los

Taloun eran enemigos políticos, pero las palabras de Pontelus le habían tocado una libra sensible al joven oficial tanquista. Juntos combatirían para lograr librarse de aquel régimen opresivo de los Shonai.

Sabía que la libertad tenía un precio que debía pagarse y que ese precio era la sangre de los patriotas. Él era un patriota y estaba más que dispuesto a alzarse y a que contaran con él. Los Shonai estaban arrastrando a Pavonis a la perdición, y la política de la gobernadora se había convertido en algo inaceptable.

El gobierno sin la libertad era una tiranía con otro nombre, y a lo que no estaba dispuesto era a vivir ni un solo día más bajo el yugo de la gobernadora.

Los hijos de Pavonis ya no se verían obligados a trabajar más como esclavos en los sofocantes manufactorums de las corporaciones corruptas. Los pensadores progresistas como los Taloun y los De Valtos sabían que los hombres de valor y honor tenían que alzarse por lo que creían, y Morgan sintió que se le henchía el corazón.

Sabía que él era de ese tipo de hombre.



ONCE

El sol se alzó más todavía por encima de Puerta Brandon asfixiando las calles con su calor agobiante. A pesar de que el año ya estaba avanzado, la temperatura seguía siendo elevada y la ciudad se sofocaba bajo el aplastante peso del calor fuera de temporada. Las gigantescas torres de refrigeración de los manufactorums no estaban rodeadas por sus halos gaseosos habituales y la maquinaria martilleante permanecía parada en los talleres.

Un animado sentido de responsabilidad inundaba la ciudad mientras miles de personas llenaban las calles de los distritos de los manufactorums exteriores y convergían lentamente hacia los muros blancos del corazón financiero y administrativo de la ciudad.

Unas enormes columnas de hombres, mujeres y niños estaban preparadas para comenzar la marcha general. Casi todos los manufactorums y los negocios locales habían cerrado, bien fuera por propia voluntad o simplemente porque sus trabajadores estaban de camino hacia la plaza de la Liberación. Los sistemas de transporte habían quedado cortados y las únicas rutas de comunicación que seguían funcionando eran las que llevaban a más trabajadores desde las zonas exteriores hasta el lugar de la manifestación.

Algunos de los organizadores de la manifestación se habían sentido temerosos de que la llegada de los marines espaciales disuadiera a la gente de que asistiera, pero parecía haber ocurrido todo lo contrario. La multitud mostraba una actitud festiva. Las familias caminaban cogidas de la mano, y unos cuantos músicos repartidos entre la creciente multitud tocaban canciones patrióticas para animar a la gente. Diversas banderas y estandartes de colores llamativos ondeaban bajo la ligera brisa, mostrando los dibujos heráldicos de las diferentes ramas del Colectivo de Trabajadores y proclamas pidiendo la unidad.

Aquí y allí, unos cuantos autoproclamados directores de la marcha repartían pancartas con reivindicaciones y ayudaban a dirigir el movimiento de la multitud. Decenas de miles de personas abarrotaban las calles formando una marea humana que se movía lenta pero incesantemente, un gentío unido por una misma causa.

Los miembros del personal de seguridad con las insignias de las diferentes corporaciones se alineaban delante de las fachadas de los

edificios propiedad de sus jefes, pero no hacían absolutamente nada para interferir en el avance de la manifestación. Como era previsible, no había nadie de la corporación Shonai en las calles. De vez en cuando, algunos miembros sonrientes de la multitud se acercaban a ellos e intentaban convencerlos de que se unieran a la manifestación. A veces lo hacían, a veces no, pero no se veía ninguna clase de hostilidad entre ambos lados.

Cuando el gentío de la marcha fue aumentando, los organizadores de la manifestación se dieron cuenta de que aquello había tomado una dimensión completamente nueva. Había pasado de ser una muestra de unidad a una situación tremendamente peligrosa. Semejante masa de gente en las calles de la ciudad, a pesar de su naturaleza pacífica, convertía los hechos que pudieran ocurrir en algo muy parecido a lo que se podía considerar una rebelión abierta. Tan sólo haría falta la más mínima provocación para que los agentes planetarios la consideraran de ese modo y utilizaran toda su fuerza letal para disolverla.

Ya habían demostrado que estaban dispuestos a tomar medidas semejantes. La recién santificada Sala de los Mártires lucía los nombres de aquellos que lo habían constatado por las malas, y los organizadores de la marcha no dejaban de lanzar miradas nerviosas en busca de las amenazadoras siluetas negras con armadura de los Adeptus Arbites.

Sin embargo, todavía no había señal alguna de ellos, ya que estaban encerrados dentro de su cuartel, desplegados alrededor de las puertas de hierro forjado del palacio de la gobernadora y en las calles adyacentes a la plaza de la Liberación.

La manifestación cobró velocidad a medida que las calles se iban ensanchando al acercarse a los muros interiores de mármol y convergían hacia el centro de la ciudad desde los cuatro puntos cardinales. Las amplias puertas donde se cobraba el peaje estaban abiertas de par en par: los encargados de cobrarlo no estaban dispuestos a enfrentarse a aquella manifestación titánica.

Racimos de ciudadanos normales de Puerta Brandon seguían a los trabajadores, algunos en grupos organizados, otros, simplemente individuos que deseaban mostrar su apoyo. Operarios con casco, trabajadores con

monos de faena manchados y otros vestidos con ropas de calle se entremezclaban con la gente tocada con sombreros de tres picos y trajes excelentes que costaban más de lo que ganaba un operario en todo un año.

La manifestación atravesó las puertas de la ciudad, reduciendo su marcha mientras la riada de gente se canalizaba por aquellas entradas y por las avenidas bordeadas de árboles. Todas las caras reflejaban un sentimiento de orgullo además de una determinación apasionada, decididos a que sus voces fueran escuchadas por fin. Había poca ira, ya que los miembros más beligerantes habían sido calmados por los jefes organizadores de cada grupo.

En general, la manifestación del Colectivo de Trabajadores había comenzado con buen pie.

La gobernadora Shonai observó la ingente muchedumbre mientras avanzaban por las calles adoquinadas de la capital. Sintió un estremecimiento de aprensión y se abrazó con fuerza a sí misma. Había intentado calcular el número de personas que asistían a la manifestación, pero ya hacía bastante tiempo que había dejado de intentarlo. La cola de gente que estaba entrando en la ciudad era interminable. Ya había miles de personas en el parque Bellahon, en la parte interna de los muros, aplastando delicadas plantas cultivadas con dedicación y entrando en el lago de aguas poco profundas donde los biólogos de palacio criaban y estudiaban especies raras y casi desconocidas de peces.

Todas las predicciones respecto a la manifestación habían coincidido: no tendría lugar. No había ningún poder organizador detrás de la gente. Cada una de las ramas del Colectivo de Trabajadores estaba demasiado ocupada luchando con las demás como para organizar nada, y mucho menos una manifestación de aquel calibre.

Bueno, pues a ella, aquello le parecía toda una manifestación. Miró a las miles de personas que estaban entrando en la ciudad y se juró que no haría caso nunca más de las predicciones de sus analistas.

Se preguntó si aquello sería el final. ¿Habrían decidido las masas de gente simplemente que ya estaba bien? No. Decidió que si algo la retiraría de su cargo sería un voto o una bala.

Aquello no era más que otra anotación en la lista de sucesos que tendría que soportar.

Su encuentro con Barzano le había dado alguna esperanza de que podría permanecer en el cargo el resto del tiempo que le quedaba con algo de dignidad y quizá preparar su sucesión con un poco de paz, pero parecía que incluso aquello le iba a ser negado.

No había visto al representante del Administratum desde que éste llegó acompañado por los Ultramarines, aunque el palacio había sido puesto patas arriba por el sargento Learchus cuando Barzano había desaparecido. Luego se enteraron de que él y su enlace con los Adeptus Arbites habían salido a dar una vuelta por los distritos de los manufactorums, pero a Shonai no se le había ocurrido ningún motivo por el que tuviera que hacerlo. Allí no había nada más que baruchos de trabajadores y habitáculos ennegrecidos por el humo. No podía imaginarse a un adepto resolviendo algún asunto en un lugar como aquel.

Shonai se preguntó si el adepto había tenido algún contacto con el capitán Ventris desde que se había enterado de que los piratas eldars habían atacado otro asentamiento, en esa ocasión una excavación arqueológica. Al parecer, las naves de defensa planetaria habían disparado contra la nave alienígena, y tres capitanes al menos proclamaban que le habían acertado. Ella sabía que aquello era poco probable, pero como mínimo era una prueba concreta de que su administración había comenzado una política más activa en su lucha contra los piratas.

El plan para lograr el apoyo de Kasimir de Vahos en su agresiva política contra los eldars y así separarlo de Taloun se había quedado en nada. Su enviado a De Valtos había regresado con una contestación amable de agradecimiento de su rival, pero nada concreto en materia de ayuda.

Después de lo ocurrido en la Cámara del Justo Comercio, no se sintió sorprendida por ello.

Para acabar de arreglarlo todo, su reunión diaria de aquella misma mañana incluía un informe de los Adeptus Arbites que la había hecho bufar de frustración.

Beauchamp Abrogas había sido detenido la noche anterior cuando corría medio desnudo por el extremo más infecto del distrito nororiental de los manufactorums. Estaba gritando de forma incoherente y empuñaba una pistola cargada que disparaba de vez en cuando contra los demás transeúntes. Al parecer, había herido a siete personas, y cuando los Adeptus Arbites lo detuvieron por fin, descubrieron que estaba hasta las cejas de opiatix, un poderoso narcótico muy adictivo que estaba estrictamente prohibido.

Beauchamp estaba en aquellos momentos encerrado en una de las celdas de los sótanos del cuartel de los Arbites, y permanecería allí hasta que su familia lo arreglara todo para liberarlo. Shonai supuso que lo dejarían pasándolo mal en la celda unos cuantos días antes de ir a sacarlo.

Alguien llamó educadamente a la puerta.

Alzó la voz para dar permiso para entrar. Levantó la mirada y vio que se trataba de Almerz Chanda, que llevaba las manos cruzadas a la espalda. Ella volvió a concentrar su atención en la escena que se estaba desarrollando a sus pies. La multitud seguía entrando en la ciudad.

—Son muchos, Almerz —susurró Shonai.

—Sí —contestó Chanda mostrándose de acuerdo.

—No quiero que haya ninguna clase de problema hoy, ¿entendido? Sólo haría falta la más mínima provocación para que esta multitud se convirtiese en un gentío descontrolado capaz de destrozar la ciudad.

—Me han asegurado que los agentes se mantendrán a distancia, señora.

—Bien.

—Después de lo que ocurrió la semana pasada, estoy seguro de que se habrán dado cuenta y que serán conscientes de la naturaleza sensible de un día como este.

La gobernadora Shonai se limitó a asentir mientras seguía observando cómo la plaza que se encontraba delante de las puertas del palacio se iba llenando.

Por el Emperador, sería mejor que fueran conscientes de ello.

Sin embargo, había más ojos observando la multitud desde la planta superior de un edificio de mármol situado en el centro de un pequeño jardín rodeado por un muro bajo, y esos ojos albergaban unos sentimientos muy diferentes. Nueve hombres se movían con los gestos silenciosos y eficaces de soldados profesionales. Se sacaron sus uniformes grises y se pusieron ropajes de cuero negro antes de colocarse unas placas pectorales de caparazón. Se quitaron las placas que llevaban al cuello además de cualquier otro objeto identificador para meterlo todo en un saquete de lona.

Habían establecido su puesto de mando en una residencia veraniega perteneciente a la corporación Shonai. El mobiliario estaba cubierto de sábanas y el sitio apestaba a casa abandonada. Era perfecto.

Nadie dijo nada cuando otros dos hombres entraron en la estancia. El primero estaba hablando en voz baja por el micrófono del comunicador portátil que el otro llevaba a la espalda.

El jefe del grupo, un individuo llamado Amel Vedden, le devolvió el micrófono a su subordinado y observó a las miles de personas que estaban entrando en la ciudad. No le impresionó. En una situación como aquella, el número de personas no significaba nada. Disponía de la fuerza suficiente como para destrozar aquella manifestación y dejarla reducida a la nada.

Cualquier idiota podía disolver una manifestación. La clave era golpear con rapidez y con la máxima violencia posible para que los supervivientes quedaran aturdidos e incapaces de responder de modo organizado.

Pero él no quería disolver aquella manifestación: quería transformarla; que de un gigante dormido pasara a convertirse en una bestia feroz, y eso era todavía más fácil.

Vedden era un profesional y le disgustaba dejar algo al azar. Para ello había desplegado a otros diez hombres en la planta baja equipados con lanzallamas y armas de asalto y había despejado el tejado para que los ornitópteros pudieran recogerlos sin dificultad.

Su operador de comunicaciones recogió el saquete de lona con las placas de identificación mientras Vedden se giraba hacia sus hombres, todos ellos vestidos ya con la amenazadora armadura negra de caparazón de los

agentes del Adeptus Arbites. La mayoría iban armados con escopetas de combate automáticas, pero dos de ellos llevaban unos voluminosos lanzagranadas de cargador circular. La multitud, en su lento avance, casi había llegado ya a la plaza de la Liberación, y supo que había llegado la hora.

Recogió su propia escopeta y los diez «agentes» dieron media vuelta para abandonar la estancia.

Jenna Sharben, Ario Barzano y el sargento Learchus también observaban a la multitud que se iba reuniendo en la plaza, aunque desde la seguridad de las torres de palacio de techo dorado. Learchus se dio cuenta de que la mujer arbites no estaba nada satisfecha de encontrarse allí: era evidente que deseaba estar en la plaza de la Liberación, apoyando a sus compañeros, y él podía entender muy bien ese sentimiento.

Al principio se había mostrado resentido por haber sido escogido para quedarse en Pavonis, pero cuando el capitán Ventris se lo explicó y le contó el juramento que le hizo a lord Calgar, Learchus comprendió el honor y la confianza que el capitán estaba depositando en él.

Eso no le hacía más fácil soportar el hecho de que no iba a tener el honor de combatir. De todas maneras, al Bendito Primarca le gustaba mucho un refrán: «Tranquilo, lo que el Emperador desea, seguro que lo logras».

Desde donde se encontraban disponían de una posición excelente para observar a la gente de Pavonis vocear su descontento. La música y los animados cantos no eran más que unos sonidos apagados que llegaban a través de los cristales blindados.

A Learchus no le parecía bien que la población de un planeta imperial se comportase de ese modo. ¿Dónde estaban la disciplina y el orgullo de trabajar para la mejora de la sociedad? Aquella clase de manifestación masiva jamás ocurriría en Ultramar, donde no hubiera sido necesaria en absoluto.

En Macragge, te inculcaban la disciplina a base de bien desde la más tierna infancia en las academias, y pobre del chaval que olvidara las lecciones aprendidas de niño.

La mujer arbites, inquieta, se movía constantemente y se apretaba contra el cristal para ver mejor el despliegue y los movimientos de sus camaradas, que estaban siendo sensatos y discretos, apostados en las puertas del palacio y en las calles que daban acceso a la plaza.

Las tácticas agresivas sólo servirían para incitar a la muchedumbre para que se comportara de un modo violento. Learchus tenía la esperanza de que alguien con la cabeza tranquila estuviese al mando de los agentes ese día.

Virgil Ortega estaba sudando en el interior de su armadura de caparazón, y, aunque se decía a sí mismo que se debía al calor, no estaba seguro de sonar demasiado convincente. La magnitud de aquella manifestación era increíble. Todos los informes indicaban que algo semejante estaba más allá de las capacidades del Colectivo de Trabajadores, pero allí estaba; delante de él.

La línea de agentes era firme. Todos ellos tenían la escopeta colgada al hombro y el escudo de supresión en posición de guardia. Una fila de Rhinos aparcados a su espalda, la mayoría de ellos armados con los poderosos cañones de agua, mantenían los motores encendidos, listos para trasladarlos y sacarlos de cualquier apuro.

El humor de la multitud no parecía abiertamente hostil, pero nunca se sabía en ese tipo de situaciones. En un momento dado, todo estaba bien, y un instante después, la más mínima provocación provocaba un estallido de violencia. Haría todo lo que estuviese en su mano para que aquello no ocurriera ese día, y esperaba de todo corazón que quienesquiera que fuesen los que habrían organizado todo aquello, pensasen lo mismo que él.

Ortega había ordenado de forma taxativa a sus hombres que no disparasen a menos que él lo ordenara. Echó un vistazo en dirección a Collix. No podía ver su rostro bajo el visor protector de su casco, pero se había asegurado especialmente de que el sargento entendiera sus órdenes. De todas maneras, Ortega había mantenido a Collix cerca de él.

Los manifestantes se detuvieron a unos quince pasos de la línea de agentes y, de un modo sensato, no intentaron avanzar más hacia ellos.

Ortega vio que media docena de personas se habían subido a la estatua del Emperador en el centro de la plaza de la Liberación y estaban utilizando

su amplio plinto como pulpito para dirigirse al público. Llevaban megáfonos y se dirigían a gritos a los asistentes, remarcando cada comentario con un gesto amplio, alzando un puño al cielo o señalando al suelo con un dedo.

Ortega no pudo distinguir las palabras con exactitud desde aquella distancia, pero oyó lo suficiente para darse cuenta de que no estaban exaltando a la multitud para que se sublevara.

Numerosos aplausos y gritos de ánimo respondían a los oradores, y Ortega suspiró aliviado.

Al parecer, la gente de Pavonis no pensaba causar mayores problemas que aquellos.

La escuadra de diez hombres de Vedden salió de la residencia veraniega de la corporación Honan por una puerta que daba a una de las calles de acceso a la plaza de la Liberación. La calle estaba abarrotada de gente y tuvieron que abrirse paso con rudeza ayudados por sus escudos. Unos cuantos gritos e insultos resonaron a su paso, pero los organizadores de la manifestación habían insistido mucho en que no se produjera violencia alguna.

Se trataba de una demostración de unidad pacífica ante los dirigentes del planeta, por lo que los agentes pasaron sin ser molestados a través del gentío.

Llegaron a la plaza de la Liberación; a menos de quinientos metros de las puertas del palacio y de la línea de verdaderos agentes de los Adeptus Arbites. Vedden vio justo delante de ellos la estatua del Emperador y a seis personas encima de ella dirigiéndose con altavoces a la gente.

Vedden ni siquiera intentó oír lo que decían.

—Formación en cuña —siseó por el comunicador, y sus hombres se desplegaron formando una punta de flecha, con tres hombres a cada lado con los escudos encarados hacia fuera y tres hombres en el centro con las escopetas desenfundadas y cargadas.

—Vamos allá.

Se pusieron en marcha abriéndose camino hacia la estatua.

Virgil Ortega paseó la mirada por la multitud en busca de alguna señal de problemas, a pesar de las intenciones declaradas de los portavoces situados sobre el plinto de la estatua del Emperador. Acababa de recibir un informe de todos los jefes de escuadra y, hasta aquel momento, todo iba bien.

Un breve atisbo de movimiento y unos cuantos gritos del gentío llamaron su atención, y vio un grupo de agentes salir por una de las calles que daban a la plaza, a su izquierda. Frunció el ceño, desconcertado.

¿Qué escuadra era aquella, y qué demonios estaban haciendo abandonando su posición?

Ortega pasó por todos los canales de comunicación comprobando las posiciones de las distintas escuadras. Todas estaban en el lugar asignado. ¿Habría desplegado su superior más escuadras?

Descartó aquella posibilidad de inmediato. No habría sido tan idiota de colocar tropas uniformadas en la plaza y no comunicárselo.

Un estremecimiento le recorrió la espalda, a pesar del calor del día, cuando vio a los agentes formar una cuña y empezar a abrirse paso a través de la muchedumbre.

Sus ojos trazaron el rumbo y el destino de su marcha.

—¡Por todos los diablos, no!

—¿Señor? —le dijo Collix en tono interrogativo.

Virgil Ortega dejó caer su escudo y echó a correr hacia los Rhinos, que seguían con los motores encendidos. Saltó sobre el enorme parachoques del que estaba más cerca y se subió como pudo al techo del vehículo para después levantarse el visor del casco.

El agente que estaba dentro abrió la escotilla y sacó la cabeza.

—¿Señor?

—¡Dame el puñetero megáfono! ¡Ahora mismo!

El agente se metió de nuevo en el Rhino y salió segundos más tarde con el megáfono. Ortega casi se lo arrancó de las manos. Pulsó el botón de encendido y comenzó a gritar.

—Atención, atención. Soy el agente Virgil Ortega. La gente que está sobre la estatua, ¡que baje ahora mismo!

El megáfono llevó con facilidad sus palabras hasta el otro lado de la plaza, pero hicieron caso omiso de su orden. Unos cuantos gritos y abucheos respondieron a su aviso, y varios individuos gritaron con fuerza, a su vez desde la base del plinto.

¡Maldición! ¿Es que aquellos idiotas no se daban cuenta de que estaba intentando salvarles las vidas?

Echó a un lado el micrófono. Bajó de un salto del Rhino y se dirigió hacia la línea de agentes, agarrando a Collix y a unos cuantos más en cuanto llegó.

—Formad una cuña a mi alrededor. Tenemos que llegar a la estatua inmediatamente. Vamos.

Los agentes formaron una cuña alrededor de Ortega con una precisión fruto de la práctica, una formación gemela a la que ya estaba en el interior de la multitud. Ortega sabía que tenía que llegar antes a la estatua.

Pero nada más ponerse en marcha, se dio cuenta de que ya era demasiado tarde.

Los gritos que rodeaban su avance a través del gentío se fueron haciendo más fuertes, pero Vedden hizo caso omiso de ellos. La estatua del Emperador era su objetivo, y cualquiera que no se quitara de su paso con la suficiente rapidez era echado a un lado con un golpe brutal. Intentaron propinarles unos cuantos puñetazos y patadas, pero sus sólidos escudos eran unas armas de ataque temibles, y la gente comenzó, en muy poco tiempo, a apartarse de su camino en vez de enfrentarse a ellos.

Vedden oyó una voz ruda que ordenaba a los oradores bajarse de la estatua, y vio a un jefe de agentes de pie en el techo de un Rhino gritando y moviendo los brazos de un modo frenético.

Pero los idiotas de la estatua no le hicieron caso. Se lo estaban poniendo demasiado fácil.

Como una piedra arrojada a un estanque, los sentimientos iracundos provocados por su avance y sus métodos para lograrlo comenzaron a extenderse por la multitud a medida que más y más gente era golpeada. Un murmullo rugiente y amenazador empezó a expandirse y a incrementarse cuando la gente se fue enterando de las agresivas tácticas de aquellos

Adeptus Arbites. La gente de la estatua vio a Vedden y a sus hombres acercándose, y centraron su atención sobre ellos.

Unos cuantos insultos y gritos ultrajados resonaron de nuevo a su alrededor cuando los oradores denunciaron la violencia criminal empleada por los lacayos de una administración moralmente corrupta.

La multitud estaba enfurecida, pero no importaba. Ya casi habían llegado.

Una circunferencia de hombres fornidos rodeaba la base de la estatua, y sus intenciones eran evidentes por su actitud amenazante. Vedden se detuvo cuando un hombre nervudo y de larga barba comenzó a hablarle directamente desde el podio.

—¡Hermano! No estamos haciendo daño a nadie. Nos hemos reunido de un modo pacífico. Déjanos continuar y te aseguro que no pasará nada.

Vedden no le contestó.

Se descolgó la escopeta del hombro.

Puso un cartucho en la recámara.

Y delante de miles de manifestantes, le pegó un tiro al hombre y lo mató.

Ortega vio al jefe de los agentes desconocidos descolgarse la escopeta y disparar como a cámara lenta.

El lento eco del disparo del arma le llegó mientras veía al individuo caer lentamente de espaldas contra la efigie de alabastro del Emperador de la Humanidad. Su sangre salpicó el muslo de la estatua mientras volaba por encima de un pie tallado y se desplomaba contra el suelo. Su cabeza se abrió con un crujido húmedo y repugnante contra los adoquines de la plaza de la Liberación, y cuando su cerebro salió de su cráneo, que quedó prácticamente vacío, el tiempo recuperó su marcha normal.

Los agentes del grupo del asesino se agacharon y mantuvieron sus escudos apoyados sobre los muslos mientras los que estaban en el centro de la cuña apuntaban sus armas contra los aturdidos supervivientes en el podio de la estatua. Una andanada de disparos de escopetas automáticas derribó a los demás oradores a los pies del Emperador, y Virgil supo que él y los suyos tendrían suerte si sobrevivían para ver otro día.

Mykola Shonai cerró los ojos con fuerza cuando oyó el eco del disparo de escopeta y vio caer al hombre. Se acabó. Lo sabía. Ya no había vuelta atrás después de aquello.

Habían cruzado una especie de última línea y nada sería igual desde entonces.

Jenna Sharben se puso en pie de un salto con un grito en los labios en cuanto el hombre cayó del plinto de la estatua. Se quedó mirando a Barzano, con el rostro lleno de una súplica muda, confundida por lo que acababa de ver. Barzano estaba mordisqueándose el labio inferior, con los puños apretados.

Ella hizo ademán de marcharse, pero Barzano la agarró por el brazo con una fuerza que la sorprendió. Su rostro, anteriormente de rasgos blandos y sin carácter, pareció adquirir la dureza del granito. Meneó la cabeza con un gesto negativo.

Apartó los ojos de los suyos y observó atentamente a la multitud, dándose cuenta de la situación táctica en la plaza de la Liberación de un solo vistazo. Se giró hacia el sargento Learchus.

—Sargento, lo necesito ahí abajo.

Había desaparecido el tono alegre de su voz, y en vez de eso hablaba con un tono de mando inapelable, obviamente acostumbrado a dar órdenes y a que éstas fueran obedecidas.

Learchus había visto lo mismo que Barzano y comprendía la situación tan bien como él.

—¿Qué quiere que haga? —le preguntó el enorme marine espacial.

—Lo que pueda.

Vedden disparó otra andanada de postas contra la multitud, disfrutando de los gritos de dolor y miedo que estaba provocando. Los que estaban más cerca de él se esforzaban frenéticamente por alejarse del lugar de la matanza, pero el enorme número de personas de la plaza les impedía quitarse de en medio con la rapidez suficiente.

Mala suerte, pensó Vedden, y apretó el gatillo de nuevo.

Qué bien se sentía matando, aunque tan sólo fuesen aquellos civiles imbéciles. Le hubiera encantado meterle un tiro a alguno de los agentes, pero sus órdenes habían sido muy específicas: sólo civiles. Que matara a todos los que pudiera, que capturara a uno de sus líderes y que se marchara.

Tenía sentido capturar a uno de los líderes. El Colectivo de Trabajadores exigiría a los Adeptus Arbites que liberaran a su líder, y los agentes contestarían que no tenían a ninguno de los suyos en su cuartel. Por supuesto, nadie les creería, y aquello se consideraría otra prueba de la corrupción en el seno de la administración planetaria. Era perfecto.

Vedden se lanzó hacia adelante, y saltando por encima de los cuerpos de los oradores, que todavía se retorcían, agarró a una muchacha gimoteante, de no más de veinte años, y se la echó al hombro sin miramientos. La muchacha gritó de dolor, y él le estampó un puñetazo en plena cara para que se callara.

Sus hombres formaron un círculo y él se metió en su interior.

—Ya tenemos lo que vinimos a buscar. Vámonos de aquí.

Su armadura estaba abollada en una docena de sitios y la sangre le salía profusamente por la sien. Empujó con fuerza a otro individuo aullante que se interponía en su camino. Ortega sintió el sabor de la sangre en la boca, y su regusto metálico le supo a fracaso. Había fracasado en impedir los asesinatos sin sentido de los oradores de la manifestación, había fracasado en su misión de mantener la paz del Emperador y, por todo ello, se había desatado el infierno.

Oyó el retumbar sordo de nuevos disparos al otro extremo de la plaza y se sintió desesperado. Mantuvo la esperanza de que ninguno de esos disparos hubiera sido efectuado por sus agentes, pero si la situación era tan mala como donde él estaba, no podía dejar a un lado esa posibilidad.

Los cuerpos de los manifestantes lo empujaban por todos lados y los echó a un lado con furia. Aquello no podía continuar así durante mucho más tiempo. Tan sólo era cuestión de tiempo que los superaran y los mataran. Empujó a otro hombre con el escudo justo cuando distinguió una serie de nuevos estampidos sordos y, de repente, unas nubes de humo blanco aparecieron en forma de géiseres.

Las granadas de humo lanzadas desde la línea de Adeptus Arbites desplegada en las puertas del palacio aterrizaron en mitad del gentío arrojando nubes de gas lacrimógeno en vaharadas de humo blanco cegador. Las latas cayeron justo delante y a los lados del grupo de Ortega, y éste tomó nota de que debía agradecérselo a quien fuera que hubiera dado la orden de lanzar las granadas. Bajó el visor de su casco y conectó el respirador.

Ortega vio a través de un hueco en el humo asfixiante la escuadra en retirada de los asesinos.

Los grupos de manifestantes, aturdidos, vagaban sin rumbo por entre las nubes de gas, con los ojos llorosos y los pechos jadeantes. Muchos se pusieron a vomitar en los adoquines y adoptaron posturas fetales acurrucándose en el suelo.

El ruido era algo increíble, como el rugido de una gran bestia que hubiera despertado de repente. Ortega sabía que estaban en las fauces de la bestia. Echó a correr tras los causantes de aquel caos esquivando a trabajadores que trastabillaban y saltando por encima de los cadáveres dejados a su paso por los asesinos.

Collix y los seis agentes que había reunido a toda prisa se lanzaron a la carga en pos de él, igualmente deseosos de venganza. Empujó a un lado con el hombro a un individuo que blandía una enorme llave de torno y tenía los ojos ensangrentados a causa de los arañazos.

Llegaron a la calle que daba a la plaza y pudieron ver con claridad las espaldas de los asesinos mientras se dirigían hacia un edificio blanco sin adornos.

Soltó una imprecación y apuntó con su escopeta. El alcance no era demasiado bueno, y no podía apuntar bien debido a su visor.

Virgil apretó el gatillo y uno de los asesinos cayó al suelo agarrándose un hombro. Collix también disparó y logró acertar, pero ninguno de los disparos fue letal, y los heridos fueron arrastrados por sus compañeros.

—¡Vamos! —gritó Ortega—. ¡Antes de que se pongan a cubierto!

Sus presas se detuvieron y formaron una línea de fuego disciplinada. Ortega se quedó sorprendido, pero no tanto como para no ponerse de

rodillas y colocar su escudo por delante de él justo antes de que las escopetas de sus enemigos lanzaran varias andanadas de postas calle abajo. El escudo se estremeció bajo un terrible impacto, y una abolladura del tamaño de un puño apareció en la superficie de metal al lado de la cabeza de Ortega. Logró mantener firme el escudo a pesar de todo, pero oyó nuevos gritos a su espalda cuando los manifestantes que habían comenzado a perseguirlos fueron alcanzados.

Se puso en pie de un salto y fue derribado cuando una secunda descarga, completamente inesperada, se estrelló contra la placa pectoral de su armadura.

Ortega dejó escapar un gruñido, más de sorpresa que de dolor, cuando chocó contra el suelo. Collix se agachó a su lado.

—¡Señor! ¿Le han herido?

Ortega gruñó de nuevo al incorporarse y en su rostro apareció un gesto de dolor cuando sintió una tremenda punzada en el pecho. La placa pectoral había absorbido la mayor parte del impacto, pero estaba agujereada, y por allí salía algo de sangre. Se sintió sorprendido por la preocupación que mostraba Collix, pero hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Creo que a lo mejor me he roto una costilla. No es nada serio.

Collix lo ayudó a ponerse en pie y siguieron avanzando por la calle. Ambos maldijeron su suerte cuando vieron que sus presas cruzaban la entrada de grandes puertas de madera de un muro que llevaba a los terrenos de una gran residencia urbana.

Virgil Ortega trotó un poco antes de verse obligado a detenerse cuando el dolor lacerante de su pecho se intensificó. Se le nubló la vista y tuvo que apoyarse en una pared de la calle. Collix se dio la vuelta.

—¡Vamos, señor!

—¡Vete! ¡Ya os alcanzaré! —dijo con voz ahogada.

Quizá su herida era más grave de lo que él pensaba. Su respiración se hizo jadeante e irregular.

Trastabilló detrás de sus hombres mientras echaba un vistazo por encima del hombro. Nadie más les seguía por la calle, lo que le sorprendió, pero se sintió agradecido por los pequeños favores de la vida. Dio otro paso

y cerró los ojos cuando una oleada de mareos y náuseas estuvo a punto de hacer que se desmayara. Sentía la garganta agarrotada, y cada vez que inhalaba le parecía que le metían cristales rotos en el pecho. Se obligó a sí mismo a hacer caso omiso del dolor y a continuar andando mordiéndose el labio con tanta fuerza como para hacerlo sangrar.

Sus hombres ya habían llegado a la puerta que los asesinos habían cruzado, y Collix los dirigió con profesionalidad en la operación de irrumpir a través de ella. Dos agentes dispararon contra las bisagras al mismo tiempo que él le propinaba una patada con una bota reforzada con hierro, lo que hizo saltar la puerta de sus goznes.

El rugido de un arma de asalto resonó por el pasillo, y el primer agente salió despedido de espaldas. Collix y los demás se retiraron rápidamente cuando otra andanada de disparos acribilló la entrada.

Avanzó a trompicones hacia sus hombres, esforzándose por respirar, y apretó la espalda contra la pared. Collix se arriesgó a disparar a ciegas su escopeta por el hueco del pasillo, y la respuesta fue otra tremenda ráfaga de fuego automático.

Se atrevió a echar un rápido vistazo por el hueco de la puerta y vio a cuatro y cinco individuos armados con ametralladoras pesadas, rifles automáticos y un lanzallamas, protegidos detrás de un emplazamiento de sacos de arena. Ortega soltó una maldición. Cualquiera que se asomara más de un segundo por aquella entrada era hombre muerto.

Collix y los demás siguieron arriesgándose a disparar de vez en cuando por el hueco de la puerta, pero las escopetas no eran rival para unas armas de asalto y unos hombres que sabían cómo utilizarlas. Una tremenda llamarada salió por el hueco, y los agentes se apartaron de un salto de los restos de la puerta, que empezaron a arder colgando de su marco.

El humo y las sombras ya llenaban la calle cuando los tentáculos neblinosos de los gases procedentes de la plaza de la Liberación se extendieron por las calles adyacentes. Ortega creyó ver unas grandes siluetas moviéndose hacia ellos, pero tenía la vista borrosa por el dolor y la pérdida de sangre, y no estaba seguro de lo que veía.

Seguían en un punto muerto. Avanzar era ir a una muerte segura, pero no estaba dispuesto a que aquellos cerdos se escapasen. Otra lengua de fuego atravesó el umbral e iluminó por un momento la calle humeante.

Una sombra se cernió sobre Virgil Ortega cuando una enorme figura pasó a su lado y se puso en mitad de la entrada de la casa.

El emplazamiento de sacos de arena se desintegró bajo una lluvia de proyectiles atronadores. Otra llamarada salió de nuevo por la puerta y envolvió al enorme gigante con armadura en un reluciente brillo anaranjado.

Allí de pie, impasible bajo las llamas, como un dios de la guerra de leyenda, un guerrero enorme con una armadura de color azul brillante empuñando un arma enorme disparaba proyectiles por el hueco de la entrada con una cadencia de tiro increíble. Ortega abrió la boca de par en par cuando vio que no había sólo uno de aquellos gigantes, sino ocho.

El guerrero giró su casco hacia él y Ortega se sintió encoger bajo su mirada.

—Nosotros nos encargaremos a partir de ahora, agente —le dijo con la voz distorsionada por el comunicador del casco.

Virgil Ortega asintió, incapaz de responder de otro modo y le señaló la casa con un gesto de la mano.

—Todos suyos —dijo con un jadeo.

El sargento Learchus le hizo un gesto de asentimiento al agente herido y cargó a través del umbral envuelto en llamas con su bólter disparando proyectiles explosivos. Cleander estaba a su lado, y los demás Ultramarines se desplegaron a su espalda y comenzaron a disparar desde la cadera. La amenaza más inmediata fue neutralizada: los hombres parapetados detrás del emplazamiento de sacos de arena fueron destrozados por la tremenda cantidad de proyectiles, pero todavía había más armas de asalto disparando desde las ventanas superiores del edificio.

Por los chasquidos secos de los disparos, Learchus dedujo que se trataba de una ametralladora: nada que pudiera afectar a su sagrada armadura de marine espacial. Unas cuantas llamas seguían ardiendo sobre su pecho en los puntos donde se había acumulado algo de promethium. Sintió rebotar

unas cuantas balas contra la hombrera de su armadura y respondió a los disparos. Sonó un grito.

Echó a un lado los restos cubiertos de sangre del emplazamiento de armas y estampó su enorme cuerpo contra la puerta. La pesada placa de madera maciza saltó hecha astillas y los marines espaciales entraron inmediatamente. Learchus sabía que tenían que apresurarse: su oído mejorado había detectado el zumbido característico de los motores de unos ornitópteros que se acercaban, y eso sólo podía significar una cosa.

El sargento se echó al suelo y rodó cuando una ráfaga de proyectiles se dirigió hacia él destrozando las baldosas del suelo y convirtiéndolas en géiseres de terracota. Se puso en pie y disparó su bólter con una sola mano, acribillando en la parte de arriba de las escaleras a un individuo uniformado como un agente del Adeptus Arbites hasta casi convertirlo en jirones. Indicó a sus hombres que avanzaran con un gesto.

—Los traidores deben de estar en el tejado esperando a que los recojan. No deben abandonar este edificio —ordenó Learchus. Los Ultramarines asintieron y siguieron a su sargento, que ya subía los peldaños de cinco en cinco.

Learchus salió a otra estancia alargada y de suelo embaldosado repleta de mobiliario cubierto por sábanas blancas. Otro tramo de escaleras, más angosto, llevaba hasta un hueco oblongo en el techo. Distinguió el sonido de los ornitópteros con mayor fuerza.

Echó a correr hacia las escaleras y, en ese preciso instante, un hombre se levantó de detrás de uno de los muebles, pero Cleander le metió un proyectil entre ceja y ceja antes de que pudiera disparar. Learchus subió las escaleras a saltos y salió al tejado plano del edificio.

Amel Vedden vio cómo los dos puntos que eran los ornitópteros iban aumentando de tamaño, y reflexionó con amargura que uno sólo sería suficiente para transportarlos. Miró a los siete hombres que habían sobrevivido. Había perdido a muchos soldados en aquella misión, pero no podía sentirse apesadumbrado por ello.

¡Qué misión!

¿Quién se hubiera esperado que los marines espaciales acabaran involucrados?

Desde luego, tenía muy claro que iba a pedir mucho más dinero por tener que enfrentarse a aquella amenaza inesperada. Todavía tenía en sus brazos a la muchacha inconsciente. Sabía que disfrutaría matándola en cuanto estuvieran a salvo.

Miró de nuevo a la abertura que llevaba al tejado cuando oyó el sonido de más disparos en la parte de abajo.

¿Es que no podían darse prisa aquellos puñeteros ornitópteros? Aquello empezaba a ser demasiado problemático.

Los aparatos, de siluetas parecidas a insectos, se acercaron impulsados por las grandes góndolas de sus motores, y los montajes artilleros bulbosos situados bajo su morro le recordaron a aguijones. Las armas giraban siguiendo los movimientos de la cabeza de los pilotos mientras daban vueltas alrededor del edificio.

¿Por qué no aterrizaban?

Vedden se giró en redondo cuando oyó el sonido de las pisadas de las botas de una armadura y sacó su pistola, apuntándola a la cabeza de la muchacha.

Allí había cinco marines espaciales, con sus bólters de tamaño increíble apuntándoles a él y a sus hombres. Sus compañeros les apuntaron a su vez con las escopetas, pero nadie se movió.

El aire pareció inmovilizarse, como si no desease pasar a través de aquel drama que estaba a punto de ocurrir. Incluso el ruido de los ornitópteros y los rugidos de la multitud enfurecida que estaba destrozando la ciudad parecieron enmudecer. Sintió la boca seca al enfrentarse a aquellos poderosos guerreros y un leve estremecimiento comenzó a recorrerle el brazo.

Eran marines espaciales. ¿Qué demonios estaba haciendo él allí? Buscó en su interior más profundo alguna reserva de valor no utilizado y se pasó la lengua por los labios.

Amel Vedden jamás logró descubrir si tenía el valor suficiente para enfrentarse a un marine espacial, porque justo en ese instante, las armas de los ornitópteros abrieron fuego.

Los disparos de los cañones automáticos pesados acribillaron el tejado del edificio, destrozando su superficie de piedra y arrancando grandes trozos de carne humana. Los hombres que estaban esperando ser rescatados por los ornitópteros fueron los primeros en morir, despedazados en pocos segundos por los grandes proyectiles perforantes de gran calibre. Vedden lanzó un grito cuando una de las balas de cañón automático le arrancó de forma instantánea una pierna, cortándosela a la altura de la mitad del muslo. Se derrumbó y arrastró a la muchacha al suelo en su caída.

Los Ultramarines se dispersaron y comenzaron a disparar contra los ornitópteros, pero los proyectiles de sus bólters eran ineficaces contra las panzas blindadas de los aparatos aéreos.

Learchus se lanzó a la carrera y se tiró al suelo para recoger a la muchacha en sus brazos y protegerla con su cuerpo cuando una ráfaga de las armas de los ornitópteros comenzó a acercarse a ella. Apoyó todo su peso sobre los codos para no aplastarla y sintió los poderosos impactos estrellarse contra la placa dorsal de su armadura. Musitó una breve plegaria de agradecimiento a su armadura por resistir el fuego de los traidores.

De repente, las armas dejaron de disparar y los ornitópteros se elevaron alejándose de la residencia urbana una vez completada su misión asesina. Los disparos de los bólters los persiguieron, pero quedaron fuera de alcance en muy poco tiempo y desaparecieron entre las cortinas de humo que rodeaban los manufactorums.

Learchus se incorporó hasta quedar de rodillas y sacó a la muchacha de debajo de él. Estaba cubierta de sangre, pero no pudo distinguir cuánta era de ella. Tras una inspección superficial, decidió que probablemente sobreviviría.

Se puso en pie y se quedó con la chica en los brazos. El hombre que la había secuestrado estaba mirando con ojos vidriosos al cielo, hiperventilando y agarrándose con las dos manos el muñón de lo que quedaba de su pierna. Se arrastró por el tejado destrozado gimiendo y

pidiendo ayuda. Cleander efectuó los cuidados de primeros auxilios y le puso un torniquete en la pierna con la esperanza de que aquel individuo fuese una buena fuente de información si sobrevivía.

Los sonidos de los combates continuaban en la plaza de la Liberación. Learchus vio que las llamas anaranjadas y el humo se iban extendiendo por la ciudad cuando la gente de Pavonis se enteró de lo que había ocurrido y reaccionó del único modo que conocía.

La destrucción continuó a lo largo de todo el día, con el gentío recorriendo la ciudad de mármol, sus corazones llenos del deseo de matar. Las estatuas de las calles principales fueron derribadas, los jardines y los parques cuidados durante años fueron incendiados, y los elementos más criminales de la multitud se aprovecharon de los disturbios para saquear las casas.

El fuego se extendió sin control, y distritos enteros quedaron arrasados hasta los cimientos ya que ninguno de los bomberos quiso arriesgar la vida saliendo a las calles de la ciudad. La gente estaba aterrorizada y se acurrucaba en los rincones de sus casas cuando los trabajadores derribaban las puertas dando gritos y robaban todo lo que encontraban de valor. Algunos de los habitantes más ricos se atrevieron a repelerlos disparando contra los que entraban, pero no tuvieron ninguna oportunidad frente a aquel gentío y fueron despedazados, con sus riquezas y sus tesoros de valor incalculable destrozados.

Las personas más sensatas de la multitud se esforzaban por tranquilizar a la gente, caminando por las calles con las manos en alto, pero sus voces no fueron escuchadas en mitad del caos reinante.

Los agentes del Adeptus Arbites sabían que salir a la calle era ir a una muerte segura, de modo que se retiraron al palacio y se quedaron al resguardo de sus muros blindados y de sus torretas de defensa. Unos cuantos manifestantes intentaron asaltar las puertas, pero unas andanadas de disparos desde los bastiones los habían abatido sin piedad.

Las escuadras de agentes desplegadas en las calles que daban acceso a la plaza se dieron cuenta rápidamente de que estaban aisladas de su cuartel, por lo que se refugiaron en los edificios más cercanos que pudieron

encontrar. Libraron desesperados combates de asedio durante horas hasta que partieron varias aeronaves del palacio para recogerlos a ellos y a los propietarios de los edificios y ponerlos a salvo.

Protegidos por los Ultramarines, a la improvisada escuadra de Virgil Ortega no le quedó más remedio que esperar a ser recogida por uno de los ornitópteros procedentes del palacio. Ortega, que perdía y recuperaba la conciencia a ratos, sintió un pánico momentáneo cuando el chorro impulsor de las hélices del ornitóptero azotó el tejado: creyó que iba a empezar a dispararles.

Ortega y el prisionero herido fueron trasladados junto a los demás agentes. El aparato no disponía de potencia suficiente para transportar también a los ocho marines espaciales con armadura completa, pero el piloto le aseguró a Learchus que regresaría inmediatamente.

El sargento tranquilizó al piloto y le aseguró que él y sus hombres eran capaces de regresar al palacio por su propia cuenta y sin problemas, y le ordenó que recogiera a las demás unidades de agentes aisladas por la ciudad.

La oscuridad estaba cayendo, pero los manifestantes no se habían cansado todavía. Distritos enteros permanecían a oscuras porque sus atemorizados habitantes no se atrevían a encender las luces por miedo a llamar la atención. Más tarde se sabría que ese día murieron en total más de cuatro mil personas: muertas en los combates, asesinadas en sus casas o carbonizadas por los fuegos que recorrían sin control la ciudad. Sería un día recordado con dolor durante mucho tiempo en Pavonis.

Lentamente al principio, y con mayor rapidez después, a medida que el frío de la noche se acentuaba, muchos de los trabajadores de Pavonis fueron saliendo de la ciudad. Pero otros muchos se quedaron para desahogar su frustración contra aquellos que creían que se lo merecían. Algunos sintieron vergüenza por lo que había ocurrido, pero otros no notaban otra cosa que una sensación de reivindicación triunfante.

Ario Barzano observó impasible cómo el médico de palacio atendía al hombre herido, apartando vendajes empapados en sangre y grapas del muñón destrozado que había sido su pierna. El adepto ya había visto suficientes heridas traumáticas de combate para saber que el individuo no moriría.

Al menos, no por aquella herida.

Estaba inconsciente en aquellos momentos, con el cuerpo repleto de sedantes y supresores de dolor. Sus extremidades estaban inmovilizadas por los arneses de la cama para que el médico pudiera suturar la arteria palpitante. Los cuidados de medicina de combate que le había administrado el hermano Cleander probablemente le habían salvado la vida. Barzano pensó que el prisionero lamentaría aquello más tarde.

El agente Ortega estaba tumbado en un camastro colocado al lado del traidor, con su enorme pecho envuelto en vendajes. El impacto del disparo de escopeta le había roto dos costillas, y uno de los extremos fracturados se le había clavado en el pulmón izquierdo. Tenía suerte de estar vivo, y por los gritos y los improperios que había soltado mientras el médico lo atendía, Barzano se preguntó si había sido su tremenda testarudez la que lo había mantenido con vida.

Jenna Sharben estaba sentada a su lado y le iba contando todos los hechos acaecidos a lo largo del día mientras él permanecía inconsciente, además de leerle la lista de agentes muertos. Su rostro no cambió ni un ápice, pero Barzano sabía que aquello le afectaba profundamente.

El tercer paciente era la muchacha que aquella escoria asesina había secuestrado a los pies de la estatua del Emperador.

A pesar de la gran cantidad de sangre que le cubría las ropas, había sobrevivido relativamente indemne. El médico le había sacado unas cuantas postas de escopeta del cuerpo y le había tratado la conmoción, pero aparte de eso, estaba ilesa. En esos momentos estaba durmiendo gracias a un sedante.

Detrás de Barzano estaban el sargento Learchus, la gobernadora Shonai y Almerz Chanda, quienes esperaban en un tenso silencio a que el médico acabara su tarea. Barzano dio media vuelta y se aproximó a ellos.

El adepto le agradeció al sargento sus valerosos esfuerzos durante el caos de aquel día. La armadura del marine espacial estaba abollada y ennegrecida en algunos puntos, pero él estaba ileso. A continuación, Barzano concentró su atención en la gobernadora de Pavonis.

Había envejecido desde la última vez que la había visto. El cabello gris le caía suelto por encima de los hombros y su rostro parecía haber adquirido todo una nueva serie de arrugas. Tan sólo Chanda parecía no estar afectado por la matanza que se había producido ese día.

—Un día sangriento —comentó Barzano colocando una mano en el hombro de Mykola Shonai.

Ella se limitó a asentir, demasiado afectada para contestar de otro modo. Chanda acababa de entregarle una placa de datos donde aparecía el número de muertos provocados por la violencia desatada a lo largo del día, y la magnitud de la matanza la había dejado anonadada.

Barzano abrió los brazos y ella aceptó el gesto. Él abrazó su cuerpo, que empezó a estremecerse sacudido por el llanto ante tantos muertos. Barzano miró a Chanda directamente a los ojos.

—Sal de aquí —fue lo único que le dijo.

Chanda pareció dispuesto a protestar, pero se dio cuenta de la mirada feroz de Barzano y se marchó por la puerta de la enfermería después de efectuar una breve reverencia.

Ario Barzano y Mykola Shonai permanecieron juntos durante bastantes minutos mientras la gobernadora de Pavonis dejaba que los años de frustraciones y fracasos la abandonaran mediante los grandes sollozos y gemidos en los que prorrumpió. Barzano la mantuvo abrazada durante todo el rato, comprendiendo su necesidad de soltar la tremenda carga que llevaba en el alma desde hacía demasiado tiempo.

Cuando por fin acabó, tenía los ojos enrojecidos e hinchados, pero se había encendido de nuevo un fuego del que antes sólo parecían quedar ascuas. Se limpió la cara con un pañuelo que le ofreció Barzano y dejó un

gran suspiro purificador. Sonrió débilmente al adepto y enderezó los hombros, para después sujetarse el cabello con una cola.

Miró a la camilla donde se encontraba el hombre que había perdido una pierna. Hasta aquel momento, sus enemigos habían sido entidades sin rostro, y le habían negado cualquier medio de responder y contraatacar, pero allí, delante de ella, estaba uno de esos enemigos, y sonrió con una satisfacción lúgubre. El individuo estaba inconsciente y, según el médico, pasaría varios días en ese estado.

Pero después se despertaría, y entonces la gobernadora de Pavonis no mostraría piedad alguna.

Más tarde, Ario Barzano, Jenna Sharben, Mykola Shonai, el sargento Learchus, Almerz Chanda y Leland Corteo se reunieron en las estancias privadas de la gobernadora con una gran jarra de cafeína humeante en la mesa. Barzano le sirvió una taza a todo el mundo menos a Learchus, que rechazó la invitación educadamente. Todos parecían cansados y agobiados, a excepción de Mykola Shonai, que iba arriba y abajo de la habitación con la energía acumulada de varios días. Se detuvo un momento al lado del busto del viejo Forlanus y sonrió dándole un par de palmaditas.

Corteo pensó que era la sonrisa de un cazador.

Shonai regresó a la mesa, y después de tomar un sorbo de su taza se inclinó hacia adelante y entrecruzó las manos.

—Muy bien, a trabajar, señores. Tenemos a uno de nuestros enemigos ahí abajo. ¿Qué sabemos de él?

Jenna Sharben dejó caer un pequeño saquete de lona en la mesa de la gobernadora y lo levantó de un extremo para vaciar su contenido. Salieron una pila de chapas de identidad plateadas y unos cuantos objetos personales más: un encendedor, un pequeño cuchillo plegable y demás cachivaches propios de soldados.

—Uno de los fiambres que sacamos de la casa, un operador de comunicaciones por su aspecto y equipo, llevaba esto encima. Creemos que se quedó en la casa mientras los demás realizaban la misión y luego llamó a los ornitópteros para que realizaran la extracción cuando regresaron.

Supongo que no contaban con que sus transportes los acribillaran de ese modo.

—¿Sabemos de quiénes eran esas aeronaves o adonde fueron? —preguntó Shonai.

—Me temo que no —contestó Almerz Chanda—. Nuestros sistemas de vigilancia aérea estaban desconectados para realizar una revisión de mantenimiento ya planeada y prevista.

—Así que no sabemos adónde fueron esas naves —exclamó enfurecida Shonai—, pero supongo que esas chapas de identidad nos darán una pista de quiénes eran los hombres que atacaron a la multitud.

Fue Jenna Sharben la que contestó.

—Sí. Al parecer, todos eran miembros de las fuerzas de defensa planetaria. El rango más elevado que hemos encontrado entre ellos es el de capitán, y apuesto a que es el prisionero que tenemos ahí abajo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Barzano.

Sharben asintió en dirección al adepto.

—Si es el capitán, se llama Amel Vedden, un oficial del campamento Kharon.

—Ese es uno de los regimientos mantenidos por los Taloun —comentó Chanda.

—¿Tiene una hoja de servicio? —preguntó el adepto.

—No, ha sido borrada. Y hace poco.

Barzano se giró hacia Shonai.

—¿Quién puede borrar una hoja de servicio militar de ese modo? Sólo el comandante en jefe de un regimiento puede hacer algo semejante.

Shonai comprendió inmediatamente las implicaciones del comentario de Barzano.

—¿De modo que la lealtad de todo un regimiento de la FDP está comprometida? —Lanzó una imprecación—. Estamos hablando de casi cinco mil hombres.

La gobernadora Shonai reflexionó sobre la situación antes de tomar una decisión.

—Muy bien. Autorizaré la movilización de nuevos regimientos para rodear su base hasta que podamos estar seguros de a quién son leales.

—¿Cuánto tiempo se tardará en eso? —le preguntó Barzano a Leland Corteo.

El hombre mayor dejó escapar un suspiro antes de darle una fuerte calada a su pipa y contestar.

—Es difícil de decir. Han pasado décadas desde la última vez que tuvimos que movilizar a la FDP. La última vez fue en vida del padre de la gobernadora.

—Sí, pero ¿cuánto tiempo? —insistió Barzano.

—Quizás unos dos o tres días. Eso si responden los soldados suficientes. Existen bastantes posibilidades de que muchos de ellos estuviesen en la plaza de la Liberación hoy.

—El Vae Victus y el capitán Ventris estarán de vuelta en menos de tres días —añadió el sargento Learchus—. Entonces tendrá toda una compañía de Ultramarines a su disposición, gobernadora Shonai.

—Gracias, sargento. Le estoy muy agradecida por la ayuda que nos han proporcionado los Ultramarines. Es usted una honra para su Capítulo.

Learchus inclinó la cabeza.

—Servimos al Emperador.

Shonai tomó otro sorbo de cafeína antes de seguir.

—¿Qué más tenemos con lo que podamos trabajar? ¿Sabemos ya a quién pertenece la residencia?

—Sí, lo sabemos —contestó Almerz Chanda con gran satisfacción. Sacó un gran montón de hojas de papel, contratos de compraventa y registros de la ciudad—. Es una residencia veraniega que pertenece a Taryn Honan.

—¿A Honan? —exclamó Corteo casi ahogándose con el humo de su pipa—. ¡No me lo creo! ¿Ese gordo idiota? ¿Estás seguro?

—Está aquí, bien claro y escrito —contestó Chanda señalando con un gesto a los papeles.

—Eso no tiene importancia en absoluto —le cortó Barzano—. Quienquiera que esté detrás de esto, lo ha planeado con mucho cuidado. No

tenían ninguna intención de recoger a los soldados después de que completasen su misión. No me creo que si Honan estaba detrás de todo esto hubiese sido tan estúpido como para lanzar el ataque desde una de sus propias casas. Aunque tampoco estaría mal traerlo para que contestara a unas cuantas preguntas.

—¿Y adónde nos lleva todo esto? —preguntó Jenna Sharben.

—Nos lleva —le contestó Barzano— a un montón de trabajo por hacer.

Kasimir de Valtos atravesó con su tenedor una deliciosa rodaja de filete y se obligó a sí mismo a tragarla, a pesar del sabor a bilis amarga que sentía en la garganta.

La carne le supo a champiñones podridos, y acabó de tragarla con un sorbo de su copa de cristal llena de vino. Le habían informado de que aquella cosecha era una de las más solicitadas en aquel sector del espacio imperial, pero a él le sabía a vinagre.

Otra consecuencia de su tortura.

Pero todo eso sería pronto algo perteneciente al pasado. Lasko le había comunicado que sus hombres tardarían muy poco en llegar a la cámara principal, y le había costado un tremendo esfuerzo de voluntad no salir corriendo para verlo en persona. Se percató de que estaba agarrando el tenedor de una forma convulsiva y escondió la mano debajo de la mesa.

Su invitada dijo algo trivial. Sonrió con educación y le contestó algo igualmente superficial. No pudo distinguir las palabras: los oídos le retumbaban con un rugido y sentía la boca llena de una sequedad caliente. Tomó otro sorbo de vino.

Su puño comenzó a marcar bajo la mesa un golpeteo rítmico contra su muslo. El tenedor pinchó su piel con la fuerza suficiente para atravesarla y mancharle los pantalones con la sangre que comenzó a salir. No pudo sentir nada de aquello, y sólo cuando acercó la mano de nuevo al plato vio la sangre en las púas.

Se quedó sin respiración al ver el líquido pegajoso y rojo, y su lengua salió rápidamente para lamer las gotas de color rubí que ya le corrían por la

mano.

Su invitada dijo algo más, pero las palabras se perdieron en el aire mientras él degustaba su propia sangre.

No sentía el dolor en la pierna. No sentía ningún dolor en absoluto.

De Valtos sintió que su mirada era atraída de forma inexorable por el techo del comedor, y se imaginó el pequeño estuche de cuero negro que se encontraba debajo de la cama, pero se obligó a apartar la mirada.

Era demasiado pronto.

Siempre era mucho mejor cuando se saboreaba. Se esforzó por sacar de su mente todas las imágenes de cuchillas, sierras, hojas afiladas, alicates y ganchos dentados e intentó centrar toda su atención en su invitada. Sin embargo, era imposible concentrarse en la cháchara sin sentido que salía de sus labios pintados de carmín. El sudor comenzó a correrle por el rostro mientras se obligaba a tragar de nuevo otro trozo de carne.

No creía que pudiera esperar mucho más para matarla.

Se dio cuenta de que ya no pensaba en su invitada como en un ser humano, y aquello era una mala señal. El ansia estaba creciendo en su interior y se imaginó a aquel ser desnudo. No era más que carne, músculos que debían ser cortados, una liberación catártica del dolor que ya no podía sentir.

Para sentir ese dolor de nuevo, infligiría ese sufrimiento y esa tortura a aquel cuerpo, sintiendo su propio dolor como reflejo de sus gritos angustiados.

Un reguero de sangre comenzó a caerle por la barbilla, y se percató de que se había mordido con fuerza el labio inferior. Se limpió la barbilla mientras su invitada apartó la silla y se deslizó a lo largo de toda la mesa hasta llegar junto a él, con una falsa preocupación marcando sus rasgos bovinos.

Aquello le puso la mano en el hombro y él retrocedió horrorizado por el contacto.

—Kasimir, ¿te encuentras bien? Estás terriblemente pálido —le preguntó Solana Vergen.

Kasimir de Vahos tragó saliva, conteniendo su disgusto y su ira.

—Sí —logró decir mientras pensaba en el estuche negro—. Pronto lo estaré.



DOCE

Era increíble, pensó el capataz de minas Jakob Lasko. No importaba cuánta energía le metiera a aquella puñetera cortadora, nunca, nunca pasaba de media potencia. Estaban quemando generadores a un ritmo de cinco o seis al día, y aunque los costes de aquello eran tremendos, sabía que no le quedaba otra opción que ir reemplazándolos a medida que fallaban. Tenían que romper aquella última barrera muy pronto.

La estancia retumbaba con el chirrido y el zumbido de la cortadora, y se sintió agradecido por los protectores auditivos que llevaba puestos. No sólo hacían el chirrido de la máquina soportable, sino que, además, apagaba por completo los demás sonidos que había creído estar oyendo desde hacía poco. En sus momentos más imaginativos, que no eran muchos, casi podía jurar que distinguía voces balbuceantes entre el ruido, sutiles y solapándose todas a la vez.

¡Mierda, llevaba en ese extraño sitio demasiado tiempo!

Echó una ojeada profesional a su alrededor, a la cámara donde se encontraba. Era absolutamente cuadrada, con unas proporciones perfectas hasta una escala de micrones, o eso le habían dicho los cartógrafos. Las paredes estaban cubiertas por una escritura angular y muy cerrada, grabadas en las superficies pulidas en grupos triangulares. Lo que decían o significaban era un misterio para él.

Las únicas interrupciones que había en la escritura eran cuatro nichos sin decoración alguna, dos en la pared oriental y otros dos en la occidental. Cada uno de ellos contenía una figura gigantesca de alabastro de proporciones perfectas que empuñaba un extraño báculo de color cobrizo con los bordes cubiertos de una pátina de óxido verde. Lo que eran o lo que se suponía que representaban era otro misterio que dejaba para los demás.

Lo único que le preocupaba a Jakob Lasko era atravesar la puerta que había al otro lado de la cámara.

Hasta aquel momento, la losa negra pulida había resistido los taladros de punta de diamante y las cargas de demolición. Sólo la cortadora láser tenía algún efecto sobre ella, y estaban avanzando a un ritmo lentísimo.

Dos tecnosacerdotes rezaban y balanceaban unos incensarios por encima de la cortadora, y junto a ellos había seis mineros equipados con

palas y picos que tenían todo el aspecto de preferir estar en cualquier otro sitio menos allí. Las cosas se habían puesto tan mal desde hacía poco que ninguno de los hombres quería bajar a solas a ningún lugar. No podía culparles. La oscuridad y los relatos macabros que se habían ido extendiendo a lo largo de los años anteriores sobre aquella excavación harían que cualquiera se lo pensara dos veces, sin embargo eso no era excusa para la rotación de trabajadores que había visto allí. La paga era mucho mejor que la de cualquier otro trabajo, así que suponía que si un hombre firmaba un contrato, tenía que realizar su puñetero trabajo en condiciones.

Sí, vale, se habían producido unas cuantas desapariciones a lo largo de los años, y la más reciente la de aquel idiota, Dal Kolurst. Lo más probable era que el muy imbécil se hubiera caído por uno de los pozos hasta el fondo. Puede que todos aquellos tecnosacerdotes supieran mucho de máquinas, pero no sabían una mierda del trabajo de verdad. Todavía no habían encontrado el cuerpo de Kolurst, pero tan sólo era cuestión de tiempo que alguien tropezara con su cadáver medio destrozado.

Levantó la vista cuando las luces parpadearon de nuevo y lanzó una mirada furiosa a los sacerdotes, que seguían canturreando. La luz ya era bastante mala sin tener que quedarse completamente a oscuras.

Los ojos parecidos a gemas de las estatuas relucieron bajo la luz intermitente, y Lasko se estremeció a su pesar. Sí, pensó, la paga era muy buena, pero se estaría mintiendo a sí mismo si no admitiera que se alegraría de que aquel trabajo terminase cuanto antes y que estaría encantado de volver a trabajar en una mina de verdad.

Puede que con eso de la arqueología ganara más dinero, pero a su alma de trabajador no le sentaba bien afanarse tanto en el trabajo sin ver ninguna recompensa por sus esfuerzos. ¿Qué era lo que habían sacado de aquel lugar hasta ese momento? Nada, aparte de unas cuantas figuras esqueléticas fabricadas con un metal raro y de color verdoso.

Los tecnosacerdotes se habían emocionado mucho con las figuras, pero ninguno de ellos le había sabido decir qué eran o qué clase de metal era aquel. Vaya panda de expertos.

Bueno, pues por lo que parecía, el rayo de la cortadora láser ya había penetrado un metro más o menos en la puerta. Según los tecnosacerdotes, no debía quedar mucho más para acabar de atravesarla, pero Lasko prefería esperar a que pasaran al otro lado antes de abrir la botella de uskavar de cincuenta años. Por muy rico que fuera su jefe, no creía que estuviera dispuesto a proporcionar muchos más generadores y cortadoras. Aquella operación ya debía de haberle costado toda una fortuna.

Las luces parpadearon de nuevo y los dejaron sumidos en una completa oscuridad durante unos segundos hasta que, con un zumbido apagado, los globos de brillo se encendieron de nuevo.

Lasko se sintió más aliviado de lo que se atrevía a admitir y se pasó la lengua por los labios secos.

¿Qué podía haber detrás de aquella maldita puerta que fuese tan importante?

Esperaba poder descubrirlo de una vez por todas.



TRECE

Taryn Honan entró en el vestíbulo de la casa de Kasimir de Valtos y echó un vistazo a través de la puerta abierta que llevaba al salón comedor. Unos cuantos platos rotos y algunos fragmentos de cristal cubrían el suelo de uno de los extremos de la mesa. Era una vergüenza ver un trabajo artístico tan delicado destruido de ese modo.

Apartó la vista del comedor al darse cuenta de que había una pelliza de mujer colgada de un perchero al lado de la puerta principal. Se pasó la lengua por los labios pintados de carmín y se llevó la prenda a la cara, donde olió su dulce fragancia. Ah, sí, reconoció aquel perfume: pertenecía a la encantadora Solana. Se preguntó si ella también estaría allí. Era extraño, porque no había visto su carruaje cuando llegó.

Oyó una tos educada procedente de las escaleras, y se giró dejando caer la pelliza, sonrojándose por la vergüenza y la sorpresa.

Kasimir de Valtos y Vendare Taloun estaban de pie en lo alto de las escaleras. Honan se acercó con paso humilde al centro del vestíbulo y carraspeó mientras los otros dos dirigentes de corporaciones descendían los peldaños para reunirse con él. Se fijó en que Kasimir parecía tener la piel sonrosada y encontrarse estupendamente, mientras que Vendare tenía el rostro blanco como la tiza, como si acabara de recibir una profunda impresión.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le exigió saber Kasimir, y Taryn se encogió un poco por el tono de hostilidad de su voz.

—Te dije que no vinieras. ¿Es que no te acuerdas?

—Sí, sí —tartamudeó Taryn—, pero es que tenía que verte. Me llamaron a palacio esta mañana. Fue la gobernadora. ¡Qué preguntas me hicieron! Quiero decir que fue excesivo. De todo tipo. Ellos me…

—Taryn, tranquilízate —le ordenó Kasimir mientras rodeaba con un brazo sus amplios hombros—. Ven, vamos a sentarnos en la sala de estar, delante del fuego, para hablar de todo esto como personas civilizadas. ¿De acuerdo?

Taryn asintió con expresión agradecida y dejó que lo guiara por la puerta situada enfrente de la del comedor.

Tal como le había prometido Kasimir, había un fuego encendido, y Taryn se sentó en una silla de respaldo alto tapizada de cuero mientras De Valtos servía tres generosas copas de uskavar de una mesa repleta de botellas de bebidas caras. Taloun se acercó rápidamente a Kasimir y se bebió su copa de un solo trago. Los dos jefes de corporación intercambiaron susurrando unas cuantas frases de modo apresurado y después Kasimir se sentó justo delante de Taryn, al que ofreció la otra copa de cristal llena de líquido ambarino. Vendare se quedó al lado de la bandeja de bebidas sirviéndose otra copa más que abundante.

—Bien, Taryn. ¿Qué era lo que nos estabas contando?

Tomó un sorbo de su bebida antes de contestar para tranquilizarse un poco.

—Sí, es muy mal asunto que un jefe influyente de una corporación como yo se vea tratado como un delincuente común por un miembro del Administratum. Ese nuevo adepto, el tal Barzano, me acosó con toda clase de preguntas sobre mi residencia en la ciudad, ya sabes, esa que te alquilé por una temporada.

Kasimir asintió mientras se mordisqueaba el labio inferior. A Taryn le pareció que el calor del fuego le estaba afectando, ya que le habían aparecido unas cuantas gotas de sudor en la frente.

—Kasimir, ¿te encuentras bien? —le preguntó Taryn.

—Ni mucho menos —soltó Vendare Taloun sirviéndose otra copa.

Kasimir le dirigió una mirada furibunda y luego asintió de nuevo en dirección a Taryn.

—Por favor, Taryn, continúa. No te preocupes por Barzano, dejará de ser un problema dentro de poco. ¿Qué era lo que quería saber?

—Bueno, pues resulta que decía que la Iglesia de las Costumbres Antiguas había utilizado mi propia casa para lanzar uno de sus despreciables ataques. ¿Puedes imaginártelo? ¿Desde mi casa? Ridículo, ¿a que sí?

—Pues lo cierto es que no, Taryn —bramó carcajeándose Kasimir con un cierto tono de histeria en su risa sin humor—. Verás, es verdad todo lo que dijo. Lo que pasa es que eres demasiado estúpido para darte cuenta.

Taryn abrió la boca para protestar, pero Kasimir lo cortó en seco.

—No tienes ni idea de lo que está ocurriendo en nuestro planeta, ¿verdad? Todo se está desarrollando tal como yo lo he decidido. ¡Yo! He invertido demasiado y he perdido demasiado en todo esto para que ahora lo eche a perder un asqueroso desperdicio humano como tú.

Las lágrimas inundaron los ojos de Taryn Honan ante aquel feroz ataque inesperado.

—Venga, Kasimir, seguro que no es necesario decir cosas así. Después de todo, somos amigos. ¿A que sí?

—¿Amigos? —replicó Kasimir de Valtos con voz burlona—. No, Taryn, no somos amigos. No eres más que una basura patética con la que tropecé en mi camino a la inmortalidad, y ha llegado el momento de que me libre de ti.

Taryn oyó el sonido de una puerta que se abría a su espalda. Kasimir alzó la vista para sonreír al recién llegado, pero no había calor de bienvenida en la expresión de sus ojos. Taryn miró desesperado a Vendare Taloun para que lo ayudara. Seguro que su querido amigo Vendare no le permitiría a Kasimir hablarle de ese modo. Seguro.

Pero Vendare Taloun estaba mirando con la boca abierta por el horror a la persona que había entrado en la estancia. Taryn oyó el sonido de unas suaves pisadas que se aproximaban a la parte posterior de su silla y después vio una mano delicada y llena de venas posarse en su hombro.

Las uñas de los largos y delgados dedos eran afiladas y estaban pintadas de negro. La mano olía fuertemente a desinfectante.

Taryn tragó saliva por el miedo que sentía.

—Kasimir, ¿qué es lo que está pasando? —gimió.

Giró su ancho cuerpo en la silla para mirar atrás, y lo que vio fue una figura delgada vestida con una bata roja lisa y una máscara quirúrgica. Sólo sus ojos, de un intenso color violeta, eran visibles por encima de la máscara. La otra mano de la figura se deslizó hacia su cuello, tensando la piel, y, a pesar del miedo que sentía, Taryn notó que la piel se le ponía de carne de gallina por la suavidad del roce.

Kasimir de Valtos se reclinó en su silla y bebió un sorbo de su copa.

Taryn estaba a punto de hablar cuando sintió un agudo pinchazo en la garganta: le habían clavado una tremenda aguja en el cuello. Hizo un gesto de dolor, pero el sufrimiento desapareció de forma instantánea, reemplazado por una sensación de tibieza flotante que recorrió todo su cuerpo. Los párpados le bajaron al notarlos increíblemente pesados. Kasimir empezó a hablarle, y tuvo que concentrarse para entender lo que le decía.

—Taryn, te presento a mi Cirujano. Creo que deberíais conoceros mejor. ¿A ti qué te parece?

Taryn Honan sonrió y asintió somnoliento mientras el soporífero de acción rápida recorría a toda velocidad su cuerpo.

Sus dedos, ya flojos, soltaron la copa de uskavar, que se hizo añicos contra el suelo.

Barzano salió de la sala de interrogación donde Sharben y Ortega estaban haciéndole pregunta tras pregunta a la chica que Learchus había rescatado de los falsos agentes. La gobernadora Mykola Shonai, Almerz Chanda y Leland Corteo estaban de pie delante de la ventana que daba a la sala de interrogatorio observando cómo actuaban aquellos dos agentes. El rostro de Shonai estaba impasible como una roca, pero Chanda y Corteo parecían visiblemente incómodos por la clase de violencia que estaban presenciando.

—¿Sabe algo? —preguntó Shonai.

—Creo que no. Bueno, nada que nos sea útil. Nos proporcionará algunos nombres y los pillaremos, pero no es un elemento con la suficiente importancia como para saber nada que realmente valga la pena.

—Entonces… ¿a qué viene un trato tan desagradable? —le preguntó Chanda señalando a la figura abatida que había al otro lado del cristal.

—Porque nunca se sabe debajo de qué piedra vas a encontrar las respuestas, mi querido Almerz.

Chanda frunció el ceño por el exceso de familiaridad de Barzano y apartó la mirada.

—Estaba en la estatua —dijo Mykola Shonai—. Es una de las jefas de la organización. Tiene que saber algo.

—Es posible —admitió Barzano—. Es una militante del tipo duro. Será difícil romper su voluntad.

—Haced todo lo que tengáis que hacer para romperla —ordenó Shonai —. No me importa el modo, sólo quiero que descubráis quién está detrás de todo esto para hacérselo pagar.

—Oh, no te preocupes. Te garantizo que descubriremos quién lo ha organizado —le prometió Barzano—. Creo que uno de tus rivales ha sido muy inteligente y muy sutil, y que ha utilizado hombres de paja y células de activistas para asegurarse de que no podamos descubrir su traición con un solo arresto. Sé cómo funcionan estas cosas. No habrá nada escrito, no encontraremos ningún archivo o registro, pero todo el mundo de su red lo sabe. Me imagino que en cuanto se produjeron los primeros incidentes, la manifestación empezó a actuar por sí misma y necesitó muy poca organización una vez iniciado todo.

Shonai asintió.

—Lo único que hacía falta era una chispa para prenderla —dijo.

—Exacto. Hábilmente proporcionada por el capitán Vedden, maldita sea su alma.

—¿Sigue inconsciente? ¿No podemos interrogarlo?

—Todavía no, pero tu médico cree que podrá hablar hoy, más tarde, aunque no le gustó mucho la idea de que lo hiciéramos hablar tan pronto.

—A la mierda él y sus preocupaciones. Quiero partir por la mitad a ese cabrón. Ario, estamos muy cerca, puedo sentirlo.

—Venga —dijo—. No me vendría mal un trago. ¿Alguien se apunta?

Shonai miró con dureza a Barzano, pero su rostro ceñudo aflojó un poco la tensión y asintió.

—Sí. ¿Por qué no?

Corteo lanzó una breve risa.

—Bueno, siempre he dicho que trae mala suerte dejar que alguien beba solo, de modo que sí, me apunto.

—¿Almerz? —preguntó la gobernadora.

El consejero jefe de Mykola Shonai negó con la cabeza.

—Gracias por la invitación, gobernadora, pero prefiero quedarme aquí para ver si los agentes obtienen alguna información que usted necesite saber de forma inmediata.

La gobernadora se dio media vuelta para marcharse con Barzano y Corteo, pero antes le puso una mano en el hombro a Chanda.

—Eres un buen hombre, Almerz. Gracias.

Almerz Chanda hizo una reverencia y se volvió para seguir observando el interrogatorio de la chica.

—Así que ya tiene experiencia en este tipo de situaciones, adepto Barzano —le comentó Leland Corteo mientras cargaba su pipa una vez más.

Barzano estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas y asintió tras tomar un sorbo de uskavar. Entre los tres se había establecido un ambiente de distensión informal en cuanto habían entrado en las estancias de Barzano.

—Sí, señor Corteo, la tengo. He viajado a muchos sitios diferentes y he tratado con mucha gente que creían estar exentos del cumplimiento de las leyes del Emperador.

—¿Y les demostró que no lo estaban? —comentó Mykola Shonai.

—Sí que lo hice —le contestó Barzano con una sonrisa.

—¿Y qué es lo que hará aquí en cuanto tenga lo que ha venido a buscar?

Formuló la pregunta con un tono desenfadado, pero Barzano pudo sentir la seriedad que se escondía detrás de aquellas palabras. Pensó por un momento en mentirle, pero se dio cuenta de que ella merecía saber la verdad.

—Es bastante probable que la destituya del cargo de gobernadora del planeta. El fracaso en el mantenimiento de la paz en uno de los mundos del Emperador es un crimen, y su período de gobierno difícilmente se puede considerar un éxito, ¿no es cierto?

El rostro de Corteo se enrojeció por la ira que sintió ante la rudeza de la respuesta tan directa de Barzano y dejó su copa en la mesa del adepto con un fuerte golpe.

—¡No se pase! Puede que sea un tipo maravilloso capaz de resolver problemas enviado por Terra, pero eso no le da derecho a hablarle a una comandante imperial de ese modo.

—No, Leland, tiene todo el derecho —le susurró Shonai—. Después de todo, tiene razón. He fracasado. He permitido que la situación se fuese complicando y he intentado ocultar durante demasiado tiempo lo que estaba ocurriendo. Quizá merezco ser sustituida.

Barzano se inclinó hacia adelante, dejó su copa en la mesa y apoyó los codos en las rodillas.

—Quizá lo merezca, pero todavía no lo he decidido. Después de todo, ¿a quién iba a poner en su puesto? ¿A Ballion Varíe? ¿A Vendare Taloun? ¿A Taryn Honan? Me parece que no, mi querida gobernadora. No, dejemos de hablar de ceses y sustituciones y concentrémonos en el problema que tenemos entre manos.

—¿Y qué es? —le replicó con brusquedad Corteo, todavía furioso por la rudeza de Barzano.

—Creo que es muy posible que haya personas en este planeta que estén aliadas con los eldars, y que utilizan sus ataques pirata como tapadera de otras actividades mientras fomentan los disturbios y la inquietud social en Pavonis para distraer la atención de sus verdaderos propósitos —les explicó Barzano, y se reclinó contra la pared.

Tanto la gobernadora como Corteo se quedaron sin habla. La idea de que todos los problemas del planeta habían comenzado de un modo deliberado los había dejado consternados, y ninguno de ellos supo qué responder.

—No creo que todos los sucesos que han ocurrido aquí pudieran haber tenido lugar sin una mano que los guiara. Existen demasiadas coincidencias, y yo no creo en las coincidencias.

—Pero ¿quién puede haber sido? —logró preguntar por fin Shonai.

Barzano se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé. Espero descubrirlo pronto, porque me temo que todo lo ocurrido está a punto de llegar a su masa crítica.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Significa, mi querida gobernadora, que toda la situación está a punto de explotar.

En uno de los pasillos más alejados del palacio, un reluciente punto de luz apareció de repente y se quedó flotando como un globo atrapado por una corriente de aire. Luego comenzó lentamente a expandirse, convirtiéndose en una lenta espiral de brillo violeta. El mismo aire pareció estirarse como una pintura con un peso colgado del centro, arrastrado de forma incesante hacia la espiral.

Los iluminadores del techo implosionaron de repente cuando un suave gemido comenzó a surgir de la luz, un sonido gorgoteante que hedía a deseos obscenos y a ansias eternas. Cuatro puntos oscuros comenzaron a formarse en el círculo de luz, retorciéndose e hinchándose como cánceres en su corazón. Las siluetas líquidas siguieron a la espiral del nimbo giratorio de luz sucia, y sus formas comenzaron lentamente a condensarse en una materia más sólida mientras salían de la masa reluciente.

Aquellos objetos, cada vez más sólidos, envueltos en unos pellejos amnióticos y membranosos, atravesaron la luz, haciendo chasquear y retorcerse el aire, deformándolo con su siniestro nacimiento.

Con un chillido agudo, la materia de la realidad se rasgó y las cuatro formas de color rojo y púrpura cayeron al suelo de piedra mientras su matriz rotatoria se replegaba sobre sí misma y desaparecía a una velocidad increíble, dejando de nuevo el pasillo envuelto en la penumbra.

Las cuatro formas relucientes se quedaron temblando en el suelo sólo durante unos cuantos segundos antes de desplegar sus largas y sinuosas patas, sus lomos cubiertos de espinas venenosas y sus musculosos brazos, y abrir las bocas llenas de colmillos.

Las criaturas se libraron de sus goteantes sacos de nacimiento mientras olisqueaban el aire. Toda su existencia estaba centrada en un único objetivo, en la orden imperativa que su ama les había impartido.

Matar a su presa.

Los soldados Korner y Tarnin avanzaron con cautela por el pasillo en penumbra, empuñando los rifles láser por delante de ellos. Allí había algo, de eso estaban seguros. Korner había oído algunos sonidos realmente raros y había comunicado al centro de mando de la guardia que iban a investigarlos.

Tarnin fue por delante, y se dio cuenta de los globos de brillo rotos al pisar los restos de cristales en el suelo.

Distinguió un sonido deslizante y goteante que venía del otro lado del pasillo.

Se dirigió a su compañero sin girarse.

—Korner, dame tu iluminador —le siseó, y alargó una mano para que le entregara la fuente de luz portátil.

Encendió el iluminador y dirigió su foco hacia el pasillo. No llegó a ver a la criatura que lo mató.

Una silueta fluida saltó desde la oscuridad y lo destripó con un solo zarpazo de sus enormes garras de veinte centímetros de largo y que casi lo partieron en dos, mientras que su cráneo quedó aplastado por las tremendas mandíbulas que se cerraron sobre la cabeza de un solo bocado.

Korner llegó a distinguir por un momento unas garras y unos colmillos rugientes que provocaron una lluvia de sangre, y oyó el angustioso aullido de Tarnin cortarse en seco. Se dio la vuelta para salir huyendo.

Algo pesado cayó sobre su espalda y lo derribó. El rifle láser salió disparado de sus manos. Un aliento al rojo vivo, parecido al de un horno, le quemó la piel, y sintió que su uniforme y su carne se disolvían bajo las garras de la bestia. Korner abrió la boca para gritar.

La criatura procedente de la disformidad le arrancó la cabeza de cuajo en medio de un enorme chorro de sangre y se la tragó de un solo bocado. Hundió sus ensangrentados colmillos en la espalda del soldado, arrancando grandes trozos de carne y partiéndole todos los huesos al devorarlo.

Otra bestia chasqueó con fuerza su letal mandíbula y dejó escapar un gruñido amenazador de su amplio pecho. Al oír aquella amenaza, el otro perro demoníaco abandonó su festín y siguió a su líder en cuanto las bestias comenzaron a recorrer en una dirección concreta los pasillos del palacio.

La presa estaba cerca.

Barzano levantó la cabeza de repente. Desdobló las piernas y se puso en pie con agilidad mirando a la gobernadora Shonai con una preocupación evidente en el rostro. Se dirigió inmediatamente a la puerta de su dormitorio, la abrió de par en par y salió al pasillo.

Los dos Ultramarines que estaban de guardia se pusieron en posición de firmes cuando apareció el adepto, con los bólters cruzados sobre el pecho. El hermano Cleander se giró y bajó la cabeza para mirar al adepto.

—Hermano Barzano, ¿ocurre algo?

Barzano asintió con rapidez.

—Oh, sí, creo que están ocurriendo muchas cosas. ¿Dónde está el resto de su escuadra?

—En los puntos clave de entrada a esta ala del palacio. Nada puede acercarse aquí sin pasar por delante de uno de mis hermanos de batalla.

—O sin llevárselo por delante —murmuró Barzano.

—¿Cómo dice?

—Nada. Hermano Cleander, necesito que se ponga en contacto con todos aquellos que se encuentren de servicio y que les diga que algo extremadamente peligroso ha penetrado la seguridad del palacio. Todos nos encontramos en grave peligro.

Cleander le indicó con un gesto a su compañero que llevara a cabo la petición del adepto y acomodó su bólter en posición de disparo.

—¿Qué está pasando, adepto?

—Ahora no tengo tiempo para explicarlo. Sólo dígales a todos los guardias que estén preparados para cualquier cosa y que disparen contra cualquier persona o cosa que no reconozcan. ¡Hágalo!

El rostro del hermano Cleander estaba oculto por el casco de su armadura, pero Barzano pudo sentir la furia que lo invadía al recibir órdenes de aquel modo de un escriba de rango inferior.

—Su tono de voz es muy irrespetuoso… —empezó a decir.

—¡A la mierda mi tono de voz, Cleander! ¡Haz lo que te digo! —le cortó Barzano un momento antes de que el restallar de los disparos de bólter llegara de algún punto cercano. Se oyeron más disparos y el eco de un aullido ululante resonó por todos los pasillos del palacio.

—Demasiado tarde —dijo Barzano.

Las tres bestias recorrieron los largos pasillos con una rapidez increíble, atravesándolos a toda velocidad y dejando atrás los gritos de alarma de sus perseguidores. El cuerpo de la cuarta bestia yacía detrás de ellos, disolviéndose en una fétida masa viscosa de color azul añil encima de los cadáveres de dos Ultramarines.

La red se estaba cerrando a su alrededor, pero ninguno pensaba en su propia supervivencia.

La presa era lo único que importaba.

Barzano entró de nuevo a toda prisa en su habitación y se dejó caer de rodillas delante del baúl que tenía al pie de la cama. Metió el dedo en el hueco de la cerradura genética al mismo tiempo que Shonai y Corteo se ponían en pie. Ambos estaban atemorizados por su comportamiento, y no podía culparlos por ello.

—¿Qué demonios está pasando? —exigió saber Shonai.

La tapa del baúl se abrió y Barzano contestó mientras rebuscaba algo en su interior.

—¿Recuerdas la mecha esa de la que hemos estado hablando?

—Sí, por supuesto.

—Bueno, pues resulta que es mucho más corta de lo que pensábamos. Nuestros enemigos acaban de subir las apuestas. Tomad —les dijo Barzano mientras les arrojaba una pistola a cada uno—. ¿Sabéis cómo utilizarlas?

—No, la verdad es que no —admitió Corteo.

—¿Gobernadora?

—No. Jamás en mi vida he disparado un arma.

—Por todos los… Bueno, nunca es tarde para empezar a aprender.

Les demostró rápidamente cómo se amartillaba el arma y cómo se recargaba.

—Cuando disparéis, apuntad un poco más bajo de donde queráis dar, porque tienen un retroceso como el de un grox cabreado.

—Pero ¿contra qué se supone que tenemos que disparar? —protestó la gobernadora—. ¿Qué es lo que está pasando?

Barzano se agachó de nuevo sobre su baúl y sacó una espada de hoja estrecha con un intrincado diseño grabado a lo largo de toda la hoja. Se puso en pie y vieron que empuñaba en la otra mano una pistola con una especie de bobina alrededor del extremo plano de su cañón. Ya no lucía los modales parlanchines habituales en él; en su lugar mostraba una seriedad y una gravedad tremendas.

—Nuestros enemigos han enviado contra nosotros unas criaturas de las profundidades del infierno para cazarnos, y no se detendrán hasta que las matemos o nos maten.

Barzano apretó una runa que había en el pomo de la espada y tanto Shonai como Corteo dieron un respingo cuando el arma se encendió y una llamarada de color ámbar rodeó la hoja en una serie de espirales de energía.

—¡Una espada de energía! —exclamó Corteo sorprendido—. Pero ¿qué clase de adepto eres?

Barzano sonrió, pero no había humor en su gesto.

—De la peor clase —le aseguró a Corteo.

El hermano Cleander podía oír los disparos, tanto el fuerte estampido de los proyectiles de bólter como el chasquido de los rifles y las pistolas láser. El eco le llegaba rebotado por las paredes mientras, fuese cual fuese su objetivo, se iba acercando más y más.

El eco y los pasillos sinuosos hacían imposible determinar desde qué dirección se estaba acercando el enemigo, de modo que Cleander cubrió un acceso mientras el hermano Dambren cubría el otro.

Cleander deseó poder acudir en ayuda de sus camaradas, pero estaba cumpliendo lo ordenado: defender los aposentos del adepto. Cleander era ciudadano de Macragge, y moriría antes que abandonar su puesto.

Los estampidos de los disparos del hermano Dambren fueron la primera señal de que sus enemigos habían llegado hasta ellos. Cleander se giró y vio a tres criaturas monstruosas lanzadas a la carga contra ellos. Unió sus disparos a los de Dambren y entre los dos despedazaron a la bestia que iba en cabeza con una lluvia de proyectiles explosivos que estallaron en su interior.

Pero la velocidad de las bestias era increíble, y apenas había muerto la primera cuando ya estaban encima de ellos. Cleander se dejó caer al suelo cuando una de las bestias se abalanzó sobre él, rodó y disparó contra ella mientras le pasaba por encima. Falló y sus proyectiles abrieron grandes agujeros en las piedras del techo.

Miró a su alrededor y vio que los dientes de la otra bestia atravesaban un brazo del hermano Dambren para después arrancárselo de cuajo en medio de una cascada de sangre. No tuvo tiempo de acudir en ayuda de su hermano porque la bestia que estaba ante él saltó de nuevo.

Cleander disparó, y un proyectil atravesó la panza de la criatura. Aulló de furia, pero siguió avanzando hasta aterrizar de un salto en el pecho de Cleander. Los dos cayeron hacia atrás contra la puerta, rompiéndola en astillas al atravesarla y entrar de aquel modo en el aposento del adepto.

Shonai lanzó un grito cuando la puerta estalló hacia dentro reventada por uno de los Ultramarines de guardia que se defendía de una bestia nacida de la peor de sus pesadillas que le lanzaba zarpazos continuados a su casco. Su largo cuerpo relucía con un brillo iridiscente, con un tono púrpura rojizo repugnante y una serie de huesos espinosos que le salían por el lomo. Su enorme cabeza estaba rematada por cuernos, y de sus colmillos goteaba sangre. Cada extremidad musculosa acababa en unas feroces garras afiladas, y sus ojos eran completamente negros, muertos y sin emoción.

Barzano se lanzó a por la bestia y blandió su espada contra la cabeza del engendro infernal que tenía delante.

La enorme criatura tenía una agilidad increíble para un ser de su tamaño ya que logró agachar su espantosa cabeza por debajo de la hoja centelleante y saltó para alejarse del marine espacial sobre el que estaba agachada. Atacó a Barzano con una de sus garras y falló por muy poco, arrancando un gran trozo de madera de la pesada mesa de escritorio.

Cleander rodó hacia la bestia y rodeó con sus poderosos brazos el cuello de la criatura. Esta intentó morder al marine espacial, y sus garras ennegrecidas atravesaron con facilidad la placa pectoral de su armadura. La sangre comenzó a manar por los agujeros y Cleander gruñó de dolor cuando la piel comenzó a arderle por el contacto con la bestia.

—¡Quítate de en medio! —le gritó Barzano apuntando con su pistola de plasma.

Cleander hizo caso omiso del grito del adepto y agarró con mayor fuerza al pataleante monstruo lanzando su propio rugido de batalla cuando las garras y los colmillos de la bestia empezaron a destrozarle la armadura. La segunda bestia apareció en el umbral del aposento, con sus tremendas mandíbulas goteando sangre, y Barzano cambió de objetivo.

El rayo de plasma al rojo blanco atravesó el costado de la bestia y la lanzó de espaldas. Un icor asqueroso surgió de la herida y la criatura se desplomó en el suelo, con la materia que la componía deshaciéndose rápidamente.

Cleander luchó por su vida con la última criatura, intentando en vano mantener a raya sus garras, pero sabía que era un enfrentamiento que no podía ganar. La bestia era mucho más fuerte que él. Aquel perro demoníaco le pegó un mordisco a Cleander en la cara con sus tremendas fauces y le empujó la cabeza contra el suelo de piedra. El casco crujió bajo el impacto y su presa sobre el cuello de la bestia se aflojó durante una fracción de segundo.

Era lo único que necesitaba la criatura. Sus garras subieron en un instante y cayeron sobre la placa pectoral de Cleander, desgarrándola y casi arrancándole las costillas.

Corteo y Shonai dispararon contra la bestia herida, pero ninguno había disparado jamás un arma y sus disparos salieron desviados.

Barzano los echó a un lado cuando la bestia que había matado a Cleander sacó sus garras de su pecho y se dirigió hacia él. Se movía con mayor lentitud, pero era muy capaz todavía de matarlos a todos ellos. La pistola de plasma estaba zumbando: sus células de energía estaban recargándose y Barzano sabía que no podía utilizarla todavía.

La bestia se alzó sobre sus patas traseras y cargó con un salto.

Ario Barzano se lanzó hacia adelante y rodó por debajo de sus letales garras.

Se puso de rodillas y lanzó un mandoble bajo y semicircular con su espada de energía.

La hoja le cortó las patas traseras a la bestia, que se derrumbó pataleando furiosamente con los muñones cauterizados de sus muslos.

Barzano se puso en pie de un salto y se quedó al lado de la gobernadora Shonai y de Leland Corteo mientras la bestia avanzaba hacia ellos arrastrándose sobre sus patas delanteras y la materia que la formaba se deshacía en vaharadas humeantes de oscuridad a medida que se acercaba.

Tan sólo quedaban su torso, que se disolvía rápidamente, y su cabeza cuando Barzano avanzó a su vez, dirigió la punta de la espada hacia abajo y atravesó con ella el cráneo del monstruo.

Barzano se dejó caer junto a sus restos goteantes y desclavó la espada del suelo justo cuando el sargento Learchus y su escuadra llegaron.

Learchus cayó de rodillas al lado del cadáver de Cleander y cerró el puño en un gesto de rabia. Barzano lo dejó a solas con su dolor y se giró hacia Mykola Shonai y Leland Corteo, ambos con el semblante gris. Tiró la pistola sobre la cama y desactivó la espada, dejándola sobre los restos destrozados de la mesa.

—Lo mataste —dijo Shonai con un jadeo—. ¿Cómo lo lograste?

—Será mejor que te lo explique —le contestó Barzano. Se acercó al cuadro de Forlanus Shonai, lo echó a un lado y dejó a la vista la caja de seguridad empotrada en la pared.

Tecleó un código de diez dígitos y abrió la puerta.

Dentro había una caja, que sacó y colocó en el suelo, a su lado.

Barzano metió la mano de nuevo y sacó del fondo un objeto de menor tamaño. Se lo entregó a Shonai, que lo tomó en la mano con una mezcla de asombro y de miedo.

Sostuvo en alto un bloque rectangular de zafiro, no mayor de quince centímetros por ocho, y con una anchura de menos de cinco centímetros. Habría sido un objeto más si no hubiese sido por el símbolo que tenía engastado.

Un cráneo con la letra «I» mayúscula estampada en relieve.

La gobernadora Shonai levantó la vista para mirar al rostro del hombre que ya no conocía.

—Soy Ario Barzano —le dijo—. De la sagrada Orden de la Inquisición del Emperador.



CATORCE

A las siete en punto exactas de la mañana siguiente a los hechos ocurridos durante y después de la manifestación del Colectivo de Trabajadores en la plaza de la Liberación, los tanques de los campamentos de defensa planetaria de Kharon salieron por las puertas de su base y siguieron la autopista 236 hacia Puerta Brandon. A los veinticinco minutos, la columna de cuarenta tanques, vehículos Leman Russ Conqueror fabricados en Pavonis y con el anagrama del proyectil de artillería de la corporación Taloun, llegaron a las afueras de la ciudad, avanzando con un estruendo sordo hacia el centro, en dirección al palacio imperial.

Un mensaje repetido de forma constante salía de los altavoces de cada tanque proclamando que aquella maniobra tenía como único fin el mantenimiento de la paz, y que la gente no debía temer nada. Los habitantes de Puerta Brandon se arriesgaban a echar unas cuantas miradas furtivas a la columna de tanques que pasaban rugiendo, temerosas, de todos modos, de lo que pudiera avecinarse después de aquello. Los vehículos blindados pasaron de largo por los principales centros de población y los manufactorums más importantes, y sólo se detuvieron cuando llegaron a los muros de mármol de la ciudad interior.

Una hora después de que los tanques de los Taloun salieran a la calle, otros vehículos blindados partieron de los campamentos de la FDP mantenidos por las corporaciones aliadas a Taloun. Los tanques que lucían el emblema de De Valtos partieron de sus bases en la cadena montañosa de Tarmegan, y los transportes de tropas de otras seis bases mantenidas por las corporaciones se pusieron en marcha en dirección a Puerta Brandon.

Cuando llegó el mediodía, ciento diecinueve tanques y más de siete mil soldados de infantería estaban desplegados alrededor de los límites de la ciudad. Los altavoces quedaron en silencio y una señal de comunicación se repetía por todos los canales de radio, anunciando la intención de la FDP de restaurar la paz que obviamente la gobernadora no había podido mantener. Sin embargo, por respeto a su cargo, ninguno de los tanques entraría en la ciudad hasta que su poder blindado fuese necesario. Los nerviosos habitantes de la ciudad se preguntaron qué querría decir exactamente aquello.

A pesar de las repetidas órdenes impartidas por Mykola Shonai, ninguna de las unidades de la FDP que se habían movilizado se retiraron de las afueras de la ciudad, y Puerta Brandon se convirtió a todos los efectos en una ciudad sitiada en silencio.

Uriel quedó asombrado por los destrozos que aquellas bestias infernales habían provocado cuando llegó cojeando al umbral del aposento de Ario Barzano. La Thunderhawk había aterrizado hacía menos de una hora, y su estado de ánimo se ensombreció de nuevo al recordar el rostro apenado de Learchus cuando le informó de la muerte de Cleander y de otros tres hermanos de batalla.

Pasanius entró en la estancia detrás de él, y ambos se agacharon para pasar por debajo del dintel. El enorme sargento llevaba un recipiente de estasis donde se encontraban los fragmentos metálicos recogidos en la colina de Caernus IV.

A pesar de los cuidados del apotecario Selenus, a Uriel todavía le causaba dolor moverse debido a las heridas infligidas por el hacha del jefe eldar y a los mordiscos de sus abominables mascotas. Viviría, pero su corazón rebosaba de ansias de venganza contra el guerrero de rostro muerto.

Barzano estaba de espaldas, con las manos apoyadas en una caja de aspecto antiguo que se encontraba sobre una mesa de escritorio rota y a punto de desplomarse. Estaba hablando en voz baja con la gobernadora Shonai y con Leland Corteo. Lortuen Perjed estaba sentado en el borde de la cama, mientras que Jenna Sharben y el sargento Learchus se encontraban, inmóviles, al fondo de la estancia. El sargento tenía su pistola bólter y su espada sierra desenvainadas, preparado.

Barzano se dio la vuelta al oír las pisadas de Uriel, y el capitán de la cuarta compañía quedó asombrado por el cambio que había sufrido el individuo. Learchus ya había informado a Uriel sobre la verdadera identidad de Barzano, y, al principio, el capitán se había reído de la idea de que el adepto fuera verdaderamente un inquisidor.

Pero al verle, no tuvo ningún problema en aceptar el hecho. Barzano ya no mantenía aquella postura medio agachada y ligeramente servil del típico adepto del Administratum. Vestido con una túnica suelta y con unas botas altas hasta la rodilla, con su pistola y su espada colgadas al cinto, mantenía el cuerpo erguido y con una cierta pose orgullosa. Avanzó hacia el capitán y le estrechó una mano mientras le ponía la otra a la altura del codo. Sus ojos brillaban con una determinación feroz.

—Capitán Ventris, rezo por los caídos con honor. Tuvieron una buena muerte.

Uriel asintió para mostrar su agradecimiento y Mykola Shonai se acercó para colocarse al lado del inquisidor.

—Me alegro de verle de nuevo, capitán —le dijo—. Yo también rezo por sus hermanos caídos, y espero que no tengan que caer más en defensa de nuestro planeta.

—Será lo que el Emperador desee —le contestó Uriel, y le hizo un gesto a Pasanius para que avanzara. El sargento colocó el recipiente al lado de la caja.

—¿Qué es lo que me has traído, Uriel? ¿Acaso es algo de la nave eldar?

—No, procede de uno de los mundos atacados por los piratas.

—¿Qué es? —dijo Barzano mientras desactivaba el sello de estasis y levantaba la tapa.

—Esperaba que nos lo pudieras decir. Lo sacamos de la ladera de una colina compuesta casi por completo de metal. Según la población local y un superviviente del ataque, el metal era líquido, y sus herreros lo utilizaban para fabricar espadas y arados. Aunque esto era así desde hacía generaciones, el metal lograba regenerar de algún modo los trozos que le arrancaban.

El rostro de Barzano palideció de forma visible cuando metió la mano en el recipiente y sacó el fragmento de metal ligeramente brillante. Abrió los ojos de par en par mientras recorría con los dedos la escritura angular grabada sobre el metal.

Mientras Uriel lo miraba, los últimos restos plateados del centro del metal se convirtieron en vetas oxidadas de color rojizo y su brillo

desapareció por completo. Barzano colocó el trozo de metal sobre la mesa con cuidado, de un modo casi reverente, y levantó los ojos para mirar a Uriel.

—¿Dijiste que había un superviviente? Supongo que se encuentra a bordo del Vae Victus a la espera de un interrogatorio.

—No. Estaba herido de muerte. Ordené que el capellán Clausel le administrara el Finis Rerum y le enterramos en su hogar.

Barzano se esforzó por contener la rabia que sentía ante el hecho de que aquella valiosa fuente de información hubiese sido eliminada con tanta ligereza y se limitó a asentir.

—Muy bien —logró decir por fin, y miró la caja fuerte cerrada sobre la que tenía apoyada una mano.

—¿Y bien? —inquirió Uriel señalando el trozo de metal—. ¿Qué es?

Barzano se irguió por completo y contestó.

—Esto, mi querido capitán, es un fragmento sacado de los restos del naufragio de una nave estelar hace más de cien millones de años. También es la razón por la que me encuentro en Pavonis.

—Cien millones de años —murmuró Leland Corteo—. Eso es imposible. La humanidad no llegó a las estrellas hasta hace cincuenta mil años.

—No he dicho que fuera una nave humana —le replicó con brusquedad Barzano.

—¿Esto tiene algo que ver con los problemas que ha estado sufriendo Pavonis? —le preguntó Mykola Shonai.

—Me temo que sí. ¿Recuerdas que estaba convencido de que existía un motivo de más peso para todo lo que estaba ocurriendo? Es este. Alguien de este planeta está intentando descubrir el paradero del resto de la nave.

—¿Qué podría conseguir nadie con su recuperación? —preguntó Uriel.

—Poder —contestó simplemente Barzano.

—Pues si sabes dónde está, dime su localización y el Vae Victus la destruirá.

—Ah, Uriel. Si fuese tan fácil como eso. No existe en esta realidad, tal como nosotros la entendemos. Va a la deriva por el tiempo, pasando

continuamente de este universo al immaterium. Ojalá permaneciese así por toda la eternidad.

—¿Por qué la temes tanto?

Barzano levantó la mano de la caja cerrada, colocó el pulgar en la cerradura genética y se agachó delante de la cerradura, permitiendo así que el espíritu guardián de la caja confirmase su identidad.

Por último, tecleó un código de trece dígitos en la tapa y pronunció la palabra de apertura. La tapa se abrió y el inquisidor sacó un libro de aspecto pesado con flejes de hierro y trece pequeños cerrojos dorados que mantenían cerradas sus páginas. Los cierres parecían frágiles, pero todos ellos llevaban grabados sellos hexagrámicos de gran poder.

Barzano fue tocando uno por uno cada cierre, susurrando como si intentase convencer a los candados para que le permitieran acceder al valioso libro. Y uno por uno, los cierres fueron abriéndose hasta que Barzano se irguió cuando la quejumbrosa tapa del libro se abrió lentamente sin la ayuda de una mano humana.

Uriel dejó escapar un siseo y los demás retrocedieron alarmados. Barzano inspiró profundamente y cerró los ojos. Uriel notó una leve descarga eléctrica recorrerle el cuerpo. El libro pareció palpitar al compás de la respiración del inquisidor, y Uriel se dio cuenta de que una mano le bajaba de forma involuntaria hacia su pistola. ¡Aquello era brujería!

Barzano extendió la palma de una mano hacia Uriel y meneó la cabeza con un gesto negativo.

—No, capitán. Le estoy rogando al espíritu que se encuentra en el interior del libro que nos conceda una parte de su sabiduría.

—¿Un espíritu dentro del libro? —siseó Uriel.

—Sí. Habrás oído la expresión «El conocimiento es poder», ¿verdad? ¿Creías que no eran más que palabras vacías? El conocimiento es realmente poder, y el conocimiento tiene poder.

Uriel murmuró una oración protectora al ver el libro contraerse y dilatarse como un corazón palpitante. Entonces se dio cuenta de que sólo existía un modo de que Barzano le hubiera, como él había dicho, rogado al espíritu del libro.

—¿Eres un psíquico?

—Algo parecido —admitió Barzano con el ceño fruncido por el esfuerzo de tener que hablar—. Soy un émpata. Puedo percibir sentimientos y emociones fuertes.

El libro pareció hincharse de repente y sus páginas comenzaron a pasar como si las moviese un fuerte viento, con mayor rapidez de la que podía seguir un ojo humano. De repente, el libro se detuvo en un punto concreto, y sus páginas amarillentas parecieron suspirar al inmovilizarse.

Barzano se relajó y abrió los ojos. Uriel se dio cuenta de que tenía la frente cubierta de sudor. Un pequeño hilillo de sangre le salía de la nariz, pero se lo limpió y se inclinó sobre las páginas que el libro había dejado abiertas.

Uriel, Pasanius, Shonai y Corteo se acercaron cautelosamente.

El capitán de los Ultramarines no pudo entender al principio qué era lo que estaba viendo. Las páginas parecían estar llenas de garabatos escritos por una mano enfebrecida, con cientos de palabras escritas unas encima de otras y girando en circunferencias enloquecidas o tachadas con ferocidad.

—¿Qué es esto? —preguntó Shonai.

—Son parte de los escritos de un tecnoabad herético: Corteswain.

—¿Y quién era?

—Corteswain pertenecía a los Adeptus Mechanicus. Viajó por toda la galaxia en busca de yacimientos arqueológicos con sistemas PCE en funcionamiento. En vez de eso, encontró la locura.

Uriel conocía la búsqueda incesante de los Adeptus Mechanicus para encontrar sistemas de Plantillas de Construcción Estándar, tecnología arcana de un valor incalculable, más allá de toda imaginación. Todas y cada una de las piezas de la tecnología imperial eran un derivado de los pocos y preciados fragmentos de sistemas PCE que quedaban en manos de los Adeptus Mechanicus. Incluso el más leve rumor de la existencia de un PCE provocaba la organización y partida de flotas enteras de exploradores en busca de aquel valioso tesoro.

Barzano continuó con su relato.

—Corteswain fue el único superviviente de una expedición a un mundo muerto, cuyo nombre se ha perdido desde hace mucho tiempo, en busca de tecnología PCE. Algo atacó su expedición, y Corteswain proclamó después que fue llevado a un planeta más allá de esta galaxia por un ser de inimaginable poder al que él calificó de un dios.

—¿Un dios? —susurró Shonai.

—Sí, un dios. Proclamaba que había visto el verdadero rostro del Omnissiah, el Dios Máquina. Ni que decir tiene que aquello no le hizo muy popular entre algunas facciones del Adeptus Mechanicus, que lo acusaron de ser un blasfemo. Provocó un cisma en la organización que todavía existe hoy en día, y, al cabo de un año, Corteswain desapareció del omniasterio de Selethoth donde había estado predicando su dogma.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Uriel.

Barzano se encogió de hombros.

—No lo sé. Probablemente sus rivales lo secuestraron y lo mataron. Sin embargo, algunos de sus escritos sobrevivieron, sacados del omniasterio por sus acólitos.

—¿Y qué significa? Apenas puedo sacar nada en claro —comentó Shonai después de ponerse las gafas.

—Este párrafo en concreto habla de una nave que Corteswain dice haber visto —respondió Barzano señalando un trozo de escritura apenas legible en la esquina de una página.

Sus dedos recorrieron los bordes de una luna en cuarto creciente mal dibujada que llevaba una pirámide en el centro.

Uriel entrecerró los ojos esforzándose por leer las palabras que estaban garabateadas en el pergamino, justo por debajo del esbozo. Las mismas palabras estaban escritas una y otra vez, en cada ángulo, en cada dirección, solapándose y retorciéndose sobre sí mismas.

Sus ojos siguieron el segmento menos intrincado de la escritura angulosa y fina y pronunció sin sonido las palabras a medida que las iba uniendo.

Comprendió por fin lo que las palabras querían decir, y los pelos de la nuca se le erizaron al darse cuenta de que ya las había oído antes: de los

labios quemados de un hombre al borde de la muerte.

Portador de la Noche.

Barzano lo miró de repente y Uriel recordó que el inquisidor podía sentir sus emociones.

—Uriel —dijo Barzano lentamente—. ¿Esas palabras significan algo para ti?

Uriel asintió.

—Sí. El superviviente de Caernus IV, un hombre llamado Gedrik, me habló de eso justo antes de morir.

—¿Qué te dijo? ¡Deprisa! —le conminó con un siseo.

—Me dijo que la Muerte de los Mundos y el *Portador de la Noche* esperan nacer en esta galaxia, y que en mis manos estaría decidir cuál de ellos. ¿Sabes lo que me quiso decir con eso?

—No —respondió Barzano, quizá con demasiada rapidez—. No lo sé. ¿Qué más te dijo?

—Nada. Murió poco después —contestó Uriel, y luego señaló el esbozo del dibujo de una luna en cuarto creciente que había en el libro—. Así que el *Portador de la Noche* es una nave alienígena. ¿Qué es lo que puede hacer?

—Puede destruir las mismísimas estrellas absorbiendo toda su energía, y de ese modo dejar completamente sin vida todo un sistema estelar. Y puede hacerlo en cuestión de pocos días. ¿Entiendes ahora la gravedad del asunto?

Uriel asintió de nuevo.

—Entonces debemos encontrarla antes que los eldars.

—Estoy de acuerdo. También debemos descubrir con quién están aliados aquí en Pavonis —añadió Barzano mientras comenzaba a recorrer arriba y abajo su aposento con las manos entrelazadas a la espalda.

—El jefe de los eldars dijo un nombre mientras combatíamos. Quizás era el de su cómplice.

Barzano dejó de andar y se giró en redondo para mirar a Uriel con un gesto de incredulidad en su rostro.

—¿Que dijo un nombre? —siseó Barzano—. ¿Cuál? ¡Deprisa, hombre!

—No estoy seguro de que se tratara de un nombre. Era una de sus impías palabras, sonaba parecido a… karsag, o algo así.

Barzano frunció el ceño y miró a Shonai.

—¿Ese nombre significa algo para ti? ¿No es una de las corporaciones de este planeta?

—No. No reconozco la palabra.

—Capitán Ventris —dijo de repente Lortuen Perjed—. ¿Es posible que la palabra que escuchara quizá fuera kyerzak?

Uriel cerró los ojos y se imaginó al guerrero de rostro muerto, recordando las palabras de sonido áspero que surgieron de su boca sin expresión. Asintió finalmente.

—Sí, adepto Perjed. Creo que es muy posible que ésa sea la palabra.

Barzano se acercó corriendo a su ayudante y se arrodilló delante del anciano, agarrándole los hombros con fuerza. Tenía la cara encendida por el nerviosismo.

—Lortuen, ¿sabes lo que quiere decir esa palabra? ¿Es un nombre?

Perjed negó con la cabeza.

—No, no es un nombre. Es más bien un término de tratamiento. Sus raíces son ciertamente eldars en su origen, y se utiliza para hablar de alguien que debe ser tratado con respeto.

Barzano dejó caer las manos desde los hombros de Perjed y se puso en pie, perplejo.

—Aunque eso es muy útil, no nos proporciona ninguna pista sobre quién puede ser la persona que está confabulada con los eldars.

—Al contrario, mi querido Ario, nos dice exactamente quién es esa persona.

—¿De veras? —se sorprendió Barzano—. Lortuen, explícate. No tenemos tiempo para disfrutar de tu sentido de lo dramático.

—La palabra kyerzak significa «el honorable», pero Lasko Pyre nos cuenta en sus escritos de cómo los torturadores de la raza siniestra de los eldars, los hemónculos, le dijeron que debía apreciar el honor que le estaban haciendo al infligirle en su carne el dolor más sublime que habían podido imaginar para él.

Uriel y Barzano llegaron a la misma conclusión mientras Perjed seguía hablando.

—Verás, la raza siniestra ha corrompido el uso de la palabra, envileciendo su significado para referirse a alguien que ha sido honrado con su arte más doloroso.

Shonai cerró los puños y siseó con rabia el nombre del causante de todos sus problemas.

—Kasimir de Valtos.

El control de defensa orbital, construido en el interior de un bunker reforzado en el ala oriental del palacio, estaba encargado de vigilar el tráfico aéreo y espacial en la zona local que rodeaba a Pavonis. Estaba muy fortificado y era autosuficiente, con sus propios circuitos y generadores de energía, aparte de disponer de suministros suficientes que le permitirían defender Pavonis durante un año sin ningún contacto con el exterior.

La técnica segunda Lutricia Vijeon estaba sentada en su puesto de control, vigilando el espacio que rodeaba a Pavonis en busca de cualquier señal de tráfico no autorizado.

Su oficial superior, Danil Vorens, estaba sentado de espaldas a ella en su puesto de mando observando una visualización holográfica proyectada delante de él.

Lutricia vio una débil señal de respuesta en su aparato de sondeo y reconocimiento y comenzó a anotar la hora de aparición en su registro. Tenía que ser una nave: era demasiado grande para ser ninguna otra cosa. Revisó los planes de vuelo que tenía sobre su mesa de trabajo para comprobar si se esperaba algo en aquel sector de su responsabilidad. No había nada anotado, y ajustó las runas para definir con mayor claridad la imagen de la pantalla.

No se parecía a nada que hubiera visto antes. Tenía una proa larga y afilada, y lo que parecían unas grandes velas surgiendo de la zona de máquinas. ¿Qué demonios era aquello?

La imagen flotaba de un lado a otro en la pantalla, con los contornos borrosos a pesar de que ella intentaba determinar con exactitud su forma y tamaño. La imagen se enfocó justo cuando una pesada mano se posó en su hombro y apretó con fuerza. Dio un respingo y levantó la mirada: era el rostro ceñudo de Danil Vorens.

—Señor, acabo de captar esta señal en… —comenzó a decir la técnica segunda.

—Ya lo sé, Vijeon. Todo ha sido anotado como es debido. Lo he autorizado en persona —le dijo Vorens apagando su aparato detector.

—Oh, ya veo. Pero ¿no deberíamos anotarlo para el informe diario?

—No, Vijeon —le susurró Vorens, acercándose más a su oído y apretándole con mayor fuerza todavía el hombro—. Esa nave no ha estado aquí y tú no la has captado en tus detectores. ¿Entendido?

Vijeon no lo entendía, pero no iba a contestarle eso a Vorens.

Y de todas maneras, ¿a ella qué le importaba?

Asintió y conectó su detector a otra zona del espacio.

Era obvio que Vorens había estado esperando la llegada de aquella nave.

La cañonera Thunderhawk de los Ultramarines aterrizó en la residencia campestre de Kasimir de Valtos, a los pies de las colinas Owsen, a casi setenta y cinco kilómetros al oeste de Puerta Brandon.

—¡Todos fuera! —gritó Uriel saliendo a la carga de la panza de la cañonera con el bólter preparado.

Salió al sol vespertino y vio todo el esplendor de la propiedad de Kasimir de Valtos expuesto a su vista. Una gran casa con múltiples alas se alzaba en mitad de los campos, con dos carruajes negros parados delante de la puerta principal. Los Ultramarines se desplegaron y formaron un perímetro defensivo mientras la cañonera se elevaba de nuevo dejando atrás una tremenda estela de humo.

Uriel le indicó por gestos a la escuadra de Dardino que avanzara por la izquierda, y a la de Venasus que lo hiciera por la derecha, mientras que él se dirigía con la de Pasanius hacia la entrada principal.

La puerta ya estaba abierta, y Uriel entró a la carrera en el vestíbulo de suelo de losas de mármol. Los Ultramarines que le seguían pasaron en

tromba por la entrada y Uriel los dirigió con gestos de la mano hacia los distintos puntos de la casa. Les indicó a Pasanius y a otros dos marines espaciales que lo acompañaran y se lanzó escaleras arriba, buscando objetivos de modo constante con su bólter.

El rellano superior de la escalera estaba vacío, y un largo pasillo cubierto de moqueta se extendía a derecha y a izquierda.

A la derecha, el pasillo llegaba a una esquina y desaparecía de la vista, mientras que a la izquierda acababa en una gran puerta de roble. Algo le decía a Uriel que la casa se encontraba abandonada, pero su instinto de soldado estaba demasiado bien entrenado para no considerar aquella casa como un entorno hostil.

Uriel y Pasanius recorrieron con lentitud el pasillo hacia la izquierda, con los bólters apuntando a la puerta. Los sensores automáticos de la armadura no detectaron ningún sonido al otro lado de la puerta, aunque pudo distinguir un leve olor inquietante.

Uriel arrancó de cuajo la puerta de su marco de una patada y entró agachado y con rapidez, con Pasanius a su espalda y los bólters moviéndose de izquierda a derecha. Dado lo limitado del espacio en una casa, Pasanius había optado por cambiar su lanzallamas, su arma preferida, por un bólter. Uriel pudo distinguir a su espalda los ruidos de los demás Ultramarines que también echaban abajo a patadas otras puertas en su búsqueda habitación por habitación.

El hedor le golpeó antes de darse cuenta siquiera de qué era lo que estaba mirando en la cama.

Había sido un ser humano, antaño, pero casi todo vestigio de humanidad le había sido arrancado del cuerpo con cuchillas, sierras, agujas y fuego. Un halo dorado de cabello rubio rodeaba la cabeza del cadáver, con el cráneo sonriente desprovisto de piel por debajo de los ojos, que habían sido sacados de sus cuencas con unos fragmentos manchados de sangre de un espejo roto, cuyos otros restos crujieron bajo los pies de los Ultramarines.

Uriel sintió que la bilis le subía por la garganta ante aquella visión.

—¡Por la memoria de Guilliman!

Pasanius bajó su bólter al ver todo aquel horror.

—Por el Emperador, ¿quién podría hacer algo semejante?

Uriel no tenía respuesta para aquella pregunta.

A pesar de las horribles mutilaciones, el capitán reconoció las facciones de Solana Vergen, y añadió su nombre a la lista de aquellos por los que buscaría venganza contra Kasimir de Valtos.

El sargento Venasus dirigió con cuidado a su escuadra por la parte baja de la residencia del traidor. Allí hacía más frío. Los sensores de su armadura mostraban que había un descenso de catorce grados.

Hasta aquel momento no habían encontrado nada, pero Venasus deseaba fervientemente encontrar algún enemigo. Tres de sus hombres habían muerto en la nave alienígena y quería cobrarse en sangre sus muertes.

El pasillo de piedra desnuda llevaba hasta una puerta de hierro cerrada con un candado. Venasus no perdió el tiempo y la abrió de una patada bien dirigida. El sargento atravesó rápidamente el umbral, con sus hombres pegados a sus talones. La estancia estaba completamente a oscuras, pero los sensores automáticos de su armadura se encendieron inmediatamente.

Vio el brillo del metal a su izquierda. Una sonriente calavera avanzó en la oscuridad de la habitación. Venasus apuntó con su bólter y abrió fuego contra la espectral aparición.

Uriel oyó el tableteo de los disparos desde el piso superior y bajó a la carrera siguiendo las escaleras hasta los niveles inferiores de la residencia. La sangre le palpitaba con fuerza en las venas: tenía la esperanza de que hubiera enemigos a los que poder matar; sentía el corazón ansioso de venganza.

Cuando llegó al lugar donde se habían producido los disparos, vio que todavía no iba a tener oportunidad de vengarse. Hacía frío en el pasillo y sus paredes estaban cubiertas de humedad.

El sargento Venasus estaba de pie en el umbral de una puerta sacada de quicio que daba a una estancia poco iluminada.

—Informe —ordenó Uriel.

—Una falsa alarma, capitán. Fui el primero en entrar y distinguí lo que creí un objetivo. Abrí fuego, pero fue un error.

—Asígnate diez días de ayuno y rezos para expiar unos rituales de disparo poco estrictos.

—Sí, capitán.

—¿Y contra qué disparaste, sargento?

Venasus se quedó callado un momento antes de contestar.

—No estoy seguro. Es una especie de esqueleto metálico. No sé exactamente qué es.

El sargento se apartó para dejar que Uriel y Pasanius entraran en la habitación. Un único globo de brillo iluminaba de modo deficiente la pequeña estancia, que parecía el taller de algún mecánico loco. Todo tipo de herramientas yacían encima de unos bancos de trabajo desportillados y ennegrecidos. Era algo difícil determinar para qué se utilizaban exactamente. En una de las esquinas se encontraban los restos destrozados del objetivo del sargento Venasus. Tal como el sargento había dicho, parecía un esqueleto metálico. La superficie que antes había sido sin duda reluciente, estaba cubierta por una pátina de óxido verde, y sus miembros estaban retorcidos en ángulos antinaturales.

Otro esqueleto de metal oxidado reposaba en uno de los bancos de trabajo. De su pecho abierto salían puñados de cables que acababan en unas hileras de baterías amarillas con letras rojas pintadas en sus lados. Los paneles de su cráneo y de su pecho habían sido forzados y abiertos, y Uriel echó un vistazo al interior de su grotesca anatomía. Parecía un cráneo humano con los huecos de los ojos y su sonrisa esquelética, pero había algo espantosamente alienígena en su fisonomía, como si su creador hubiese pretendido mofarse de la perfección de la humanidad.

La forma metálica le produjo repulsión a Uriel, aunque no supo decir exactamente por qué. Quizás era la odiosa malignidad que irradiaba su rostro sin expresión. Quizás era el parecido del metal a la sustancia que habían recogido bajo la ladera de la colina en Caernus IV.

—En el nombre de todo lo sagrado, ¿qué es eso? —preguntó Pasanius.

Uriel negó con la cabeza.

—No tengo ni idea, amigo mío. Quizás es uno de los tripulantes de la nave de la que nos habló Barzano.

Pasanius señaló la máquina que estaba sobre la mesa de trabajo.

—¿Crees que está muerto?

Uriel se acercó hasta allí y arrancó los cables metálicos de la cabeza y el pecho del esqueleto metálico.

—Ahora lo está —le contestó.

Uriel observó cómo la temperatura del lector de su visor descendía lentamente mientras se acercaba a la última puerta. El vapor salía siseando de la unidad de energía que llevaba en la parte dorsal de la armadura, y tuvo un mal presentimiento a medida que se acercaba al portal cubierto de óxido.

La puerta no estaba cerrada. Una rendija de oscuridad y de luz parpadeante se abría a uno de sus lados. Unas volutas de aire en condensación salían del interior.

Miró un momento a su espalda. Pasanius, Venasus y otros seis Ultramarines estaban preparados para asaltar la estancia en cuanto diera la orden. El resto de los hombres bajo su mando estaban poniendo la casa patas arriba en busca de alguna pista que les indicara adónde había huido De Valtos. Le hizo un gesto de asentimiento a Pasanius y lanzó una patada a la puerta de metal.

La hoja se estampó contra la pared interior, y Pasanius entró a la carrera con Venasus pegado a él. Uriel entró detrás de ellos y cubrió la zona de peligro del lado ciego de sus compañeros mientras los demás guerreros entraban también a la carga.

Uriel oyó el tintineo de unas cadenas y unos leves quejidos procedentes del centro de la estancia. La visión automática de su equipo interno estaba teniendo problemas para ajustarse a la luz parpadeante, por lo que la desconectó y encendió los locos de la armadura. Los demás Ultramarines siguieron su ejemplo, y el horror que se encontraba en el centro de la estancia octogonal se hizo claramente visible.

Había un esqueleto humano sobre una mesa hedionda llena de restos y de sangre. Los huesos todavía estaban ensangrentados, y la materia que los había cubierto hasta hacía poco estaba suspendida por encima de ellos.

Unos trozos de carne humana colgaban del techo sostenidos por decenas de ganchos de carnicero, y cada uno de ellos estaba colocado a la altura

exacta para reproducir la silueta del cuerpo que habían formado con el esqueleto. Como si se hubieran quedado congelados en el aire un milisegundo después de sufrir una explosión interna, los músculos y los órganos de Taryn Honan colgaban suspendidos por encima de su esqueleto, con cada trozo adiposo de su cuerpo unido mediante los tendones y las venas palpitantes.

—Por el alma del Emperador —susurró Uriel, horrorizado más allá de lo razonablemente creíble.

La cabeza de Honan era un rompecabezas segmentado e interconectado de trozos de carne. Las mejillas temblorosas y las papadas recortadas envolvían su cerebro humeante, y todo palpitaba en una terrible imitación de la vida.

Uriel vio que los ojos aún giraban dentro de sus órbitas, como si el cadáver todavía estuviese rememorando los últimos momentos agónicos de su vida, y Uriel encomendó su alma al Emperador.

El trozo de carne adiposa que contenía la boca se movió arriba y abajo como una marioneta macabra controlada por un amo invisible. La carne que contenía los ojos sin párpados se estremeció y Uriel vio, horrorizado, que se fijaban en él justo antes de que un débil gemido surgiera de los labios de Taryn Honan.

Unas gruesas lágrimas comenzaron a caer por la pálida carne de Honan mientras su boca lograba articular de un modo imposible otro gemido bajo y angustioso que le partió los corazones a los Ultramarines. Uriel deseó ser capaz de ayudar, pero sabía que estaba más allá de su capacidad, o de la de cualquier otro hombre, la posibilidad de salvar a Honan. Pudo leer una atormentada y terrible súplica desesperada en los ojos de Honan, y su boca siguió moviéndose en un heroico esfuerzo por hablar.

Uriel se acercó ali individuo con su anatomía expuesta y procuró controlar su horror ante aquella mutilación.

—¿Qué intenta decir? —le susurró, sin estar del todo seguro de que aquel rompecabezas de carne fuese capaz de oírle, y mucho menos entenderle.

Los labios de Honan formaron una única palabra, y Uriel supo lo que deseaba aquel ser.

—Mátame…

Uriel asintió y alzó el bólter para apuntarlo hacia la cabeza de Honan. La grotesca forma que habían sido los labios del jefe de corporación formó una postrera palabra antes de que cerrara los ojos por última vez.

Uriel susurró la Plegaria por el Mártir y apretó el gatillo. Una lluvia de proyectiles destrozó los pedazos de carne suspendida, arrancándolos de los ganchos y concediendo el descanso al mutilado Taryn Honan.

Uriel dejó escapar la furia que sentía través de los catárticos disparos de su bólter. Su escuadra se unió a él y todos los miembros vaciaron sus cargadores en una tormenta de fuego que devastó la estancia octogonal, abriendo grandes agujeros en las paredes, doblando y partiendo las bandejas de metal y borrando de la vista cualquier muestra o prueba de aquel crimen contra natura que había sufrido la última víctima de los enloquecidos planes de Kasimir de Valtos.

Cuando el humo de los disparos se disipó por fin, Uriel sintió que su respiración volvía a su ritmo normal y bajó el arma. La despedida muda de Honan todavía resonaba en el interior de su cabeza.

Gracias.

Su presa había escapado.

No importaba. La perseguirían.

—Informa al inquisidor Barzano de lo que ha ocurrido aquí y comunícale que regresamos a palacio —dijo de repente Uriel. Se dio media vuelta y salió de la destrozada estancia.

Kasimir de Valtos se reclinó en el asiento de cuero de su coche terrestre. El vehículo tenía un diseño menos tradicional de lo que era habitual en Pavonis, pero puesto que era una época de cambios, no le pareció inapropiado.

Recordó de nuevo el rostro indefenso de Solana Vergen mientras le mostraba el contenido del estuche de cuero negro. Había saboreado cada

grito y cada gimoteo suplicante cuando ella rogó por su vida, sin darse cuenta de que había firmado su propia sentencia de muerte al aceptar su invitación para cenar. Sólo lamentaba no haber dispuesto de tiempo para ver al Cirujano trabajar con el gordo de Honan, pero sus necesidades y deseos tenían preferencia.

Sí, lo de Solana Vergen había sido algo exquisito. Su muerte calmaría durante algún tiempo a los demonios que lo asediaban en cada pensamiento con deseos de sangre y dolor. Sin embargo, sabía que regresarían y tendría que saciarlos con la sangre de otra víctima.

Kasimir salió de su ensimismamiento y alzó la vista para mirar a los demás pasajeros, sintiendo un deseo poco habitual de compartir su buen humor.

El Cirujano estaba sentado enfrente de él, con las manos recogidas sobre el regazo y los ojos recorriendo el cuerpo de Kasimir, como si estuviese estudiando el mejor método para diseccionarlo. Recordó demasiado bien el dolor provocado por la última sesión para purgar sus órganos internos devastados y renovar su contaminado sistema circulatorio.

Los dos podían jugar a aquello, se juró De Valtos a sí mismo, y recordó también el dolor de las más de cien víctimas diferentes sobre las que él había practicado aquel arte. Pronto cambiarían las tornas cuando tuviese en sus manos el *Portador de la Noche*. Su amo durmiente le concedería la inmortalidad que tanto deseaba, y aquellos alienígenas insolentes se darían cuenta de que ellos eran los siervos, no él.

La acompañante femenina del Cirujano estaba reclinada a su lado, con sus largas piernas de color marfil extendidas con languidez sobre el suelo del vehículo. Sus ojos relucían con un brillo juguetón, de un modo atractivo y repelente a la vez. Le lanzó un beso, y él se encogió como si lo hubiera amenazado con tocarle con su piel repugnante pero sensual a la vez.

A pesar de sus palabras altaneras, sus bestias nacidas de la disformidad habían fracasado en su misión, pero él no estaba disgustado. Después de todo, tendría la oportunidad de ver la cara de Shonai cuando ella se diera cuenta de quién estaba detrás de todos aquellos años de preocupaciones.

Sintió cómo desaparecía su buen humor a medida que el tabaleo de un dedo del último ocupante del vehículo se entrometía en sus pensamientos. Vendare Taloun se estaba esforzando cuidadosamente por no mirar a sus compañeros de viaje y se dedicaba a tamborilear con el anillo de un dedo en el cristal de la ventanilla teñida. Quiso sentir lástima de Vendare, pero esa emoción había muerto en su interior en el mismo momento que las cuchillas de los hemónculos separaban la piel de sus músculos.

Si sentía algo respecto a aquel individuo era desprecio. Su estrechez de miras y de mente lo habían llevado a pactar con De Valtos. ¿Cómo creía que iban a arrebatarle el control de aquel mundo a Shonai si no era de ese modo? ¿Con palabras y un proceso democrático? Quiso echarse a reír, pero tuvo que reprimir el impulso de empezar a soltar carcajadas histéricas.

Se obligó a sí mismo a dominar el flujo de emociones contradictorias. Sabía que la culminación de sus planes estaba al alcance de la mano. No debía perder el control. El control lo era todo.

Divisó la ciudad de Puerta Brandon cuando el vehículo dobló una curva del camino. Levantó la mano y miró a través del hueco formado por el índice y el pulgar. Encajó la vista de la ciudad entre los dos dedos y sonrió mientras los unía y los apretaba con fuerza entre sí. Se imaginó que la distancia que los separaba era lo que le quedaba de vida a la gobernadora Shonai. Giró el brazo y le echó un vistazo al cronómetro de muñeca justo cuando el Cirujano sacó de entre sus ropajes un extraño artefacto, largo y curvado, y lo observó atentamente. De Valtos quedó impresionado una vez más por la delicada estructura y la destreza de los movimientos de sus dedos.

Los labios del alienígena se fruncieron con gesto de disgusto. Colocó el artefacto de nuevo entre sus ropas antes de hablar.

—La escultura de carne ha expirado. Hay enemigos en el vivisectorio.

De Valtos se sorprendió, pero ocultó su reacción. Si alguien había descubierto a Honan, ya debían conocer sus planes en cierta medida.

No importaba. Todo se había puesto ya en marcha y nada podía impedir que esos planes llegaran a su culminación. Ya casi habían llegado a la

plataforma de despegue donde les esperaba la aeronave que los llevaría a su destino en el palacio.

Pensó en Beauchamp Abrogas, metido en las celdas de los Adeptus Arbites, y casi se echó a reír.

Se dirigió a la odiosa mujer alienígena.

—¿Le diste al chico Abrogas el inhalador?

Ella asintió, sin dignarse a hablar con él.

Era sorprendente que un idiota como Abrogas fuese el heraldo del comienzo de una nueva era para Pavonis.

Pero eso era el futuro. Todavía existían asuntos que reclamaban su atención.

—Entonces, ¿ya ha comenzado todo? —preguntó Mykola Shonai.

—Desde luego, eso parece. De Valtos no abandonaría su casa a menos que sus planes ya estuviesen llegando a sus fases finales —le contestó el inquisidor Barzano apagando el comunicador antes de desenfundar su espada y su pistola. Quizás estaba exagerando, pero después del ataque de las bestias de la disformidad no estaba dispuesto a correr ningún riesgo.

Estaba de un humor pésimo, ya que también acababa de enterarse de que Amel Vedden, el traidor que Learchus había capturado durante los disturbios en la plaza de la Liberación, había muerto.

A pesar de estar sujeto a la cama con cinchas, el individuo había logrado de algún modo sacarse uno de los goteos intravenosos y meterse una burbuja de aire en la corriente sanguínea, lo que había dado lugar a una tremenda embolia y a un ataque cardíaco. Era un modo muy doloroso de morir, y aunque Vedden había logrado escapar de la justicia de aquel mundo, Barzano sabía que todos los demonios del infierno estaban despedazando su alma.

Decenas de guardias armados rodeaban las estancias del ala privada de la gobernadora, y Learchus había hecho retroceder a los Ultramarines a los aposentos interiores. Mykola Shonai y Ario Barzano estaban todo lo protegidos que se podía estar.

—¿Y ahora qué hacemos, inquisidor? —le preguntó Leland Corteo, que estaba intentando ocultar de un modo muy obvio el nerviosismo que sentía. Barzano se giró hacia el anciano consejero y le puso una mano tranquilizadora en el hombro.

—Nuestra principal prioridad es reunir a todas las fuerzas armadas leales. Mande un comunicado de aviso a los Adeptus Arbites y ordene a la guardia de palacio que todos los hombres se desplieguen en alerta máxima. Comuníquele también al comandante de la defensa que todos y cada uno de los emplazamientos de armas tomen como objetivo uno de los tanques que esperan a las afueras de la ciudad. Confío en que no sea necesario, pero si De Valtos intenta cualquier cosa, quiero que estemos preparados. ¿Entendido?

—Por supuesto. Me encargaré de ello personalmente. Conozco al comandante, Danil Vorens, y me aseguraré de que todas sus órdenes se cumplen.

Corteo salió apresuradamente de la estancia y dejó a Barzano, a Jenna Sharben, a Almerz Chanda y a Mykola Shonai mirando por la ventana de cristal blindado de los aposentos de la gobernadora a la ciudad envuelta en humo.

Los gases expulsados por los tubos de escape de decenas de tanques se alzaban por detrás de los muros, y Barzano supo que tan sólo era cuestión de tiempo que sus cañones empezaran a apuntar contra los muros de palacio.

—¿Agente Sharben?

—¿Qué? —le preguntó ella dándose la vuelta para ponerse frente a frente.

—Quiero que escolte a la gobernadora hasta mi transporte personal. Luego subirán hasta el Vae Victus.

El rostro de Mykola Shonai se endureció y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Inquisidor Barzano, es un momento de crisis para mi planeta, ¿y quieres que huya? Mi deber es permanecer aquí, dirigiendo a mi gente en una crisis como esta.

—Lo sé, Mykola —le explicó Barzano—, y normalmente estaría de acuerdo contigo, pero tus enemigos nos han demostrado que pueden llegar incluso a los lugares más protegidos para atacarte. Voy a trasladarte al Vae Victus por tu propia seguridad sólo hasta que estemos seguros de que el palacio es un lugar fiable. Si ésta es la acción inicial de una rebelión a escala planetaria, lo lógico es que intenten atentar de nuevo contra tu vida.

—Pero seguro que aquí estoy protegida. El sargento Learchus me ha asegurado que aquí estoy a salvo.

—No dudo de la capacidad del sargento Learchus, pero no voy a discutir sobre esto. Te vas al Vae Victus, y se acabó la discusión.

—No, no se acabó —replicó Mykola Shonai—. No me pienso marchar de Pavonis huyendo como si fuera una cría asustada. No voy a fallarle otra vez a mi gente. No huiré, pienso quedarme, y si eso pone mi vida en peligro, que así sea.

Barzano inspiró profundamente y se rascó la frente. El rostro de Shonai mostraba una determinación firme, y se dio cuenta de que si quería embarcarla en la aeronave, tendría que ordenarle a Learchus que se la echara al hombro.

—Muy bien —cedió por fin—. Pero quiero que me des tu palabra de que si la situación empeora más y se hace demasiado peligroso que te quedes aquí, te marcharás al Vae Victus.

Creyó por un momento que se negaría, pero finalmente aceptó.

—Muy bien, si la situación empeora y se hace demasiado peligrosa, accederé a tu petición.

—Gracias. Es lo único que te pido —le contestó Barzano.

Cuando la puerta de su celda se abrió y el hosco carcelero le dijo que un miembro de su familia había llegado para pagar su multa, Beauchamp Abrogas pensó que era la mejor noticia que había oído desde hacía mucho tiempo.

El cerebro le palpitaba con un tremendo dolor de cabeza. Entrecerró los ojos mientras lo llevaban por un largo pasillo, fuertemente iluminado y sin otros adornos que las barras de hierro de las otras celdas.

Ya se sentía superior a los que estaban encerrados en ellas. Los pobres diablos no podían esperar que alguien les pagara rápidamente una multa con dinero de unos cofres familiares ancestrales.

Sentía la mente mucho más despejada de lo que la había sentido desde hacía meses y Beauchamp se juró a sí mismo que tomaría menos opiatix, que quizás incluso dejaría de tomarlo.

Lo llevaron por unos pasillos grises y monótonos, tuvo que firmar un montón de papeles, ninguno de los cuales leyó, en un montón de oficinas por las que pasó, hasta que finalmente salió del nivel de los detenidos.

Su ánimo mejoró muchísimo cuando entró en el ascensor con sus ropas en la mano. Estaban absolutamente asquerosas y dudaba mucho que ni siquiera sus fieles sirvientes fuesen capaces de quitarles aquellas manchas.

Se lamió los labios con nerviosismo cuando las puertas del ascensor se abrieron y tuvo que pasar de nuevo por otro montón de pasillos en dirección a la libertad. Por fin llegó a una estancia desnuda que sólo contenía una mesa desconchada y unas sillas atornilladas al suelo. Un agente le hizo entrar y le indicó que se sentara en una de las sillas.

Beauchamp asintió. Se cruzó de brazos y puso los pies encima de la mesa cuando recuperó parte de su arrogancia y aplomo. Pasaron bastantes minutos y empezó a sentirse intranquilo. Comenzó a pasear arriba y abajo por la habitación cuando su impaciencia aumentó. Volvió a la silla cuando se cansó de andar y, justo en ese momento, oyó cómo se abría la cerradura de la puerta.

Entró un nuevo agente al que seguía un individuo robusto vestido con una larga túnica que llevaba una barba cuidadosamente recortada. El recién llegado tenía consigo una caja de metal y lucía un pequeño emblema de la corporación Abrogas en la solapa de su túnica, pero Beauchamp no le reconoció.

El agente salió de la estancia y el otro individuo se sentó enfrente de Beauchamp. Deslizó la caja por encima de la mesa en su dirección.

—Me llamo Tiñen Heras, mi señor. He venido para llevaros a casa.

—Bueno, pues ya iba siendo hora —le replicó el Beauchamp con un tono irritado de voz. No estaba dispuesto a mostrarle ninguna clase de

gratitud a un sirviente. Señaló la caja—. ¿Qué es eso?

—Me he tomado la libertad de firmar para que me entreguen vuestros efectos personales, mi señor —le contestó Heras mientras abría la caja. En el interior se podía ver un montón de dinero, algunas joyas, un mazo de cartas y…

Los ojos de Beauchamp se abrieron de par en par al ver inhalador de opiatix de color negro liso que la mujer de cabellos negro azabache le había metido en el bolsillo en el bar La Carne justo antes de que lo detuvieran. Sonrió maliciosamente y se quedó con el inhalador en la mano mientras guardaba las demás pertenencias en los bolsillos. Decidió que, después de todo, sería magnánimo y le hizo un gesto a Heras.

—Gracias, maese Heras. Hoy le has hecho un gran servicio a tu señor.

—Mi señor —contestó Heras mientras tomaba la caja en sus manos y se levantaba de la silla. Pasó por detrás de Abrogas y dio un par de golpes en la puerta.

—Devolveré esto a la oficina de los Adeptus Arbites y luego nos marcharemos, mi señor.

—Sí, hazlo, estoy ansioso por regresar a mi casa.

La puerta se abrió y el individuo se apresuró a salir.

Solo de nuevo, Beauchamp sintió el peso del inhalador en su palma sudorosa y se pasó la otra mano por la incipiente barba, sintiendo cómo la necesidad crecía.

No, no podía. No allí. No en el cuartel general de los Adeptus Arbites. Habría grabadores pictográficos por todos lados.

Pero ya era demasiado tarde: se le había ocurrido la idea.

Sería su pequeña venganza contra los Adeptus Arbites: infringir la ley en su propia fortaleza. La idea era demasiado divina para resistirse, y, de repente empezó a soltar pequeñas risitas, sintiendo una necesidad abrumadora de tomarse de un solo golpe toda la carga del inhalador.

Eso sería una estupidez. Lo mandarían de nuevo a las celdas. Sobre todo si era tan potente como la dosis que había provocado su arresto.

No, sería mejor una pequeña bocanada.

Bueno, quizás un poco más.

No más de la mitad.

Beauchamp levantó la mano para llevársela a la boca como si fuese a bostezar y colocó la boquilla del inhalador en sus labios. Sintió el sabor del plástico de la boquilla y la oleada de placer anticipado justo antes de apretar el botón disparador e inhalar una bocanada.

Unos granos calientes de opiatix recorrieron su garganta hasta llegar a sus pulmones.

Beauchamp supo inmediatamente que algo iba mal.

Por el Emperador, ¿qué demonios le habían metido a aquello?

Pero para entonces, ya era demasiado tarde para Beauchamp Abrogas.

Un calor infernal recorrió todo su cuerpo, sintió que sus nervios estaban ardiendo y un dolor agónico recorrió como una cuchillada su espina dorsal. Las piernas empezaron a patalear de un modo convulsivo y sus manos arañaron con fuerza la mesa, arrancándose las uñas de cuajo y dejando unos rastros ensangrentados en su superficie. Lanzó un tremendo aullido de sufrimiento y echó el cuerpo hacia atrás, arqueándolo contra la silla, antes de desplomarse al suelo.

Sentía que todo su cuerpo estaba ardiendo.

Los productos químicos alienígenas destilados a partir de ingredientes tan letales que se consideraban algo mítico se mezclaron con los que la ayudante del Cirujano le había dado en el bar La Carne.

Le pareció que su cerebro estaba cociéndose dentro del cráneo. Empezó a arañarse y a darse manotazos en la cabeza arrancándose grandes mechones de cabello. Beauchamp se puso de rodillas, aullando como un espíritu poseído, y cada movimiento enviaba nuevas descargas de dolor por su cuerpo. Una lava ardiente llenó sus huesos mientras lograba de algún modo ponerse en pie, estampando su cuerpo contra la puerta.

No podía articular palabra, y comenzó a golpear su propio cuerpo hasta hacer saltar la sangre por el sufrimiento agónico que le estaba destrozando el sistema nervioso.

Alguien abrió la puerta, y Beauchamp salió disparado contra un agente al que tiró al suelo. Corrió a ciegas.

Varios gritos se oyeron tras su alocada carrera, pero Beauchamp no los oía mientras arrastraba los pies en cualquier dirección, sin saber hacia dónde iba, pero incapaz de detenerse.

Cayó de rodillas, y el fuego alienígena achicharró su cuerpo por dentro.

Unas voces que gritaban lo rodearon.

Cuando las reacciones químicas que circulaban por su corriente sanguínea absorbieron el combustible suficiente de su cuerpo para alcanzar su masa crítica, lograron llegar al estado final de su existencia.

Energía pura.

Y con la fuerza de una docena de cargas de demolición, Beauchamp Abrogas estalló.



QUINCE

La onda expansiva de la explosiva muerte de Beauchamp Abrogas derrumbó la parte frontal del cuartel general de los Adeptus Arbites, haciéndola caer en una gigantesca nube de humo y polvo, e hizo saltar por los aires los cristales de todas las ventanas de los edificios situados en un kilómetro a la redonda.

Tan sólo habían pasado unos pocos segundos después de la explosión cuando los motores que marchaban al ralentí de los tanques situados delante de los muros de la ciudad rugieron a plena potencia y los vehículos blindados se dirigieron hacia las puertas. Dos Leman Russ Conqueror del campamento Kharon abrieron fuego contra las enormes hojas de bronce. Los pesados proyectiles las destrozaron junto a una buena parte de los muros que las sostenían. Cuando el humo se disipó por fin, se pudo ver una brecha de unos veinte metros de ancho, y los vehículos blindados pasaron por encima de los cascotes para entrar en la ciudad.

Dos docenas de tanques recorrieron rápidamente las calles adoquinadas hacia el palacio imperial mientras otros se desplegaban hacia las plataformas de despegue de la periferia y los transportes de tropas se dirigían a asegurar las encrucijadas clave que llevaban al centro de la ciudad. Los soldados rebeldes de la FDP desembarcaron de sus transportes y se adentraron a la carrera en los distritos de los manufactorums, apoderándose de las fábricas más importantes y de los almacenes de munición.

Hubo resistencias a aquellas tomas, y se produjeron feroces batallas en las calles entre las tropas de la FDP y los grupos de trabajadores leales a la corporación Shonai. Se iniciaron nuevos incendios cuando las balas perdidas impactaron contra contenedores químicos, y más de un infierno de llamas se desató mientras la batalla se extendía al interior del distrito principal de manufactorums.

Ya dentro de la ciudad de mármol, los tanques que iban en cabeza cruzaron la plaza de la Liberación y se dispersaron para esquivar los disparos de las torreras de palacio. Los macrocañones abrieron enormes cráteres en la plaza, y bastantes tanques acabaron convertidos en géiseres de

llamas cuando los enormes proyectiles atravesaron sus blindajes e hicieron explotar sus depósitos de municiones.

Pero seguían llegando más tanques a la ciudad, y los servidores artilleros se vieron superados por el número de objetivos y no pudieron eliminar suficientes tanques para impedir que llegaran hasta los muros del palacio imperial y el humeante cuartel general de los Adeptus Arbites.

Docenas de vehículos destrozados abarrotaban la plaza, pero demasiados tanques ya habían penetrado en la cobertura defensiva del palacio. Por algún motivo, su escudo de energía todavía no había sido activado, y los proyectiles de los cañones de combate comenzaron a caer dentro de las paredes de la propia residencia de la gobernadora imperial.

Las torretas defensivas fueron sus primeros objetivos, y cada tanque comenzó a intercambiar disparos con los artilleros de palacio. Todas y cada una de las torretas fueron rápidamente destruidas, y caían al suelo transformadas en columnas de llamas.

Los proyectiles comenzaron a caer de un modo indiscriminado sobre el palacio. Los contrafuertes, los arbotantes, las arcadas y columnatas que habían permanecido en pie durante miles de años quedaron hechos añicos por los proyectiles de alto poder explosivo. Los frescos y las galerías llenas de cuadros del interior quedaron destruidas en un instante. Las explosiones afectaron a toda la estructura reluciente, derribando pasadizos abovedados de color dorado y destrozando vidrieras de colores de una increíble antigüedad y de una belleza incalculable.

La gran torre del campanario se partió cuando dos explosiones gemelas hicieron volar su sección central. La torre fue derrumbándose con una lenta majestuosidad hasta caer en terrenos del palacio. La campana que los primeros colonos humanos habían llevado consigo a Pavonis lanzó un último tañido cuando impactó contra la explanada de adoquines y estalló en una lluvia de grandes fragmentos de bronce.

Otros tanques comenzaron a disparar contra los muros del cuartel general de los Adeptus Arbites, pero allí se encontraron con una resistencia más feroz. Los campos de energía incorporados a los muros del recinto estaban manteniendo a raya hasta aquel momento la capacidad de daño de

los proyectiles, y chasqueaban y relucían con tremendas descargas cada vez que recibían un impacto. Unos cuantos tanques intentaron lanzar los proyectiles por encima de los muros para llegar hasta el edificio en sí, pero sus cañones, o eran incapaces de elevarse lo bastante o no podían disparar sus proyectiles de manera que cayeran sobre el cuartel de los Arbites, y todos los disparos pasaron de largo y acabaron estallando en las unidades de habitáculos situadas más al este.

Pero fue evidente, a medida que más y más proyectiles se estrellaban contra los campos de energía que protegían los muros, que tan sólo era cuestión de tiempo que éstos terminaran fallando y que los muros acabaran reducidos a escombros.

Tanto el palacio como el cuartel general de los Adeptus Arbites tenían las horas contadas.

Ario Barzano se esforzó por salir de debajo de un montón de madera y yeso, dejando al arrastrarse un reguero de sangre procedente de los cortes en la mejilla que le habían hecho las astillas de madera. Se puso de rodillas mientras nuevas explosiones sacudían los muros de palacio y se acercó a Mykola Shonai.

Sacó el cuerpo inerte de la gobernadora de debajo de los destrozados restos de su mesa escritorio y le puso un par de dedos en el cuello. La alejó de la pared, manteniéndose agachado y fuera de la vista de cualquiera que estuviera mirando por la ventana rota. La examinó con rapidez en busca de heridas graves, pero sólo descubrió unos cuantos moretones y algunos rasguños provocados por los trozos de cristal que habían salido volando por los aires.

Tranquilizado al ver que Mykola Shonai estaba bien, Barzano avanzó a gatas a través de la oficina llena de cascotes para comprobar el estado de los demás ocupantes de la estancia. Jenna Sharben no parecía herida de gravedad, aunque mantenía su brazo izquierdo pegado al pecho. La agente le hizo un breve gesto de asentimiento y señaló con la cabeza la figura tumbada de Almerz Chanda, que se encontraba debajo de una sección

arqueada de paneles de madera. El ayudante de la gobernadora dejó escapar un breve gruñido de dolor cuando Barzano le quitó los restos de encima.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con voz pastosa.

—Al parecer, los tanques de la plaza de la Liberación han intentado apartar de su cargo a la gobernadora de un modo más directo —contestó Barzano mientras lo ayudaba a apoyarse contra una pared—. ¿Estás herido?

—Creo que no. Quizás unos cuantos cortes.

—Bien, no te muevas —le aconsejó Barzano, y echó un vistazo precavido a las grietas del techo mientras nuevas explosiones sacudían la habitación. Se acercó a gatas a los restos de la pared donde se había abierto un agujero y asomó un poco la cabeza por encima del muro.

Decenas de tanques Leman Russ llenaban la plaza. Algunos de ellos no eran más que chatarra humeante, pero había muchos más que se dirigían hacia el palacio, con sus cañones levantados apuntando a los pisos superiores. La estancia se estremeció de nuevo y una leve lluvia de yeso cayó del techo cuando una de las vigas crujió y se agrietó. Los pisos inferiores del palacio estaban en llamas, y de la entrada abovedada ya no quedaba más que una pila de piedras ennegrecidas.

Detrás de los tanques aparecieron oleadas de Chimeras, los vehículos de transporte blindados, y todos se dirigieron hacia el palacio y el cuartel de los Adeptus Arbites.

Regresó al sitio donde había dejado a Mykola Shonai. La gobernadora ya estaba comenzando a recuperar el sentido y se quitó parte de la sangre y el polvo de la cara.

Tosió y abrió los ojos, y Barzano se alegró de ver que no había en ellos ni un atisbo de miedo. Shonai se enderezó y observó los destrozos en uno de sus aposentos personales.

—¡Cabrones! —soltó de repente mientras intentaba ponerse en pie. Barzano la obligó a quedarse como estaba justo cuando otra andanada de proyectiles se estrelló contra el palacio como una serie de golpes de martillos gigantescos.

Miró en dirección a Jenna Sharben, que estaba arrodillada al lado de Almerz Chanda, y asintió.

—Tenemos que salir de aquí, Mykola. Creo que no hay ninguna duda de que la situación ha empeorado, ¿verdad?

A pesar de la destrucción que la rodeaba, Shonai sonrió débilmente y meneó la cabeza.

—Supongo que no.

Apretó una mano contra la sien y frunció el ceño por el dolor.

—Lo único que recuerdo es una explosión terrible y lo siguiente es encontrarme tirada en el suelo.

Shonai rechazó la mano que le ofrecía Barzano y se puso en pie, aunque tambaleándose, y se sacudió las ropas propias de su cargo del polvo en el mismo instante que la puerta de la estancia saltaba de sus goznes por el empujón del maltrecho sargento Learchus. El gigantesco guerrero se agachó para entrar en la habitación, seguido por dos marines a los que Uriel había ordenado permanecer con el inquisidor.

—¿Todos están bien? —exigió saber Learchus.

—Viviremos, sargento —le tranquilizó Mykola Shonai pasando de largo por delante del sargento y saliendo a las estancias exteriores—, pero debemos actuar con celeridad. Nuestros enemigos están a las puertas y no tenemos mucho tiempo.

Learchus recogió al tambaleante Chanda con una sola mano mientras Jenna Sharben y Ario Barzano seguían a toda prisa a la gobernadora. Decenas de guardias de palacio y soldados la rodearon, como si intentasen compensar su fallo a la hora de protegerla del bombardeo. Shonai se detuvo de repente e inclinó la cabeza hacia un lado antes de girarse hacia ellos.

—¿Por qué no está funcionando el escudo de energía?

Barzano también se paró un momento.

—Lo cierto es que es una pregunta endemoniadamente buena —dijo por fin.

Abrió un canal de comunicaciones con sus estancias privadas, con Lortuen Perjed.

—Lortuen, viejo amigo. ¿Estáis todos bien?

Perjed contestó después de un largo silencio.

—Sí, Ario. Todos estamos bien. ¿Y vosotros?

—Estamos vivos, lo que ya es algo, pero nos vamos de aquí y nos marchamos al Vae Victus. Quiero que reúnas a todo el mundo y que te dirijas a la plataforma de despegue del tejado del ala este. Nos encontraremos allí.

Cortó la comunicación y se giró hacia Learchus.

—Sargento, necesito que usted y sus hombres vayan a la sala del control de defensa aérea y averigüen por qué el escudo no está funcionando. Haga lo que deba para que empiece a funcionar.

Learchus estuvo a punto de protestar, pero Barzano le cortó señalando con un gesto a los soldados del palacio.

—No se preocupe por mí, sargento. Estoy seguro de que disponemos de seguridad más que suficiente.

El sargento no pareció muy convencido, pero asintió y le pasó el mareado Chanda a un par de soldados de uniforme gris.

—Le mostraré el camino —se ofreció un joven soldado.

Learchus le dio las gracias con un gruñido y los cuatro se pusieron en marcha al trote en dirección a la sala de control.

La antaño lúgubre e imponente fachada del cuartel general de los Adeptus Arbites parecía haber sido atacada por la gigantesca bola de demolición de un titán de asedio. Toda la zona occidental se había venido abajo, dejando al descubierto los suelos de plasticemento de las distintas plantas y las retorcidas vigas de refuerzo. Unas enormes grietas de un metro de ancho subían desde el suelo hasta el tejado y toda la estructura mostraba unos tremendos agujeros.

Las bajas eran numerosas, y todo el recinto estaba lleno de escombros y polvo. Los agentes, cubiertos de sangre, intentaban sacar a sus compañeros heridos de los restos y cavaban en busca de supervivientes mientras los médicos se esforzaban desesperadamente por cerrar las heridas e insuflar vida en los cuerpos aplastados.

Virgil Ortega se abrió paso entre la confusión intentando encontrarle un sentido a lo que había ocurrido en los últimos minutos. El cuartel estaba en

ruinas, y se esforzó en imaginarse cómo era posible que hubiera ocurrido un desastre semejante. No se trataba de un impacto de proyectil, de eso estaba seguro, ya que la explosión había procedido del interior. No había forma alguna de que alguien lograra introducir una bomba en el edificio, pero si no era así, ¿cómo podía haber ocurrido?

Las explicaciones y los castigos tendrían que esperar hasta más tarde. Eso si había un «más tarde», pensó al oír el ensordecedor tronar de los cañones mientras los tanques de los traidores intentaban abrirse paso con una lluvia de disparos. Se reprendió a sí mismo rápidamente por aquella pequeña herejía. Él era un guerrero del Emperador, y mientras le quedara vida en el cuerpo no habría rendición posible.

Reunió a todos los agentes disponibles y en condiciones de combatir y comenzó a darles órdenes. Aquel era el primer ataque de una rebelión armada, y estaba claro que, cuando los muros cayesen, seguirían atacando con todos sus efectivos.

Respiraba con jadeos cortos y dolorosos, y la cabeza le latía con fuerza. Acababa de salir de la enfermería del cuartel y las costillas fracturadas todavía le dolían mucho, pero no estaba dispuesto a quedarse fuera de aquel combate.

Hubiera preferido organizar la defensa en el interior del edificio, pero su estructura había quedado demasiado inestable y parecía que estaba a punto de derrumbarse en cualquier momento. Las baterías de cañones de los muros almenados añadían una buena potencia de fuego a la defensa, pero muchas habían quedado dañadas por la explosión y por el derrumbe parcial que se había producido a continuación.

Tras haber hecho todo lo posible por organizar la defensa, regresó a las enormes puertas del cuartel, donde había dejado a Collix con el comunicador. El sargento estaba empapado de sangre, con su armadura de caparazón abollada y cubierta de polvo. Virgil se había quedado gratamente sorprendido de cómo el joven oficial había cambiado en los pocos días que habían pasado. Había madurado hasta convertirse en un oficial excelente, y Ortega se alegró de que hubiera sobrevivido a la explosión.

—¿Ha habido suerte? —le preguntó Ortega.

—Todavía nada, señor. Todos los demás cuarteles están incomunicados. Alguien nos está interfiriendo.

—¡Mierda! —exclamó Virgil. Era mucho peor de lo que se había temido—. Prueba con los canales de la FDP —le sugirió.

—Ya lo he intentado. Interferidos a base de bien.

—Sigue intentando comunicarte y llámame si consigues algo —le ordenó Virgil.

Collix asintió y se concentró de nuevo en el aparato de comunicaciones.

Ortega miró afuera, al terreno cubierto de cascotes que se abría ante él. El perímetro defensivo del cuartel general se extendía unos trescientos metros por delante de la estructura del edificio, con paredes en ángulo, trampas para tanques y fosos ocultos que proporcionaban una defensa en escalón que sus pelotones, organizados de un modo improvisado, corrían a ocupar en esos mismos momentos. Pero lo que debería haber sido una zona de tiro despejada estaba repleta de grandes trozos de piedra y de acero. Cuando el enemigo echase abajo los muros, dispondría de muchos lugares donde ponerse a cubierto.

Miró hacia las retorcidas puertas que protegían el hangar de vehículos del cuartel. Pudo oír en su interior los motores ronroneantes de los tres tanques Leman Russ de los que disponían los Adeptus Arbites. Esperaba que le diesen una sorpresa al enemigo.

Una tremenda explosión en los muros y el chasquido de una gran descarga de energía anunciaron el fallo definitivo de los campos de energía que los protegían. Los espíritus mecánicos de su interior se habían visto superados por la enorme cantidad de disparos. Segundos más tarde, una parte de los muros estalló hacia dentro y toda una sección se derrumbó.

Ya estaba. El ataque final había comenzado, Virgil supo que había hecho todo lo posible dado el escaso margen de tiempo y la carencia de recursos.

En pocos instantes sabría si había sido suficiente.

Danil Vorens bajó su humeante pistola láser y concentró su atención de nuevo en la pantalla que tenía delante. Un silencio causado por el asombro llenó la sala de control de defensa, con los técnicos completamente aturdidos por lo que acababan de ver.

Lutricia Vijeon se quedó mirando horrorizada y con la boca abierta al cadáver que estaba tirado en el centro de la sala con un agujero irregular donde había estado su cara. El anciano había llegado agitando la pipa en el aire y gritándoles que pusieran en marcha el escudo de energía, maldiciéndolos por permitir que los traidores mancillaran los muros de palacio.

Ella se había sentido sorprendida de que Vorens no hubiera activado ya el escudo, y estaba a punto de expresar en voz alta su preocupación cuando el anciano había irrumpido en la sala. No sabía quién era, pero era evidente que su autorización debía ser de un nivel muy alto para permitirle el acceso al centro de mando.

Había comenzado a gritarle a Vorens cuando éste desenfundó con tranquilidad su pistola y le pegó un tiro en la cara.

Vorens enfundó después la pistola y se dirigió a los técnicos del centro de control.

—¿Alguien más tiene alguna objeción acerca de que no ponga en marcha el escudo? —preguntó con voz suave.

Nadie dijo nada, y Lutricia sintió una gran vergüenza en el corazón. Aquello era asesinato y traición. Allí, a salvo en el interior de la estructura reforzada, apenas notaban un leve estremecimiento causado por el bombardeo de artillería que estaba pulverizando el resto del palacio. Murmuró una breve plegaria pidiéndole perdón al Emperador.

A pesar de la presencia de una docena de soldados de la defensa del palacio, Ario Barzano se sentía extremadamente vulnerable. Los pasillos seguían estremeciéndose a medida que nuevos tanques entraban en la plaza de la

Liberación y sumaban sus cañones a los que ya estaban martilleando el palacio. Pudo oír gritos y chillidos por todo el edificio mientras sus habitantes corrían hacia los refugios de los sótanos y hacia las plataformas de despegue. Entremezclados con aquellos gritos estaban los de los soldados invasores.

Había visto tropas que entraban en palacio y supo que los defensores no podrían contenerlos durante mucho tiempo. Sin posibilidad alguna de recibir refuerzos y conmocionados por el terrible número de bajas que habían sufrido hasta aquel momento, el palacio no tardaría demasiado en caer.

Era imprescindible que sacara a Mykola Shonai de allí. Era un símbolo alrededor del cual se reunirían los soldados leales, y gracias a eso quizá tendrían alguna posibilidad de mantener el control del planeta antes de que De Valtos llevara a cabo por completo sus planes.

Mykola Shonai iba agarrada de su brazo y, a su espalda, Jenna Sharben ayudaba a Almerz Chanda. El consejero de la gobernadora les estaba retrasando. Por lo que se veía, sus heridas eran más graves de lo que parecía.

—¿Cuánto falta para llegar a la plataforma de despegue? —preguntó Barzano, que estaba seguro de que los gritos de los invasores sonaban más cerca.

—Ya estamos cerca. Llegaremos en pocos minutos —le contestó Shonai apenas sin aliento.

El pasillo se estremeció de arriba abajo alcanzado por una nueva andanada de proyectiles, y Barzano se detuvo en seco cuando toda una sección del techo se desplomó y aplastó a los seis hombres de su grupo que iban en cabeza. El aire quedó lleno de polvo asfixiante y de restos que salían volando.

Barzano se levantó del suelo y empezó a soltar tacos como un marinero de la armada cuando vio que el pasillo había quedado completamente

cortado por los cascotes. Ayudó a ponerse en pie a un soldado y comenzó gritarle.

—¿Hay otro modo de llegar a la plataforma de despegue? ¡Contesta, hombre!

El joven soldado tosió con fuerza y asintió, con la cara llena de polvo.

—Sí, señor, por el mismo camino que hemos venido. Tardaremos más, pero todavía podemos conseguirlo.

Los gritos y el restallido de las armas de fuego resonaron peligrosamente cerca.

—Mierda, esto tiene mala pinta —anunció Barzano con un siseo.

El agente Ortega no vio el primer disparo que impactó contra el cuartel hasta que una de las baterías de cañones de los muros saltó por los aires. Observó cómo los restos llameantes caían de un modo majestuoso desde las almenas y se estrellaban contra el suelo aplastando a una docena de hombres de los pelotones del flanco derecho.

El resto de baterías abrieron fuego contra los primeros tanques que pasaron a través de la abertura en el muro. El vehículo que iba en cabeza estalló en mil pedazos y su torreta ascendió bastantes metros en el aire. Apenas se había disipado el humo cuando tres Conquerors echaron a un lado a su destrozado camarada y dispararon una salva de cañonazos contra el cuartel arrancando grandes trozos de la fachada del edificio. La estructura, ya debilitada de por sí, se vino finalmente abajo.

Los agentes se dispersaron en todas direcciones cuando los enormes bloques de plasticemento y de acero cayeron como una lluvia letal y sepultaron por completo al personal ya herido. Unas enormes nubes de polvo asfixiante cegaron a Virgil, pero pudo seguir oyendo el rugir de los motores enemigos, de modo que gritó para hacerse oír por encima del estruendo.

—¡Manteneos firmes! ¡Sin dar ni pedir cuartel!

Su voz se perdió bajó el fragor del duelo artillero entre los cañones del cuartel y los de los tanques enemigos. Era un combate desigual, ya que los

Conquerors podían cambiar de posición rápidamente antes de que las baterías del cuartel pudieran apuntarles con precisión. A pesar de ello, tres Conquerors saltaron en pedazos antes de que las tropas rebeldes que seguían a los tanques, armadas con lanzamisiles y con morteros, destruyeran los cañones de los Adeptus Arbites con andanadas concentradas de disparos.

Virgil pudo distinguir a través del humo y del polvo las siluetas desdibujadas de los vehículos blindados y se puso a cubierto de un salto cuando los disparos láser de la torreta de un Chimera comenzaron a acribillar el suelo cerca de él.

Se irguió detrás de uno de los muros defensivos exteriores y le gritó al pelotón más cercano.

—¡Un Chimera! ¡A las once en punto!

Una dotación de dos hombres oyó su grito y giraron su lanzamisiles para apuntarlo contra el vehículo blindado.

El proyectil salió del tubo lanzador sin retroceso y se estrelló contra la parte frontal del Chimera, donde estalló partiendo una de las cadenas, aunque sin penetrar el blindaje. El vehículo patinó y se estrelló contra un gran fragmento de plasticemento, girando sobre sí mismo mientras la otra cadena seguía rodando. La rampa trasera bajó y los soldados comenzaron a desembarcar antes de que el transporte se transformara en su ataúd.

Virgil maldijo en voz alta cuando vio por primera vez con claridad a los atacantes.

¡La Fuerza de Defensa Planetaria de Pavonis!

Sabía que debía tratarse de la FDP, pero verlos atacar abiertamente a sus hombres seguía siendo algo impactante. La furia aumentó en su interior hasta que amenazó con hacerle entrar en un estado de rabia incontrolada, pero reprimió aquella ira. Sabía que lo que aquella situación necesitaba era una mente fría y despejada.

Otro cohete entró por la rampa de desembarco abierta del Chimera. El vehículo estalló y la explosión del combustible y de las municiones salió por la parte trasera como un inmenso lanzallamas. Los soldados de la FDP corrieron en todas direcciones envueltos en llamas, alejándose aullando del

vehículo destrozado al mismo tiempo que un tremendo grito de triunfo surgía de las líneas de los Arbites.

El grito enmudeció cuando se oyó la inconfundible tos metálica del fuego de mortero.

—¡A cubierto! —chilló Virgil dejándose caer al suelo y tapándose la cabeza con las manos.

Los proyectiles cayeron en una serie de explosiones sordas que hicieron estremecerse a todo el recinto. La mayoría de los Arbites habían logrado ponerse a cubierto antes de que las granadas de mortero chocaran contra el suelo, pero los que no lo hicieron murieron destrozados en medio de una tormenta de metralla y fragmentos de suelo.

Virgil se pegó más todavía a su cobertura a medida que, andanada tras andanada, los proyectiles se estrellaban contra el suelo.

Sabía que mientras se mantuvieran a cubierto detrás de las paredes, las bajas por el fuego de mortero serían mínimas, pero también sabía que con cada segundo que pasaban ocultos, las tropas de la FDP se acercaban más y más a sus posiciones. Virgil se arriesgó a mirar por encima del muro bajo y soltó otra maldición cuando vio a cuatro Chimeras que se aproximaban.

El repentino silencio cuando las andanadas de mortero dejaron de caer fue un alivio, y Virgil se puso en pie, con la escopeta preparada.

Los seis soldados de la FDP que estaban al otro lado del muro se quedaron tan sorprendidos como él de encontrarse cara a cara.

Virgil descerrajó un cartucho de postas en mitad del grupo.

A una distancia tan corta, el disparo mató inmediatamente a dos de los soldados e hizo caer aullando al suelo a un tercero.

Saltó el muro con las piernas por delante y le propinó una patada en la cara al soldado que tenía más cerca, arrojándolo contra los dos compañeros que quedaban. Recargó el arma al mismo tiempo que se dejaba caer al suelo.

Antes de que ninguno de ellos hubiera podido recuperarse les disparó a ambos en mitad del pecho.

Un tiro agujereó la pared que tenía al lado. Se agachó justo cuando el soldado herido disparaba de nuevo con su pistola.

Virgil se abalanzó sobre él de un salto, le dio un fuerte culatazo en la cabeza y regresó rápidamente a ponerse a cubierto detrás del murete.

Recorrió con la vista la línea de combate de los Arbites. La situación era mala, pero no insalvable. Los rebeldes de la FDP disponían de más hombres y del apoyo de artillería ligera, pero Virgil tenía a su lado a algunos de los combatientes más temidos de todo el Imperio. Además, el entrenamiento superior, el armamento y la disciplina de los Arbites estaba demostrando toda su valía: Virgil se dio cuenta de que el ataque de la FDP había perdido su impulso inicial.

En vez de avanzar, los atacantes se estaban cubriendo detrás de los transportes y disparaban de forma esporádica sus rifles láser. Sabía que para desmoralizarlos tenía que contraatacarles con fuerza.

—¡Collix! —gritó—. ¡Ven aquí!

El sargento corrió agazapado hacia Virgil disparando su escopeta desde la cadera.

—¿Capitán? —dijo Collix con la respiración y el pulso acelerados por la adrenalina.

—¡Ponte en contacto con el escuadrón Veritas y diles que los necesitamos ahora mismo! Necesito que ataquen el flanco derecho del enemigo. ¡Si logran atacarlos con la potencia y la rapidez suficiente, podemos romper la línea enemiga y obligarlos a retroceder!

Mientras Collix hablaba con rapidez por el comunicador, Virgil metió más cartuchos en su arma y puso uno nuevo en la recámara.

—¡Capitán! El jefe de escuadrón Wallas informa que sólo el Recta Justicia ha sido consagrado de un modo apropiado. El Autoridad Divina y el Ley Sagrada no han sido bendecidos todavía y no estarán listos hasta dentro de unos minutos.

Ortega lanzó un gruñido de frustración y le arrancó el micrófono a Collix antes de ponerse a gritar por él.

—¡Wallas, saca esos puñeteros tanques de ahí ahora mismo o seré yo el que te saque el puto corazón para metértelo por el gaznate! ¿Me has entendido?

No esperó a que le contestara y le devolvió el micrófono a Collix.

Pocos segundos más tarde, la puerta blindada del hangar se alzó y el Recta Justicia, un tanque de batalla Leman Russ ya venerable, salió disparando, y sus armas abrieron enormes agujeros en las líneas de la FDP.

Dos Chimeras explotaron en rápida sucesión cuando los artilleros de los tanques arbites lograron centrar su puntería. Los disparos de las armas de pequeño calibre rebotaban en el grueso blindaje del Recta Justicia mientras el vehículo acribillaba a sus atacantes con el fuego de su bólter pesado, abatiendo a sus enemigos por docenas.

Virgil sonrió. ¡Por el Emperador, todavía podían lograrlo!

Los soldados de la FDP huyeron ante la carga del Recta Justicia, incapaces de perforar su blindaje. Se le cortó la respiración cuando vio un cohete dirigirse a toda velocidad contra el tanque. El misil impactó contra un costado del vehículo, oscureciéndolo con una nube de humo.

El tanque salió de la zona de la explosión y Virgil Ortega vio que el impacto había arrancado de cuajo el cañón láser montado en el habitáculo del casco, pero que no había sufrido más daños.

Virgil suspiró aliviado antes de gritar de nuevo.

—¡Soldados del Emperador, ha llegado nuestro momento! ¡A la carga! —exclamó antes de cruzar el murete de un salto.

Los Arbites se pusieron en pie, se lanzaron a la carga con un aullido salvaje y cruzaron el terreno cubierto de cadáveres disparando mientras avanzaban. Tenían los ánimos encendidos, y la visión del Recta Justicia aplastando a sus enemigos les proporcionó la energía necesaria para aplastar a los traidores bajo los talones de sus botas. Los soldados de la FDP retrocedieron, completamente superados por los ataques combinados del Recta Justicia y los Arbites lanzados a la carga.

Virgil disparó a la espalda de un soldado y a otro en el pecho justo antes de ver a un trío de tanques Conqueror cruzar la brecha en el muro. Los bólters pesados que llevaban montados en el casco acribillaron el campo de batalla por delante de ellos. Los comandantes abrieron fuego con las armas montadas en la cúpula de la torreta mientras increpaban a los Arbites.

Los disparos fueron indiscriminados y la matanza fue tremenda: los proyectiles y los rayos láser mataron tanto a los soldados de la FDP como a

los agentes del Adeptus Arbites.

La breve carga del Recta Justicia se detuvo en seco cuando un cohete y el rayo de un cañón láser impactaron de forma simultánea contra su torreta e hicieron estallar los proyectiles del cañón de combate y lanzaron al tanque por los aires.

La destrucción del Recta Justicia coincidió con la llegada del Autoridad Divina y del Ley Sagrada. Aparecieron en la explanada con el efecto de un rayo: sus disparos de bólter pesado acribillaron a las tropas sin protección del FDP, y sus cañones de combate abrieron enormes agujeros en el suelo.

Virgil lanzó un grito de aviso cuando vio un grupo de oficiales del FDP que se dirigía hacia el Autoridad Divina. Se dio cuenta de que uno de ellos estaba equipado con un puño de combate. Su enorme silueta estaba rodeada de descargas de energías destructivas que eran capaces de atravesar el blindaje de un tanque con tremenda facilidad.

El oficial se lanzó a la carga con el puño de combate en alto preparado para descargar contra el tanque. El cañón láser montado en la parte frontal del Autoridad Divina disparó y vaporizó a uno de sus compañeros, pero el resto siguió avanzando.

El conductor del Autoridad Divina se dio cuenta del peligro que corrían e intentó alejarse de sus atacantes, pero ya era demasiado tarde. El oficial que iba en cabeza estrelló el puño de combate contra el costado del vehículo y abrió un agujero en el casco blindado destrozando la cubierta de adamantio. El tanque giró bruscamente y se estrelló contra un muro de cemento, aplastándolo junto a cuatro soldados de la FDP que estaban ocultos detrás.

Los demás oficiales vaciaron los cargadores de sus armas a través de la enorme abertura del costado del tanque y mataron a la tripulación con una lluvia de balas.

Unas cuantas granadas estallaron a su alrededor cuando los Arbites se acercaron para vengar a sus camaradas muertos, pero los oficiales se escondieron entre la humareda provocada por los combates y escaparon de su ira. Virgil vio a más Chimeras entrar en la explanada. Cientos de

soldados seguían a los vehículos y los disparos de los tres Conqueror continuaron con su matanza de Arbites.

El contraataque de los agentes, un intento débil en el mejor de los casos, titubeó ante aquella matanza horrorosa. Cuando las bajas siguieron aumentando, la línea de Arbites se desmoronó de repente, incapaz de soportar las terribles bajas causadas por los Conqueror.

Virgil, al principio, fue capaz de mantenerlos unidos, pero a medida que las explosiones y los disparos segaban las filas de Arbites que se retiraban, esa retirada se convirtió en huida.

El Ley Sagrada viró alrededor de los restos humeantes del Autoridad Divina y disparó a discreción en un intento por lograr ganar algo de tiempo para que los suyos pudieran retroceder. Los soldados de la FDP se dispersaron en todas direcciones ante el avance del tanque, que se dirigió hacia los Chimera de apoyo. El Leman Russ disparó con su cañón láser y atravesó el blindaje posterior de uno de los vehículos, destruyó su motor e hizo estallar el depósito de combustible en una tremenda llamarada amarilla que alzó por los aires al Chimera.

El vehículo en llamas, al caer, se estampó de lado contra el suelo sobre su unidad tractora izquierda. El impacto partió el eje impulsor principal y lo clavó con fuerza en el suelo. El motor se aceleró y el Chimera salió despedido de nuevo hacia arriba. Giró en el aire alocadamente y acabó estrellándose contra el suelo, donde explotó en una gran bola de fuego que incineró a decenas de soldados de la FDP.

A pesar de aquellas pérdidas, los Conqueror y los soldados estaban acabando con la resistencia de la defensa. La mayoría de los Arbites habían caído muertos mientras se retiraban, y Virgil supo que el cuartel general estaba perdido.

Vio al mismo oficial enemigo que había reventado el casco del Autoridad Divina lanzarse a por el Ley Sagrada. La energía letal de su puño de combate seguía lanzando destellos y chasquidos. Virgil disparó su escopeta contra el individuo en un intento desesperado por ayudar al último de sus tanques, pero estaba demasiado lejos y fuera del alcance del arma.

El Ley Sagrada aceleró. El conductor había visto a su tanque gemelo destrozado por aquel puño de combate y no estaba dispuesto a sufrir el mismo destino. Se dio cuenta de que la velocidad era su única esperanza de supervivencia y viró hacia el oficial con la esperanza de aplastarlo bajo sus cadenas.

El traidor también se lanzó a la carga y golpeó al vehículo con su puño de combate. Los eslabones de las cadenas saltaron por el impacto.

Las ruedas dentadas de los engranajes giraron sin control.

Brotaron unas cuantas chispas anaranjadas y la unidad de tracción chirrió cuando el puño de combate quedó atrapado en sus engranajes.

Todo el vehículo se estremeció, y la traqueteante unidad de tracción arrastró al oficial, que se esforzaba por liberarse. El traidor aulló cuando finalmente fue arrastrado. El brazo se arrancó del hombro con un tremendo chorro de sangre y astillas de hueso cuando lo que quedaba de las cadenas destrozadas lo metieron brutalmente bajo la masa del tanque.

Pudo chillar una vez más antes de que el enorme vehículo pasara por encima de su cuerpo y lo aplastara por completo.

Virgil echó a correr hacia lo que quedaba del edificio del cuartel. Aquella batalla estaba perdida, y lo único que importaba ya era conseguir salvar al mayor número posible de sus hombres.

Sabía que sus posibilidades eran escasas, y eso siendo optimista, pero Virgil Ortega no era de la clase de persona que abandona sin plantar cara. Todo lo que pudiera hacer para obstruir y estorbar a aquella escoria traidora merecería su esfuerzo.

Sin embargo, antes debía lograr salir de allí con alguna especie de fuerza de combate bajo su mando. En esos momentos tenían un respiro. Los soldados de la FDP supervivientes habían detenido su ataque al ver la muerte tan horrorosa que había tenido su comandante y la extraña destrucción de aquellos dos Chimera. La tranquilidad no duró demasiado, ya que otra andanada de cañones láser destruyó al Ley Sagrada antes de que ninguno de sus tripulantes tuviera tiempo de escapar del tanque averiado.

Virgil reunió a todos los Arbites capaces de combatir que pudo encontrar y los obligó a entrar en las ruinas del cuartel. Si quedaban

suficientes niveles inferiores que hubieran escapado de la enorme explosión, podría atravesar los túneles que se abrían bajo el edificio y llegar hasta el palacio. Vio que Collix se encontraba entre los supervivientes.

Bien. Quizá todavía necesitarían el comunicador.

Virgil sabía que escapar era la única oportunidad de resistir que tenían en esos momentos, y si lograban echar mano de las armas pesadas que estaban en la armería que se encontraba bajo el palacio, esas oportunidades de resistir se incrementarían enormemente.

Juró que esos rebeldes se arrepentirían del día que habían cabreado a Virgil Ortega.

Los pensamientos de Lutricia Vijeon se desbarataban uno tras otro como las cartas de un castillo de naipes mientras intentaba sacarle algún sentido a lo que estaba ocurriendo allí. Vorens había matado a un hombre delante de todos ellos y estaba permitiendo que bombardearan el palacio.

Lutricia era una fiel servidora del Emperador, y sabía que alguien tenía que hacer algo, pero ¿quién? ¿Ella?

Todo su cuerpo se estremeció de temor al darse cuenta de que no era rival para Vorens, y que su oficial superior la mataría sin duda. ¡Por al amor del Emperador, ella no era más que una técnica! No había sido entrenada para aquel tipo de situaciones. ¿Cómo podría enfrentarse a un hombre armado con una pistola láser?

El sudor le caía sobre los ojos en un goteo continuo.

Todo el mundo dio un salto en sus asientos cuando un estampido sordo resonó en la sala de control. Fue como si un enorme martillo hubiese aporreado las puertas principales. Incluso Vorens pareció preocupado, y Lutricia se giró para mirar a la pantalla que mostraba el exterior del lugar. El corazón le dio un salto cuando vio a tres enormes guerreros protegidos con las armaduras de los marines espaciales. ¡Sí! Aquellos combatientes sagrados acabarían con aquella pesadilla. Sintió que le habían quitado un tremendo peso de encima ante aquella respuesta a sus plegarias.

Pero cuanto más miraba la pantalla, más desaparecía su esperanza. La entrada a la sala de control había sido construida para resistir los ataques más poderosos, y ni siquiera la potencia reunida de tres marines espaciales podía atravesar la placa de acero de un metro de espesor.

Un leve movimiento captó su atención y se dio la vuelta. Vio que su pantalla indicaba la aproximación de una nueva aeronave. Las cifras de telemetría aparecieron en una esquina a medida que las máquinas de lógica mostraban runas identificadoras que revelaban el rumbo, la velocidad y la altitud del nuevo contacto.

Se trataba de una cañonera Thunderhawk.

Le echó una mirada furtiva a Vorens, que estaba sonriendo ante el espectáculo de los tres marines espaciales intentando en vano entrar en la sala de control del centro de mando. Lutricia se dio cuenta de que tan sólo disponía de unos breves momentos para aprovechar aquella oportunidad. Estaba segura de que Vorens se fijaría en la presencia de aquella nave en muy poco tiempo. Se esforzó en pensar cómo podría aprovechar aquella situación.

Una calma atemorizadora sustituyó al miedo cuando se percató de lo que debía hacer.

Sus dedos bailaron por encima del teclado de runas de su puesto de control, como la profesional entrenada que era, y transmitió a la Thunderhawk los datos con la posición exacta de la sala de control del centro de mando. Puede que no fuese mucho, pero era todo lo que podía hacer.

Vio a Vorens darse cuenta de la presencia de la cañonera en la pantalla principal y tuvo la esperanza de que su pequeña contribución fuese suficiente justo cuando él se apresuró a conectar los sistemas de disparo de las defensas operadas por servidores.

El pequeño grupo de Barzano salió a la luz del sol que bañaba la plataforma de despegue, y el inquisidor se sintió aliviado al ver el cielo como nunca lo había estado antes. Avanzaron trastabillando hacia la aeronave de transporte

de color negro. Sus motores ya estaban aullando, ya que el piloto los tenía preparados para el despegue inmediato. Vio a través de la compuerta lateral abierta a Lortuen Perjed y al grupo de escribas, ya sentados.

Sonrió ante la agradable visión de la cañonera Thunderhawk de los Ultramarines que pasó rugiendo por encima de sus cabezas.

Jenna Sharben iba en cabeza, llevando a la gobernadora hacia el transporte y la seguridad. El último guardia de palacio iba ayudando al tambaleante Almerz Chanda. El consejero de la gobernadora tropezó y cayó de rodillas justo cuando Barzano pasaba a su lado. El adepto siguió caminando y alcanzó a Jenna Sharben para ayudarla a llevar a la gobernadora.

Oyeron un disparo láser, un ruido sorprendentemente fuerte, que sonó incluso por encima del chillido de los motores. Barzano se giró, preguntándose cómo era posible que los rebeldes los hubieran alcanzado con tanta rapidez. Se descolgó el rifle del hombro y dobló una rodilla, intentando comprender la escena que tenía ante sus ojos.

Almerz Chanda estaba de pie sobre el cuerpo del guardia de palacio sosteniendo con manos expertas un rifle láser con la bocacha humeante. Disparó contra Barzano alcanzando al inquisidor en el hombro y lanzándolo de espaldas contra la aeronave de transporte.

Barzano soltó un aullido de dolor y dejó caer su arma. Jenna Sharben se dio la vuelta y cayó derribada por otro disparo bien dirigido. La gobernadora Shonai se quedó de pie al lado de la aeronave, mirando horrorizada a Chanda mientras se acercaba a ella.

Alzó el rifle y apuntó contra el piloto a través del cristal. Le hizo un gesto cortante en la garganta con una mano y el sonido de los motores fue descendiendo a medida que el piloto iba reduciendo la potencia. Se desabrochó los arneses del asiento.

Chanda le disparó.

Barzano se estaba esforzando por ponerse en pie cuando los soldados de uniforme gris de la FDP aparecieron sobre la plataforma de despegue procedentes del palacio. Mykola Shonai se puso delante de Chanda con el rostro convertido en una máscara de furia.

—¿Por qué? —le preguntó simplemente.

—Porque eres el pasado —le contestó Chanda—. Débil, patética, manteniendo una lealtad desfasada a un cadáver reseco que está en un planeta que jamás has visitado.

—Me das asco, Almerz. Y pensar que te he llamado amigo.

La gobernadora abofeteó a Chanda y le escupió en la cara.

Chanda estrelló la culata del rifle en el rostro de la gobernadora. Shonai cayó en redondo al suelo y de la nariz rota saltó un chorro de sangre, pero a pesar de eso, lo miró con una expresión desafiante y furiosa.

Barzano intentó hacer caso omiso del dolor de la quemadura de láser en el hombro. Sabía que había fracasado, pero estaba decidido a llevarse por delante a aquel asqueroso blasfemo antes de irse al infierno. Quiso levantar la mano, apuntarle con su arma digital, pero Chanda se arrodilló a su lado y lo agarró por el cabello.

—He querido hacer esto desde hace bastante tiempo —le susurró Chanda antes de estampar la cabeza de Barzano contra el casco de la aeronave.

—Pues sigue haciéndolo y acabemos de una vez —le replicó Barzano, completamente aturdido por el fuerte golpe.

—Ah, no. No voy a matarte, Ario. No. Hay un… especialista al servicio de mi jefe con el que creo que tienes una cita. Es un cirujano con una habilidad maravillosa.

Barzano tosió y escupió un poco de sangre.

—¿Por qué no puedes decir su nombre? ¿El hedor de tu traición se te atraganta? ¿Es que tu diminuto intelecto es incapaz de comprender y asimilar la escala del error que acabas de cometer?

Chanda soltó una carcajada mientras los soldados de la FDP rodeaban la aeronave.

—¿Error? —siseó Chanda para que sólo Barzano pudiera oírle—. Creo que no. Tú cometiste un error al venir a este planeta. Pronto formaré parte de un grupo de guerreros inmortales, ¡y combatiré al lado de un dios vuelto a la vida!

Fue entonces cuando le llegó a Barzano el turno de reír, aunque ello le provocó oleadas de dolor desde el pecho hasta el interior del cráneo.

—¿Eso es lo que De Valtos te ha contado? —dijo burlón—. Entonces eres más tonto de lo que pensaba. Puedo sentir el miedo que le tienes. Si De Valtos logra su objetivo, morirás. Tu energía vital será absorbida para satisfacer el ansia de la criatura que él llama dios.

Chanda se puso en pie con rostro iracundo y se dio media vuelta. Empezó a hablar de forma apresurada por un comunicador de mano que sacó de uno de sus bolsillos. Barzano se esforzó por oír sus palabras por encima del fuerte chasquear de las armas láser y de los estampidos, pero no pudo distinguir lo que decía.

Levantó la vista con la esperanza de ver cómo la cañonera Thunderhawk se posaba en la plataforma y de ella comenzaban a salir marines espaciales lanzados a la carga, pero la aeronave se estaba alejando hacia las nubes perseguida por una terrible cantidad de disparos antiaéreos. Aquello al menos explicaba por qué el escudo de energía no había sido activado. De algún modo, De Valtos había logrado infiltrar a uno de los suyos entre el personal del centro de mando y así había impedido que lo pusiesen en funcionamiento. Se preguntó qué les habría pasado al sargento Learchus y a los dos Ultramarines que había enviado a la sala de control.

Otra aeronave apareció a baja altura y acabó aterrizando, en mitad de una nube de gases de escape de los motores, al otro extremo de la plataforma. La compuerta de la aeronave se abrió y apareció un pequeño grupo. La figura envuelta en un halo de satisfacción de Kasimir de Valtos salió a la plataforma, sosteniendo con fuerza contra su pecho un estuche de cuero. Le siguió Vendare Taloun, y Barzano se fijó en su aspecto de persona desesperada y atrapada por circunstancias más allá de su control. Detrás de los jefes de las corporaciones aparecieron dos figuras delgadas y elegantes, y Barzano sintió un ramalazo de temor cuando reconoció el modo de andar grácil de los eldars.

Aquellos dos alienígenas pertenecían a una de las sectas más siniestras que vivían más allá del espacio de la galaxia, y supo inmediatamente que habría sido mejor para ellos que los hubieran matado. La mujer se movía

con la gracia de una bailarina, y todos y cada uno de sus gestos sugerían una letalidad sensual, mientras que el varón se movía de un modo más rígido y ligeramente agachado, como si no estuviese acostumbrado a la luz del sol. Ambos tenían los ojos de un cruel color violeta y la piel tan pálida como el marfil pulido.

La mujer apenas lo miró un instante, pero el otro le dedicó una mirada tan vacía que fue capaz de helar el endurecido corazón de Barzano.

Almerz Chanda le entregó su rifle a un soldado de la FDP de aspecto nervioso. Barzano pudo sentir su inquietud ante la presencia de los eldars. Ninguno de ellos se había esperado aquello.

Kasimir de Valtos se puso al lado de la gobernadora, todavía tirada en el suelo, y sonrió, saboreando su momento de triunfo.

—He tenido que esperar mucho tiempo para esto, Shonai —le dijo por fin.

Barzano se esforzó por permanecer consciente mientras Chanda se acercaba a su verdadero jefe.

—Los he traído ante usted tal como le prometí que lo haría, mi señor.

Kasimir de Valtos se giró para mirar a Chanda y asintió.

—Sí que lo has hecho, Almerz. Has demostrado que tu traición es completa.

Barzano pudo sentir la confusión y la inquietud de Chanda, incluso mayor de las de los soldados de la FDP congregados en la plataforma de despegue.

—He hecho todo lo que me ordenaste, mi señor.

De Valtos inclinó por un momento la cabeza en dirección a la mujer eldar.

La mano de la alienígena bajó a su cinturón de cuero en un destello de movimiento, y de repente apareció un dardo negro en mitad de la garganta de Chanda.

El hombre cayó de rodillas con la piel que rodeaba al dardo hinchándose de un modo rápido y horrible.

—Mi querido Almerz —dijo De Valtos con voz suave—. Ya has traicionado a un amo. ¿Por qué debería confiar en que no me traicionarías a

mí también? No, es mejor que todo termine así.

Chanda se arañó la garganta en un esfuerzo por respirar. Pocos segundos después, sus gorgoteos agónicos cesaron al quedar inconsciente, y cayó al suelo. De Valtos se dirigió al varón eldar.

—Haz con él lo que creas conveniente.

Barzano no sintió satisfacción alguna ante el destino de Chanda, tan sólo una sensación de desastre inminente, porque si Kasimir de Valtos estaba tan loco como aparentaba, estaba a punto de desencadenar una fuerza que ni siquiera Barzano sabía cómo derrotar.

De Valtos centró su atención en Barzano, y el inquisidor notó cómo sus sentidos empáticos retrocedían ante la profundidad de la locura de aquel individuo.

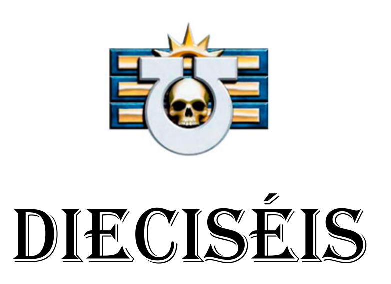
—Sé lo que estás haciendo, De Valtos —logró articular Barzano—. También lo sabe el capitán Ventris. Sabe todo lo que yo sé, y te prometo que no permitirá que lo logres. En este mismo instante debe de estar solicitando más naves y hombres para derrotarte.

Kasimir de Valtos meneó la cabeza.

—Si realmente sabes y entiendes lo que pretendo, entonces sabes tan bien como yo que con más naves y hombres no logrará nada.

Barzano quiso responder, pero las palabras murieron en su garganta.

Porque sabía que Kasimir de Valtos estaba en lo cierto.



DIECISÉIS

Barzano oyó los gritos de Almerz Chanda resonar por toda la galería de las celdas, y tuvo la esperanza de que la tortura fuera tan dolorosa como parecía. No le importaba en absoluto que un alienígena estuviese torturando a un ser humano. Al romper sus juramentos de lealtad al Emperador, Chanda había perdido todo el derecho a ser compadecido.

El inquisidor no tenía una idea muy precisa de cuánto tiempo llevaba encarcelado ya que se había desmayado por el dolor causado por la herida. Había despertado en aquella celda y descubierto que le habían despojado de todas sus armas, incluso la digital miniaturizada oculta en el anillo que llevaba en el dedo índice derecho, y que le habían limpiado y vendado la herida. La nariz rota de Mykola Shonai también había sido curada. Al parecer, al Cirujano alienígena no le gustaba trabajar sobre sujetos ya dañados.

La galería de celdas en la que se encontraban había sido incorporada a los propios cimientos del palacio. Unas barras de acero estaban embutidas a los lados de cada pasadizo abovedado. Cada celda estaba amueblada con una cama sencilla y una unidad de abluciones atornilladas al suelo. Por lo que se refería a la celda, era bastante mejor que muchas en las que él mismo había encerrado a algunos traidores.

Lortuen Perjed y sus escribas languidecían en una celda enfrente de la suya. Barzano se alegró de que ninguno de ellos hubiese resultado herido en el golpe de estado.

El inquisidor compartía celda con Mykola Shonai, que estaba sentada en una esquina con el rostro mostrando una tremenda expresión de furia, y con Jenna Sharben, que estaba tumbada en el camastro con la herida todavía sin curar. La Arbites había recibido el impacto del disparo láser en el estómago, y aunque el calor desprendido por el impacto había cauterizado la herida, Barzano sospechaba que era posible que tuviese una hemorragia interna. No había recuperado la conciencia desde que Chanda consumó su traición en la plataforma de despegue. El inquisidor sabía que si no recibía tratamiento médico, moriría en pocas horas. Al parecer, no era merecedora de las atenciones del escalpelo del Cirujano.

Cuando la gobernadora volvió en sí, se pasó un buen rato pateando la puerta de la celda y soltando unos tacos que hubieran hecho sonrojarse de vergüenza incluso a los estibadores del puerto.

Barzano la había separado de allí al cabo de un rato y la había tranquilizado con promesas de rescate y de castigo a los traidores. No estaba muy seguro de cómo iba a lograr cumplir aquellas promesas, pero sabía que todavía le quedaban unas cuantas opciones.

Regresó a la cama y enjugó el sudor de la frente de Jenna Sharben con una manga. La piel estaba fría al tacto y tenía un color gris enfermizo, el color de un cadáver.

—Te prometo que no morirás, agente Sharben —le susurró Barzano.

—¿Otra promesa que no estás seguro de cumplir? —le preguntó Shonai.

—En absoluto, Mykola. Jamás hago promesas que no puedo cumplir —le aseguró Barzano. Se puso una mano sobre el corazón—. Lo prometo.

Mykola Shonai no pudo evitar sonreír.

—¿Realmente crees que podemos salir de aquí? Me refiero a que hay al menos tres regimientos de soldados en la ciudad, probablemente, por lo menos, unos doscientos de ellos en este lugar concreto, y sólo el Emperador sabe cuántos más por los pasillos del palacio.

Barzano le guiñó un ojo.

—No te olvides de los tres marines espaciales.

—No lo he hecho, pero el sargento Learchus y sus hombres seguramente ya están muertos.

—Lo dudo mucho, mi querida Mykola. Yo estoy completamente seguro de que De Valtos hubiera disfrutado mostrándonos sus cadáveres. No, no creo que el sargento Learchus sea un tipo fácil de matar, y, además, ya habrá encontrado un modo de ponerse en contacto con el Vae Victus.

—¿Y crees que el capitán Ventris intentará rescatarnos?

—También estoy seguro de que ni siquiera los demonios de la disformidad podrían impedírselo.

—Intentar sacarnos de aquí sería una misión prácticamente suicida.

—Es bastante posible, sí —le contestó Barzano mostrándose de acuerdo—. Sin embargo, ¿crees que eso detendría a Uriel?

—No, supongo que no —dijo Mykola, y dejó caer la cabeza contra la pared de piedra de la celda. Cerró los ojos y Barzano creyó que se había quedado dormida, pero siguió hablando sin abrir los ojos—. Esa nave que tú crees que De Valtos quiere conseguir… ¿Puede apoderarse de ella de verdad?

—No estoy seguro. Mi orden sabe que un miembro de una raza antigua conocida como los C'tan entró en una clase de hibernación, o de estasis, el algún lugar de este sector, pero desconocemos el lugar exacto. Creemos que el *Portador de la Noche* fue, a falta de una palabra mejor, su nave insignia. Existen escritos arcanos y antiguos, además de indicios, sobre la nave y su dueño dispersos por toda la historia, pero seguimos sin conocer casi nada sobre ello. Todo procede de una época anterior a la primacía de la humanidad, y poco se sabe que sea seguro.

—Ese… C'tan, ¿qué aspecto tiene?

—Tampoco nadie lo sabe con certeza. Probablemente lleva aletargado millones de años, y los registros conocidos no son muy claros. He leído todos los fragmentos que he podido relativos al *Portador de la Noche*, pero sigo sin saber casi nada de todo ello, excepto una cosa.

—¿Qué es? —le preguntó Mykola en tono dubitativo.

—El *Portador de la Noche* es la muerte encarnada. Sus sueños son la base de las pesadillas de todas las razas, y se ha convertido en la imagen de su condenación y destino final. Cualquier pensamiento que hayas tenido sobre el horror de la muerte y la mortalidad procede de esa criatura. Cuando caminó entre las estrellas hace ya eones, dejó un legado en la psique racial colectiva de casi todas las especies de la galaxia.

—¿Podemos derrotar a una criatura semejante?

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Por supuesto.

Barzano esperó hasta que los ecos de una nueva tanda de gritos procedentes de la garganta de Almerz Chanda se desvanecieron antes de continuar.

—No —respondió en voz baja—. No creo que podamos.

La majestuosa forma del Vae Victus giró su enorme masa con lentitud hacia la superficie de Pavonis mientras una poderosa energía se acumulaba en sus aceleradores lineales de proa. Pocas personas conocían la formidable capacidad destructiva que poseía el capitán de una nave estelar: el poder de arrasar ciudades y agrietar continentes. A pesar de todo lo que se vanagloriaban y fanfarroneaban los capitanes de la armada imperial acerca de la capacidad de sus pesadas naves de guerra, no había nada que pudiera competir con la tremenda rapidez y eficiencia destructiva de un crucero de asalto de los marines espaciales.

Los láseres de defensa disparaban periódicamente desde los silos blindados situados en la superficie del planeta. Ninguna de aquellas poderosas armas podía igualar la velocidad del crucero de asalto, y aunque sus poderosos rayos atravesaban el aire con su colosal energía, el fuego era inútil. Mientras el Vae Victus se mantuviera en órbita elevada, las armas del planeta eran impotentes.

Sin embargo, a una distancia más cercana, las pequeñas baterías de defensa aérea eran un asunto completamente diferente. Decenas de silos de aquella clase estaban desplegados alrededor de Puerta Brandon y por toda la superficie del planeta. Aunque eran incapaces de dañar a una nave estelar, ni siquiera en órbita baja, podían hacer pedazos cualquier aeronave que se acercase a menos de quince kilómetros de la ciudad. Todos estaban manejados por servidores lobotomizados conectados directamente a sus armas y dirigidos desde el búnker de control de defensa que se hallaba oculto en algún punto de los terrenos del palacio.

Mientras aquellas armas protegieran los cielos de la ciudad, cualquier asalto aéreo estaba condenado al fracaso.

Kasimir de Valtos se frotó el puente de la nariz con un dedo mientras le lanzaba un gruñido a la imagen que tenía ante sí en el comunicador holográfico.

—Lasko, si no me das una respuesta directa, haré que te entierren en una de tus queridas minas. Y ahora dime, en palabras de dos sílabas o menos, ¿habéis perforado la puerta o no? No tengo tiempo que perder.

La parpadeante imagen del capataz de minas, Jakob Lasko, parecía acobardada a pesar de la fuerte distorsión de la señal encriptada enviada desde la sierra Tembra, a casi cien kilómetros del palacio.

—Bueno, la última cortadora logró atravesar la puerta, pero tenemos problemas para moverla.

—¿Y por qué? —insistió De Valtos mientras se inclinaba hacia adelante con aspecto de depredador.

—No estamos seguros, mi señor. Los tecnosacerdotes me han dicho que la densidad de la puerta excede con mucho lo que debería ser posible para un objeto de su tamaño. Hemos tenido que desmontar uno de nuestros aparejos de carga más pesado y transportarlo hasta aquí desde la galería principal por piezas. Los tecnosacerdotes están acabando de montar las últimas ahora mismo, y en cuanto las hayan bendecido, estaremos listos para empezar.

—¿Cuándo? —siseó De Valtos sin dejar de rascarse la frente.

—Espero que a última hora de hoy.

—Será mejor que sea así —replicó De Valtos un momento antes de cortar la comunicación y reclinarse en el asiento de cuero de la antigua gobernadora.

Se masajeó las sienes e inspiró profundamente antes de escupir un gran espumarajo de flema negra al suelo. El dolor estaba siendo cada vez peor, y el equipo y las instalaciones especializadas del Cirujano habían sido destruidas por los Ultramarines. Ya no había posibilidad de desmontar su cuerpo hasta quedar en los huesos y volver a colocar todas las piezas reunidas y temporalmente sanas de nuevo. Tenía que lograr cumplir sus planes, y pronto. Si aquel imbécil de Lasko no conseguía entrar en el complejo subterráneo de tumbas dentro de poco, era hombre muerto.

Pero una vez en el interior, disfrutaría del doble placer de la venganza y de la inmortalidad.

Recordó el primer día que supo de la existencia del C’tan en los pergaminos de Corteswain. La mayor parte de su fortuna había acabado invertida en la búsqueda de su lugar de descanso, pero la ironía final era que había estado bajo sus propios pies todo aquel tiempo. Sin duda, la mano del destino entró en juego haciendo que estuviera oculto en las montañas de Pavonis.

El día que finalmente descubrió la tumba olvidada fue una revelación: enterrada bajo la superficie cuando el planeta no era más que una bola deshabitada de roca sin vida.

De Valtos rio sin alegría cuando se dio cuenta de que así sería de nuevo dentro de muy poco tiempo.

¡Pronto caminaría por las estancias de un dios! No los pasillos polvorientos de Terra que eran el hogar de un cadáver putrefacto que pretendía ser un dios, sino una criatura viva, que respiraba, con el poder de la creación y de la vida eterna en la punta de sus dedos.

¿Cuándo fue la última vez que el Emperador había caminado entre sus súbditos? ¿Dónde estaba el Emperador cuando el cardenal apóstata Bucharis provocó una guerra civil en sectores enteros del Imperio en Su nombre? ¿Dónde estaba el Emperador cuando los tiránidos devoraron mundo tras mundo?

¿Dónde estaba el Emperador cuando los eldars asaltaron su nave y lo torturaron hasta llevarle al borde de la muerte? ¿Dónde estaba entonces?

De Valtos sintió cómo la furia crecía en su interior y se esforzó por controlar la rabia mientras la sangre le brotaba en los puntos donde sus uñas artificiales se habían clavado en la carne de la palma de las manos. Se limpió la sangre y se pasó una mano por el cabello húmedo de sudor, esforzándose por calmar su respiración agitada.

Se puso en pie y comenzó a caminar arriba y abajo por la habitación destrozada, pasando por encima de los restos de la mesa de escritorio, las sillas rotas y los montones de yeso. Uno de sus pies tropezó con algo sólido y bajó la vista.

Sonrió y se agachó a recoger del suelo un busto agrietado de mármol blanco. Lo sostuvo con delicadeza en sus manos estropeadas. Pasó una de

las manos por el rostro severo de Forlanus Shonai. La sangre manchó las facciones nobles del anciano, y De Valtos se dirigió a la derrumbada pared exterior de la estancia privada de la gobernadora.

La ciudad que se extendía a sus pies estaba envuelta en un sudario de humo negro, y todavía resonaban unos estampidos y detonaciones sordas procedentes de las últimas bolsas de resistencia que luchaban contra lo inevitable. Sus tanques y sus tropas cubrían todas y cada una de las calles, y aunque sabía que era una pena que todos aquellos hombres tuvieran que morir, era un precio pequeño que había que pagar por su inminente divinidad.

Palmeó la cabeza de Forlanus Shonai y sonrió antes de lanzar el busto todo lo lejos que pudo desde su situación elevada. Se quedó mirando cómo bajaba dando vueltas por el aire antes de estrellarse por fin contra el suelo y convertirse en una lluvia de fragmentos blancos esparcidos sobre los adoquines de la explanada.

El gran almirante Lazlo Tiberius siguió la señal parpadeante que representaba la cañonera Thunderhawk en la mesa de despliegue táctico mientras la aeronave se acercaba a la capital de Pavonis. Una atmósfera de tensa expectación flotaba en el ambiente del puente de mando, e incluso el coro astropático había quedado en silencio. La sensación que atenazaba el estómago de Tiberius era la misma que tenía antes de entrar en combate, lo que consideró algo normal, aunque ellos no estaban en peligro.

Era el capitán Uriel Ventris el que estaba volando de cabeza hacia el peligro junto a sus guerreros. Los astrópatas del Vae Victus habían informado de la existencia de runas poderosas y de sellos hexagrámicos en las paredes de las celdas, y aquello, unido al escudo de energía que por fin protegía el palacio, descartaba por completo la posibilidad de un ataque teletransportado.

El tiempo corría en contra de ellos, por lo que tendría que hacerlo al viejo estilo.

—¿Cuánto falta? —preguntó lacónicamente.

—Todavía faltan unos momentos —le contestó Philotas.

—¿Las coordenadas han sido introducidas en el logistador de ataque?

—Sí, gran almirante, todo está preparado. La solución de disparo ha sido confirmada.

Tiberius notó un leve toque de irritada impaciencia contenida en la voz de su oficial y sonrió ceñudo. Ya sabía que todo estaba preparado, pero no podía evitar querer efectuar comprobaciones dobles y triples. Pensó que ya casi había llegado el momento, y rezó para que la transmisión anónima que Uriel había recibido mientras volaba hacia Puerta Brandon a principios del día fuese verdadera y de fiar.

Que el Emperador le ayudase si no era así.

Tiberius se obligó a sí mismo a regresar al pulpito del capitán, donde agarró el borde del atril con las dos manos antes de dirigirse a su tripulación.

—Hermanos, hemos llegado a un momento de máxima gravedad, y al llegar, nos damos cuenta de que sólo existe un modo de que podamos triunfar: que lo hagamos juntos. Tenemos la misma determinación y un deseo único. Ninguno de nosotros ha dado muestra alguna de querer abandonar o rendirse, y os alabo por ello.

Tiberius inclinó la cabeza cuando Philotas le informó de nuevo.

—Se encuentran al borde del perímetro de los cañones de defensa, casi dentro de su alcance de tiro, gran almirante.

El gran almirante asintió.

—Oficial artillero —ordenó—. Dispare el cañón de bombardeo de proa.

Lutricia Vijeon sintió una oleada de desesperación cuando vio en su pantalla la cañonera Thunderhawk que se acercaba hacia ellos. La aeronave volaba casi a ras del suelo. El piloto era muy bueno y se pegaba a los contornos del paisaje con gran habilidad.

Sin embargo, era un esfuerzo baldío. El centro de mando había comenzado a rastrearlos desde que habían entrado en la atmósfera, y Vorens sonrió con una alegría feroz mientras se paseaba por la sala, esperando

impaciente a la aeronave. Lutricia había visto una momentánea expresión de temor cuando los tres marines espaciales aparecieron a la puerta del centro de mando, pero su gesto de arrogancia despiadada regresó en cuanto se marcharon. La técnica se preguntó adonde habrían ido.

La mayoría del personal de la sala de control rezaba en silencio en sus puestos y sólo los servidores lobotomizados llevaban a cabo sus tareas asignadas ante la traición de Vorens. Levantó una mano para enjugar una lágrima del ojo y parpadeó al ver algo que se separaba del icono que representaba al crucero de ataque de los marines espaciales.

¿Otra cañonera?

No, la señal era demasiado pequeña, y cuando miró mejor se percató de que iba a demasiada velocidad para ser una cañonera. De repente se dio cuenta de lo que era y dónde aterrizaría con aquella trayectoria.

Una señal de alarma comenzó a sonar cuando los viejos cogitadores de defensa llegaron a la misma conclusión y pusieron en alerta a todo el sistema mientras otra andanada de señales salían del crucero.

Danil Vorens se agarró al borde de su silla y entonces se inclinó sobre ella con una expresión de puro terror dibujada en su rostro.

—No —siseó mientras miraba cómo las salvas de bombas de magma lanzadas desde el Vae Victus avanzaban hacia ellos, apuntadas a las coordenadas precisas que Lutricia Vijeon les había proporcionado.

Las rodillas de Vorens empezaron a temblar, y se dejó caer en su silla de mando.

Lutricia siguió observando cómo las bombas avanzaban a toda velocidad hacia ellos y atravesaban la atmósfera de Pavonis con una rapidez increíble. Impactarían en muy poco tiempo y borrarían aquellas instalaciones de la superficie del planeta. Ni siquiera la pantalla de energía podría protegerlos.

Se levantó de su puesto de control, invadida de repente por una tremenda calma, y se dirigió al centro de la sala.

Danil Vorens se la quedó mirando. Estaba llorando abiertamente ante la perspectiva de su muerte, pero no hizo ningún gesto para impedírselo

cuando ella le sacó la pistola láser de su funda. Aunque jamás había empuñado un arma, sabía exactamente lo que debía hacer.

Lutricia Vijeon disparó a Danil Vorens justo en el corazón, y dejó caer la pistola de la mano cuando las alarmas de proximidad del centro de mando comenzaron a aullar.

Se giró hacia la pantalla principal y cayó de rodillas.

Lutricia sonrió cuando una enorme sensación de satisfacción la recorrió por completo. Sabía que había hecho lo correcto, y elevó una plegaria de gratitud por la oportunidad que el Emperador le había concedido de servirle bien.

Extendió los brazos.

—Venid, hermanos y hermanas. Vamos a rezar.

El resto del personal del centro de mando se unió a ella formando un pequeño círculo, uniendo sus manos y llorando mientras rezaban al Emperador por última vez.

Las bombas de magma impactaron una tras otra en breves segundos.

El primer racimo de ellas se estrelló contra el escudo de energía y sobrecargó los generadores de campo que protegían aquella zona del palacio abriendo un agujero en la pantalla protectora. Las bombas que las siguieron arrasaron el ala del palacio bajo la cual se encontraba el centro de mando, aplastándola con una explosión titánica y lanzando al aire bloques de piedra del tamaño de tanques. La siguiente oleada penetró diez metros de rococemento reforzado y abrió un gigantesco cráter de casi cien metros de diámetro.

Dos bombas fallaron. La primera giró fuera de control al entrar en la atmósfera superior y acabó estrellándose al borde del bosque Gresha, donde destruyó buena parte de la residencia campestre de la corporación Abrogas. La otra acabó a unos novecientos kilómetros de su objetivo previsto y se hundió inofensivamente en el océano.

Sin embargo, el resto impactaron de lleno en el cráter y penetraron hasta el fondo del centro de mando. Sus espoletas retardadas se aseguraron de que estallaran justo en medio de las instalaciones. Unas tremendas tormentas de fuego incineraron a todo ser vivo que se encontraba en el interior e hicieron

derrumbarse lo poco que quedaba en pie. Sobre la zona se alzó una enorme columna de humo negro, atravesada por llamas volcánicas que surgían de vez en cuando del centro de mando. La onda expansiva de aquella destrucción se extendió varios kilómetros, como si un dios iracundo hubiese golpeado la tierra.

La ruta de aproximación aérea a Puerta Brandon quedó completamente libre, de repente, cuando los servidores que controlaban las baterías de cañones se quedaron inmóviles, a la espera de las instrucciones de tiro que no llegaron jamás.

Uriel dejó escapar un suspiro de alivio que había estado conteniendo cuando oyó la voz del piloto por el comunicador.

—¡Por Guilliman! ¡Mirad eso!

Ya había visto el resplandor de los impactos de las bombas de magma a través de las ranuras de observación, y sabía que nada podía resistir ante los implacables y justos disparos de una nave estelar santificada por el propio Emperador.

—Nadie nos dispara desde el suelo —confirmó el copiloto—. Comenzamos la maniobra de ataque.

Así pues, el mensaje había sido genuino. Uriel cerró los ojos y rezó una plegaria de agradecimiento pidiendo la bendición del Emperador a quienquiera que fuese el que había tenido el valor suficiente para transmitirles las coordenadas exactas de la posición del centro de mando de defensa y habían entregado su vida de ese modo.

El gran almirante Tiberius quiso derribar todo el palacio imperial con un bombardeo orbital, pero Uriel se había negado a aquel plan. Sabía que el terrible poder de las armas del Vae Victus destruiría todo lo que se encontrase a cincuenta kilómetros a la redonda del palacio. El menor poder destructivo de las bombas de magma había impactado en el punto preciso con la potencia adecuada y, aunque sin duda se habrían producido bajas no deseadas, Uriel tenía la esperanza de que fueran mínimas.

Estaban allí para salvar a aquella gente, no para destruirla.

Las matanzas sin sentido quedaban para otros, como los Ángeles Sangrientos o los Marines Malevolentes. Los Ultramarines no eran unos asesinos indiscriminados, eran el instrumento divino de la ira del Emperador. La razón de su existencia era la protección de sus subditos.

Demasiados de aquellos que luchaban para proteger al Imperio se olvidaban de que ese nombre era algo vivo, compuesto por miles de millones de seres humanos que habitaban los mundos del Emperador. Sin ellos, el Imperio no era nada. Con el Emperador para unirlos, ellos constituían la materia que mantenía Su reino enlazado entre sí, y Uriel no estaba dispuesto a formar parte de cualquier asesinato deliberado de sus subditos.

Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar las palabras de Gedrik en Caernus IV.

«La Muerte de los Mundos y el *Portador de la Noche* esperan nacer en esta galaxia…».

Ya comprendía por fin el significado de aquellas palabras, y no le gustaba en absoluto lo que presagiaban.

La Thunderhawk se balanceó con fuerza cuando el piloto comenzó a sobrevolar en círculos el palacio antes de cruzar el hueco del escudo de energía que las bombas de magma habían abierto. Comenzaron a dispararle desde las torres, y algunos disparos incluso lograron acertar a la aeronave lanzada a toda velocidad, pero su blindaje no sufrió en absoluto por aquellos leves pinchazos.

El jefe de la tripulación de la cañonera miró atrás a través del hueco de la puerta.

—¡Preparaos, hermanos! ¡Desembarco en diez segundos! —les gritó.

Uriel se puso tenso y dio unos cuantos golpecitos en la placa pectoral y en la pistola bólter para honrar a sus espíritus de combate. Apretó la espalda contra el mamparo del costado de la cañonera, desenvainó la espada de energía y observó cómo el suelo subía rápidamente hacia ellos.

La Thunderhawk se posó con fuerza en la explanada de adoquines que se abría delante del palacio.

—¡Valentía y honor! —gritó Uriel mientras bajaba de un salto de la cañonera.

Los Ultramarines repitieron su grito de guerra y salieron a la carga en pos de su capitán.

Barzano y Shonai miraron atemorizados al techo de su celda cuando la gigantesca onda expansiva de la explosión de las bombas de magma hizo estremecer la zona de la prisión con la violencia de un terremoto. Las grietas que aparecieron serpentearon por las bóvedas y una docena de pasillos se derrumbaron, enterrando a los aterrorizados ocupantes de las celdas bajo toneladas de escombros.

Las piedras se partieron con estampidos parecidos a los de los disparos, y el acero comenzó a gemir cuando millones de toneladas de roca cayeron sobre los cimientos ya castigados. Barzano se puso en pie. Las barras de su celda chirriaban protestando por el peso, y habían comenzado a doblarse hacia fuera bajo la presión a medida que el pasillo abovedado se iba hundiendo.

—Ya era hora —murmuró.

—¿Qué está pasando? —gritó Mykola para hacerse oír por encima del tronar de las piedras que caían.

—Bueno, a mí me suena a los primeros impactos de un bombardeo orbital —le contestó Barzano con tranquilidad antes de meterse los dedos de una mano en la boca y empezar a dar tirones. Shonai se quedó mirándolo, desconcertada, mientras los temblores provocados por el bombardeo continuaban.

—¿Qué estás haciendo?

—Algo para salir de aquí —le contestó por fin Barzano después de sacarse un diente con un gruñido de dolor. Unas cuantas gotas de sangre le cubrían la comisura de la boca y la base del diente de color marfil que sostenía ante él.

Se apresuró a acercarse a la puerta de la celda y metió el «diente» en el interior de la cerradura después de comprobar que no hubiera guardias por

allí cerca. Los gritos resonaban por toda la prisión: los prisioneros rogaban que los sacasen mientras los guardias les chillaban que se callasen.

Barzano se alejó rápidamente de la puerta y arrastró a Shonai. Entre los dos llevaron la cama hasta el fondo de la celda. Barzano se arrodilló y protegió el cuerpo de las mujeres con el suyo.

—Mykola, cierra los ojos, tápate los oídos y abre la boca para que la onda expansiva de la explosión no te haga estallar los tímpanos —le advirtió Barzano antes de apretar la cara contra el hombro de Jenna Sharben.

La gobernadora se encogió sobre sí misma cuando el explosivo compacto que había en el falso diente de Barzano estalló enviando la placa de la cerradura al otro extremo del pasillo. La puerta en sí no se abrió, ya que estaba encajada en el umbral por el techo que iba bajando. Antes de que el estampido de la explosión se hubiera apagado, Barzano se puso en pie y le dio una patada a la puerta de la celda con la bota.

Tan sólo se abrió una rendija, pero otra patada la abrió de par en par y Barzano salió inmediatamente.

Se agarró el hombro herido y se giró hacia Shonai.

—Quédate aquí y cuida de Sharben. Volveré pronto.

—¡Ten cuidado! —le conminó Shonai.

—Como siempre —le contestó Barzano con una sonrisa.

Recogió un trozo de roca del tamaño de un puño que había caído del techo y trotó con cautela por el corredor, pegado a las paredes. Llegó a una esquina del pasillo y distinguió las voces atemorizadas de unos cuantos guardias al otro lado de la misma. Pudo sentir que estaban tensos, nerviosos, y que no pensaban con claridad ni coherencia.

Levantó la mano con la roca, fingió el acento de Pavonis más marcado que conocía y comenzó a gritar.

—¡Venid deprisa! ¡Los prisioneros se están escapando de las celdas!

Segundos después, tres hombres aparecieron corriendo por la esquina.

Barzano aplastó la roca contra la cara del primero, aplastándole el cráneo y derribándolo al suelo. Saltó contra el segundo soldado y le partió la roca contra el casco. El inquisidor se echó al suelo cuando un rayo láser

pasó por encima de su cabeza y rodó sobre sí mismo hasta quedar de rodillas debajo de su atacante, el tercer guardia, al que le propinó un tremendo codazo en la entrepierna. Barzano atrapó el rifle del soldado cuando éste lo soltó y le dio un culatazo en la sien. El segundo guardia intentó ponerse en pie, pero Barzano le metió un tiro en la cara y lo tumbó definitivamente.

El inquisidor se llevó la culata del rifle al hombro sano. La herida le palpitaba de un modo doloroso, y la venda estaba comenzando a empaparse de sangre, pero no tenía tiempo para cortar la hemorragia.

Oyó unos cuantos gritos a su espalda y se dejó caer sobre una rodilla justo cuando una salva de disparos vaporizó la superficie de la pared de roca que estaba a su lado. Se giró y disparó una andanada sin apuntar, y dos guardias cayeron al suelo aullando de dolor. Sin embargo, quedaban media docena más, y Barzano se puso a cubierto al otro lado de la esquina por donde habían llegado sus primeros enemigos.

Se levantó rápidamente y echó a correr por el pasillo con los guardias gritando en su persecución. El pasillo se dividía en dos un poco más adelante y Barzano se metió por el de la izquierda. Un disparo le arrancó media manga y le dejó una dolorosa quemadura a lo largo del brazo. El pasillo estaba helado y en penumbra, ya que los globos de brillo de baja potencia apenas iluminaban aquella parte de la prisión.

Las puertas de las celdas se alineaban a lo largo del pasillo, al final del cual había una puerta de metal oxidado y sin adornos. Los sentidos empáticos de Barzano recibieron el asalto de una oleada incontenible de desesperación procedente del otro lado de la puerta. La magnitud de la sensación lo hizo trastabillar.

Se esforzó por contener aquel horror casi palpable y siguió avanzando, a sabiendas de que disponía de escasos segundos para ponerse a cubierto antes de que sus perseguidores lo acribillaran. Corrió todavía más y se abalanzó contra la puerta con una pierna por delante.

La puerta se abrió de par en par y él entró de cabeza, rodando sobre sí mismo. Lanzó un gruñido de dolor cuando la herida del hombro se abrió de

nuevo. Disparó contra una figura en el pasillo y oyó un grito antes de cerrar la puerta de otra patada y correr el cerrojo para asegurarla.

Se puso en pie y levantó el rifle para apuntar a los ocupantes de la habitación.

El Cirujano estaba de pie al lado de una mesa completamente empapada de sangre, trabajando con una sierra circular en los huesos de Almerz Chanda.

Barzano sintió que las rodillas se le echaban a temblar, y bajó el cañón del rifle al ver cómo el Cirujano había honrado la carne de Almerz Chanda.

Uriel se echó a cubierto detrás de un montón de cascotes y acribilló la trinchera de los rebeldes con unas cuantas ráfagas de bólter. Varias explosiones de color rojo aparecieron donde sus proyectiles impactaron en el cuerpo de sus enemigos, y los gritos y gemidos de los heridos se unieron al estruendo de la batalla. A pesar de los cuidados del apotecario Selenus, la herida infligida por el líder eldar le seguía dando tirones dolorosos con cada movimiento.

La entrada al complejo de celdas de la prisión del palacio se encontraba al otro extremo de aquella amplia zona abierta, cubierta de escombros y de pequeños incendios. Dos casamatas fortificadas de rococemento flanqueaban la entrada y cubrían cualquier posible ruta de aproximación, y delante de ellos tenían una trinchera llena de tropas protegidas, además, por una alambrada de espinos que habían colocado hacía poco. Las ráfagas procedentes de las posiciones defensivas rugían por doquier al unísono, junto a los brillantes rayos de luz de los láseres y al chasquido de los bólters pesados.

Los Ultramarines respondían disparando desde sus barricadas improvisadas, acribillando las gruesas paredes de las casamatas con sus proyectiles. Un par de cohetes los alcanzaron, pero aquellas construcciones habían sido diseñadas para soportar cualquier cosa menos potente que un disparo de artillería directo.

Las ráfagas concentradas de fuego pesado siguieron machacando las posiciones de los Ultramarines. Uriel sabía que se estaban quedando sin tiempo. El enemigo, sin duda, ya estaría preparando los blindados para efectuar un contraataque. Por muy formidables que fuesen los guerreros del Adeptus Astartes, no tendrían más opción que retroceder ante una potencia de fuego semejante.

Llamó a sus sargentos y les explicó rápidamente la situación.

—¿Opciones? —les preguntó.

Pasanius enfundó su bólter y empuñó su lanzallamas.

—Un bombardeo limitado desde el Vae Victus que abra un agujero en su línea de defensa por la que podamos colarnos.

Uriel pensó en la posibilidad de un bombardeo orbital, que, aunque era tentadora, no era realista.

—No. Si los aparatos de puntería se equivocan aunque sólo sea una fracción, podemos acabar bombardeados nosotros mismos, y si se pasan de largo, toda la prisión puede terminar enterrada bajo toneladas de escombros.

—Entonces supongo que tendremos que hacerlo por las malas —comentó Venasus con el ceño fruncido.

Uriel asintió. Venasus era muy conocido por su falta de sutileza en los planteamientos tácticos, pero el capitán tomó en consideración todas las demás opciones y supo que el sargento estaba en lo cierto. Tendrían que tirar por la ventana todas las sutilezas tácticas. Un entrenamiento superior y la fe en el Emperador eran vitales, pero en cualquier guerra siempre había momentos en los que una batalla tenía que ganarse llevando el combate hasta el oponente a través del fuego y de los disparos para enfrentarse espada contra espada y fuerza contra fuerza. Aquel era uno de esos momentos.

Otra ráfaga de proyectiles pesados recorrió la línea de marines espaciales. Los artilleros de la FDP giraban los cañones de sus armas metódicamente de izquierda a derecha convirtiendo el terreno abierto ante los Ultramarines en una zona de tiro letal.

—Muy bien —dijo Uriel por fin—. Lo haremos de este modo.

Barzano levantó el rifle justo a tiempo para bloquear la sierra del Cirujano. El artefacto alienígena cortó el cañón del rifle con una lluvia de chispas de color púrpura. Se agachó para esquivar otro golpe con la sierra y se abalanzó contra su delgado oponente. Los dos cayeron al suelo en una maraña de miembros que se golpeaban y Barzano gritó cuando sintió la sierra chirriante cortarle la cadera hasta llegar a la pelvis antes de salir limpiamente.

Le metió un cabezazo en la cara al Cirujano, y salió un chorro de sangre al partirle el puente de la nariz. El alienígena chilló de dolor. Barzano rodó sobre sí mismo cuando vio la sierra abalanzarse de nuevo contra él. El artefacto abrió una larga brecha en el suelo de piedra. Se acercó y recogió lo que quedaba del rifle láser. El arma no podría volver a disparar, pero su pesada culata de madera le serviría como garrote.

Retrocedió hacia la puerta y apoyó su peso contra ella cuando sintió unos cuantos impactos de láser en el otro lado. No aguantaría mucho más tiempo.

El Cirujano avanzó hacia él con la sierra lanzando gotas de sangre desde su borde chirriante. El rostro del alienígena se había convertido en una máscara escarlata con los ojos de color violeta llenos de odio.

A su espalda, el destrozado cuerpo de Almerz Chanda dejó escapar un gemido. Su carne ensangrentada y al descubierto comenzó a estremecerse a medida que los efectos calmantes de los relajantes musculares del Cirujano comenzaron a desaparecer.

Uriel se apretujó contra los escombros y susurró una breve plegaria dirigida al primarca para que el ataque saliera adelante. Los hombres esperaban sus órdenes a lo largo de la línea de combate de los marines espaciales. El capellán Clausel estaba recitando la Letanía del Combate, y su voz severa y firme constituía todo un ejemplo para los marines espaciales de la cuarta

compañía. Uriel sabía que él también tenía que mostrar un comportamiento ejemplar: debía encabezar la carga en persona.

Los artilleros de la FDP estaban disparando a ciegas. Los marines espaciales habían lanzado decenas de granadas de humo y cegadoras por encima de los montones de escombros y, en esos momentos, bancos enteros de nubes de humo salían de los botes y granadas.

Cuando creyó que el humo se había acumulado lo suficiente, Uriel ordenó el ataque.

—¡Ahora! ¡Por la gloria de Terra! —Y salió corriendo de detrás de la cobertura de los escombros y demás restos.

Como un solo hombre, los Ultramarines lanzaron un grito feroz y siguieron a su capitán hacia el humo, con las balas y los rayos láser atravesando sus filas en andanadas letales. Letales para todos aquellos que no estuviesen protegidos por las sagradas armaduras de combate bendecidas por los tecnomarines e imbuidas con los espíritus del combate.

Los marines espaciales se dispersaron inmediatamente para evitar que una descarga de fuego concentrado los abatiera a todos. Era una situación a la que cada individuo debía enfrentarse solo. Uriel atravesó a la carrera las nubes de humo blanco iluminadas por el resplandor fantasmal de las llamas danzantes. Corrió saltando por encima de cadáveres quemados, trozos de suelo levantado y restos de equipo militar. El silbido de las balas y los rayos láser lo rodeaba por completo. El humo formó nuevas volutas a su paso. Todos sus sentidos estaban alerta mientras encabezaba la carga.

Los sensores automáticos de su armadura se esforzaban por atravesar la niebla oscurecedora de las granadas cegadoras. Los brillantes destellos de las armas eran la única indicación de la distancia que le quedaba por recorrer.

Ciento cincuenta pasos.

Pudo distinguir a través del humo las siluetas borrosas de sus guerreros, que disparaban incesantemente contra la línea enemiga.

Oyó varios gritos enfurecidos de dolor, y una rabia fría se apoderó de él a medida que acortaba la distancia.

Un instante después, el suelo explotó a su alrededor y lo roció con fragmentos de piedra y metal ardiente cuando las grandes balas de un bólter pesado acribillaron el suelo a su paso. Uno de los proyectiles le impactó en la hombrera de la armadura y lo hizo girar sobre sí mismo. Otro impactó contra la espada de energía y la partió a la altura de la empuñadura con una lluvia de chispas.

Uriel cayó al suelo y se apresuró a ponerse a cubierto mientras su visión quedaba casi tapada por las parpadeantes runas rojas que aparecieron en el visor del casco. Le entró sangre en los ojos y se quitó el casco de un tirón para limpiarse de la cara la sustancia ya coagulada. Su furia aumentó al ver lo que le había pasado a la espada.

De la empuñadura salía tan sólo un pequeño trozo de hoja. Los intrincados grabados que contenían el espíritu de combate estaban hechos añicos. El legado que Idaeus le había dejado había sido destruido. El único lazo tangible con la aprobación a su autoridad otorgada por su antiguo capitán ya no existía.

El humo se estaba disipando y pudo ver que quedaban menos de cien metros para llegar hasta las fortificaciones. Ya casi había llegado, pero a aquella distancia tan corta, los disparos desde la trinchera estaban causando muchas bajas y la carga había perdido impulso. La densidad del fuego enemigo era demasiada para seguir avanzando y sobrevivir.

Un sentimiento de absoluta convicción se apoderó de Uriel. Se puso en pie y se encaminó hasta uno de sus hermanos de batalla caídos bajo el tremendo fuego enemigo y se arrodilló a su lado para soltarle la espada sierra de los dedos muertos y empuñarla él. Las balas levantaban surtidores de piedras a su lado, pero Uriel no se inmutó, ni siquiera pareció darse cuenta de que se encontraba bajo el fuego enemigo.

—¡Capitán! ¡Agáchese! —le gritó Pasanius.

Uriel se giró hacia los Ultramarines que estaban a cubierto y les gritó.

—¡Seguidme!

Un disparo láser le acertó de lleno en el pecho.

Uriel se tambaleó pero no cayó. El águila del centro de su placa pectoral se había derretido. El capellán Clausel se puso en pie y alzó bien alto su

crozius arcanum por encima de la cabeza.

—¡Vedlo, hermanos! ¡El Emperador protege! —aulló y su voz se oyó por todo el campo de batalla. El enorme capellán gritó de nuevo—. ¡Arriba, hermanos! ¡Arriba! ¡Por el Emperador! ¡Adelante!

Uriel apretó la runa de activación de la espada sierra y la hoja chirrió al encenderse.

Se giró hacia la línea enemiga.

Lo lograrían. No habría piedad.

Comenzó a correr a través de las ráfagas hacia el enemigo.

Barzano se echó a un lado cuando el Cirujano se le lanzó encima y le atacó frontalmente con la sierra. Lo agarró del brazo armado y entró girando dentro de su guardia, dándole un fuerte codazo en el costado al alienígena. Rodó hacia adelante para esquivar el golpe de revés y se estampó contra la bandeja de instrumental quirúrgico que estaba al lado de la mesa de operaciones, tirando toda clase de escalpelos y taladros al suelo. Oyó a Almerz Chanda gemir de dolor por encima de él y empuñó un largo escalpelo acabado en un gancho cuando el Cirujano cargó de nuevo contra él.

Las fuerzas comenzaban a fallarle, y supo que no duraría mucho más tiempo. Se puso en pie con el escalpelo firmemente aferrado en el puño. El Cirujano blandió la sierra contra su cabeza.

El inquisidor paró el golpe con su antebrazo y lanzó un tremendo grito cuando los dientes en movimiento de la sierra circular atravesaron los músculos, llegaron hasta el hueso y bajaron chirriando por él hasta el codo. La sierra se detuvo con un estremecimiento al quedar sus dientes atrapados por el hueso al final del brazo del inquisidor. Barzano alejó de su cuerpo el brazo con la sierra atascada, se acercó al alienígena y le clavó el escalpelo en la sien.

El alienígena se tambaleó. De su boca salió un chorro de sangre y sus rodillas cedieron: tenía quince centímetros de acero metidos en el cerebro.

Exhaló un último suspiro antes de caer hacia adelante arrancando la sierra circular del brazo de Barzano.

El inquisidor se recostó contra la mesa de operaciones esforzándose por permanecer consciente a pesar de la agonía de su brazo destrozado. Una gruesa capa de piel y músculo le colgaba hecha jirones desde el codo hasta casi la muñeca, y se obligó a sí mismo a mirar a otro lado.

Unos cuantos impactos más se estrellaron contra la puerta. Se agachó para sacar una pistola de extraño diseño del bolsillo del Cirujano. Cada uno de sus movimientos enviaba enormes oleadas de dolor que le golpeaban la cabeza.

Sintió más que vio que algo se movía a su lado y se giró apuntando con la pistola.

Almerz Chanda se irguió hasta quedar sentado, con el cuerpo destrozado moviéndose por última vez antes de que la muerte lo reclamara.

Los rasgos de su cara hablaban del dolor más espantoso imaginable, y Barzano pudo sentir la locura a la que el arte del Cirujano había empujado al hombre, pero también sintió su desesperada necesidad de expiar sus graves pecados al fondo del pozo de su demencia.

Mientras Barzano se esforzaba por mantenerse en pie, la puerta se abrió de golpe.

Uriel estrelló un puño contra el visor de un guardia y la cara del hombre se desintegró bajo el golpe. Un rayo láser lo alcanzó en la placa pectoral, pero la armadura se mantuvo firme y Uriel mató a su atacante con un disparo de bólter bien colocado. Blandió su espada sierra en un arco brutal, cortándole la cabeza a un soldado y destripando a otro. Le disparó a un tercero en plena cara y rugió al sentir el gozo del combate.

La trinchera era un matadero.

La ira de los Ultramarines no conoció límites mientras despedazaban a los hombres de la FDP tras asaltar la trinchera con la furia de su carga. Las pistolas bólter rugieron, las espadas sierra brillaron enrojecidas bajo la luz del sol y los chorros de fuego líquido abrasaron vivos a los hombres. No

dieron cuartel, y, a los pocos segundos, la trinchera no era más que una fosa abierta para los cadáveres de los soldados de la FDP.

Uriel gritó a sus hombres que le siguieran antes de que se perdiera el ímpetu de la carga y salió de la trinchera para dirigirse a toda velocidad hacia las fortificaciones. Los proyectiles de gran calibre levantaron una fila de surtidores de tierra y piedra en su dirección, pero Uriel se echó a un lado para esquivar aquella lluvia de balas. Disparó mientras corría, y su carga lo llevó a diez metros del primer bunker. Vio cómo Pasanius disparaba un largo chorro de líquido en llamas contra la tronera del otro bunker. El fuego anaranjado rodeó al gigantesco guerrero mientras llenaba la fortificación enemiga con aquella muerte abrasadora.

Uriel se tiró de cabeza y rodó hasta llegar a los pies del bunker, evitando por poco que una ráfaga disparada a quemarropa lo partiera por la mitad. Se pegó de espaldas a la pared frontal. El bunker era un rectángulo cuadrado de rococemento que sobresalía un metro por encima del nivel del terreno con unas troneras estrechas por todos lados. Utilizar granadas sería algo inútil. Sin duda, el búnker disponía de un sumidero de granadas, una cámara reforzada donde los ocupantes las podían tirar para evitar sus efectos.

Nuevos disparos salieron del bunker, pero Uriel esperó hasta que oyó el chasquido característico de un bólter pesado al quedar vacía la caja del cargador. Contuvo el aliento esforzándose para poder oír con claridad el doble chasquido cuando metieran una nueva cinta de proyectiles en la recámara ya caliente.

Uriel lanzó un rugido al alzarse y meter su espada sierra por la tronera hasta alcanzar la cara del artillero. Se oyó un grito burbujeante y el crujido de los huesos al partirse. Uriel metió la otra mano dentro y sacó la pesada arma por la tronera.

Giró rápidamente el cañón del arma y lo metió dentro del bunker. Apretó el gatillo y movió el arma de un lado a otro llenando el reducto de proyectiles explosivos. Los gritos procedentes del interior duraron poco tiempo, pero Uriel siguió hasta que disparó la última bala de la cinta y el percutor golpeó en vacío.

El Ultramarine dejó caer el arma con la cara cubierta de sudor y de sangre.

Habían tomado las últimas fortificaciones y la prisión se encontraba abierta ante ellos.

Los guardias de la prisión entraron en tromba en la cámara de tortura para enfrentarse a una aparición surgida de sus peores pesadillas. Almerz Chanda se abalanzó sobre ellos con las últimas fuerzas que le quedaban y derribó a los primeros hombres que entraron.

El moribundo Chanda pataleó y manoteó mientras lanzaba un aullido de agonía que destrozó los nervios de todos los que estaban lo bastante cerca para oírlo. Los atacantes dispararon de forma instintiva, acribillando con sus láser el ya destrozado cuerpo de Chanda, atravesándolo y matando a los hombres que estaban debajo de él.

El grito de muerte de Chanda fue más de liberación que de dolor.

Los siguientes soldados lograron apartar los ojos del hombre horriblemente mutilado para mirar al único ocupante con vida que quedaba en la cámara. Barzano se tambaleó con el cuerpo completamente cubierto de sangre. La muerte de Chanda le había proporcionado unos valiosos segundos que no estaba dispuesto a desaprovechar. Apuntó la pistola del Cirujano hacia los guardias y apretó el gatillo.

Una lluvia de agujas oscuras salió disparada en un cono en expansión, acribillando a los guardias más cercanos y matándolos instantáneamente. Los guardias que estaban detrás no tuvieron tanta suerte y las agujas de punta venenosa llenaron su corriente sanguínea de letales toxinas alienígenas.

Barzano avanzó trastabillando hacia la puerta cuando los guardias comenzaron a retroceder. Algunos se retiraban retorciéndose entre espasmos y estertores de muerte a medida que el veneno cumplía su función maligna, mientras que otros simplemente huían al ver el horroroso final de los que estaban delante. El inquisidor cerró la puerta de nuevo dejándose

caer contra ella y luego se deslizó hacia el suelo mientras perdía fuerzas con la cascada de sangre que le salía del brazo destrozado.

En el exterior resonaron nuevos gritos, disparos y explosiones. Sintió que alguien empujaba la puerta e intentó débilmente mantenerla cerrada, pero no pudo impedir que la abrieran. Se derrumbó por completo sobre el suelo mientras la vista se le nublaba. Se esforzó por levantar la pistola para disparar.

El sargento Learchus le arrancó el arma de la mano y la lanzó al otro extremo de la estancia mientras sus dos hermanos entraban en la cámara de tortura junto a Mykola Shonai, Lortuen Perjed y media docena de escribas aterrorizados. Uno de los marines espaciales llevaba a Jenna Sharben en los brazos y depositó a la agente herida con suavidad sobre la mesa de operaciones.

—Ocupaos de él —ordenó Learchus señalando con un gesto al inconsciente Barzano. Luego, activó su comunicador—. Capitán Ventris, tenemos al inquisidor Barzano. Está vivo, pero muy malherido. Debemos llevarlo a bordo del Vae Victus inmediatamente si queremos que sobreviva.

Uriel cargó a través de los restos humeantes de las puertas del edificio de prisiones sin dejar de disparar. La explosión había matado a la mayoría de los defensores que se encontraban en el interior. Sólo se oían los gemidos de los heridos y moribundos por encima del eco de la explosión.

Su ánimo había mejorado inmensamente cuando Learchus le había informado de que el inquisidor se encontraba a salvo. Sabía que había tomado la decisión correcta cuando le ordenó al sargento permanecer en el palacio y que entrara en la prisión desde arriba.

Learchus ya tenía a Barzano, pero todavía quedaban varios cientos de hombres bajo tierra. Todavía tenían que llegar hasta sus hermanos y ponerlos a salvo. Pasanius envió otra lengua de fuego hacia la parte baja de unas escaleras de peldaños tallados burdamente en la misma roca que llevaban al oscuro interior de la prisión.

Les llegaron unos aullidos gorgoteantes desde abajo, y Uriel lideró de nuevo la carga de los Ultramarines.

Learchus disparó otra andanada de proyectiles a través de la puerta matando a dos e hiriendo a un tercero. Hasta aquel momento ya habían rechazado tres asaltos, pero se estaban quedando sin munición y tampoco es que les quedara mucho más tiempo. Había otras dos entradas a aquella cámara, y cada uno de los marines espaciales luchaba desesperadamente por rechazar las oleadas de atacantes con sus bólters y espadas sierra.

Mykola Shonai y Lortuen Perjed intentaban por todos los medios cortar la hemorragia del brazo del inquisidor, pero era una batalla que estaban perdiendo. La sierra circular del Cirujano le había cortado hasta el hueso desde la muñeca hasta el codo, y en aquel lugar sólo había instrumentos para quitar la vida, no para salvarla. La piel de Barzano había adquirido una tonalidad grisácea y su pulso era débil e irregular.

Cada vez más guardias se lanzaban a la carga hacia las puertas, y cada vez eran abatidos por los letales proyectiles o despedazados por las aullantes espadas sierra. El hedor a muerte invadía por completo la cámara.

Learchus dejó caer al suelo su bólter cuando su último cargador quedó por fin vacío antes de salir a la carga cuando más enemigos intentaban pasar a la fuerza. Su espada partió por la mitad a los primeros hombres antes de que los disparos láser lo hicieran caer de espaldas. Las runas que indicaban el estado de la armadura comenzaron a parpadear en rojo dentro de su visor. Rodó hacia un lado y le amputó ambas piernas a un guardia para después destrozarle las entrañas a otro de un puñetazo en la entrepierna. Varias bayonetas intentaron atravesarlo, pero la mayoría resbalaron sobre la dureza de la armadura.

Apuñaló y cortó, dio patadas y puñetazos en todas las direcciones y sintió cómo los huesos de sus enemigos se partían con cada movimiento de su cuerpo. Siguieron resonando disparos a medida que se iba librando de sus atacantes más cercanos. Rugió poseído por la furia del combate, convertido en una máquina de matar en frenesí asesino.

Estaban conteniéndolos, pero no podrían continuar haciéndolo durante mucho tiempo más.

Un golpe de revés con la mano envió a otro enemigo aullando al infierno mientras Uriel y Pasanius seguían avanzando más profundamente por el entramado de pasillos de la prisión. El casco de Uriel había quedado abandonado en el campo de batalla de la explanada, por lo que siguió a Pasanius. Los augurios localizadores del casco del sargento los dirigían directamente hacia Learchus.

Pudieron oír los gritos de hombres que morían y el ruido de un feroz combate un poco más adelante, y salieron corriendo para doblar una esquina y ver a decenas de hombres que intentaban avanzar empujándose unos a otros hacia una amplia puerta. Pasanius ni siquiera esperó a que le diera la orden: envolvió a todos los guardias con el fuego de su letal lanzallamas. Los chillidos agónicos y el hedor a carne quemada llenaron el atestado pasillo cuando los Ultramarines atacaron a los guardias de la prisión por la retaguardia.

Fue una matanza. Los soldados no tenían adonde huir. Atrapados entre la furia del sargento Learchus y aquel nuevo ataque, los supervivientes quedaron a merced de Uriel, pero el capitán no mostró misericordia alguna y todos los soldados murieron.

Uriel entró en la cámara de tortura del Cirujano jadeando con fuerza y limpiándose la sangre enemiga de la cara. La estancia estaba sembrada de cadáveres, y el olor a sangre era sofocante. El silencio fue un contraste repentino después de los momentos estridentes del combate. Learchus parpadeó antes de bajar su espada.

Uriel se acercó a Learchus y le estrechó la mano.

—Bien hallado, hermano —le susurró Uriel.

Learchus asintió.

—Sí, bien hallado, capitán.

La Thunderhawk ascendió rugiendo a toda prisa perseguida por unos cuantos ornitópteros y algunos transportes artillados. Aquellos aparatos, diseñados para acribillar objetivos terrestres que se movían con lentitud, no eran rivales para la aeronave de los marines espaciales y se retiraron después de perder a siete de los suyos.

El rescate del inquisidor Barzano le había costado la vida a tres Ultramarines y a dos de los escribas del propio Barzano, que habían muerto en el fuego cruzado que asoló a la cámara de tortura. Lortuen Perjed se mostró inflexible e insistió en que se les concedieran los máximos honores en su entierro.

El apotecario Selenus procedió a retirar las vitales glándulas progenoides de los cuerpos de los marines espaciales muertos antes de atender a los heridos. La recuperación de la valiosa semilla genética tenía preferencia sobre el procedimiento médico habitual en situaciones de combate.

Estabilizó las heridas del inquisidor e inició una transfusión directa desde un escriba que tenía el mismo tipo de sangre. El hombre expresó su deseo de quedarse sin sangre si hacía falta para salvar la vida del inquisidor, pero el apotecario le aseguró que aquella medida tan drástica no sería necesaria.

Trató la herida de Jenna Sharben a continuación. Aunque quedaría incapacitada durante muchos días, sobreviviría y no sufriría secuelas por la herida. La mayoría de las heridas de los Ultramarines supervivientes eran leves.

La baqueteada Thunderhawk subió más allá de la atmósfera superior y llegó finalmente al Vae Victus, donde los guerreros estaban a salvo.

Los oficiales superiores de la misión en Pavonis se reunieron en la sala de operaciones del capitán alrededor de una mesa circular tallada a partir de

los pinos montañosos de lento crecimiento que rodeaban la fortaleza de Hera, allá en Macragge.

El gran almirante Tiberius estaba sentado de espaldas a la pared bajo un magnífico estandarte de seda que mostraba las victorias de la nave y sus anteriores capitanes hasta siglos antes de que él naciera. A un lado de Tiberius se encontraban los Ultramarines, fatigados por el combate que acababan de librar en Pavonis: Uriel, Learchus, Pasanius, Venasus y Dardino. Al otro lado de la mesa estaban sentados Mykola Shonai y Lortuen Perjed.

Entre ellos se encontraba una silla vacía. Mykola Shonai tomó un sorbo de agua justo cuando llegó el último miembro de aquel consejo de guerra, con el brazo izquierdo envuelto por un vendaje de piel sintética y con una fuerte cojera.

Uriel observó cómo Barzano se acercaba renqueando y se fijó en el brillo delator de sus ojos, que indicaba el uso de una gran dosis de estimulantes. Era obvio que el inquisidor estaba utilizando esas sustancias médicas para bloquear el dolor provocado por las heridas en el hombro y en el brazo. Se sentó enfrente de Uriel, con un tono de piel grisáceo.

—Muy bien —comenzó a decir Barzano—. Creo que es bastante justo decir que la situación es muy grave. Kasimir de Valtos tiene el control de Pavonis, y en cualquier momento puede caer en sus manos un arma alienígena antiquísima capaz de desatar una destrucción a escala de sistema planetario. ¿Todo el mundo está de acuerdo en que es una evaluación imparcial de la situación?

Nadie se mostró en desacuerdo con el inquisidor.

—Y bien, ¿qué sugiere que hagamos, inquisidor Barzano? —le preguntó Tiberius.

—Lo que sugiero es que remita un mensaje codificado a Macragge para que nos envíen un navío de guerra equipado con torpedos ciclónicos aquí, a Pavonis.

Uriel golpeó la mesa con el puño.

—¡No! —exclamó con decisión—. No lo permitiré. Hemos venido a salvar a esta gente, no a destruirla.

Tiberius colocó una mano en el brazo de Uriel con un gesto tranquilizador. Mykola Shonai miró a Uriel y a Barzano con una expresión confundida en el rostro.

—Quizá me he perdido algo —dijo por fin—. ¿Qué son los torpedos ciclónicos?

—Asesinos de planetas —contestó Uriel—. Harán arder la atmósfera de Pavonis con una tormenta de fuego y arrasarán la superficie hasta que no quede nada vivo. Los océanos hervirán hasta convertirse en vapor y el planeta quedará convertido en una roca desnuda cubierta por las cenizas de sus habitantes.

Shonai posó su mirada horrorizada en Barzano.

—¿Piensas destruir mi mundo? —le preguntó con un tono de incredulidad en la voz.

Barzano asintió con lentitud.

—Si con eso logro impedir que un demente se apodere del *Portador de la Noche*, entonces sí, lo haré. Es mejor sacrificar un mundo que perder otros muchos porque no nos atrevimos a cumplir con nuestro deber.

—Nuestro deber no es matar a gente inocente —le recalcó Uriel.

—Nuestro deber es salvar tantas vidas como podamos —le replicó Barzano—. Si no hacemos nada y De Valtos logra apoderarse de la nave alienígena, morirán muchos más mundos. No tomo mis decisiones a la ligera, Uriel, pero debo confiar en la lógica fría y en el Emperador para que me guíe.

—¡No puedo creer que ésa sea la voluntad del Emperador!

—¿Quién eres tú para juzgar lo que quiere el Emperador? —le contestó con brusquedad Barzano—. Eres un guerrero que puede ver a sus enemigos cara a cara en el campo de batalla y que puede atacarlos con espada y bólter. Mis enemigos son la herejía, la aberración y la ambición. Son enemigos más insidiosos de lo que jamás podrás llegarte a imaginar, así que las armas que debo utilizar son de una magnitud mucho mayor.

—No puedes hacer esto, Barzano —le rogó Uriel—. Mis hombres han luchado y han muerto por este mundo. No pienso rendirme.

—No es cuestión de rendirse, Uriel —le explicó Barzano—. Es cuestión de prevención. No sabemos dónde está De Valtos o cómo pretende encontrar esa nave, y sin esa información no podemos hacer nada de nada. Si dudamos y llegamos demasiado tarde para impedir que se apodere del *Portador de la Noche*, ¿cuántas vidas más se perderán? ¿Diez mil millones? ¿Cien mil millones?

—Seguro que podemos hacer algo distinto para detener a De Valtos —dijo Shonai—. Hay millones de personas en Pavonis. No me quedaré aquí sentada oyendo cómo se discute la posible destrucción de mi mundo como si fuera un asunto sin importancia.

Barzano se giró para mirar a Shonai.

—Mykola, créeme si te digo que no soy un monstruo sin corazón y que no creo que la muerte de un solo mundo sea un asunto sin importancia. Jamás me he visto obligado a ordenar la destrucción de un planeta, y si pudiera detener a De Valtos de algún otro modo, lo elegiría.

Cuando Barzano dijo aquello, las palabras de Gedrik resonaron de nuevo en la cabeza de Uriel.

«La Muerte de los Mundos y el *Portador de la Noche* esperan nacer en esta galaxia. Uno de ellos se alzará, o ninguno, la elección está en tus manos».

—¿Lo dice realmente en serio, inquisidor Barzano? —le preguntó.

—¿Qué quieres decir? —contestó a su vez Barzano con voz cautelosa.

—Me refiero a lo de elegir otro modo si pudiera.

—Sí, lo digo en serio.

—Entonces, creo que hay otro modo —le dijo Uriel.

Barzano alzó una ceja con gesto escéptico y se inclinó hacia adelante apoyando un brazo en la mesa, teniendo buen cuidado de ni siquiera rozarla con el otro.

—¿Y cuál es, Uriel?

Uriel sintió que aquél era un momento crítico y pensó bien lo que iba a decir antes de abrir la boca.

—Cuando fuimos a por De Valtos y estuvimos en su casa, me di cuenta al descubrir los dos esqueletos de metal que las baterías a las que estaban

conectados tenían unas marcas de identificación.

—Estaban marcadas con las palabras sierra Tembra. Quizá la gobernadora nos pueda aclarar algo sobre eso —le contestó Uriel.

—¿La sierra Tembra? Pues es una cadena montañosa a unos cien kilómetros al norte de Puerta Brandon. Se extiende desde el océano occidental hasta el bosque de Gresha, al este. Son casi mil kilómetros de tierras altas rocosas y bosques de matojos. Es una región minera: existen centenares de minas profundas en todo su recorrido. La mayoría de las corporaciones poseen prospecciones y terrenos a lo largo de las montañas Tembra. La corporación De Valtos tiene bastantes.

—Si esas cosas fueron sacadas de una de las minas que se encuentran en las montañas Tembra, ¿no es probable que el *Portador de la Noche* también se encuentre allí? —indicó Uriel.

Barzano asintió con una sonrisa.

—Muy bien, Uriel. Y si pudiéramos concretar en cuál de las minas está, sí que tendríamos algo que celebrar —comentó Barzano.

Su tono de voz era sarcástico, pero Uriel se dio cuenta de que estaba pensando que la exterminación de Pavonis ya no era algo inevitable. El inquisidor se giró hacia Mykola Shonai.

—¿Qué profundidad tienen esas minas? —le preguntó.

—Depende —contestó Shonai—, pero las más profundas tienen pozos de unos diez mil metros, mientras que otras se quedan en tres mil o cuatro mil según el mineral que se esté extrayendo y hasta qué profundidad sea rentable seguir excavando.

—Descubramos qué minas pertenecen a De Valtos y bombardeémoslas desde el Vae Victus hasta borrarlas del mapa —masculló Uriel.

—¿Lortuen? —dijo Barzano mientras se giraba hacia su ayudante, quien asintió pensativo y cerró los ojos.

Su respiración se hizo más lenta y sus párpados vibraron mientras seleccionaba datos, cifras y estadísticas del inmenso caudal de información que él y sus escribas habían reunido a lo largo de sus investigaciones.

Uriel observó cómo los ojos del anciano se movían rápidamente de derecha a izquierda, como si estuviera leyendo información que apareciese

en la parte interna de sus párpados, y se fijó por primera vez en un pequeño destello metálico detrás de su oreja. El anciano tenía implantadas mejoras cibernéticas, probablemente parecidas a las un servidor sabio o a un lexmecánico.

Perjed empezó a hablar en un tono de voz monótono sin abrir los ojos.

—Existen cuatro minas a lo largo de las montañas Tembra que son propiedad de la corporación De Valtos. Todas extraen mineral en bruto que es refinado y transformado en acero para fabricar chasis de tanques y tubos de cañones, pero la producción de la mina situada más al norte es, con mucho, la inferior. Sospecho que su déficit es cubierto por una sobreproducción en las demás instalaciones, lo que explica el mayor número de accidentes de trabajo en las otras minas de la corporación.

Perjed inclinó la cabeza, su respiración volvió a adquirir un ritmo normal y Uriel miró con expresión triunfante a Barzano.

—Ahí está —le dijo—. Tenemos la localización exacta y podemos atacar sin necesidad de recurrir al genocidio.

—Me temo que eso no cambia nada, capitán Ventris —dijo Tiberius en voz baja.

—¿Por qué no?

—Incluso a plena potencia del cañón de bombardeo, las bombas de magma no son capaces de penetrar tanta distancia en la corteza del planeta.

—Entonces llevaremos la lucha de nuevo a la superficie —gritó Uriel —. Los tecnomarines me han informado de que ya disponemos de dos Thunderhawks en estado operativo. Partamos en cuanto estemos preparados y saquemos a De Valtos de debajo de la superficie del planeta a rastras si hace falta.

Uriel se quedó mirando con actitud desafiante a Barzano, preparado para acallar a gritos cualquier objeción que el inquisidor pudiera tener.

Pero Barzano se limitó a asentir.

—Muy bien, Uriel. Lo intentaremos a tu manera, pero si fallas, Pavonis morirá. Por mi mano o por la de De Valtos.

—No fallaremos —le aseguró Uriel—. Somos los Ultramarines.



DIECISIETE

Virgil Ortega se agachó cuando otra ráfaga acribilló la pared que tenía a su espalda e hizo caer una lluvia de trozos de piedra sobre él. Se metió de nuevo detrás de la barricada angular de rococemento y sacó el cargador vacío de tambor de la ametralladora pesada, metió uno nuevo y corrió el cerrojo para introducir un proyectil en la recámara.

Ortega volvió a colocar la pesada arma encima de la barricada justo cuando otra oleada de tropas cargaba contra ellos. Agarró con fuerza la culata y la apoyó bien contra su hombro antes de apretar el gatillo. Una llamarada de un metro de largo salió del cañón perforado del arma y un rugido ensordecedor rasgó el aire cuando cientos de proyectiles de alta velocidad convirtieron a la primera oleada de soldados en un montón de cadáveres desgarrados. La vibración causada por los disparos era casi insoportable para Ortega y sus músculos tuvieron que esforzarse al máximo para mantener el arma en posición. Sin embargo, con semejante potencia de fuego no era tanto una cuestión de puntería como de capacidad de recargar: la ametralladora podía vaciar su cargador en cuestión de segundos.

Sólo quedaban con vida dieciocho agentes de los veintisiete que había logrado sacar del desastre del cuartel general. Los Arbites habían cruzado una red de túneles bajo el palacio desconocida incluso para la gobernadora y se habían apoderado de la armería después de un corto pero feroz combate. La sorpresa había sido total, y la armería imperial, diseñada para resistir de forma indefinida cualquier ataque procedente del exterior, había caído en menos de una hora.

Los rebeldes tardaron mucho menos en reunir las tropas suficientes para organizar un contraataque y comenzar a intentar sacar a los Arbites de su nuevo refugio. Construida a bastante profundidad bajo palacio, la armería sólo era accesible a la infantería y, gracias a la enorme cantidad de armas de fuego a su disposición, Virgil Ortega estaba demostrando ser una espina clavada profundamente en el costado de los rebeldes. Si lograba privar a los sublevados de aquellas enormes reservas de armas, la rebelión se vería privada de una buena parte de su potencia de fuego cuando la furia de la venganza imperial cayera sobre ellos.

Había enviado a Collix y a otros seis agentes a que conectaran la mayor cantidad posible de explosivos y que se prepararan para hacer saltar por los aires la armería. Con un poco de suerte, podrían colocar las cargas, preparar los temporizadores, salir huyendo y enviar de una explosión todo aquel lugar al espacio.

El suelo del pasillo que se abría delante de él estaba cubierto de cadáveres, hasta el punto de que los montones de enemigos muertos habían formado barricadas improvisadas para sus camaradas. Ortega disparaba ráfagas inmisericordes de ametralladora pesada arriba y abajo, apretando el gatillo a la mínima señal de movimiento. Los demás agentes de la línea defensiva utilizaban una combinación de escopetas, bólters y metralletas para llenar todo aquel espacio de muerte.

Oyó unos cuantos juramentos a su espalda y echó un rápido vistazo por encima del hombro justo a tiempo para ver a Collix empujando un soporte con ruedas que llevaba acoplado un par de cañones automáticos montados sobre una base circular. Ortega sonrió. Aquella arma estaba diseñada para ir montada en un vehículo de alguna clase, probablemente en un Sentinel, y era demasiado pesada para ser llevada por una persona.

Unas cuantas balas rebotaron en las paredes, y Ortega bajó de un tirón a un agente de la barricada cuando se derrumbó sobre ella con media cabeza volada por un disparo.

—¡Vamos, muévete, Collix! —le gritó.

—¡Ya llego, señor!

—¿Cuánto nos queda antes de que podamos salir de aquí?

—No estoy seguro de que podamos hacerlo, señor.

—¿De qué estás hablando?

—Los detonadores para los explosivos no están almacenados aquí —le explicó Collix—. Supongo que para impedir que el enemigo haga lo que nosotros pretendemos hacer.

Ortega lanzó una maldición. Dejó la ametralladora pesada sobre la barricada y se alejó de ella teniendo buen cuidado de mantener la cabeza agachada mientras se acercaba a Collix para ayudarle con los enormes cañones.

—Entonces tendremos que encontrar otro modo de hacerlos estallar —gruñó Ortega.

—Podemos hacerlo manualmente —le sugirió Collix.

Ortega clavó sus ojos en los de Collix: sabía lo que el sargento estaba sugiriendo en realidad.

—Esperemos no tener que llegar a eso, sargento.

—Sí —dijo Collix, asintiendo con gesto ceñudo.

—Pongámoslos aquí —le ordenó Ortega, y colocaron el montaje de modo que cubriera la barricada.

Collix detuvo el soporte y tiró de la palanca de freno, inmovilizando las ruedas en aquella posición antes de extender las patas estabilizadoras. Sin duda, el retroceso de los cañones automáticos iba a ser tremendo, de modo que Ortega no estaba muy seguro de que el soporte improvisado del arma fuese capaz de aguantarlo.

Unos cuantos aullidos y gritos desesperados le llegaron de su espalda, y lanzó unos cuantos juramentos al ver que sus agentes estaban trabados en combate cuerpo a cuerpo con los soldados de uniforme gris. La sangre y el humo llenaron el pasillo mientras todos los hombres y mujeres luchaban con una ferocidad desesperada.

Los agentes del Adeptus Arbites eran una de las tropas más disciplinadas y dedicadas con las que podía contar el Emperador, pero los soldados de la FDP luchaban con el frenesí de los combatientes que habían pasado a través del fuego de la batalla y habían sobrevivido lo suficiente como para ajustarles las cuentas y vengarse de quienes habían estado a punto de matarles.

Ortega empuñó la porra de energía que llevaba al cinto y se unió a la refriega, donde comenzó a golpear con salvajismo a sus enemigos. Collix iba armado con un enorme alfanje de energía, con el que partió literalmente por la mitad y sin esfuerzo al primer soldado de la FDP con el que se enfrentó. Había muchas armas exóticas entre las que escoger, como espadas de energía y grandes hachas de combate entre ellas, pero Ortega confiaba más en la sensación de solidez que le proporcionaba su fiable porra.

Le aplastó el cráneo a un soldado con un golpe de revés. Ya había gastado siete cargas de energía de la porra, pero no había escasez de munición o de repuestos en aquel lugar, e incluso las veces que había tenido que utilizarla sin su campo de energía, medio metro de metal sólido era un arma poderosa en manos de un individuo que sabía cómo blandido.

Ortega luchó espalda con espalda con Collix y se abrieron camino entre los ensangrentados soldados de la FDP aplastando cráneos y partiendo caras con sus puños y sus armas.

—¡La justicia del Emperador cae sobre vosotros, pecadores! —gritó Collix mientras le propinaba a un soldado una patada en la entrepierna antes de cortarle la cabeza con un solo tajo letal de su alfanje. Ortega golpeó el estómago de otro con su porra y le metió un tremendo rodillazo en la cara cuando se dobló sobre sí mismo. Saltó un chorro de sangre y lo golpeó otra vez: sabía que tenían que contener a sus atacantes un poco más.

Se abrió un espacio a su alrededor y dejó caer la porra de energía, empuñando de nuevo la ametralladora pesada. La agarró con fuerza y apretó el gatillo. Todo su cuerpo se estremeció con el tremendo retroceso. Sus costillas aullaron de dolor con cada ráfaga. Estaba seguro de que se las había vuelto a romper.

Los proyectiles de gran calibre atravesaron las filas de soldados de la FDP y cayeron al menos una docena de hombres. Sus delgados chalecos antibalas no fueron capaces de detener unos proyectiles tan poderosos. Ortega lanzó un rugido, un aullido a mitad de camino entre la rabia desatada y el fuerte dolor.

—¡Muerte a todos los que desafían las leyes del Emperador!

Sintió que la sangre se le acumulaba en las comisuras de los labios a la vez que el dolor sordo se le extendía por todo el pecho.

Sí, estaba completamente seguro de que se había roto al menos una costilla.

De repente, todo acabó.

Sus últimos atacantes cayeron al suelo o dieron media vuelta y echaron a correr, desmoralizados por la ferocidad de la defensa de los Arbites.

Ortega no mostró piedad alguna y ametralló a los soldados que se batían en retirada.

Unos pocos de ellos lograron ponerse a salvo disparando mientras huían.

Un rayo láser acertó a Ortega en mitad del pecho y lo derribó dando vueltas sobre sí mismo. El suelo fue rápidamente a su encuentro y el frío cemento se estampó contra su cara. Sintió unas manos que lo arrastraban para ponerlo a cubierto, pero pudo ver que los Arbites todavía se mantenían en la barricada.

Otros seis agentes habían caído, pero todavía resistían.

De momento.

Uriel y Pasanius corrían colina arriba hacia el grupo de edificios de paredes de metal que se encontraban en la meseta montañosa. Hacía bastante calor allí, y el resplandor de las piedras blancas de la región era cegador.

A sus espaldas, los Ultramarines los seguían, avanzando también colina arriba por las laderas rocosas y cubiertas de matojos de las montañas Tembra, en dirección a la mina que Lortuen Perjed había denominado TR-701. No sonaba a un lugar donde tener una muerte heroica, y Uriel sintió que había estado acertado al pedir aquella última oportunidad de detener a De Valtos.

Ario Barzano se encontraba a seis kilómetros de allí, al oeste de la mina, en una de las Thunderhawks de los Ultramarines, donde esperaba ansiosamente la señal de Uriel que indicaría que se trataba del sitio que buscaban.

Las seis escuadras de Ultramarines subieron aquella cuesta con la misma facilidad con la que hubieran desfilado por un terreno liso. Los pelotones de apoyo cubrían el avance, ya que estaban seguros de que ya los habrían visto: el azul de sus armaduras era demasiado llamativo contra la piedra clara de la montaña para que no los hubiesen divisado.

Unos chorros ardientes de gases inflamables salían de los agujeros de escape distribuidos por aquella ladera. Eran conductos de ventilación que dejaban escapar los humos generados al excavar a tanta profundidad. A Uriel le recordaron los volcanes inagotables de los océanos del sur de Macragge.

La escuadra Dardino avanzaba por el flanco izquierdo. Allí la ladera era más empinada, pero todos sus guerreros habían sido equipados con mochilas de salto y no les costaba ningún trabajo atravesar aquel pedregal inclinado. Las escuadras de Venasus, Pasanius, Elerna, Nivaneus y Daedalus marchaban formando un amplio frente, y cada escuadra cubría a las demás.

El complejo minero relucía bajo el sol. Las paredes plateadas de sus edificios reflejaban la luz con rayos cegadores. Era imposible determinar si había o no fuerzas enemigas desplegadas allí. Unas cuantas columnas de humo se alzaban por detrás de los edificios del perímetro, pero era imposible saber si se trataba de los tubos de escape de varios vehículos blindados o si las causaban los trabajos habituales de la mina.

Ya estaban a trescientos metros del altiplano.

Kasimir de Valtos siguió al capataz de la mina, Jakob Lasko, bajo la parpadeante línea de globos de brillo. Lasko no paraba de limpiarse el sudor de la frente, pero De Valtos parecía demasiado nervioso para percatarse del tremendo calor que hacía a aquella profundidad.

A su espalda marchaba un numeroso grupo de guerreros eldars armados hasta los dientes, con los rostros tapados por sus recargados cascos de color carmesí. Entre varios de ellos llevaban un gran contenedor de metal plateado con la tapa cerrada y sellada.

En el centro del grupo se encontraba el temido líder de la cábala de la Espada Hendedora, el arconte Kesharq. Al igual que sus guerreros, su rostro estaba oculto por un casco con visor, con la superficie de color jade completamente lisa y pulida. Llevaba su gran hacha de guerra, y a su lado

caminaba la bella bruja de cabellos negros que hasta aquel momento había sido la sombra inseparable de Kasimir de Valtos.

A sus pies trotaban los excrentes, pegados a su amo, que avanzaban según el método de locomoción que el Cirujano les hubiese proporcionado. Siseaban y bufaban, incómodos en aquel entorno oscuro y caluroso. Quizás algún instinto latente de sus vidas anteriores les advertía sobre el mal que contenía aquel lugar.

Toda una compañía de soldados de la FDP seguía a los guerreros eldars y cubrían la retaguardia. En medio de ellos caminaba Vendare Taloun, con los hombros hundidos y derrotados mientras se secaba la piel empapada con el reborde de su túnica.

El aire estaba repleto de polvo y de gases. A lo largo de las paredes rocosas se veían máscaras recicladoras de aire colgadas de ganchos herrumbrosos junto a carteles que advertían del riesgo sobre los gases tóxicos y las explosiones.

La columna se adentró más profundamente en la mina, y el entorno cambió de la roca desnuda de Pavonis a unos pasillos de superficies pulidas, con sus paredes curvadas uniéndose a unos cuatro metros de altura.

Kasimir de Valtos se detuvo en la cámara cuadrada que contenía la enorme puerta que había impedido su paso durante tanto tiempo. El nerviosismo y la excitación recorrieron sus venas, e hizo un gesto de asentimiento como respetuoso saludo a cada uno de los cuatro silenciosos guardianes en sus respectivos nichos envueltos en sombras. Sus ojos relucieron, pero si sentían alguna animosidad contra los intrusos, no dieron muestra alguna de ella.

Unas láminas metálicas cubiertas de óxido era lo único que quedaba en el lugar donde antes había estado la puerta. De Valtos pudo sentir la vasta presencia que yacía en el interior. Todo su cuerpo comenzó a temblar y se esforzó por controlar aquella sensación de un gran destino inminente. En el interior de aquel lugar se encontraba un dios durmiente, y también pudo sentir el susurro de los miles de años que habían pasado en la brisa rancia que salía del interior de la tumba.

El arconte Kesharq se acercó hasta De Valtos.

—¿Por qué esperamos, humano? Lo que buscamos está ahí dentro. ¿O no? —le preguntó Kesharq con un gruñido.

La voz del alienígena era gorgoteante. Su rebuscado gótico alto era casi ininteligible por el daño que le había causado el proyectil de Uriel.

—Sí, sí que lo está, arconte Kesharq.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

—¿No lo siente? —le preguntó a su vez De Valtos—. ¿Esa sensación de que nos hallamos al borde de la grandeza? ¿La sensación de que una vez que entremos en este palacio, ya nada será igual?

—Lo único que sé es que estamos perdiendo el tiempo. Los Astartes tienen de nuevo consigo al llamado Barzano y no deberíamos pasar más tiempo del necesario aquí. Si lo que buscamos está ahí dentro, deberíamos cogerlo e irnos ya.

—No tienes alma, Kesharq —susurró De Valtos.

Pasó de largo al lado del alienígena y entró en el lugar de descanso de una criatura que era más antigua que el mismo tiempo.

El primer cohete cruzó el aire hacia los Ultramarines y estalló en mitad de los guerreros de la escuadra de Nivaneus, esparciendo fragmentos al rojo blanco en todas direcciones. Dos marines cayeron al suelo, pero se levantaron pocos segundos después.

Un estremecedor rugido de disparos llegó desde el complejo minero mientras el eco de la explosión todavía recorría las montañas. Uriel echó a correr para ponerse a cubierto detrás de una de las grandes chimeneas por donde escapaban los gases e intentó calcular el número de enemigos a los que se enfrentaban. A juzgar por la cantidad de fogonazos que veía, supuso que habría unos doscientos soldados disparando contra ellos.

Las posiciones enemigas estaban bien dispuestas y cubrían todas y cada una de las rutas de aproximación a la mina. Uriel sonrió satisfecho: aquélla era la prueba de que había acertado al tomar la decisión de atacar la mina.

Sin embargo, él y sus hombres se enfrentaban a la perspectiva de atacar a un enemigo bien atrincherado y numéricamente superior, colina arriba y

en un terreno relativamente despejado. Aquel era el material con el que se creaban las leyendas del Capítulo, pero se trataba de algo muy diferente cuando eras tú en persona el que tenía que hacerse cargo de una situación tan desventajosa.

Sus hombres ya estaban a cubierto y respondiendo al fuego enemigo. El Codex Astartes describía las tácticas precisas y necesarias que se debían utilizar en aquel tipo de situaciones de combate, pero Uriel no disponía de los hombres suficientes, ni del equipo ni del tiempo para seguir aquellas estrictas doctrinas.

Un géiser de humo surgió de la boca de una de las chimeneas de ventilación situadas al lado de Uriel y lo envolvió en una nube de gases y ceniza caliente. Tosió y escupió un salivazo lleno de las asquerosas excreciones de la mina. La neuroglotis situada en la parte posterior de su garganta analizó el contenido químico del humo mientras se limpiaba la cara de hollín.

Se trataba de una mezcla de varios gases sulfurosos, letal para un humano normal pero simplemente irritante para un marine espacial. Se inclinó sobre la rejilla que cubría el hueco de la chimenea y agarró el metal caliente incrustado de ceniza. La rejilla rechinó bajo la fuerza de sus manos antes de que la arrancara de cuajo y la echara a un lado para mirar al interior.

Le llegó al olfato un hedor amostazado. La vista aumentada genéticamente de Uriel sólo pudo atravesar unos cien metros de oscuridad humeante, pero logró ver que el cañón de la chimenea se doblaba hacia arriba en un ángulo poco inclinado. Abrió el canal de comunicación para ponerse en contacto con el sargento Dardino mientras comenzaba a formar un plan en su cabeza.

—¡Maldita sea! —exclamó el mayor Helios Bextor del trigésimo tercer regimiento Tarmegano de la FDP al ver a los guerreros de armadura azul, a los temidos Ultramarines, ponerse a cubierto en las rocas que se encontraban bajo sus posiciones.

Había dado la orden de abrir fuego demasiado pronto y maldijo de nuevo su impaciencia. Pero ¿quién podía culparle? La sola idea de enfrentarse a los poderosos marines espaciales era suficiente para atemorizar incluso al hombre más valíente, y el mayor Bextor no era tan idiota para creer que él era un hombre así.

Aunque sabía que no era un individuo de gran coraje, sí era un estratega militar razonablemente competente, y estaba seguro de que las defensas eran todo lo buenas que se podía. Dos compañías completas defendían la mina junto a un pelotón de morteros equipados con proyectiles incendiarios. Se preguntó por un momento qué tenía tanta importancia en aquel lugar para que tuviera que ser defendido de ese modo. No se habían producidos guerras comerciales abiertas desde hacía siglos; pero desechó todas aquellas ideas. El gremial De Valtos le había confiado la seguridad de aquella posición y eso era más que suficiente para él.

Se quedó observando las rocas unos cuantos minutos más, pero no vio nuevos movimientos en la ladera.

El mayor Bextor abrió la frecuencia que lo ponía en contacto con el pelotón de morteros.

—Dotaciones de disparo, abran fuego por andanadas. Objetivos a más de doscientos metros. ¡Arrasadlos!

Uriel oyó segundos más tarde el estampido sordo de los morteros al disparar y vio los proyectiles ascender en su trayectoria balística. En el tiempo que tardaron en llegar a la cúspide de su ascensión él ya había calculado que se quedarían cortos.

—¡Bombardeo! —aulló.

La propia montaña pareció estremecerse con las tremendas detonaciones. Una segunda salva estalló antes de que el eco de la primera andanada se hubiera extinguido. De cada proyectil surgían fragmentos al rojo vivo y chorros de luz fosforescente cuando estallaban con una potencia que sacudía los huesos enviando grandes esquirlas de roca por el aire junto a la metralla.

Las granadas de mortero caían en hileras de explosiones rugientes, avanzando en salvas disciplinadas hacia los Ultramarines. Uriel mantuvo la cabeza agachada mientras la tierra temblaba con cada andanada de disparos.

No les quedaba más remedio que esperar a que Dardino se pusiera en contacto con ellos y sufrir el castigo que el comandante enemigo pudiera infligirles. Avanzar a través de un fuego de mortero tan concentrado hacia las posiciones enemigas era el equivalente a un suicidio colectivo, y Uriel no deseaba que las tropas bajo su mando acabaran de ese modo.

Unas grandes llamaradas se alzaban con cada impacto, y de los cráteres abiertos en la falda de la montaña surgían grandes humaredas por los fuegos que seguían ardiendo en su interior. Uriel captó el hedor del promethium en el aire y frunció el ceño, extrañado. ¿Incendiarias? ¿Es que el comandante enemigo estaba loco? Si se las utilizaba contra tropas escasamente protegidas, los proyectiles incendiarios podían causar enormes bajas y provocar el pánico, pero frente a guerreros protegidos con armaduras de combate eran prácticamente inútiles. Instantes después cayó en la cuenta de que el comandante enemigo pertenecía a la FDP y era casi seguro que jamás se había enfrentado a los marines espaciales.

Unos enormes bancos de nubes de humo negro se alzaron de los chorros ardientes de combustible que, flotando y extendiéndose lentamente empujados por la brisa de la montaña, ocultaron a ambos bandos. A los Ultramarines les acababan de proporcionar la cobertura que tan ansiosamente necesitaban.

El sargento Dardino metió los puños a través de la placa metálica del tubo de ventilación y la abrió con unos cuantos fuertes tirones de los brazos. La luz del día inundó el conducto de metal corrugado y el marine espacial se asomó apuntando con su pistola bólter hacia arriba por si alguien estaba vigilando aquella zona de la mina.

Vio ante él una masa de cables que descendían hacia las profundidades oscuras y unas vigas de adamantio que cruzaban el pozo de la mina a lo largo de toda su tremenda anchura y soportaban el peso del equipo de

elevación y de una docena de tubos de ventilación como del que él estaba saliendo.

Se dejó caer sobre la viga de adamantio a la que estaba atornillado el tubo de ventilación y le indicó al resto de la escuadra que se reuniera con él. Uno por uno, los guerreros de la escuadra de asalto salieron a rastras hasta colocarse sobre la viga. Sus armaduras estaban quemadas y ennegrecidas por los gases de escape de la mina. Las runas del estado de la armadura que Dardino tenía sobre el visor le indicaron que las unidades de reciclado de aire estaban casi obstruidas.

Estaban a bastante profundidad en el interior del pozo cilíndrico de la mina. El cielo era un disco brillante a unos quinientos metros por encima de ellos; una distancia demasiado larga para las mochilas de salto.

Avanzó por la viga procurando no mirar abajo, a la impenetrable oscuridad de la mina. Sabía que si caía, serían nueve kilómetros hasta llegar hasta el fondo. Enfundó la pistola y se giró hacia los nueve hombres de su escuadra.

—Sólo existe un modo de subir. ¡Seguidme! —les ordenó, y saltó hacia el centro del pozo, donde se agarró a los cables que colgaban del borde del cráter, casi medio kilómetro por encima de ellos.

Mano sobre mano, el sargento Dardino y sus hombres comenzaron a ascender hacia la superficie.

Uriel se puso en pie y lanzó un grito.

—¡Hombres del Emperador, adelante!

Echó a correr colina arriba, subiendo a una velocidad tremenda gracias a los músculos mecánicos de su armadura de combate. Los Ultramarines siguieron a su capitán lanzando un grito rugiente de desafío hacia el humo procedente de los proyectiles incendiarios y saltando por encima de los charcos en llamas del combustible ardiendo.

Las granadas de mortero continuaron cayendo, pero la mayoría estallaron a sus espaldas. Los artilleros no habían tenido tiempo de corregir su trayectoria.

Uriel oyó el chasquido de los rifles láser y el estampido de las armas de mayor calibre, pero era un fuego descoordinado y esporádico. Un proyectil le rozó la parte superior de la hombrera, pero la mayor parte de los disparos pasaban demasiado alto. Era otra muestra de que se enfrentaban a un enemigo muy inferior: al disparar colina abajo, la mayoría de los soldados tendían a apuntar demasiado alto.

Uriel surgió a la carrera de las nubes de humo y parpadeó por la repentina claridad. Más disparos salieron a su encuentro arrancando trozos de armaduras y derribando a un puñado de marines, pero todos se pusieron en pie y siguieron avanzando.

Un cohete salió a toda velocidad y se estrelló contra el sargento Nivaneus, un veterano de la campaña de Tracia, y lo desintegró de cintura para arriba con una explosión de color carmesí. El fuego de un cañón automático acribilló a un grupo de marines espaciales de la escuadra del sargento Elerna. Cayeron cuatro, sólo dos se levantaron.

Uno de los supervivientes había perdido el brazo derecho, pero siguió cargando mientras disparaba su pistola bólter con la mano que le quedaba.

—¡Dispersaos! ¡No os amontonéis! —les gritó Uriel al mismo tiempo que el cañón automático comenzaba a disparar de nuevo.

El mayor Bextor alzó un puño al aire cuando el cañón automático abatió a varios guerreros de las filas de los Ultramarines. Disparó por encima del parapeto contra sus atacantes.

Aquella era su primera batalla y había comenzado a disfrutar enormemente. Estaban conteniendo a los marines espaciales, aunque la parte más analítica de su mente le indicó que había menos enemigos avanzando hacia sus posiciones de los que habían comenzado el ataque.

Lo atribuyó al temor inicial que había sentido por el tamaño y el aparente poder de los marines espaciales, pero ya les había tomado la medida y no parecían tan temibles. ¡Sería un héroe! El hombre que había derrotado a los Ultramarines. Los soldados hablarían de aquella batalla en los comedores del regimiento a lo largo de las décadas venideras.

Bextor alargó la mano para meter otra carga de energía y le sonrió al soldado que estaba su lado.

—Pronto acabaremos con esos cabrones. ¿Verdad, chaval?

La cabeza del joven estalló y cubrió a Bextor de sangre y trozos de cerebro. Trastabilló retrocediendo, asqueado más allá de lo que podía expresar con palabras ante la horrenda muerte del soldado. Perdió el equilibrio y se cayó del puesto de tiro dándose un fuerte golpe en la espalda contra el duro suelo. Se giró en la dirección de donde había llegado el disparo justo a tiempo para ver cómo varias figuras enormes asomaban por el borde del pozo de la mina y comenzaban a aniquilar de forma sistemática a todos sus hombres.

Eran unos gigantes ennegrecidos que mostraban unos atemorizadores semblantes de furia. Atacaron la línea de sus soldados con la rapidez de un rayo, partiendo a sus oponentes en dos con grandes mandobles de sus espadas chirriantes o acribillándolos con los proyectiles explosivos de sus pistolas rugientes.

Rodó hacia un lado y sintió que le corría un poco de sangre de un corte en la frente. Comenzó a gimotear de terror ante aquellas pesadillas oscuras que habían surgido de las profundidades de la tierra. El tableteo de los disparos abatía a sus hombres destrozándolos, y las espadas forjadas sin duda en el corazón del Caos cortaban y cortaban, amputando miembros y acabando con la vida de muchos soldados.

A su alrededor, todos sus hombres estaban gritando y muriendo. Se puso en pie débilmente y recogió del suelo su rifle láser. La muerte lo rodeaba por todos lados, pero juró que antes de morir se llevaría por delante a uno de aquellos demonios.

Oyó un fuerte impacto a su espalda y se giró. Una silueta negra emergió del humo con una máscara en forma de calavera sonriente y enarbolando un arma dorada. Bextor sintió que las rodillas le temblaban antes de que las piernas dejaran de sostenerlo por el terror que empezó a sentir. Su mirada se quedó fija en el águila con las alas extendidas que había en el extremo del arma que la figura de armadura negra empuñaba en alto.

Sus ojos rojos parecieron relucir con el mismo color de la sangre cuando su filo cubierto de energía lo partió en dos.

Virgil Ortega se esforzó por no hacer caso del dolor de sus costillas rotas mientras disparaba contra los soldados de la FDP. El pasillo que daba a la armería estaba repleto de cadáveres y humo. Ambos bandos disparaban a ciegas a través de la apestosa nube de cordita azul con la esperanza de darle a algo al otro lado.

Los cañones automáticos acoplados no habían sido un arma tan útil como ellos esperaban. El tremendo retroceso había hecho saltar todo el montaje y había destrozado la barricada con una lluvia de proyectiles explosivos. Sin embargo, aquello al menos les había concedido un respiro en el combate, ya que los soldados enemigos se mostraron muy reacios en avanzar hacia un arma semejante a pecho descubierto. Habían tardado bastantes minutos en darse cuenta de que ya no representaba una amenaza.

Mientras tanto, Collix y Ortega se habían llevado consigo a los dos últimos agentes con vida hasta la propia armería. La barricada prácticamente había desaparecido, de manera que no existía modo alguno de defender en condiciones el pasillo.

Ortega lanzó un par de granadas al otro lado de la puerta y se puso a cubierto un momento antes de que el pasillo se llenara de metralla y de gritos.

Collix llegó a la carrera y se agachó a su lado, entregándole un saco de lona lleno de cartuchos de escopeta y cargadores para su bólter.

—Al menos no hay escasez de munición —gruñó Ortega.

Collix asintió.

—Ni de escoria traidora contra la que disparar.

Ortega sonrió y se puso en pie mientras oía unos gritos apagados procedentes de más allá de las puertas de la armería.

—¡No se puede escapar a la justicia del Emperador, ni siquiera muerto! —le gritó a sus atacantes. Torció el gesto cuando las costillas rotas palpitaron de dolor.

Regresaron al trote hacia una barricada levantada a toda prisa con cajas de munición vacías y estantes volcados. Tomaron posiciones mientras

esperaban el inevitable ataque siguiente. Una tremenda cantidad de armas yacían a sus espaldas junto a una caja de munición para cada una de ellas. Rifles láser, bólters, rifles automáticos, dos lanzacohetes, un lanzagranadas, un cañón láser y seis bólters pesados.

Era una muestra impresionante, pero con sólo cuatro agentes con vida, la mayoría se quedaría sin ser disparada. Sus dos camaradas estaban a unos treinta metros a su espalda preparando febrilmente los explosivos para que toda la armería saltara por los aires. Al no disponer de detonadores, la mayoría de los explosivos almacenados allí eran inútiles, pero el tiempo que habían conseguido a costa de la vida de tantos Arbites no había sido en vano.

Habían colocado en los puntos clave de la armería grandes montones de cajas abiertas de munición de todos los calibres, incluso proyectiles de artillería, y habían dejado un puñado de granadas sobre cada pila, con los seguros quitados y los mecanismos de activación conectados a la batería de un comunicador.

En pocos minutos, dispondrían de un sistema primitivo pero efectivo de provocar una reacción en cadena que haría estallar hasta el último cartucho de munición de la armería.

La cámara del dios era mucho más pequeña de lo que Kasimir de Valtos se había imaginado, pero la sensación de poder que contenía era enorme. Sus paredes se curvaban hacia dentro hasta coincidir en un punto dorado que se encontraba justo encima del centro exacto de la cámara, donde descansaba un sepulcro rectangular de obsidiana negra pulida, con un aspecto magnífico en su soledad. En la base de cada pared se alineaban unos nichos rectangulares, y cada uno contenía una figura esquelética idéntica a las que sus trabajadores habían encontrado unos meses atrás en la cámara exterior del complejo de la tumba.

Incluso los eldars y Vendare Taloun estaban impresionados por la cámara. Se quedaron mirando la estructura alienígena que había

permanecido enterrada bajo la superficie de Pavonis durante sesenta millones de años.

—Es algo espléndido —dijo De Valtos con un susurro.

Se acercó a uno de los nichos. El guerrero esquelético que había en su interior estaba tan carente de vida como los que se encontraban en su residencia, con su brillo metálico apagado por una capa de óxido verdoso. A diferencia de los que él había encontrado, aquéllos empuñaban unos rifles de largo tamaño y aspecto extraño, con los cañones cubiertos de polvo. Era algo fascinante. Estaba deseando aprender más de aquellas curiosas criaturas en cuanto se hubiera librado de las cadenas de la mortalidad.

Por muy ensimismado que estuviera con los guerreros, no pudo evitar notar la sensación de atracción diabólica que desprendía el sarcófago central, y cruzó la cámara llena de ecos para colocarse a su lado.

Era enorme, de unos cinco metros de largo, y cuando se encontró a su lado se dio cuenta de que su superficie no era lisa en absoluto, sino que estaba cubierta de símbolos rúnicos y de hendiduras de bordes precisos. El corazón comenzó a palpitarle con mayor fuerza todavía al reconocerlas: eran las mismas que había visto bajo las ruinas de Cthelmax.

Las mismas runas que había estado buscando por todo aquel sector del espacio desde aquel día.

Unos canales tallados en el suelo salían irradiando del sarcófago. Cada uno giraba y se retorcía siguiendo unos diseños geométricos exactos hasta llegar a cada uno de los nichos de la pared.

Kesharq se acercó hasta él y alzó el visor de su casco. A pesar de los rasgos inmóviles de su rostro y la herida cosida de forma apresurada en su cuello, De Valtos pudo ver el ansia en los ojos del alienígena.

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —le susurró.

Kesharq lanzó un bufido despectivo y ocultó sus emociones antes de menear la cabeza.

—Sólo quiero asegurar el artefacto y marcharme de aquí.

—Estás mintiendo —le contestó De Valtos con una leve risa—. Puedo verlo en tus ojos. Quieres esto tanto como yo.

—¿Y eso importa? Empecemos de una vez.

De Valtos movió un dedo debajo de la nariz del alienígena y señaló con un gesto de la cabeza el contenedor plateado que llevaban sus guerreros.

—Muy bien. Dame las piezas que me has traído y yo abriré la puerta que da al arma que deseas.

Kesharq se le quedó mirando fijamente a los ojos antes de asentir con gesto seco. Los alienígenas llevaron el contenedor hasta el sarcófago y lo depositaron a los pies de su líder. Kesharq abrió la caja sin dejar de mirar a los ojos a De Valtos.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de ti?

—Puedes fiarte de mí tanto como yo me fío de ti, mi querido Kesharq.

Vio que el alienígena tuvo que esforzarse para contener la mano que estuvo a punto de empuñar la pistola, pero De Valtos sabía que no le dispararía hasta que hubiera invocado al *Portador de la Noche* desde la dimensión oscura en la que se encontraba en aquellos momentos.

Anclado a la zona que rodeaba Pavonis por una ciencia antiquísima, se había mantenido como una nave fantasma en aquel sector desde el día que lo habían perdido.

De Valtos sabía que renacería ese mismo día, y que la galaxia lamentaría su regreso.

Collix se estaba muriendo. Un fragmento letal de granada le había arrancado un trozo de barriga y los intestinos habían comenzado a desparramarse por encima de la armadura sobre el suelo de la armería. El sargento se recostó boca abajo sobre la barricada y siguió disparando su bólter pesado, aunque cada ráfaga le hacía gemir de dolor. A Ortega, el brazo izquierdo le colgaba inútil al costado: un rayo láser prácticamente se lo había amputado a la altura del codo.

Continuó disparando y cargando su escopeta con una sola mano mientras les gritaba las Letanías de la Justicia a los soldados rebeldes a medida que se iban estrellando contra su defensa decidida.

Los explosivos ya estaban conectados, y lo único que quedaba era hacerlos estallar. Ya no tenían elección. Virgil había mantenido la esperanza

de que podrían defender aquel lugar el tiempo suficiente para que las fuerzas leales montaran un contraataque y los relevaran, pero ya no parecía probable.

Los únicos que quedaban con vida eran él y Collix. Los otros agentes habían muerto en el último ataque y ya sólo dependía de ellos.

Ortega siempre se había preguntado cómo le llegaría la muerte, y en aquellos momentos, en aquel lugar, descubrió que no era algo a lo que se debiera temer, sino que se debía aceptar con gusto. Haría que la justa ira del Emperador cayera sobre aquellos que se habían atrevido a transgredir sus leyes sagradas.

Pudo oír a los oficiales rebeldes reunir a sus hombres para efectuar otro asalto. Collix, que tenía la cara de un color ceniciento y retorcida en un gesto de dolor continuo, sacó con esfuerzo otra cinta de proyectiles de una caja de munición e intentó colocarla en la humeante recámara del arma, pero las balas resbalaban entre sus dedos cubiertos de sangre, de modo que Ortega alargó su mano buena para ayudar a su sargento.

—Gracias, señor —le dijo Collix mientras asentía y cerraba la recámara —. No me las estaba apañando bien.

—Lo ha hecho muy bien, sargento —le dijo Virgil.

Collix notó un tono de voz definitivo en las palabras de Ortega y miró por encima del hombro al detonador conectado a una batería que habían montado.

—¿Ha llegado la hora?

—Sí, creo que ya ha llegado.

El sargento asintió de nuevo mientras tiraba del cerrojo y amartillaba el bólter pesado. Se alzó todo lo que le permitió su cuerpo herido y efectuó un débil saludo.

—Ha sido un honor servir bajo su mando, señor.

Virgil devolvió el saludo y luego estrechó la mano que Collix le ofreció, apretándola con fuerza. Hizo un gesto señalando más allá de la barricada, y sonrió imperceptiblemente.

—Creo que hubiera sido un oficial excelente, sargento Collix.

—Lo sé —le contestó—. Pensaba llegar a capitán en cuatro años. Bueno, ése era mi plan.

—¿Cuatro años? Quizás en seis. Creo que Sharben habría sido toda una rival en las apuestas por los ascensos.

Collix asintió.

—A lo mejor, pero piense en lo mucho que mis valerosas acciones me hubieran ayudado a ascender.

—Es cierto —admitió Ortega—. Recuérdeme que se lo mencione al jefe cuando salgamos de aquí.

—Le tomo la palabra, señor.

Ambos se pusieron serios de repente.

—Deme tiempo suficiente para hacer volar este sitio.

Collix asintió de nuevo. Apoyó con fuerza la culata del arma en su hombro y la apuntó a las amplias puertas de la armería.

Virgil se acercó tambaleando al comunicador. Los chasquidos agudos de los disparos de láser y de bólter anunciaron el siguiente ataque, pero no se atrevió a mirar atrás.

Los rayos láser comenzaron a pasar de largo a su alrededor, y un proyectil le rozó una pierna. Lanzó un grito de dolor cuando otro proyectil le acertó en la parte superior de la espalda y lo arrojó de bruces al suelo. Se golpeó con fuerza el brazo herido y rodó en un intento de permanecer consciente en mitad de aquel dolor agónico.

Oyó a Collix gritar de rabia por encima del tronar de los disparos y deseó que el sargento le proporcionara algo más de tiempo. Se arrastró para llegar hasta el comunicador dejando escapar un chorro de sangre de su cuerpo ya roto.

Una tremenda explosión hizo llover sobre él una cascada de madera astillada, metal y trozos de roca. Los soldados de la FDP habían logrado por fin bajar alguna arma pesada y lo único que quedaba de la barricada era una humeante pila de restos humanos y metal retorcido.

Las tropas enemigas comenzaron a entrar en la armería enardecidas por la destrucción de su enemigo.

Ortega dejó escapar un gruñido y siguió arrastrándose.

Un disparo de rifle láser le dio de nuevo en la espalda.

Rodeó el comunicador con los brazos al mismo tiempo que una andanada de disparos láser le abrían la armadura y lo destrozaban.

Lo último que Virgil Ortega hizo antes de que la muerte reclamara su alma fue pulsar la runa de activación del comunicador, lo que envió una descarga de energía a través de los cables aislados hacia los detonadores de sesenta granadas.

Virgil Ortega ya estaba muerto antes de que la primera onda expansiva de la explosión de la armería llegase siquiera a su cuerpo, pero los resultados fueron más espectaculares de lo que él se hubiera atrevido a esperar.

A los pocos segundos de activar el comunicador, las granadas que él y sus hombres habían colocado hicieron estallar la inmensa cantidad de armas y municiones que había almacenadas debajo del palacio.

Aquello inició una reacción en cadena letal incluso antes de que las explosiones iniciales se hubieran apagado.

Los sensores de calor y vibración registraron las explosiones y se iniciaron los procesos de contención de daños, pero la escalada de destrucción fue tan rápida que ni siquiera pudieron empezar a frenar las enormes fuerzas que Virgil había desencadenado.

Al principio, los habitantes de Puerta Brandon creyeron que estaban sufriendo un nuevo bombardeo del Vae Victus y esperaron amedrentados a que la siguiente salva de bombas de magma cayera sobre ellos procedente del cielo.

La gigantesca onda de choque atravesó el terreno con la fuerza de un terremoto e hizo que la ciudad se estremeciera por la violencia de la explosión subterránea. En las calles se abrieron grandes grietas por las que salieron surtidores de llamas, y distritos enteros desaparecieron cuando la fuerza de la explosión se fue extendiendo quemando y arrasando edificios, personas e incluso tanques en cuestión de segundos.

Multitud de proyectiles ascendieron por los aires para acabar cayendo sobre la ciudad, creando más pánico y destrucción. Los comandantes de unas cuantas fuerzas que apoyaban a corporaciones distintas creyeron que

los estaban atacando fuerzas leales recién llegadas o corporaciones rivales que los habían traicionado, por lo que se produjeron varias batallas de tanques cuando décadas enteras de desconfianza y de luchas internas políticas se enfrentaron en las calles de Puerta Brandon.

Los tanques de la corporación Vergen combatieron contra los de la corporación Abrogas, que a su vez atacaban a los de la corporación De Valtos, quienes se enfrentaban a las tropas de la corporación Honan, que en realidad atacaban a todo aquel que se pusiera a tiro. Con toda aquella confusión, a los comandantes les costó más de una hora que volviera la calma y el control, aunque para entonces más de cincuenta tanques habían quedado destruidos o estaban fuera de combate.

La ya inestable estructura del cuartel general de los Adeptus Arbites se vino abajo con un estruendo ensordecedor. De su fachada se desprendieron grandes trozos de rococemento cuando en la explanada comenzaron a aparecer unas tremendas grietas y secciones enteras se hundieron por completo de un solo golpe. Los tanques de la FDP aceleraron al máximo sus motores en un intento por escapar de toda aquella destrucción, pero fue en vano: fueron demasiado lentos en esquivar el suelo que se abría y el edificio que se les venía encima.

Las estatuas de la plaza de la Liberación se bambolearon sobre sus pedestales y todas, menos la efigie del Emperador, acabaron estrellándose contra el suelo.

El palacio imperial se estremeció hasta los cimientos cuando una fuerza para la que nunca había estado preparado lo sacudió violentamente, resquebrajando todavía más su ya debilitada estructura. Alas enteras del edificio se desplomaron envueltas en grandes nubes de polvo y humo enterrando a compañías completas de soldados de la FDP bajo toneladas de mármol hecho añicos.

Un vasto cráter se abrió entre el cuartel general de los Adeptus Arbites y el palacio. Toda una sección del muro defensivo se hundió en el infierno llameante en que se había convertido la armería. Unas enormes llamas se alzaron hacia el cielo entre una gigantesca columna de humo. En pocos

segundos, Puerta Brandon tuvo el aspecto de haber sufrido un asedio durante semanas.

De un solo golpe, el sacrificio de Virgil Ortega y de los suyos había privado a los rebeldes del mayor depósito de armas y suministros militares de todo Pavonis.

Uriel se quedó mirando a la oscuridad del pozo, una abertura de doscientos metros de ancho en la superficie del planeta, mientras las dos Thunderhawks se aproximaban a la mina. En el borde de la circunferencia del pozo había multitud de grúas enormes y de ascensores colgantes para transportar trabajadores y material hacia y desde las galerías que había en el fondo.

También había enormes elevadores de tipo funicular sobre unos raíles inmensos que descendían hasta las profundidades del planeta. Cada uno era capaz de llevar a unas cien personas.

Un gran cabrestante y una cabina de control, apoyados en un par de vigas centrales, colgaban sobre el pozo. Un puñado de cables bajaban hacia la oscuridad a lo largo del pozo de la mina.

Los soldados estuvieron perdidos en cuanto los infiltradores de Dardino destrozaron sus defensas atacándolos desde la retaguardia. Atrapados entre la espada y la pared de los dos grupos de Ultramarines, no habían tenido ninguna oportunidad de sobrevivir.

Recordó el orgullo que lo había invadido cuando vio cómo sus hombres lo seguían saltando los muros y abatían a sus enemigos con un sentimiento de furia justiciera y de propósito sagrado. Lo habían seguido sin dudar en el combate, y el celo que habían mostrado en el cumplimiento de su deber no se parecía a nada que él hubiera visto antes. Uriel se sintió agradecido por el honor que aquellos guerreros le habían proporcionado a la compañía aquel día.

La Thunderhawk que iba en cabeza se posó en medio de una aullante nube de polvo y de gases de escape. Su rampa delantera comenzó a

descender casi al mismo tiempo que los motores empezaron a disminuir la potencia.

Ario Barzano y unos cuantos tripulantes del Vae Victus salieron para reunirse con Uriel. El rostro del inquisidor estaba encendido ante la expectativa de lo que podía ocurrir. Había cogido una pistola de plasma y un cuchillo de energía de la armería del crucero de ataque.

—¡Bien hecho, Uriel, bien hecho! —le dijo mientras le sonreía abiertamente y miraba al pozo de la mina y los ascensores.

—Gracias, inquisidor, pero no hemos acabado todavía.

—No, por supuesto que no, Uriel, pero pronto lo haremos. ¿No es cierto?

Uriel asintió, contagiándose del optimismo del inquisidor.

—¡Descargad el equipo de descenso de las cañoneras! ¡Deprisa! —les gritó a sus guerreros.

—¿Equipo de descenso? —repitió Barzano—. Uriel, no puedes decirlo en serio. Ese pozo tiene unos diez kilómetros de profundidad. —Señaló a la enorme silueta del ascensor para trabajadores—. ¿Y qué pasa con eso? ¿No podemos utilizarlo?

Uriel hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Seguro que los rebeldes han desplegado hombres en la base de la mina. Cualquiera que baje en ese artefacto acabará colgado a mitad de camino o acribillado en cuanto llegue al final.

—¿Y cómo pretendes bajar?

Uriel le hizo dar media vuelta al inquisidor y lo condujo hasta la Thunderhawk, donde sus hombres estaban separando unos cilindros de metal negro de las cuerdas de escalada.

—Esto es lo que utilizaremos —le dijo Uriel, desenganchando uno.

Tenía el aspecto de un simple cilindro de metal con unas muescas donde colocar los dedos en la superficie exterior y una amplia ranura dentada en el interior que lo recorría verticalmente.

El artefacto encajó perfectamente en la mano de Uriel, y cuando el marine espacial apretó el puño, los «dientes» de la hendidura central se

ocultaron en el interior del cilindro. Cuando soltó la mano, aparecieron de nuevo.

—Los utilizamos para descensos a gran velocidad cuando no podemos utilizar las mochilas de salto. Los engancharemos a los cables de arrastre de los montacargas y bajaremos por ellos hasta el fondo. De ese modo sorprenderemos a cualquier defensor que se encuentre ahí abajo.

—¿Bajareis diez mil metros colgados de una mano?

Uriel asintió con una sonrisa casi picara.

—Mi querido joven, ¿cómo piensas bajarme a mí?

—¿También quieres bajar?

—Por supuesto. No creerás que después de todo lo que ha pasado voy a perderme la oportunidad de ver cómo acabas con De Valtos, ¿verdad?

—Muy bien —contestó Uriel, y acompañó al inquisidor hacia el ascensor de los trabajadores—. Te reunirás con nosotros después de que hayamos bajado. Calculo que tardaremos casi cinco minutos en bajar los diez kilómetros hasta el fondo de la mina. Espera ese tiempo antes de comenzar a bajar. Después de todo, necesitaremos algún modo de regresar a la superficie.

Era evidente que a Barzano no le gustaba en absoluto la idea de bajar en aquel montacargas gigante, pero se había dado cuenta de que no existía otro modo de llegar hasta el fondo de la mina. Lo que estaba claro es que no podía bajar como lo harían los Ultramarines. Asintió a regañadientes.

—Muy bien, Uriel —dijo Barzano desenganchando el seguro de la funda de su pistola—. ¿Vamos allá?

—Sí —contestó el Ultramarine con un gruñido—. Acabemos con esto.

Los Ultramarines descenderían en cuatro oleadas separadas entre sí por cinco segundos. Uriel estaba sentado en la viga central, con el enorme cabrestante al lado de su hombro derecho y sus piernas blindadas colgando sobre la oscuridad infinita que se abría bajo ellas.

Él y la primera oleada de guerreros se inclinaron sobre la viga, colocaron las mordazas de descenso en los cables, las engancharon y se prepararon para descender.

Uriel se pasó la lengua por los labios súbitamente secos cuando una repentina sensación de vértigo se apoderó de él. Miró por encima del hombro a Ario Barzano, que ya estaba en el montacargas del personal, y le hizo un saludo.

Barzano contestó al saludo con otro.

Uriel miró a izquierda y derecha para comprobar que la primera oleada estuviese preparada.

Inspiró profundamente y lanzó un grito.

—¡Ahora!

Se dejó caer hacia las profundidades del planeta.

El metal era cálido al tacto, suave y blando a pesar de que Kasimir de Valtos sabía que era más duro que el adamantio. Levantó con gesto reverente la primera pieza de la caja y le dio varias vueltas en las manos inspeccionando cada centímetro de su brillante superficie. Había pasado años de su vida buscando aquellas piezas, y el hecho de verlas en sus manos le quitaba la respiración.

Apartó la vista de mala gana del objeto y se giró hacia el sarcófago. Sintió el poder que albergaba en su interior y la atracción que el metal tenía hacia él. Notó que el objeto se retorcía en sus manos y vio asombrado cómo su superficie comenzaba a fluir como el mercurio reestructurando su forma hasta tener un nuevo aspecto. Sostuvo el reluciente metal por delante de él como si fuera una ofrenda y dio un paso vacilante hacia el sarcófago, sin tener muy claro quién estaba más ansioso, si él o el metal.

La forma cambiante del metal acabó tomando el aspecto de un disco circular y liso como una rueda dentada, pero con una sutil incorrección en sus bordes.

De Valtos vio la cavidad que le correspondía en el lado del sarcófago más cercano a él. Se arrodilló al costado de la oblonga forma negra y colocó el metal contra la superficie. Fluyó entre sus dedos y se adaptó a la perfección al hueco del tamaño apropiado. El metal se licuó una vez más y

recorrió la superficie del sarcófago extendiendo unas vetas plateadas que seguían las muescas allí talladas.

De repente, las vetas relucientes se detuvieron, tensas como si estuvieran al límite de su elasticidad, y De Valtos supo lo que tenía que hacer a continuación. Arrastró el contenedor de metal para acercarlo al sarcófago y oyó los fragmentos de metal tintineando al chocar entre ellos, como si estuvieran emocionados ante la perspectiva de regresar al regazo de su creador.

Cada una de las veces que tuvo uno de los fragmentos en las manos, su estructura abandonaba su forma original y tomaba una nueva que se adaptaba para encajar a la perfección en otro hueco del costado del sarcófago. De Valtos se apresuró todo lo que pudo y colocó cada fragmento de metal viviente en su hueco correspondiente. A medida que cada trozo era colocado, las líneas de metal líquido llegaban más y más lejos en aquella tumba de basalto formando un entramado interconectado de líneas angulares y geometrías complejas.

Por último, sacó la única pieza que quedaba en el contenedor: un delgado objeto cruciforme rematado con un aro aplanado. Comenzó a dar vueltas alrededor del sarcófago en busca del lugar donde debía colocarlo. Sólo aquella última pieza mantenía su forma inicial, pero no pudo encontrar el hueco adecuado donde colocarla. De repente, De Valtos sonrió y se puso de puntillas para descubrir la oquedad con la forma exacta tallada sobre la gruesa placa que constituía la tapa del sarcófago. Alargó el brazo y colocó el objeto en su lugar. Dio un paso atrás para admirar la belleza de la estructura cubierta de plata que tenía ante él. El sarcófago estaba envuelto en una red reluciente. Las líneas de metal viviente se entrecruzaban sobre su superficie y brillaban con luz propia.

—¿Y ahora qué? —le susurró Kesharq.

—Ahora tenemos que esperar —le contestó De Valtos.

—¿A qué?

—A que renazca una criatura más antigua que el tiempo.

—¿Y el *Portador de la Noche*? ¿Qué pasa con eso?

De Valtos sonrió, pero sin humor ni alegría.

—No te preocupes, mi querido arconte. Todo se está desarrollando tal como lo había planeado. La nave pronto será nuestra, y luego nos…

Su voz se apagó cuando, de repente, un profundo sonido retumbante hizo estremecer hasta al propio aire, como si se tratase del palpitar de un corazón increíblemente vasto. Los ya de por sí nerviosos soldados de la FDP alzaron sus rifles cuando aquel retumbar palpitante sonó de nuevo y con mayor fuerza.

—¿Qué está pasando? —preguntó Kesharq con brusquedad.

De Valtos no contestó. Estaba demasiado concentrado en las líneas plateadas que abandonaban el sarcófago y recorrían en regueros ansiosos los canales tallados en el suelo. Aquellos riachuelos plateados surgieron del centro de la cámara en dirección a los nichos que se encontraban a su alrededor, y cuatro de ellos salieron de la estancia hacia la antecámara del exterior.

Los riachuelos subieron por las paredes y se derramaron en el suelo de cada nicho.

Vendare Taloun cayó de rodillas y comenzó a rezar una plegaria al Emperador.

—¡Manteneos en vuestros puestos! —gritó un sargento de la FDP cuando varios soldados comenzaron a retroceder hacia la puerta. El palpitar retumbante latió de nuevo en el aire y De Valtos pudo sentir el poder de épocas pasadas filtrarse en la cámara mientras el remate dorado del vértice del techo comenzaba a brillar con una luminiscencia fantasmagórica.

El arconte Kesharq empuñó con firmeza su hacha de guerra al mismo tiempo que miraba a un lado y a otro en busca del origen de aquellas vibraciones retumbantes. Kasimir de Valtos se acercó al sarcófago y se quedó allí, de pie, tras colocar las manos en su palpitante y tibio costado.

Alguien gritó de terror.

Levantó la mirada y vio a los guardianes esqueléticos de la tumba dar un paso y salir, exactamente a la vez, de sus nichos. Cada uno de los guerreros se movió al mismo tiempo que sus silenciosos hermanos con una sincronización perfecta. ¿Eran los guardianes de la criatura que acababan de despertar?

Un destello de movimiento y de luz a la entrada de la cámara atrajo su atención y vio cómo los cuatro guardianes de la antecámara entraban en la tumba con movimientos tranquilos y sin apresurarse. Los rasgos andróginos de aquellos seres permanecieron inalterables, sin mostrar expresión alguna, pero empuñaban sus extraños báculos de cobre por delante de ellos de un modo amenazador.

Una luz espectral brillaba en el interior de cada uno de los guardianes de la tumba, una luz que palpitaba al compás del ritmo que marcaba el latido retumbante, pero ninguno se movió. Se mantuvieron inmóviles observando a los intrusos que habían entrado en su santuario.

Resonó un crujido atronador y apareció una gran grieta a lo largo del centro del bloque superior de la tumba. Unos tentáculos de humo negro salieron reptando de su interior, y De Valtos retrocedió trastabillando hasta caer de rodillas con la mente enfebrecida por los repentinos pensamientos de muerte y destrucción que lo invadieron. Su alma se tambaleó ante aquella sobrecarga sensorial de dolor y sufrimiento que irradiaba el sarcófago.

La tumba fue deshaciéndose lentamente en volutas de oscuridad humeante.



DIECIOCHO

Cayeron más y más profundamente bajo la superficie de Pavonis. Ya habían pasado de los nueve mil metros y seguían cayendo. Uriel distinguió un punto de luz allá abajo y ordenó a los Ultramarines que comenzaran a frenar su descenso.

Aflojó un poco la presión sobre la mordaza de descenso y unas chispas anaranjadas comenzaron a bajar junto a él cuando los dientes del aparato se clavaron en el grueso cable. La velocidad del contador de revoluciones empezó a bajar, y Uriel vio cómo las luces del fondo se fueron separando hasta formar globos de brillo en una zona iluminada del túnel. Distinguió a algunos hombres que estaban mirado hacia arriba con aspecto confundido y extrañado por las chispas en mitad del pozo. Uriel no les dio tiempo a que se dieran cuenta exactamente de qué era lo que estaban viendo y se soltó de la mordaza, descendiendo los últimos diez metros en caída libre.

El peso de su armadura aplastó al primer soldado y lo mató antes de que supiera qué era lo que había ocurrido. Uriel rodó por el suelo disparando ráfagas cortas con su pistola.

Más Ultramarines cayeron a su alrededor para luego desplegarse con rapidez por toda la base de la mina con las espadas sierra ya rugiendo y abriendo fuego con las pistolas.

Había cuarenta soldados apostados al fondo del pozo, con las armas apuntadas hacia el montacargas de personal y a cubierto detrás de unos nidos de ametralladora protegidos por sacos de tierra. Varias ráfagas dieron la bienvenida a los Ultramarines, y las balas y los rayos láser llenaron el aire. Todo comenzó a llenarse de humo procedente de los chorros de vapor y de los gases de escape que surgían de los tubos de ventilación destrozados.

Uriel dio tres largas zancadas y saltó por encima de las defensas para meterse en el primer nido, donde empezó a dar tajos a diestro y siniestro con su espada sierra. Un soldado levantó su rifle láser.

Uriel cortó el cañón del arma y su golpe de revés le separó la cabeza de los hombros. Mató en un frenesí sangriento a todos los enemigos que tenía cerca, y una alegría salvaje recorrió todo su cuerpo. Disparó y cortó para abrirse camino a través de diez hombres antes de que se quedara sin

enemigos a su alcance. No había forma humana de resistir la ferocidad y lo inesperado del ataque de los marines espaciales, y en breves minutos todos los soldados enemigos estaban muertos. Sus posiciones se habían convertido en sus tumbas.

Uriel disfrutó de la matanza, y sus sentidos se vieron invadidos por la necesidad de matar y destruir. Lanzó un rugido de rabia primitiva y se imaginó el exterminio de centenares, de miles de enemigos, vio sus cuerpos destrozados con las moscas y los buitres dándose un festín en sus carnes abiertas y laceradas. Matar a los prisioneros y beberse su sangre como el vino más exquisito era su único deseo y…

Uriel se puso de repente de rodillas y dejó caer la pistola y la espada mientras horribles imágenes continuaban invadiendo su mente. Rugió iracundo esforzándose por contener todo aquel torrente de inmundicia que le asaltaba utilizando la disciplina mental que le había proporcionado su entrenamiento.

Obligó poco a poco a las imágenes de muerte y asesinato a salir de su mente y procuró mantener alzados unos muros impenetrables alrededor de sus pensamientos. Vio que sus hombres estaban librando la misma batalla mental y les gritó.

—¡Valentía y honor! ¡Sois Ultramarines! ¡Manteneos firmes! Todo eso que veis no es vuestro. ¡Pertenece a la criatura que hemos venido a destruir! ¡Luchad contra ello!

Los Ultramarines fueron levantándose uno por uno, aturdidos y asqueados por las horribles visiones que los habían asaltado.

Envió un breve mensaje a Barzano, que todavía estaba en la superficie, y observó que los mecanismos del montacargas se ponían en marcha en cuanto empezó su rápido descenso.

Los miembros de las escuadras de Dardino y de Pasanius avanzaron para establecer un perímetro de seguridad mientras que los de la escuadra de Venasus revisaban los cuerpos de los caídos para comprobar que todos estaban realmente muertos, aunque Uriel se daba perfecta cuenta de que no

era necesario. La ferocidad de su ataque se había visto reforzada por aquellos deseos alienígenas antinaturales y los hombres que habían matado eran poco más que trozos ensangrentados de carne cuarteada. Uriel se sintió avergonzado por la violencia salvaje y desatada que habían utilizado, y ni siquiera el hecho de saber que sus actos se habían visto influidos por un poder alienígena hizo que fuera más fácil admitir que en el interior de todos ellos existía la capacidad para llevar a cabo una matanza indiscriminada semejante.

Sacudió la cabeza y recitó, susurrando, una plegaria de firmeza.

Los sentidos potenciados de Uriel detectaron, en cuanto tuvo tiempo para revisar los alrededores, el aumento de los niveles de gases combustibles. Los disparos y las explosiones habían destruido unos cuantos sistemas de ventilación, y aunque el aumento de los gases no era algo letal para los marines espaciales, podía llegar a ser peligroso para un humano normal.

Cuatro pasillos salían de aquel lugar en dirección a los puntos cardinales. Unas oleadas palpables de horror emanaban de la entrada del que iba hacia el este. Uriel pudo sentirlo en el aire, incluso en sus propios huesos, pero mantuvo a raya aquella sensación.

En su mente todavía rondaba el recuerdo de aquellas imágenes de violencia y muerte, tortura y mutilación. Incluso aunque Barzano no le hubiera advertido acerca del ser que dormía bajo aquellas montañas, Uriel habría sabido inmediatamente que aquél era el camino que debían tomar.

El capitán de los Ultramarines se situó a la entrada del túnel y se esforzó por expulsar de su mente los pensamientos sobre cuerpos quemados, miembros amputados y civilizaciones destruidas. No eran sus pensamientos. Su presencia en su mente lo enfermaba, pero también lo armaba de valor para enfrentarse al enemigo que se encontraba al otro lado.

Uriel se giró para mirar a sus hombres, con el orgullo brillando con fuerza en medio de aquellas imágenes horrendas y odiosas.

—Guerreros de Ultramar, habéis demostrado ser hombres de gran valor y entereza. Pronto nos enfrentaremos a un enemigo como no se ha visto otro en todos los años que han pasado en los dominios del Emperador.

Podéis sentir su presencia intentando entrar en vuestras mentes en estos mismos momentos. Sin embargo, debéis ser fuertes: resistid los impulsos que provoca en vuestro interior. Recordad que sois marines espaciales, los guerreros sagrados del Emperador, y que es nuestro deber hacia Él y hacia nuestro primarca lo que nos da nuestra fuerza, nuestro valor y nuestra fe. Esta batalla todavía no está ganada. Debemos prepararnos para la prueba final, donde cada uno de nosotros debe buscar en su interior y descubrir el verdadero límite del valor. Jamás olvidéis que cada hombre es importante; cada hombre puede ser la diferencia.

Uriel alzó su espada, y su filo ensangrentado reflejó la luz de los globos de brillo.

—¿Estáis preparados para ser esos hombres?

Los Ultramarines lanzaron un rugido afirmativo.

El montacargas se detuvo con un chirrido en el fondo del pozo de la mina y Uriel bajó su espada cuando Barzano salió. El inquisidor se tambaleó y se llevó las dos manos a la frente. Uriel apenas podía imaginar que lugar tan terrible debía de ser aquél para un individuo empático.

Barzano echó a andar con pasos rígidos hacia Uriel. Su rostro mostraba el esfuerzo que estaba realizando para mantener a raya aquellas horribles visiones.

—Por el Emperador, ¿puedes sentir su poder? —le susurró Barzano.

Uriel asintió.

—Yo también lo siento. Cuanto antes podamos marcharnos de este lugar, mejor.

—Justo lo mismo que yo pienso, amigo mío —le contestó Barzano antes de mirar asqueado hacia el túnel oriental. Apretó el botón de activación del cuchillo de energía y desenfundó su pistola.

—Ya va siendo hora de que acabemos con esto, ¿no, Uriel?

—Sí, ya va siendo hora.

Los Ultramarines se esforzaron por resistir el nauseabundo poder que intentaba entrar en sus mentes y emprendieron la marcha hacia la tumba del *Portador de la Noche*.

Uno dedos ennegrecidos, con unas largas uñas incrustadas de suciedad asomaron por encima del borde del sarcófago, a los que siguieron unos brazos envueltos en un sudario a medida que el *Portador de la Noche* se alzaba de su tumba. Kasimir de Valtos se puso en pie sonriendo cuando los pensamientos de su mente aullaron con horrores que él jamás había soñado que existieran. Sangre, muerte, sufrimiento, mutilación y tormentos desconocidos durante millones de años se agolparon en su cabeza. Se sentía muy bien.

Los soldados de la FDP cayeron al suelo arañándose los ojos, y sus gritos patéticos atravesaron el aire mientras intentaban sacarse aquellos horribles pensamientos de la cabeza. Vendare Taloun se desmayó inmediatamente, e incluso los detestables eldars parecieron quedar impresionados por la imponente criatura que iba saliendo poco a poco del sarcófago.

Kesharq agarró del brazo a Kasimir con su rostro alienígena completamente arrobado.

—Es maravilloso, extraordinario —le susurró.

Kasimir asintió mientras el *Portador de la Noche* se agarraba al borde del sarcófago y se alzaba. Su enorme cabeza surgió lentamente por encima del borde de la tumba y Kasimir de Valtos contempló el rostro de la muerte.

Uriel luchó contra las palpitantes oleadas de violencia que se estrellaban contra su mente y empuñó con fuerza su espada sierra. Delante de ellos pudo oír los gritos de los condenados y se preparó para el enfrentamiento que se iba a producir. Barzano corría a su lado, pálido y demacrado.

El túnel se inclinó hacia abajo y la roca dio paso a paredes inclinadas de obsidiana negra pulida. Los gemidos aullantes que se oían más adelante desgarraron la mente de Uriel y alimentaron la malignidad que insistía de forma incesante en sus pensamientos.

Entró en una estancia cuadrada con dos nichos vacíos a cada lado, y pudo sentir que la cámara que se encontraba más allá de aquélla era la fuente de la maldad que azotaba su mente. Un miasma de oscuridad descarnada llenaba el aire de su interior.

Ya no se ganaba nada avanzando con cautela y con sigilo: lo que se necesitaba en este momento era una fuerza veloz y letal.

Uriel entró a la carga en la cámara piramidal del *Portador de la Noche*… y se encontró con una escena de completa demencia.

Los soldados de la FDP estaban tirados y retorciéndose en el suelo de la estancia con los rostros ensangrentados donde las uñas habían arrancado los ojos de sus cuencas. Los hombres que todavía estaban conscientes se golpeaban con los puños hasta convertir la carne en pulpa sanguinolenta mientras gemían de terror ante pesadillas que sólo ellos podían ver.

Un círculo de seres esqueléticos metálicos avanzaba de forma implacable hacia un bloque central de piedra que se estaba disolviendo y donde un grupo de eldars fuertemente armados rodeaba a un guerrero de armadura color de jade: el mismo al que Uriel se había enfrentado en la nave eldar sobre el planeta Caernus IV. Kasimir de Valtos y una mujer alienígena de cabello negro también se encontraban resguardados en el centro del grupo.

No le echó más que un vistazo a aquella escena, ya que lo que atrajo su atención fue la enorme criatura que salía de su prisión de piedra. Se alzó de su tumba envuelta en una túnica oscura y raída, deshaciendo la roca sólida átomo a átomo hasta rehacerla para que tomara la forma de un sudario negro que se arremolinaba a su alrededor.

Más y más trozos de roca se desintegraron para dar forma a las tinieblas que ocultaban a la criatura. En poco tiempo lo único que quedó de la tumba fue el bloque que formaba la tapa con la última pieza de metal reluciendo con fuerza en su superficie.

Uriel logró discernir a duras penas un rostro decrépito y lúgubre en el que las cuencas de los ojos dejaban entrever unos profundos puntos amarillos que brillaban débilmente.

Reflejaban rabia y locura, y una sed insaciable de sufrimiento ajeno. Una capa de oscuridad fantasmal ocultaba su verdadera forma, aunque de su nebuloso contorno surgían un par de brazos podridos envueltos en vendas. Uno de ellos acababa en unas largas garras cubiertas de tierra sepulcral y el otro en lo que parecía una enorme hoja afilada de oscuridad antinatural, curvada como si fuera una enorme guadaña.

La criatura se alzó en toda su estatura y Uriel se dio cuenta de que sobresalía muy por encima de los mortales que la rodeaban. Unas volutas de oscuridad que se retorcían en su base serpentearon rodeando los cuerpos de aquellos que no se alejaron con la rapidez suficiente de su alcance.

La capa de oscuridad alzó por los aires a dos de los guerreros eldars. El brazo de la guadaña se movió como un rayo y atravesó sus armaduras con facilidad. Sus cuerpos resecos y marchitos cayeron al suelo convertidos en simples sacos de huesos y piel arrugada.

Los alienígenas se dispersaron cuando otro de los suyos fue atrapado por la enorme criatura. Las figuras de alabastro con los báculos de cobre se colocaron al lado de su amo, con sus rostros perfectos carentes de cualquier señal de vida o de emoción.

—¡De Valtos! —gritó Barzano—. Por el alma del Emperador, ¿qué es lo que ha hecho?

Kasimir de Valtos lanzó un grito de triunfo cuando el *Portador de la Noche* llenó la estancia con su energía siniestra y su mente con los actos más maravillosos imaginables. Los guerreros eldars retrocedieron hacia los Ultramarines, dispuestos a abrirse paso si era necesario para escapar de aquella pesadilla en la que se encontraban involucrados.

Pero el *Portador de la Noche* estaba hambriento y ansiaba más almas. La oscuridad que rodeaba su silueta se hinchó y flotó en el aire como si la empujaran unos vientos invisibles. Un profundo palpitar rítmico invadió la cámara cuando los guerreros metálicos centraron su atención en los intrusos que habían penetrado en las estancias de su amo y señor.

Uriel se estremeció de asco cuando los guerreros esqueléticos avanzaron hacia él y alzaron sus extrañas armas con una sincronización perfecta. Se apartó de su trayectoria echándose a un lado y rodando por el suelo. Lanzó

un mandoble contra el guerrero más cercano. La espada sierra le cortó las piernas y lo derribó. Se puso en pie de un salto justo cuando los guerreros metálicos abrían fuego.

Uriel vio horrorizado cómo el sargento Venasus se estremecía bajo el impacto de un rayo invisible y su armadura comenzaba a deshacerse capa a capa y la piel sufría el mismo efecto con rapidez horripilante. El sargento cayó de rodillas cuando su musculatura quedó al descubierto para luego disolverse hasta que no quedó nada más que su esqueleto tumbado en el suelo.

Otro Ultramarine murió sufriendo la misma agonía cuando su cuerpo fue despedazado capa a capa por las armas de los guerreros metálicos. Unas garras arañaron la armadura de Uriel y se giró para ver al esqueleto de metal al que acababa de derribar. El metal de su cuerpo fue recomponiéndose ante sus ojos atónitos.

Lo atacó de nuevo con la espada y le metió un disparo de bólter en mitad del pecho. El guerrero cayó de nuevo, y esta vez Uriel pisoteó la máquina con sus pesadas botas hasta convertirla en un puñado de fragmentos por si lograba de algún modo regenerarse de nuevo. La situación a su alrededor era caótica.

Los marines espaciales se estaban enfrentando a los esqueletos mecánicos y en la mayoría de los casos los estaban venciendo, derribándolos al suelo y acribillándolos con disparos de bólter. El sargento Learchus destrozó a uno con sus propias manos y aplastó el cráneo contra el suelo dejándolo machacado.

Sin embargo, muchas de las letales criaturas sencillamente se volvían a levantar sin verse afectadas por unas heridas que hubiesen sido capaces de matar dos veces a cualquier hombre. Barzano luchaba al lado de Uriel, y su cuchillo de energía partía en dos a cualquier enemigo que se le acercaba. Tenía el rostro ceniciento y sus movimientos cada vez eran más lentos: el dolor de sus heridas comenzaba a superar el efecto de los bálsamos calmantes.

Los eldars lucharon codo con codo con los marines espaciales. Uriel derribó a otro enemigo de una patada pero mantuvo vigilados a los

alienígenas, preparado para atacarles en cuanto el último de los guerreros mecánicos hubiese sido eliminado. Su líder de armadura de color jade combatía y mataba con una gracilidad letal. Su enorme hacha trazaba una borrosa espiral de muerte a su alrededor, y cada vez que tocaba a una máquina la derribaba. Cada uno de esos golpes provocaba un chillido estridente en la oscuridad que se arremolinaba en el centro de la cámara, pero a Uriel le parecía más un sonido de placer que de disgusto.

Los excrentes mordieron y arañaron derribando al suelo a los enemigos de su amo por pura superioridad numérica. Las odiosas armas alienígenas arrancaron grandes trozos de carne de sus cuerpos deformes, pero los engendros siguieron peleando sin hacer caso de los daños provocados en su anatomía hasta que de ellos no quedaron más que unos cuantos miembros desgarrados y convulsos.

Uriel luchó como jamás lo había hecho antes, cortando, disparando y matando con una habilidad que no sabía que poseyese. Sus reflejos eran perfectos. Esquivó golpes letales y disparos mortíferos con una velocidad sobrenatural. Desvió garras afiladas y aplastó cráneos metálicos con una destreza impresionante.

El último de los guerreros metálicos cayó hecho pedazos. Sus cuerpos y demás miembros metálicos estaban esparcidos en trozos por todo el suelo de la cámara. Uriel jadeó dolorosamente: el costado le ardía en el punto donde un disparo alienígena le había arrancado un trozo de armadura y de carne. Manchas de sangre coagulada cubrían su cabeza y su armadura en los sitios donde las garras le habían rasgado la piel o la ceramita.

Una extraña calma se apoderó del lugar mientras los marines espaciales y los eldars se quedaron mirando desde los dos extremos de la estancia. El *Portador de la Noche* se quedó inmóvil al lado de la losa que había sido la tapa de su tumba. La pieza de metal de forma cruciforme seguía reluciendo con un brillo arcano.

Barzano se puso al lado de Uriel, respirando de forma jadeante e irregular. Uriel vio que la herida de su brazo se había abierto de nuevo: la sangre salía goteando por debajo de su vendaje de piel sintética.

Kasimir de Valtos se mantuvo cerca de la sombra ondulante del *Portador de la Noche*. Su rostro mostraba una expresión de júbilo feroz.

Alzó un dedo hacia los Ultramarines.

—¡Destrúyelos! ¡Te lo ordeno!

Uriel no supo si aquellas palabras estaban dirigidas al enorme ente alienígena o al jefe de los eldars, pero fueron éstos los que respondieron. Su líder se dirigió directamente hacia él con el hacha en alto.

Los Ultramarines rugieron y se lanzaron a la carga contra los eldars. La cámara resonó con el chasquido de las armas una vez más cuando se produjo una nueva batalla.

Uriel bloqueó un golpe y entró en la guardia de su oponente para darle un puñetazo en el casco, pero el alienígena se agachó y le dio de lleno con el astil lleno de púas de su hacha en la zona del estómago abriéndole un largo corte en la armadura.

Uriel dejó escapar un jadeo de dolor y golpeó la espalda de Kesharq con el pomo de su espada con tal fuerza que lo lanzó al suelo. Giró la espada hacia abajo con un solo movimiento de la muñeca, cambiando la dirección de la empuñadura y se dio la vuelta blandiendo la rugiente hoja de sierra.

Su oponente ya no estaba allí. Se había puesto en pie de un ágil salto y lanzó un tajo con el hacha contra la cabeza de Uriel. Un estallido de luz resplandeció de repente cuando el cuchillo de Barzano interceptó el golpe. Uriel aprovechó la momentánea distracción del alienígena para intentar a su vez cortarle la cabeza con un golpe frontal.

Kesharq vio venir la estocada e inclinó la cabeza, lo que quitó buena parte de la fuerza al ataque. Sin embargo, los dientes chirriantes de metal le arrancaron de golpe el casco y arrastraron con ellos la piel suelta del rostro de su cara, arrancándola en medio de una lluvia de gotas de sangre.

El líder alienígena aulló de dolor cuando su odioso rostro quedó completamente al descubierto. Retrocedió tambaleándose, pero recuperó el equilibrio y bloqueó el ataque de revés de Barzano, alejando el cuchillo de su cuerpo y hundiendo a continuación la hoja de su hacha en el pecho del inquisidor.

Los huesos chasquearon al partirse cuando la hoja atravesó el pecho de Barzano de arriba abajo destrozando todo su costillar antes de salir un poco por encima de la cadera. Barzano se desplomó dejando escapar el cuchillo de su mano.

Uriel dio un grito y lanzó otra estocada contra la espalda del alienígena. Kesharq giró para esquivar el ataque y atrapó la espada de Uriel con las púas del extremo de la hoja del hacha arrancándosela de la mano con un simple giro de muñeca. Uriel se tiró de cabeza al suelo antes de que su oponente pudiera invertir la dirección del ataque, rodó por encima del cuerpo de Barzano y recogió el cuchillo del inquisidor, empuñándolo justo a tiempo para desviar un golpe destinado a cortarle la cabeza.

Kesharq atacó de nuevo. El hacha trazó un semicírculo y Uriel la detuvo con la reluciente arma de Barzano.

El jefe alienígena avanzó con mayor cautela. La roja máscara de los rasgos de su cara era una visión realmente repugnante. Los músculos de su rostro relucían y temblaban de forma ostensible. Kesharq lanzó un escupitajo de sangre y cargó de nuevo blandiendo el hacha en alto.

En vez de retroceder, Uriel se agachó y bloqueó el astil del arma con su antebrazo, sintiendo cómo la armadura se partía por la fuerza del impacto. Lanzó un rugido, entró en la guardia del eldar y le agarró los brazos, pegando su cuerpo al del alienígena y tirando hacia atrás.

El impulso de la carga de Kesharq lo llevó a pasar por encima del hombro de Uriel y éste lo obligó a estrellarse de espaldas contra el suelo. El marine espacial giró sobre sí mismo y hundió el cuchillo de energía con todas sus fuerzas en la placa pectoral de la armadura de Kesharq, justo en el corazón. El cuerpo del jefe alienígena se retorció y un tremendo chorro de sangre surgió de su boca cuando Uriel retorció el cuchillo en la herida antes de volver a apuñalarlo una y otra vez.

Los aullidos y los gritos de guerra resonaban a su alrededor, pero Uriel sólo tenía ojos para la figura con cara de éxtasis de Kasimir de Valtos situada en el centro de la cámara.

Arrancó el cuchillo del cadáver de Kesharq y se dirigió trastabillando hacia el hombre que había dado comienzo a todo aquello.

Kasimir de Valtos se quedó mirando con un placer evidente el feroz combate que se estaba desarrollando a su alrededor. Ver tanta sangre lo complacía en grado sumo, y las terribles imágenes que se agolpaban en su cabeza eran toda una revelación. ¡Su cabeza se estaba llenando de tantas matanzas! Sentía todo su ser elevado mientras saboreaba la idea de que todo lo que estaba viendo y disfrutando no era más que un simple aperitivo de las hecatombes que el *Portador de la Noche* desataría.

Todavía estaba débil. Su materia corpórea no estaba formada por completo, pero ya era increíblemente poderosa. No sabía si era la cercanía a la criatura o alguna otra conexión que desconocía la que lo hacía sentirse tan poderoso. Quizá lo había reconocido como un espíritu afín. Había algo que sí que era evidente: no mostraba hacia él ninguna señal de aquella hostilidad letal que había demostrado sentir hacia los eldars en los primeros momentos después de su despertar.

La mujer alienígena de Kesharq se encontraba a su lado. Pudo notar el miedo que irradiaba en oleadas y sintió que era algo maravilloso absorber aquella emoción. La eldar cayó de rodillas mientras su piel se rasgaba y se le formaban ampollas hasta que el último rastro de su fuerza vital le era arrancado. Pudo gritar una última vez antes de que los postreros vestigios de su existencia fueran devorados por el *Portador de la Noche*. De Valtos se preguntó si aquello sería el comienzo de su transformación en un ser inmortal.

La violencia que estaba teniendo lugar a su alrededor era verdaderamente embriagadora. Pudo sentir el odio y la agresividad de ambos bandos como un fluido brillante y suculento que lo alimentaba, haciéndole más fuerte. Era tan agradable disponer de algo así con lo que darse un festín después de las frías e insulsas energías con las que había tenido que mantener aquella forma durante millones de años.

Kasimir de Valtos parpadeó, confundido. ¿Millones de años? ¿De dónde le había venido aquella idea? Se dio cuenta de repente de que las sensaciones que estaba teniendo, el miedo, la rabia, el terror, no eran suyas, sino que procedían de la criatura alienígena que tenía ante sí. Se enfureció al percatarse de que no había sido nada más que un conducto para las

emociones que aquel ser había olvidado a lo largo del paso de los eones que había permanecido oculto y lejos de la vista de cualquier ser vivo.

El *Portador de la Noche* se dio la vuelta lentamente hacia él como si se hubiera fijado en sus pensamientos. Los pozos amarillos que eran sus ojos penetraron ardientes en su alma, hundiéndose en el mismo centro de lo que le hacía humano.

Sin embargo, Kasimir de Valtos se había propuesto ser un dios inmortal, y una determinación absoluta llenó su mente mientras aquella criatura procedente del comienzo del tiempo lo rodeó con su oscuridad.

—¡Hazme como tú! Yo te he liberado. Exijo la inmortalidad. ¡Tengo derecho! —gritó De Valtos mientras el *Portador de la Noche* se inclinaba sobre él.

Se sintió absorbido hacia los ojos de la criatura. La vacuidad de su mirada era más terrorífica que nada que él pudiera imaginar. Vio el nacimiento de la raza del alienígena, todo lo que habían hecho, el dolor y el sufrimiento que habían infligido a la galaxia y el parpadeo de un ojo que representaba la existencia del hombre en la escala del tiempo.

Se desplomó de rodillas cuando la abrumadora insignificancia de su existencia tembló ante la inimaginable inmensidad de la conciencia del alienígena. Las frágiles hebras que constituían los retorcidos restos de la cordura de Kasimir de Valtos se partieron en mil pedazos bajo aquel horrible reconocimiento. Aquel ser había dominado estrellas gigantescas y borrado civilizaciones enteras de la existencia antes de que la raza humana ni siquiera comenzara a surgir de los caldos de cultivo de la creación. ¿Por qué iba a necesitarlo?

—Por favor… —le suplicó—. ¡Quiero vivir para siempre!

El *Portador de la Noche* cerró su mano acabada en garras alrededor de su cabeza, y De Valtos quedó cegado cuando su puño negro cubrió por completo su cráneo. Kasimir chilló de terror cuando le tocó. La carne empezó a tironearle de los huesos mientras el ser se alimentaba con su energía vital.

La guadaña negra surcó el aire hacia su cuello.

Tuvo una sensación de horror perfecto por un momento, cuando sintió cómo su propia muerte recorría, fluyendo, su cuerpo. Notó que su terror y su dolor no eran más que un simple bocado, apenas nada, del que casi no merecía la pena alimentarse, pero que los había infligido por el propio placer de la muerte que causaba.

La cabeza se separó del cuerpo.

El *Portador de la Noche* soltó a De Valtos y dejó que su cuerpo inerte cayera al suelo. De un modo lento, deliberado, centró su atención en el metal reluciente que permanecía fijado al centro de la tapa de su antigua tumba y pasó sus nudosos dedos por encima del objeto.

En el espacio, una nave estelar con forma de luna creciente comenzó lentamente a salir del reino sombrío en que se encontraba desde hacía sesenta millones de años al ser llamada por su amo para que regresara a la existencia.

Uriel vio sin emoción alguna cómo la criatura alienígena mataba a Kasimir de Valtos. No sintió pena alguna por la muerte de su enemigo. La situación era demasiado importante para andar preocupado por venganzas personales. Debía destruir de algún modo a aquella criatura, o expulsarla. Al menos, debía enfrentarse a ella con firmeza.

Los guardianes de alabastro se cruzaron en su camino para detenerlo, pero a Uriel no se le podía parar. Pasanius, Learchus y Dardino se unieron a él en su carga contra la criatura alienígena. De las armas de los dos primeros surgieron unos rayos de energía verdes y chasqueantes. Uriel detuvo el primer rayo con su cuchillo de energía y se agachó para esquivar el otro. Pasanius acribilló a una de las figuras perfectas con disparos de su bólter e hizo saltar grandes trozos de lo que parecía porcelana de su cuerpo mientras Learchus le atravesaba la zona del estómago con su espada sierra. La figura blandió su báculo y envió al suelo a los dos sargentos de un solo golpe, con los cuerpos envueltos en un fuego verde.

Dardino le cortó las piernas a la figura con un solo tajo de su espada de energía y Uriel saltó con los pies por delante contra la segunda. Sus botas se

estrellaron contra su pecho, pero fue igual que si se hubiera estrellado contra una pared sólida. La figura blanca se tambaleó ligeramente pero no cayó, e intentó clavar en Uriel su báculo de color cobre. El capitán logró levantar a tiempo el cuchillo, pero la fuerza que llevaba aquel golpe envió oleadas de dolor por todo su brazo. Rodó para ponerse en pie y apuñaló a la figura con el cuchillo de energía en la entrepierna mientras se ponía en pie, empujando hacia arriba y hacia un lado. El guerrero alienígena cayó de espaldas con la pierna cortada a la altura de la cadera, y Uriel tuvo que agacharse de nuevo para esquivar el tajo del arma de otro de los guerreros sin expresión.

Pasanius se puso en pie, disparó contra los demás guerreros e hizo caer a uno de ellos bajo una lluvia de fragmentos blancos. La última figura dio un paso atrás justo cuando la espada de Learchus le cortaba la cabeza. La garra de su amo apareció de repente y derribó a Learchus de un solo golpe. El sargento gruñó de dolor y se esforzó por ponerse en pie.

Uriel, Pasanius y Dardino se enfrentaron a la imponente forma del *Portador de la Noche* con las armas en la mano. Sintieron las oleadas de horror que se abatían contra ellos, pero se mantuvieron firmes ante su enemigo.

Uriel no sentía más que un desprecio enorme por la criatura alienígena que tenía ante sí. La oscuridad de su capa espectral aleteaba alrededor de su silueta, y unos pozos gemelos de un color amarillento enfermizo brillaban en el interior de aquella oscuridad en el punto donde debía encontrarse su cabeza.

La oscuridad aullante del brazo rematado en una guadaña cruzó el espacio que los separaba con mayor rapidez de la que podía seguir ningún ojo humano. El sargento Dardino soltó un gruñido, más de sorpresa que de dolor, cuando su torso comenzó a separarse de sus piernas en medio de una fuente de sangre y de órganos seccionados.

Pasanius comenzó a disparar, y sus proyectiles trazaron una línea sobre la ondulante noche de la forma alienígena. Una risa hueca y repetida resonó por toda la estancia rebotando en las paredes mientras los proyectiles atravesaban sin causar daño la oscuridad envolvente. La guadaña centelleó

de nuevo y el bólter de Pasanius quedó cortado en dos mitades perfectas. El golpe de revés que siguió a continuación le cortó el brazo derecho justo por debajo del codo.

Uriel utilizó aquella distracción para acercarse al alienígena y le lanzó un tajo a la oscuridad. El capitán dejó escapar un grito cuando el frío glacial de la sustancia que formaba aquel ser envolvió su brazo.

Las tremendas garras descendieron velozmente y atravesaron el pecho de Uriel, desgarrando un pulmón y partiendo su corazón primario. Uriel salió despedido de espaldas y aterrizó sobre la losa de la tumba. El metal reluciente grabó a fuego su imagen en la parte posterior de su armadura. El fuerte dolor lo atravesó desde las profundidades de su pecho pasando por su brazo hasta llegar a todas y cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Gruñó de forma entrecortada mientras se esforzaba por ponerse en pie y veía cómo el *Portador de la Noche* comenzaba a matar a todos sus hombres.

El inquisidor Barzano observó con orgullo cómo Uriel y sus camaradas se mantenían firmes ante el poder del *Portador de la Noche* a pesar de la absoluta imposibilidad de una victoria. Se arrastró hacia la losa mientras la vida se le escapaba a chorros. Pudo sentir el flujo de unas poderosas energías que recorrían la estancia, unas visiones de pesadilla que la proximidad del *Portador de la Noche* estaba generando, pero había algo más…

Un aullido sin sonido, impresionante por la pureza de su propósito, lanzaba una llamada a las profundidades del espacio ordenando a la nave perdida que regresara. El metal viviente del que estaba construida no podía resistir aquella invocación y era arrastrado desde el reino en el que había estado perdido todos aquellos años.

Tan poderosa era la invocación que casi podía ver las oleadas ondulantes de energía que surgían del lugar donde había estado la tumba del C’tan. O para ser más preciso, del talismán de metal brillante que estaba encajado en la losa.

Apenas le quedaban fuerzas, pero siguió intentando arrastrarse por el suelo. Gimió al ver caer a Pasanius y a Uriel salir volando por la cámara

después de que las largas garras del *Portador de la Noche* atravesaran sin dificultad la armadura del capitán.

Barzano sintió que sus escasas fuerzas lo abandonaban, pero se aferró a la vida. Mientras hubiera vida, había esperanza. Vio que Uriel se esforzaba por levantarse del suelo del templo y se dio cuenta de que tenían una última oportunidad.

Uriel rugió de rabia mientras el *Portador de la Noche* mataba sin esfuerzo a sus hombres. A pesar de saber que no tenían ninguna posibilidad de derrotarlo, seguían enfrentándose a él, negándose a rendirse. Pasanius luchaba con una sola mano lanzando tajos ferozmente contra la criatura mientras ésta iba de un lado a otro de la cámara cortando y partiendo a los marines espaciales. El sargento Learchus, todavía algo aturdido, les gritaba a los Ultramarines que siguieran firmes.

Unos rugidos horrorosos, como el ruido de unas olas espantosas al estrellarse contra un acantilado formidable, resonaban por toda la cámara, y Uriel dio un respingo al darse cuenta de que la criatura se estaba riendo de ellos mientras los destrozaba lentamente, del modo más doloroso y sádico posible.

Una rabia feroz alimentó el fuego de su resistencia y se puso en pie con un gruñido de furia y de dolor escapando a través de sus labios. Recogió el cuchillo que se le había caído y trastabilló hacia adelante, pero se detuvo en seco cuando una fuerza imperiosa se apoderó de él. Por un momento pensó que se trataba de nuevo de la presencia infernal del *Portador de la Noche* y se preparó para resistirse una vez más.

Sin embargo, había algo familiar en aquellos pensamientos, un cierto reconocimiento.

Uriel se giró hacia el inquisidor y vio que le estaba mirando fijamente con el sudor corriéndole a raudales por el rostro y las venas convertidas en cables tensos en el interior de su cuello.

¡El metal, Uriel, el metal! El metal…

El pensamiento se desvaneció casi con tanta rapidez como había aparecido, pero Uriel supo que el inquisidor había dado todo lo que tenía

para asegurarse que le oyera, y no estaba dispuesto a que aquel esfuerzo fuera en vano.

Se arrodilló al lado de la losa. El resplandor del metal era casi cegador. Pudo notar el calor que desprendía a través de las grietas de su armadura. ¿Qué tenía que hacer? ¿Disparar contra aquello? ¿Apuñalarlo? Unos cuantos gritos de dolor y de rabia decidieron el asunto.

Uriel incrustó el cuchillo de energía entre el borde de la piedra y el icono reluciente. Sintió un cambio en las retorcidas energías que llenaban la cámara y levantó la mirada para ver a la enorme silueta del alienígena alzarse por encima de los Ultramarines con dos de sus hermanos de batalla empalados en sus garras.

Apoyó todo su peso sobre el mango del arma y notó que la hoja se estaba doblando por la resistencia de la sustancia metálica. No tenía la fuerza suficiente para sacarla de su hueco.

El *Portador de la Noche* arrojó a un lado a los marines espaciales que había levantado en vilo y se dio la vuelta con un rápido giro de su materia oscura. Uriel sintió su furia, su indignación ante la osadía de aquella criatura insolente que se atrevía a entrometerse en sus asuntos.

La mente del alienígena tocó la del capitán con una furia que habría hecho apagar y desaparecer a las estrellas y Uriel la dejó entrar notando cómo aquella rabia le invadía el cuerpo, cómo aquella ira le proporcionaba nuevas energías.

El odio que sentía hacia la criatura se combinó con la furia y utilizó todo ese poder para arrancar el metal por la pura potencia de aquella fuerza iracunda.

El metal cayó al suelo de la tumba con un tintineo. El *Portador de la Noche* aulló con un rugido bestial cuando su contacto con la nave asesina de estrellas quedó interrumpido y aquélla se perdió de nuevo en las profundidades malditas del immaterium. Uriel agarró el metal ardiente y retrocedió trastabillando. Metió la mano en el dispensador de granadas de su cinto al mismo tiempo que Pasanius se abalanzaba de nuevo contra la criatura.

Un leve golpe de sus garras negras lo arrojó rodando al suelo, pero el ataque del sargento veterano le había proporcionado a Uriel la oportunidad que necesitaba. Cuando el *Portador de la Noche* se acercó a él, alzó la mano con el trozo de metal reluciente y le mostró al odioso alienígena lo que había fijado a su superficie.

Uriel dudaba mucho de que el *Portador de la Noche* tuviera la más remota idea de lo que era una granada de fusión, pero sabía, de alguna manera, que entendería lo que era capaz de hacer.

La criatura se irguió por completo y extendió sus brazos acabados en garras de lado a lado. Sus ojos ardientes y amarillentos fijaron su letal mirada en Uriel.

El capitán de los Ultramarines se rio en su cara mientras sentía el terrible poder del alienígena forzando su mente. Unas visiones de muertes terribles inundaron los pensamientos de Uriel, pero no podían atemorizar a un guerrero del Emperador. Sintió el asombro de la criatura ante su resistencia.

La oscuridad comenzó a aumentar alrededor de la silueta de la criatura, pero Uriel colocó su mano libre sobre la runa de detonación de la granada. Sonrió a pesar del dolor que sentía y de las visiones que le asaltaban la mente.

—Eres rápido —susurró Uriel—, pero no tanto.

El *Portador de la Noche* se mantuvo inmóvil por encima de él, abriendo y cerrando sus garras al ritmo del palpitar de su corazón alienígena. Uriel sintió su poder y su furia como algo físico que le presionaba por todos lados, pero también pudo sentir algo más.

¿Inquietud? ¿Duda?

La conexión abierta entre ellos por el *Portador de la Noche* le permitió a Uriel ver una mínima parte de aquella manifestación de un ser completamente alienígena, y supo de repente que a pesar de la matanza que había efectuado, aquello no era más que una fracción de su verdadero poder. Todavía estaba extremadamente débil y debía alimentarse. Uriel supo que cada segundo que pasaba le proporcionaba más poder al *Portador de la*

Noche a medida que se alimentaba de las fuertes energías vitales que inundaban aquel lugar.

Aquello iba a ser lo más parecido a una oportunidad que podría tener para derrotar a la criatura. Se esforzó por mantener un tono de voz calmado.

—Este lugar está lleno de gases combustibles. Si hago estallar este artefacto, quedarás enterrado bajo diez kilómetros de roca. No sé ni lo que eres ni de dónde vienes, pero lo que sí sé es que todavía no eres tan fuerte como para sobrevivir a eso. ¿Puedes imaginarte otros sesenta millones de años atrapado bajo la superficie de este mundo, sin nada de lo que alimentarte? Te extinguirás lentamente. ¿Es eso lo que quieres? Si puedes leer las mentes de los hombres, quiero que sepas esto: nos destruiré a todos antes que permitir que tengas de nuevo esa nave.

La presión sobre su mente se intensificó, y Uriel debilitó sus barreras mentales para que el alienígena pudiera ver su decisión inquebrantable. Sus garras subieron y bajaron, y la oscuridad que rodeaba su silueta nebulosa se arremolinó y giró a mayor velocidad cuando su rabia hizo estremecerse la cámara. Aparecieron varias grietas en las paredes y la tierra roja de Pavonis comenzó a entrar en el lugar.

Uriel se quedó mirando cómo el velo de oscuridad formó una espiral alrededor de la silueta del *Portador de la Noche*, ascendiendo hasta tomar la forma de un tornado negro que empezó a reunir los destrozados restos de sus criaturas guardianas en el interior de su frenética órbita.

El capitán de los Ultramarines pudo distinguir un último atisbo del *Portador de la Noche* cuando sus ojos amarillentos fueron absorbidos por la oscuridad de su sudario fantasmal que lo rodeaba de forma cada vez más estrecha. Un siseo alienígena llenó la cámara cuando aquella tormenta negra salió disparada hacia arriba e impactó contra la cúspide dorada del techo partiéndola en mil pedazos.

Y por allí desapareció.

Uriel bajó el brazo y sintió su mente tan clara y despejada como un día de verano cuando la opresiva presencia de los horribles pensamientos del *Portador de la Noche* desaparecieron. Sonrió, incapaz de evitar que una ancha sonrisa le apareciera en el rostro. No sentía deseo alguno de sonreír,

pero la increíble claridad de sus pensamientos, libres ya de las visiones de asesinatos y torturas, no le permitieron ninguna otra reacción.

Dejó en el suelo la pieza de metal, que en ese momento tenía la superficie fría y sin vida, y se acercó a rastras a Ario Barzano, que yacía inmóvil en mitad de un gran charco de sangre. Uriel se puso de rodillas al lado del inquisidor y le buscó el pulso, casi echándose a reír del alivio que sintió al descubrir un ligero palpitar.

—¡Que venga el apotecario Selenus!

Barzano abrió los ojos con un leve parpadeo y sonrió al notar que también sus sentimientos empáticos se veían libres de las visiones del *Portador de la Noche*.

—¿Se ha ido?

Uriel asintió.

—Sí, se ha ido. Lo mantuviste a raya justo el tiempo necesario.

—No, Uriel. Yo sólo indiqué el camino. Fuiste tú el que lo contuviste.

Barzano se estremeció mientras la sangre se le seguía escapando del cuerpo.

—Lo hicisteis muy bien. Estoy orgulloso de todos vosotros. Habéis…

Las palabras de Barzano quedaron interrumpidas por un acceso de tos que le sacudió todo el cuerpo. Le comenzó a salir más espuma sanguinolenta por la herida del pecho.

—¡Apotecario! —gritó Uriel de nuevo.

—La gobernadora… —jadeó Barzano a través de los dientes apretados —. Cuida de ella, confía en ti. Te hará caso… otros también… Necesitará tus consejos y tu apoyo. ¿Lo harás por mí, Uriel?

—Sabes que lo haré, Ario.

El inquisidor Ario Barzano asintió, cerró lentamente los ojos y murió en los brazos de Uriel.

Los Ultramarines abandonaron la cámara del *Portador de la Noche* después de reunir a sus muertos. El otro único superviviente de la matanza había sido Vendare Taloun, a quien el hecho de quedar inconsciente lo había

salvado de enloquecer por las visiones del *Portador de la Noche*. Uriel en persona lo llevó a punta de pistola hacia el montacargas de personal. Apenas hubo que utilizar la fuerza: Taloun era un hombre deshecho. Al marine espacial le fastidió tener que entregarle a su prisionero una máscara recicladora de aire por temor a que muriera por los gases y pudiera escapar del castigo por su traición.

Uriel se llevó junto a sus muertos la pieza de metal que había arrancado de la tumba del alienígena. Su superficie seguía reluciente a pesar del maltrato que había sufrido con el cuchillo de energía. Acabaría en Macragge, metido y sellado en la cripta más profunda de sus montañas.

Cuando sus hombres llegaron al montacargas de personal que había llevado a Barzano al fondo de la mina, Uriel se detuvo de repente y le entregó el prisionero a Pasanius, que tenía el rostro lívido.

—Espera.

Regresó por el mismo camino mientras recordaba los rostros de todos los hombres que había perdido en aquella misión, a sabiendas de que su sacrificio no había sido en vano.

Allí, a solas en la tumba del alienígena, se quedó observando cómo la tierra de Pavonis iba llenando lentamente la cámara. Sabía que en poco tiempo estaría completamente enterrada, pero Uriel necesitaba algo más.

Se arrodilló, colocó un racimo de granadas de fusión sobre la losa de donde había sacado el artefacto de metal y preparó los temporizadores.

Tal como le había prometido al *Portador de la Noche*, aquel lugar blasfemo quedaría enterrado para siempre bajo diez kilómetros de roca.

Uriel se dio la vuelta y salió lentamente y con paso cansado de la cámara.



DIECINUEVE

Tres meses más tarde…

Vendare Taloun fue ejecutado tres meses después de la batalla en las montañas Tembra. Durante su juicio, al que asistió mucho público, confesó su alianza con Kasimir de Valtos, el asesinato de su hermano y unos cuantos actos criminales más mientras fue el jefe de la corporación Taloun. Lo llevaron, llorando después de cagarse encima, a la plaza de la Liberación, que todavía estaba en ruinas, donde lo colgaron del brazo extendido de la estatua del Emperador.

Se libraron bastantes batallas más antes de que las fuerzas imperiales volvieran a tomar el mando de Pavonis. La mayoría de los combates los libraron entre sí las distintas unidades de la FDP, cuya lealtad a las diferentes corporaciones venció cualquier sentimiento de lealtad que presuntamente hubieran podido tener hacia la causa de su sublevación. Privados de todo liderato, los seguidores de las corporaciones regresaron en poco tiempo a sentir sus prejuicios y suspicacias habituales.

Cuando las muertes de Solana Vergen, Taryn Honan, Kasimir de Valtos y Beauchamp Abrogas se hicieron públicas, las corporaciones quedaron confundidas y desorganizadas, completamente paralizadas, mientras los descendientes y herederos se enfrentaban por el control financiero y político.

Los comandantes de batallón que lograron mantener un cierto orden en sus unidades se replegaron a sus cuarteles y campamentos a esperar el castigo que les tocase. Los tanques y los soldados de la corporación Shonai libraron numerosos combates para llevar ante la justicia a aquellos hombres que habían incumplido y traicionado sus juramentos de lealtad.

Sin embargo, desde que el Vae Victus les prestó su ayuda y efectuó un bombardeo orbital devastador contra uno de los campamentos financiados por la corporación De Valtos, las banderas de rendición comenzaban a aparecer en cuanto los tanques de los Shonai aparecían a la vista de cualquier otro cuartel del enemigo. La nave de los marines espaciales también persiguió a la dañada nave pirata eldar y, para gran satisfacción del gran almirante Tiberius, la convirtió en restos atomizados cuando intentaba escapar del sistema Pavonis.

Cuando Mykola Shonai regresó a Pavonis, lo hizo en compañía de Lortuen Perjed y a la cabeza de los Ultramarines, con las armaduras reparadas y las heridas curadas (aunque los artificieros del Capítulo jamás pudieron eliminar la forma cruciforme grabada a fuego en la espalda de la armadura de Uriel).

En el mismo momento en que ella se sentó en la Cámara del Justo Comercio después de la ejecución de Vendare Taloun, todos los presentes prorrumpieron en gritos de apoyo a la corporación Shonai.

Uriel estaba sentado en un banco de mármol con la superficie partida y agrietada. Aquella era la única parte de los jardines de palacio que había escapado a la devastación provocada por los bombardeos de artillería y la explosión de la armería subterránea. Pasanius lo esperaba en la entrada más alejada a los jardines, empuñando el bólter con su nuevo brazo biónico.

La hierba estaba recién cortada, y la fragancia de su olor le recordó a Uriel las montañas de Macragge. Una simple lápida marcaba el lugar de descanso del inquisidor Ario Barzano. Bajo su nombre se podía leer una breve inscripción con una escritura fluida.

> CADA HOMBRE ES UNA CHISPA EN LA OSCURIDAD. OJALÁ TODOS BRILLÁRAMOS CON TANTA FUERZA.

Uriel en persona lo había grabado. Esperaba que le hubiese gustado a Barzano.

Se puso en pie cuando Mykola Shonai entró en el jardín. Las heridas que había sufrido en el combate en las profundidades de la mina estaban casi curadas, pero todavía pasarían unas cuantas semanas más antes de que estuviera completamente recuperado.

Shonai llevaba el cabello suelto por encima de los hombros y una pequeña guirnalda de flores en las manos.

Tres guardias la acompañaban, pero mantuvieron una distancia respetuosa cuando se acercó a la lápida.

Le hizo un gesto de asentimiento a Uriel a modo de saludo, se arrodilló al lado de la tumba y colocó las flores con suavidad junto a la lápida. Se puso en pie y se alisó los pliegues de la falda antes de girarse hacia él.

—Capitán Ventris, me alegro de verte —le dijo con una sonrisa—. Por favor, siéntate conmigo unos momentos.

Uriel se sentó junto a la gobernadora y se quedaron allí, en silencio, durante bastantes minutos: ninguno quería interrumpir aquellos momentos de paz. Al rato, Shonai inclinó la cabeza hacia Uriel.

—¿Os marcháis hoy?

—Sí. Nuestra misión aquí ha finalizado y ya han llegado tropas imperiales más que suficientes para mantener el orden.

—Sí, es cierto —contestó Mykola Shonai con tristeza.

Los transportes de tropas de la Guardia Imperial habían aterrizado cuatro días antes, y los soldados y tanques del cuadragésimo cuarto regimiento de Húsares Laurentianos habían convertido la ciudad en un campamento militar. También habían llegado las naves del Adeptus Administratum y del Adeptus Ministorum con el propósito de restaurar en lo posible la estabilidad política y espiritual de Pavonis.

Los predicadores y los confesores llenaban las plazas y las calles y recibían muestras renovadas de piedad y devoción de la población.

El Administratum, por recomendación personal de Lortuen Perjed, permitió que Shonai continuase siendo gobernadora de Pavonis, con la condición de que al final de su mandato se retirara de la vida política. Lortuen Perjed fue nombrado observador permanente del Administratum en Pavonis en sustitución del negligente y criminal Ballion Varíe, a quien Jenna Sharben, la última superviviente de Puerta Brandon, había arrestado y matado.

Los soldados rebeldes de la FDP capturados por las tropas de la corporación Shonai todavía estaban siendo transportados a una barcaza penal con rumbo a las zonas de guerra del Segmentum Obscurus.

El futuro de Pavonis había quedado asegurado, pero ya no seguiría bajo el régimen autónomo de las corporaciones. Se había determinado que el sistema de gobierno de Pavonis era deficiente y el planeta quedaría bajo la estricta vigilancia del Administratum.

Uriel entendía muy bien la frustración que sentía Shonai. Había pasado por la peor experiencia de su vida y, cuando por fin había logrado la victoria

definitiva, se lo arrebataban todo de las manos.

—Quise venir aquí antes —le explicó Shonai sin dejar de mirar a la tumba—, pero no estaba muy segura de lo que sentiría si lo hacía.

—¿En qué sentido?

—Os debo la supervivencia de mi mundo a ti y a Barzano, pero si las cosas hubiesen salido de otro modo, él habría destruido Pavonis y matado todo lo que yo quiero.

—Sí, pero no lo hizo. Dio su vida por defenderte a ti y a tu mundo. Recuérdalo por eso.

—Lo hago. Por eso he venido hoy. Honraré su recuerdo y me aseguraré de que siempre lo conozcan como el Héroe de Pavonis.

—Creo que eso le hubiera gustado —dijo con una breve risa Uriel—. Al menos le habría encantado a su colosal vanidad.

Shonai sonrió y se irguió para besar en la mejilla a Uriel.

—Gracias por todo lo que has hecho por Pavonis, Uriel. Y por mí.

Uriel asintió, complacido por los sentimientos de la gobernadora.

—¿Qué harás cuando se acabe tu período como gobernadora? —le preguntó al darse cuenta de su expresión seria.

—No estoy segura. Algo tranquilo —dijo con otra sonrisa.

Se puso en pie y le ofreció una mano a Uriel. El capitán se levantó y la aceptó, aunque la suya envolvió por completo la mano que ella le ofrecía.

—Adiós, Uriel. Te deseo lo mejor.

—Gracias, gobernadora Shonai. Que el Emperador camine a tu lado.

Mykola Shonai le sonrió por última vez y se alejó, desapareciendo en el destruido edificio del palacio.

Uriel se quedó solo ante la tumba de Barzano y se puso en posición de firmes.

Saludó al espíritu del inquisidor y se golpeó dos veces en la placa pectoral con el puño: el saludo de honor de los guerreros a los camaradas caídos en combate.

Uriel se dirigió al borde del jardín, donde Pasanius lo esperaba mientras flexionaba los tendones poco familiares de su brazo mecánico nuevo. El enorme sargento levantó la vista cuando su comandante se acercó.

—Sigo sin sentirme a gusto —se quejó.

—Ya te acostumbrarás, amigo mío.

—Supongo que sí —gruñó Pasanius.

—¿Los hombres están listos para partir? —le preguntó Uriel cambiando de tema.

—Sí, tus guerreros están preparados para regresar a casa.

Uriel sonrió ante el uso inconsciente por parte de Pasanius de la expresión «tus guerreros». Posó una mano sobre el pomo de la espada de energía de Idaeus y cerró el puño sobre la calavera dorada de su remate.

Había registrado el campo de batalla a las afueras de la prisión en cuanto la rebelión estuvo controlada y logró encontrar la espada rota. Su intención había sido reparar el arma, pero, por alguna razón, no lo había hecho. No se había dado cuenta del motivo hasta ese mismo momento.

El arma era un símbolo, una muestra física de la aprobación de su antiguo capitán para que los hombres de la cuarta compañía lo siguiesen. Pero allí, en el crisol del combate, Uriel había demostrado su valía y ya no necesitaba un símbolo semejante. Había sido el último regalo de Idaeus a Uriel, y éste sabía que encontraría un lugar de honor para el arma en el relicario del Capítulo.

Forjaría su propia espada, lo mismo que había forjado su propia compañía en combate.

Ya era su compañía. Ya no ocupaba el hueco dejado por Idaeus o por su ilustre antepasado. Estaba caminando por su propio destino.

El capitán Uriel Ventris de los Ultramarines se dio la vuelta y, junto a Pasanius, se encaminó hacia los muros de la ciudad, donde una cañonera Thunderhawk los esperaba para llevarlos a bordo del Vae Victus.

—Vamos, amigo mío. Volvamos a casa —dijo Uriel.



EPÍLOGO

A setenta mil años luz de allí, la estrella conocida por los cartógrafos estelares imperiales como Cyclo entró en las últimas fases de su existencia. Era una gigante roja de unos noventa millones de kilómetros de diámetro, y llevaba brillando desde hacía ochocientos millones de años. Si no hubiese sido por la ondulante silueta negra que flotaba de un modo imposible en la fotosfera de la estrella y que estaba absorbiendo sus enormes energías, probablemente habría seguido brillando quizá durante otros dos mil años.

Normalmente generaba energía a un ritmo colosal quemando hidrógeno y transformándolo en helio mediante reacciones nucleares de fusión en lo más profundo de su corazón, pero su núcleo ya no era capaz de mantener las gigantescas fuerzas que ardían en su interior.

Unas poderosas ondas de energía electromagnética y enormes chorros de plasma se transformaron en nimbos de luz centelleante que salieron de la estrella en oleadas palpitantes.

El *Portador de la Noche* se alimentó y reunió fuerzas de nuevo en las profundidades de la estrella moribunda.